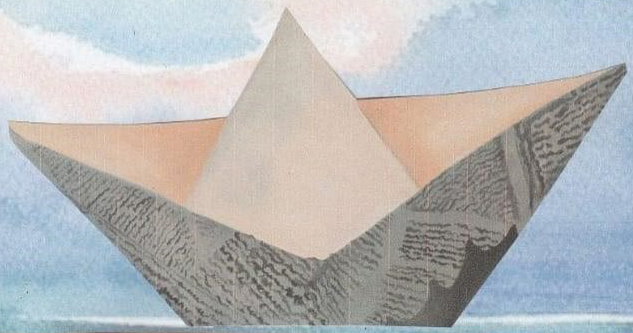
BITACORAS DE UNA NAVEGACIÓN



Estos textos negaban aquellas leyendas de una especie nefasta, denigrada por el universo.

Reuní a la tripulación y frente al planeta azul de fondo, con las bitácoras en mi mano...develé sus revelaciones, estas daban cuenta;

Que, si habían resistido, que lograron sobrevivir a las primeras plagas...que en estos cuadernos nos dejaban su gran legado. No eran solo letras de un ayer era la clave que nos permitiría atravesar a la próxima dimensión con sus escritos podríamos a volver a descifrar lo que ellos llamaban; el amor, la tristeza y la valentía...

Ramón Griffero

BITÁCORAS DE UNA NAVEGACIÓN

RAMÓN GRIFFERO SÁNCHEZ

BITÁCORAS DE UNA NAVEGACIÓN

BITÁCORAS DE UNA NAVEGACIÓN

© Ramón Griffero Sánchez, 2021

I.S.B.N. xxx-xxx-xx

Diseño y diagramación interior: Alejandro Álvarez
Imagen de portada: xxxxx

Impresión:

IMPRESO EN CHILE / PRINTED IN CHILE
1ª edición, diciembre 2020

Queda prohibida la reproducción de este libro en Chile
y en el exterior sin autorización previa de la Editorial.

Índice

Un inicio 11
Los navegantes 13
Preámbulo: a los navegantes de las bitácoras del ayer 15
Ramón griffero sánchez
Memorias de una navegante en la pandemia 17
Paulina correa
Mensajes de los navegantes al desembarcar 21
Las bitácoras 39
Jaime Altamira 41
Emmanuel Álvarez 51
Jaime Azúa Muñoz 59
Cecilia Basaure Espinoza 67
Juan Fernando Bastías Cofré 79
Andrea E. Brito Cruz 89
José Luis Cáceres 95
Catalina Castillo Palma 99
Paulina Correa 105
Carmen Gloria Donoso Riffo 115
Juan Carlos Embriz 123
Héctor Freire 127
Loreto Galdámes 139
Liliana García Sosa 147
Gloria Fernanda Gutiérrez Abarca 153
Cristián Hidalgo 161
Gabriel Huentemil Ortega 185

Mario Infante Vargas 193
Carolina Jullian 203
Amadísimo Líder 213
Patricia Matus De La Parra Terán 221
Claudia Andrea Mena Vargas 229
María Angélica Montoya 239
Sol Morán Gálvez 247
Diego Nicanor 257
Jesenia Betzabé Oblitas Villarroel 265
Rayén Pizarro Abarca 271
Lirna Quintana Talvac 283
Dolores Reina 295
Rodrigo Rojas 305
Mauricio Salazar Riquelme 317
Inés Venegas Vergara 327
Pablo M. Videla 335
Carolina Vigneaux Lobato 339

BITÁCORAS
DE UNA NAVEGACIÓN

UN INICIO

En aquel año 2020 de los tiempos innombrables.

En un ímpetu de existir y conectarnos a través de nuestras emociones se constituyó este taller virtual, con participantes de Argentina-Ecuador-México y Chile.

En los meses más aciagos, nos reuníamos dos veces por semana a relatar nuestras vivencias.

El concepto guía de la escritura se centraba en que abordábamos una nave y escribiríamos las bitácoras de esta navegación. Entendiendo que nuestro barco, era nuestro planeta, resistimos tormentas y naufragios, nos amparamos en ángeles, sirenas y en la fuerza de la humanidad.

Luego cada quince días compartíamos a través de las redes sociales las lecturas de estas bitácoras, junto a canciones y bellos diálogos con quienes participaban.

Mil abrazos a quienes me acompañaron en esta travesía y me rescataron del naufragio.

Sobre todo, a los coordinadores de este viaje, donde las velas aún no se pliegan.

Dolores Reina y Pablo Videla.

A ustedes lectores, que navegaban en otras latitudes junto a nosotros, estas bitácoras.

Ramón Griffero

LOS NAVEGANTES

Jaime Altamira
Emmanuel Álvarez
Jaime Azua
Cecilia Basaure
Juan Bastías
Andrea Brito
José Luis Cáceres
Catalina Castillo
Paulina Correa
Carmen Gloria Donoso
Juan Carlos Embriz
Héctor Freire
Loreto Galdámes
Liliana García
Gloria Gutiérrez
Cristian Hidalgo
Gabriel Huentemil
Mario Infante
Carolina Jullian
Amadísimo Líder
Patricia Matus de la Parra
Claudia Mena
María Angélica Montoya
Sol Moran
Diego Nicanor
Jesenia Oblitas

Rayén Pizarro
Lirna Quintana
Dolores Reina
Rodrigo Rojas
Mauricio Salazar
Inés Venegas
Pablo M. Videla
Carolina Vigneaux

PREÁMBULO

A LOS NAVEGANTES DE LAS BITÁCORAS DEL AYER

> Habíamos logrado esquivar la lluvia de asteroides de la galaxia de Andrómeda, evitado el estallido de dos supernovas… sobrevivido a las ráfagas radio activas del cometa Pio-lux.
> Pero nos estremecimos al divisar los anillos de Saturno, los tripulantes de la nave estábamos inmóviles, hasta los Xioniks silenciaron sus señales ultrasónicas…

Al replegarse las compuertas protectoras…. Ahí frente a nosotros emergió un punto de luz azul. que se nos aproximaba, develando ante nuestros ojos el planeta de nuestro origen, radiante, hermoso, más bello que todos los relatos que recordaban su existencia, de mares eternos, valles verdes, desiertos infinitos y de las indescriptibles especies que lo poblaron.

Ahí estaba solitario, inhabitable huérfano en el universo.

Mi compañera Brigin irradiaba destellos violetas, mi cerebro se inundaba de sus ondas electromagnéticas, la besé y una lagrima afloró develando mi condición de exiliado planetario.

La nave de exploración que nos precedió se arrimó a la nuestra…mi amigo Howi 15 me otorgó el privilegio de archivar los objetos que habían rescatado.

Sin antes advertirme… "Estebixx, no te ilusiones".

Me transporté a la W23 y ahí en el centro, atado por sogas, un baúl negro con manillas de cuero y chapas metálicas… posé mis manos sobre él y pude palpar los átomos de mis predecesores.

En su interior decenas de dibujos retrataban sirenas y a un ave negra, desparramados utensilios de siglos, un collar de perlas

grises, cuchillos y horquetas oxidadas de fierro, apiladas enormes chaquetas naranjas… Las abrasé sentí su extraño olor, bajo ellas se arrimaban más de veinte fardos envueltos en cuero, eran papelógrafos sus jeroglíficos correspondían a aquel idioma extinto de mis antepasados, del cual yo solo aprendí a decir Tierra Árbol y Mar.

Todos estos escritos comenzaban con una misma frase; Bitácora de... luego su fecha lunar, y el año solar 2020.

Hablaban de naves errantes, de furiosas tormentas, de camarotes abarrotados, de cuerpos flotantes, hombres alados, mujeres peces, de archipiélagos quebrados, de lluvia, viento y frio, de gente que los dominaba y les negaba la existencia, señalaban a una mujer heroína llamada Minerva que los guio en sus últimos días. Pero sobre todo describían extraños estados que los hacían fundirse en cantos, caricias y que en medio de su desesperanza afloraba lo que ellos llamaban emociones, y así lograban ir más allá de la tragedia que los envolvía.

Las mismas sensaciones que estas letras describían invadieron mi cuerpo.

Estos textos negaban aquellas leyendas de una especie nefasta, denigrada por el universo.

Reuní a la tripulación y frente al planeta azul de fondo, con las bitácoras en mi mano…develé sus revelaciones, estas daban cuenta; que, si habían resistido, que lograron sobrevivir a las primeras plagas…que en estos cuadernos nos dejaban su gran legado. No eran solo letras de un ayer era la clave que nos permitiría atravesar a la próxima dimensión con sus escritos podríamos a volver a descifrar lo que ellos llamaban; el amor, la tristeza y la valentía…

Howi 15 cerró la escotilla y vislumbramos un nuevo planeta azul que emergía en nuestra galaxia.

Ramón Griffero Sánchez

MEMORIAS DE UNA NAVEGANTE EN LA PANDEMIA

Es 1985, soy estudiante, voy al teatro a ver Cinema Utopía, es la primera vez que oigo el nombre de Ramón Griffero, su autor, me sumerjo en la obra, olvido la dictadura. Solo existe el teatro y la obra, lo que dice y la manera de hacerlo, es una maravillosa provocación. Al salir siento que nos ha abierto una puerta a otra realidad.

2020, la peste, la tarde de un día en medio de la cuarentena, ya oscurece, es la hora en que la conexión al trabajo no logra ocultar las angustias, las dudas, el miedo a la enfermedad y la muerte. Por wasap me cuentan que hay una convocatoria a participar en un taller de narrativa de Ramón Griffero, empieza ese día a las siete de la tarde, son las seis y cuarentaicinco, envío un correo pidiendo participar, espero frente a la pantalla, cinco para las siete llega el enlace.

Hay unas sesenta personas conectadas, el autor les habla a esos rostros enmarcados en sus cajitas de zoom, miradas expectantes, nos cuenta su proyecto, es un barco, estamos zarpando en una nave que va a atravesar el tempestuoso mar de la pandemia y llevaremos bitácora de lo que suceda, nos invita a ser parte de la tripulación, vamos a narrar juntos este momento único en la historia.

Griffero tiene las dotes de un Capitán, su discurso inicial seduce y desafía, pronto sobre cubierta se siente el entusiasmo, los enganchados son un grupo heterogéneo, salvo en un aspecto, quieren escribir, quieren expresar lo que sienten ahí encerrados en sus casas, este único instante, en que los seres humanos tenemos un mismo miedo, el virus, la muerte.

Por cinco meses divididos en dos barcos, el autor y sus dos ayudantes, Dolores Reina y Pablo Videla, van a llevar adelante

esta experiencia, no hay que olvidar que Griffero es sociólogo, dramaturgo, director de teatro, va guiando el proceso en todos sus roles.

Los relatos individuales reflejan el estado de ánimo de cada uno de los participantes, todos están encerrados sin saber cuándo podrán retomar sus vidas, algunos sin trabajo, sin ingresos, con familiares enfermos y en un momento, mientras la Bitácora se escribe, con el virus ellos mismos, ahí la solidaridad y los afectos los acogen, se recuperan y siguen a bordo. La muerte ronda el barco, no es una metáfora.

Escribir sobre la muerte es una especie de exorcismo y a la vez una peligrosa invocación, reunido con sus alumnos cuatro veces por semana Griffero dialoga con la parca, los obliga a mirarla a la cara, en un momento en que catorce mil chilenos morían en silencio y soledad. Los nombres de la muerte, sus formas, las agonías y los duelos son descritos en la Bitácora.

Cada cual desarrolla personajes que van entretejiendo historias con los de los otros, odios, amores, rivalidades, motines, honras fúnebres, el barco es un mundo a cabalidad.

Griffero habla de la política del arte, los textos aluden el trasfondo social de la pandemia y se remontan a las causas de la movilización social de octubre, se escribe desde el feminismo, la diversidad sexual, la discriminación, la pobreza y la marginalidad.

A septiembre el barco es uno, treinta los tripulantes, se han hecho lecturas cada jueves abiertos al público, el sentimiento es el mismo que en un estreno, los nervios, la preparación. Unos tras otros leen, el ritmo, la cadencia, el lenguaje, comunica verdad, Ramón Griffero consigue darles un sello común, es narrativa visual, el lenguaje es poético, la percepción cinematográfica.

Este segundo encuentro en mi vida con Ramón Griffero ha significado mucho desde todo punto de vista. En lo literario y estético nuevamente abre puertas, libera la imaginación, rompe

límites, todo es posible. En lo personal, en el peor momento de nuestras vidas, encontrarse en un espacio de creación y crecimiento que nos hizo sentirnos inmunes.

Paulina Correa

MENSAJES DE LOS NAVEGANTES AL DESEMBARCAR

Al momento de iniciar este proceso me encontraba en una cuarentena obligatoria preventiva en una casa en plena costa lejos de la civilización en la más profunda soledad dónde el sonido del mar y el verde del jardín era lo único que me acompañaba en esos días de gran tensión e incertidumbre. A pocas horas del inicio de este taller recibí un divino mensaje de mi compañera Paulina Correa invitándome a participar, dando inicio al viaje marítimo más intenso que haya podido tener. Este se llevó a cabo en el más profundo respeto y colaboración tanto del capitán de este barco "Ramón Griffero" como de los participantes (Tripulantes). Esos meses de encierro fueron de gran compañía en la que pude transportarme y a la vez aprender con las historias de mis otros compañeros de viaje.

Agradezco el tiempo y paciencia de nuestro capitán Griffero y a los tutores Pablo y especialmente a Dolores Reina quien nos ayudó en este mágico proceso. No puedo dejar pasar mi agradecimiento y profunda admiración a la gran escritora y poeta Paulina correa que con dulzura nos encontramos cruzando y volando en este gran océano literario

Jaime Altamira

A finales de junio del 2020 me invitaron a un taller gratuito sobre narrativa visual. Me gusta mucho leer novelas de ciencia ficción, terror o policiales, y pensé que sería una buena oportunidad para escribir lo que me gustaba leer.

Ahora, con el taller ya finalizado, quedo muy satisfecho con todo lo aprendido en el proceso. La comunidad colectiva que se creó con Ramón, Dolores, Pablo, y la demás gente que asistió a cada sesión, fue muy rica en creatividad y convivencia; no solo se aprendía de las correcciones, sino que de los mismos compañeros y compañeras que estaban dispuestas a ayudarnos.

Me voy con el corazón contento al saber que la creatividad es un tesoro valioso de cada uno.

Emmanuel Álvarez

Las oportunidades, las ocasiones, siempre tan escasas que tiene el ser en la actualidad; quizá pueda explicar por qué la gran mayoría de nosotros no alcanzamos nuestra mejor y más desarrollada versión. Ramón nos dio una, nos la regaló; contrario a las transacciones comerciales en las que hoy se han convertido, las "oportunidades".

Extender la búsqueda orientar los radares, mirar hacia las zonas más postergadas, olvidadas y hasta sacrificadas, es el camino necesario para dar voz a los nadie y ningunos que mayoritariamente habitamos nuestro golpeado mundo. Hay mucho qué decir y merece ser oído. Ojalá se vea reflejado en nuestras nuevas oportunidades históricas de cambio qué hoy sé nos presenta.

De nuevo, muchas gracias, Ramón Griffero
por intentar sacar el arte del mercado.

Jaime Azúa

Subo a este viaje sin rumbo ni pretensiones, agradecida de Inés Venegas, amiga y compañera quien me invita a esta travesía. La experiencia vivida todos estos meses de navegación junto a nuestro maestro—capitán Ramón Griffero y compañeros de

todas partes de este pequeño país llamado Chile y Latinoamérica es de ensueño, conversar, ver, conocer a compañeros de México, Ecuador, Caleta Tortel no lo hubiese podido vivir en otro tiempo ni espacio, existe un antes y después de este encuentro realmente mágico.

Me encuentro en este embarque, sudor, nervios, invaden mi cuerpo ante estos seres que solo veo en un recuadro de computador, cada cual muestra una imagen de lo que quiere que veamos, por medio de sus escritos descubrimos realmente quienes son, quienes somos. Compartimos mucho más que el gusto de navegar en este mar de letras, poesía y narrativas, compartimos nuestra vida en el encierro. Escena oscura nos recibe, rayos de luz traviesan el umbral de la última venta que nos une a tierra firme, pero incierta, tan incierta como nuestra vida, el destino lo construiremos juntos.

Zarpan barcos de papel, madera, hierro, todos unos, todos flotas, todos compañeros, nos unen sentires, anhelos, pero sobre todo miedos, miedos que se acrecientan con el paso del tiempo, las tormentas no tardan en atraparnos, nos envuelven, remolinos de pensamientos entramados. Añoro cada encuentro en poa, popa, sala de máquinas, sus días y noches, luces y sombras. Al borde del abismo nos contuvimos los unos a los otros, navegando juntos en búsqueda de un mejor destino. Muchos vemos tierra firme y no queremos volver.

Este barco nos ha contenido durante mes, nos ha ayudado a descubrirnos, a querernos y querer al otro.

Conocí a Minerva y me dio fuerzas, Clemente bondad, la bella Gloria esperanza, Arturo, Ignacio y su compañera unión. Ratas vestidas de lino que no quiero volver a ver, pájaro alado espero venga por mí y me lleve a isla esperanza.

Volvería a embarcarme una y mil veces.

Cecilia Basaure

El viento y una amiga me llevaron a esta embarcación sin saber de qué se trataba o quiénes participaban. Encerrado por la pandemia, pasaba los días buscando reencontrarme con la escritura, que producto de las exigencias y la eficiencia que requería la vida había dejado de lado. El taller fue una gran cuerda a la cual pude sujetarme y poder volver a aquel lugar. Fue mi primera experiencia en un taller literario, durante toda mi vida no me había atrevido a someter a mis escritos ni a mí al juicio de un grupo. A pesar de mis errores me sentí acogido y respaldado por una tripulación intangible en lo físico, pero presente en lo emocional. Con su talento me demostraron el largo trecho que me queda por recorrer y lo mucho por trabajar. Fueron y son tiempos dominados por el miedo, la pena y la angustia, pero que sin duda fueron apaciguados por esta tripulación. Ahora, que ya ha terminado sufro el mal de mar: mareado en tierra firme, cada martes a las 19 horas miro mi correo esperando recibir una nueva invitación a crear, a compartir y, sobre todo, a aprender.

Juan Bastías

Escucho la sirena de una ambulancia recordando que el hospital queda apenas unas cuadras. Vuelvo la mirada a la ventana y celebro que sigo viva, en un encierro, sola y desnuda. Esta realidad de hacinamiento, mi hogar se me hizo chico, el alma se me estrecha, mis brazos se abren esperando a mi familia, hallándose vacíos deciden llenarse de mí. Tengo miedo de estar afuera, seguiré dentro; pero mi mente y espíritu deciden embarcarse en esta nueva travesía.

Andrea Brito

Tres meses de encierro, un año privados de libertad, una vida mutilada que no se apaga. Fuimos asesorados por serpientes, con el líquido en la sangre, sin dios ni paraíso. No tenemos miedo, sólo ansias de contacto, ese que una vez alcanzado fue visto como símbolo del peligro. La fortuna se hace sal, las uñas rotas otra vez. Caen las esquirlas y la lluvia las esparce por lugares invisibles que nos ciegan, otra vez, otras noches de espera; que no llega, que no llegamos, y los por qué se hunden como semillas que temen a la superficie. Así me sentí en estos tiempos pandémicos, innombrables: cómo un árbol que observa la tala, que ve caer a sus hermanos y que nada puede hacer contra las atrocidades. Pese a ello, algo hicimos, algún fresnel encendimos, a media noche, cuando todo era silencio.

José Luis Cáceres

Agradecida por coincidir en el momento exacto y con las personas precisas, para contenernos en el vaivén de los sentires, traspasando el confinamiento ejerciendo el acto revolucionario de escribir en este periodo un tanto catastrófico en el que habitamos. Coexistiendo en un mismo pulso, borroneando las fronteras de tiempo y espacio para mirarnos frente a nuestras pantallas, embarcándose en este navío con sus tormentas y marejadas dirigidas por el capitán Ramón Griffero.

Catalina Castillo

Mar, oleaje, tempestad, océanos, encierro, miedos, incertidumbre, naufragios del alma, sentimientos desbordados en creatividad y a través de un rectángulo nos logramos comunicar. Viajando en el infinito mundo de las letras y la imaginación…

Ramón Griffero director y dramaturgo chileno nos invita a este viaje llamado "Taller de Narrativa Visual" y juntos conducidos

por él vamos explorando la escritura que se hace visible y se convierte en emoción…

Viaje de narrativa, poesía, relatos, travesía de experiencias infinitas que se transforman en la libertad del ser. Gracias Ramón Griffero por tú dedicación, entrega y conocimiento.

Carmen Gloria Donoso Riffo

"El mar es
el Lucifer del azul.
El cielo caído
por querer ser la luz.

¡Pobre mar condenado
a eterno movimiento,
habiendo antes estado
quieto en el firmamento!"

Federico García Lorca, abril de 1919

Estos versos de Federico García Lorca expresan lo que he sentido en estos meses navegando letras con mujeres y hombres comprometidos con su tiempo y amantes del arte.

Capitaneados por Ramón Griffero hemos andado mares oscuros y claros, océanos profundos y ríos dulces. El capitán ha timoneado con destreza e inteligencia, con las letras por bandera y la creación fue su puerto.

Fuimos mar y fuimos cielo, fuimos resistencia y fuimos grito, ¡fuimos en esta pandemia hombres y mujeres salvándonos del encierro y lo hicimos a mar abierto!

Liliana García Sosa

El taller significó un espacio de aprendizaje que emanó desde el maestro Ramón Griffero, Dolores Reina y Pablo Videla hasta cada tripulante que formó parte de este viaje. Semana a semana pudimos a través de la escritura plasmar parte de nuestro interior y compartirlo con gente maravillosa y solidaria. Hoy, me siento parte de una comunidad compuesta por personas de diversos lugares que, a través de una plataforma virtual, nos acompañamos en estos tiempos extraños cargados de angustia e incertidumbre.

Es una experiencia que siempre atesoraré.

Gloria Gutiérrez

El arte de navegar en tierra es una compleja combinación de paciencia e imaginación. Requiere largas horas de escuchar atento lo latidos del corazón, descifrando en cada sístole el estado de ánimo de la diástole que vendrá. Creando el conocimiento empírico, para ser consciente de aquellas pulsiones que hacen vivir al ser. Luego el desafío es encontrar las palabras que honren ese bien atesorado, fruto de la hermosa experiencia de escucharse. El paso que sigue es otorgar a esos hallazgos la palabra capaz de describirlos en una nueva dimensión, encontrar la voz que ilumine su senda hacia otro ser humano. Que sea ungida con la capacidad ser compartida por alguien más… o muchos más. Soy un agradecido de estos meses de navegación en tierra, donde se enredaron conexiones mágicamente de personas generosas y valientes. Me ilusiona ser parte de esta tripulación, ojalá para siempre.

Cristián Hidalgo

La única verdad en estos mares, a veces calmos, a veces bravíos; es que siempre estás a la deriva.

Gabriel Huentemil Ortega

Durante estos meses de navegación por las aguas de la creación, he sentido la responsabilidad histórica de narrar y hacerme cargo de un momento único que nos obliga a replantear nuestro concepto de humanidad. Toda vorágine social e histórica, implica, al mismo tiempo un cambio a nivel del individuo. Pues bien, el cambio y la vorágine interna la asumo en estos breves escritos, en primera persona. Creo que, si todos realizamos dicho ejercicio, seremos capaces de asumir el desafío de construir una sociedad distinta. Memoria, temor, belleza, esperanza son algunos de los sentires que se conjugan en estas letras, en este tiempo de introspección. Este viaje por las aguas misteriosas e inciertas, han repercutido en el descubrimiento de una tierra fértil en lo más íntimo.

Mario Infante Vargas

Siempre pensé en escribir, muchas veces lo intenté, pero se me quedaron pegadas siempre las palabras adentro, en el pensamiento. Agradecida estoy de este espacio tormentoso, de esta navegación virtual que permitió poner el adentro en el afuera.

La palabra sobre un mar.

Carolina Jullian

En el norte de Chile hay un lugar en donde el mar se conecta con la arena del desierto. Este es el más seco del mundo. Por las noches la brisa marina inunda la ciudad de Iquique. Los encuentros en una embarcación son la justificación perfecta para contar las historias que desentrañaremos. Las imágenes y símbolos representan una de las tantas vidas que habitan este mundo.

Amadísimo Líder

Tres meses de una bocanada de aire fresco, como el que se recibe al mirar el horizonte de un paisaje perdido en la mañana. Respiración boca a boca, pantalla a pantalla, para resistir los precipicios de una locura desgastada por la historia propia y colectiva. Un capitán de barco generoso, con dos oficiales de cubierta bondadosos que rescataron a mujeres y hombres en busca de una guarida. Un rincón cuadrado que reunió letras, emociones y cariño de gente que nunca se vio, pero se quiso. Como el mejor de los cuentos escritos, la fantasía para no olvidar. En el Chile de las revoluciones y las pandemias un barco imaginario llevó a toda una tripulación a vivir la esperanza. Gracias Ramón, Pablo, Dolores, Gloria, Inés, Carolina J, Carolina V., Paulina, Rodrigo, Claudia, Kennya, Cecilia, Loreto, Liliana, Rayen, Mauricio, Carmen Gloria, Geral, José Luis, Héctor, Cristian, Diego, Sol, Amadísimo, Gabriel, Lir, Jaime, Jessenia, Mario, Cata, Andrea.

Patricia Matus de la Parra

Una invitación a embarcase al reto de escribir bitácoras basadas en la realidad vivida en período de revuelta social y pandemia Covid 19, en medio de la incertidumbre total, viviendo el encierro obligado dentro de los hogares, relegando los sueños a la quietud total, en soledad, en máxima precariedad para la mayoría, es una oportunidad de apoyo y de desarrollo que sin dudarlo acepto.

En medio de este tormento colectivo, "La tripulación comandada por el capitán Ramón Griffero en época de pandemia", nos regala la oportunidad de desarrollar el ejercicio de escribir… Genial aventura de motivación, generosa oportunidad de navegación para involucrarse por medio de los escritos, a la realidad vigente; jugando en base a una realidad histórica objetiva con fantasías, fantasmas, creatividad, bloqueos, emociones… Lo tomo, me hago parte, encuentro nuevo, distinto, extraño,

aparentemente distante… Descubro una comunidad nueva, con dones de amar, debatir, acompañar, estimular…

Sanador ejercicio para reconocer sentimientos generados por las pérdidas de seres amados/as que han emprendido retirada de esta dimensión, por quienes no nos fue posible realizar rituales de despedida.

Ha sido una fantástica ocasión de conexión intensa, profunda con mis referentes de la cultura nacional, incitándome a recordar momentos, que la memoria con el tiempo transforma.

Ha sido un Gran ejercicio a vencer el miedo de aprender a escribir, una maravillosa travesía…

Travesía que me ha regalado una hermandad motivadora en medio de la represión y el miedo.

Ramón Griffero, Dolores Reina, Pablo Videla, tripulación. Infinita gratitud a cada una/o.

Claudia Mena

El diecisiete de junio, en el taller de narrativa visual, nos invitaron a plasmar en una bitácora, nuestro sentir.

Me pareció hermoso pertenecer a algo, en momentos en que el mundo estaba aislado, a través de líneas estuvimos unidos, cada uno en diferentes rincones, ciudades y países. Fueron momentos y días difíciles donde aprendimos a reconocernos, no solo estábamos vivos.

En los relatos asomaron nuestras más profundas emociones, ansiedad, nerviosismo, tristeza y rabia.

El mundo estaba cambiando y nosotros también, era momento de reinventarnos, compartir lo que habíamos olvidado, los secretos del alma.

Cuando esté viejita, tendré esta linda historia para contar.

Perdida en el mar apareció un capitán de barco, llamado Ramon Griffero, que me invito a viajar en su embarcación, estando

aquí, conocí una maravillosa tripulación, en la mesa de transmisiones estaban sus más fieles radio operadores, Dolores y Pablo, fueron nuestra brújula.

Seguiré escribiendo la historia de mi vida, por ahora solo quiero agradecer a la vida por esta maravillosa experiencia, porque nuestros relatos no solo quedaran plasmados en nuestras memorias, como el mar, también viajaran y llegaran a distintos puertos.

María Angélica Montoya

Bitácora de una Navegación fue un mar vertiginoso, me enfrento a mis miedos, soledades y pérdidas, más también a la calma en medio del caos. Solo me queda agradecer a mi amado grupo, coordinadores y por supuesto al maestro Ramón Griffero por la oportunidad cómo escritora, actriz y ser humano en resistencia.

Sol Morán

De la nada hacia un Todo...

Vagos eran mis conocimientos en la escritura. Los senderos recorridos eran escasos y de poca profundidad, siendo el arte la sustancia perfecta para indagar en estos caminos sinuosos de lápiz y papel. Desatada la crisis de la oscuridad en un mundo perdido por la Muerte y el individualismo, surge una pequeña luz de esperanza, un taller de Narrativa visual dictada por el Premio Nacional de Artes de la Representación y Audiovisuales Ramón Griffero.

Ingresé en una virtualidad cibernética donde en pequeños recuadros. Re-conocía a mis compañeros y compañeras. Me sentía como la mayoría de los estudiantes del mundo sumergido en

pequeños rectángulos, conectándonos con Chile y América. Dos Humanos dentro del mundo de estos rectángulos se dedicaban a coordinar de manera ejemplar, certera y amable a todos/todas/todes compañeres y sus necesidades con respecto al trabajo. En una de esta figura geométrica se encontraba nuestro "Capitán" así fue bautizado por la tripulación.

Al poco tiempo de empezar nuestro taller, se nos invita a subir a un hermoso Barco en el cual navegaríamos por meses sin un rumbo determinado, más bien huyendo de la peste desatada en tierra... las emociones, los miedos, las tristezas y alegrías se hicieron sentir. Las tormentas y la deriva fueron nuestras compañeras en alta mar. Ardua es la labor de un marino y arduo fue nuestro trabajo al escribir…

Después de meses de labor a cargo de nuestro capitán, pudimos divisar tierra. La esperanza fue bien recibida, la alegría fue unísona y con una gran fiesta pusimos término a esta experiencia virtual de escritura.

Alegremente los y las tripulantes pudimos construir en esta época de tremenda humanidad nuestros relatos sobre la Pandemia…

Diego Nicanor

Ser parte de esta tripulación, de este viaje sin fin, ha sido eso, "ser parte de algo", acompañar esta soledad de encierro en creación de narrativas visuales, en encuentro virtuales que me sacaron del letargo que vivía, siento que hoy en Chile volvimos a dictadura, nos quitaron la libertad, pero ¿Realmente vivíamos libres? ¿Qué nos hacía sentir libres? Acompañar esta soledad donde la virtualidad está a nuestro favor, donde los limites no existen ya que el internet sobre pasa las distancias y las instancias es lo que más agradezco de esta navegación, ya que permitió acceso al convivio con personas de distintos lugares del mundo, donde

el rectángulo de la pantalla significo nuestro refugio, donde las palabras sentimientos y emociones tenían total cavidad, siento que la imaginación fue el alma del barco.

Jesenia Oblitas

Los meses de confinamiento, en un inicio, fueron inexplicables. Nunca pensé vivir en carne propia una pandemia. Me aterré, al recordar las lecturas sobre otras pandemias de la humanidad y todo en mi último año escolar. La incertidumbre, la angustia salieron a relucir. Sin embargo, en los meses de navegación, como tripulación, guiados por Ramón Griffero y comandados por Dolores Reina y Pablo M. Videla, significó a mis 17 años, un nuevo mundo de conocimientos y experiencias, más el reencuentro con emociones adormiladas. Nunca me vi escribiendo a este nivel, sólo frases que se me ocurrían en el momento. La travesía inolvidable que realizamos fue la luz de meses eternos, dudosos y oscuros. Fue la política del arte en acción, como nos decía el maestro Ramón.

Rayén Pizarro

Durante estos tres meses de navegación este proceso ha sido una exploración al interior, intenso como deben ser los viajes, con paradas obligatorias que permitieron verme en panorámica, para así recoger fuerzas y vislumbrar caminos de autoría. La toma de decisiones ha marcado esta travesía, Chile vive un momento de transformaciones políticas se disputaba el camino del apruebo y del rechazo, a nivel mundial la pandemia prueba las políticas públicas de las áreas vitales de nuestras sociedades contemporáneas salud, educación, economía, cultura, comunicaciones. En este caos a momentos me sentí pequeña ante tanta injusticia y

pude guarecerme, sin el idílico del refugio donde se soluciona todo, sino que me situé en la calle sin salida de la confrontación a las ideas propias, paisajes recurrentes, inquietudes, miedos, esperanzas, sueños. Ahora ya el proceso de edición finaliza, me siento gigante, plena y agradecida, por los encuentros con compañerxs y la guía preocupada, cariñosa y exigente de Ramón, Dolores y Pablo, a los lectores espero que disfruten del viaje.

Lirna Quintana

Tú, que estás solo en este momento, entre tanto del silencio, avanza.

Navega por las palabras, las emociones, los sueños y los terrores de esta tripulación.

Aquí hombres y mujeres se embarcaron sin miedo, buscando cobijo en medio de tanta desolación. Esta peste, que tú también conoces, nos ahuyentó del mundo, nos separó de los abrazos, las risas, los cuerpos, pero entre de tanto que creímos perdido, un barco encendió nuestro corazón, nos encontramos y fundamos un nuevo territorio en el océano, en esta inmensa soledad. Así que respira, sumérgete en estas palabras, son un regalo, una ofrenda, una memoria, para tu ahora, para tu amor, para tu vida.

Dolores Reina

Una ruta literaria se forjó en la cuarentena
sembrando en tierra morena nuestras emociones diarias
de manera solidaria removimos el barbecho
arando nuestro derecho colectivo a ser fecundos
cosechando lo profundo que habitaba en nuestro pecho

Rodrigo Rojas

Desde el primer día tuve la sensación que sería más que un taller literario, dado el formato virtual, la pandemia, las incertidumbre, certezas y dinámicas de cada cual. Eso es lo que pude apreciar, sentir, junto a mis compañeres en las distintas sesiones. Y es que el taller, también se convirtió para todes en un refugio y una salida. La hermosa diversidad de personas con grandes dosis de pasión, convicción, sensibilidad, arte, análisis crítico, talento, consecuencia, dedicación, solidaridad y perseverancia, entre otras muchas virtudes, hizo de este barco multicultural una travesía navegable a pesar de las inclemencias del tiempo, del mundo.

El aprendizaje fue de amor. Las distintas edades, contextos y saberes aportaron fuerza, sinceridad, liderazgo, paciencia, humildad, hidalguía, abnegación y personalidad.

Más de una treintena de pedacitos del mundo, nos unimos desde distintas latitudes de la Tierra, para contarnos historias, oírnos, sentirnos el pulso y compartir nuestras almas desnudas muchas veces a tope, sobre todo cuando la tormenta era más adversa para la tripulación.

A Ramón Griffero.

Gracias por una invitación maravillosa a crear desde el "nosotros", a navegar la historia reciente con usted. Mano generosa, que tendió a todo aquél que quisiera navegar en este océano interminable de historias. Un lujo. Al maestro con cariño y admiración.

A Dolores Reina, Pablo M. Videla,

Por vuestra amorosa dedicación, encomiable profesionalismo y paciente repuesta a cada duda o consulta que surgió durante todo el proceso. Por planificar, coordinar, reforzar conceptos, alentar en todo momento y a toda hora, muchas gracias. Se pasaron

A todes mis compañeres. Sólo decirles, que son luz. Cada une de ustedes. Gracias por todo. A mi familia, amigas y amigos, por el amor, apañe incondicional, generosidad a toda prueba,

eternamente agradecido. Al Seba por el tremendo dato, sobre el taller y a mi Ángeles, por su sabiduría.

Mauricio Salazar

En el viaje del diario vivir, he visto cuerpos viajar muchas veces, pero almas jamás, aquí vi nadar almas, en la inmensidad del mar que nos contenía, a veces flotábamos, otras, nos hundíamos, pero eternamente navegábamos juntos, veíamos atardeceres, soñábamos, resistíamos, mientras sin querer nos conocíamos, desarropábamos nuestros anhelos durante el invierno y la primavera.

Contábamos historias de lo que es y pudo ser cada una de nuestras vidas en este aislamiento, siempre con amor, cariño y respeto.

Innumerables bellos e inolvidables momentos, permanecerán siempre en mi memoria y corazón, personas inmensas, llenas de experiencia y cicatrices, que siempre me recordarán que en el mundo si hay amor.

Inés Venegas

Como Coordinador de este taller, ha sido una experiencia de alto aprendizaje, en un contexto distinto, donde la virtualidad ha sido una herramienta esencial. Durante los cuatro meses aprendí a manejar y familiarizarme con esta, buscando mejorar los canales. Sentí cercanía con el equipo de trabajo, creo que logre solucionar barreras y animar a les participantes en momento de confusión durante la pandemia, eso me satisface. Nos conectamos desde el respeto, empatía, la sinergia colectiva, desde un mar de esperanza. También tuve un rol de alumno, no dude en aprender de la dirección de Ramón en este taller de narrativa, aprendí, crecimos en esta semántica extraída desde el imaginario, desde lo

sensorial, lo emotivo en tiempos innombrables. Las herramientas obtenidas quedaran arraigadas orgánicamente.

Pablo M. Videla

Sufrí la pandemia con el azote de la cesantía, la incertidumbre de la sobrevivencia, emociones que complicaron el encierro impuesto y me obligaron a entrar en espacios que no conocía. El taller fue un oasis que me obligó a volver a mí, a encontrar la inspiración para hilvanar sentires y esperanzas. Conocer a compañeros que empatizaban en la revuelta y el confinamiento ayudó a viajar con mayor seguridad. La simpleza y maestría de Ramón lograron pulir mi pluma que se encontraba muy abandonada por falta de fe, por exceso de realidad.

Carolina Vigneaux

Desde mi trabajo como actor, director y dramaturgo, he desarrollado la escritura en diversos ámbitos, desde la ficción a la crítica de arte. En todos ellos ha sido fundamental la reflexión en torno a la palabra como un lugar para pensar la historia, el pasado, el futuro, el presente y nuestras emociones. Así, en estas Bitácoras, la escritura se reconstituye como una voz arcaica de resistencia existencial y política; la palabra como testimonio de múltiples vidas arrojadas en mares que se han convertido en ruinas...en medio de una navegación incierta y universos aún desconocidos.

Héctor Freire

Todos somos una ola en esta infinita marea solitaria, donde el viento nos mueve a sotavento o barlovento, y nos envuelve en un torbellino de esperanzas infinitas 1313 soy una tripulante mas

De esta tropa impulsada por un creador que no descansa y nos da vida frente a tanto cuerpo inerte. Y nuestro fuego interno este encendido, aunque sea en momentos cenizas, no dejaremos que ninguna tormenta nos divida, porque somos resilentes, gracias al taller de narrativa visual

Se despide con el sonido de una gaviota, la vikinga.

Loreto Galdames

LAS BITÁCORAS

JAIME ALTAMIRA

Nació en Santiago el 28 de Mayo de 1978, Actor pedagogo teatral formado en la Universidad Academia de Humanismo Cristiano, Músico y Dramaturgo de diferentes obras montadas por la compañía silencio colectivo entre ellas "Elena" con estrenos en la sociedad de escritores de Chile. Dos de sus obras están publicadas en el libro *Para la memoria de todas* junto a la escritora Paulina Correa. Actualmente trabajando en la realización de guiones para cortos.

Sábado 25 de abril, noche -Último aliento:

El cuerpo yacía vestido de blanco y descalzo, tenía el cabello no tan largo, liso, de un color gris intenso, sus ojos, al igual que sus manos, eran pequeños, frágiles con párpados y sienes arrugados, indicaban que la mujer tenía unos 65 años. En su rostro se apreciaba el desgaste de su vida y la resignación de su muerte. A su lado estaba su hijo, Agustín, un muchacho alto de mirada simple, sensible y con unos pequeños lentes que le hacían ver sus ojos mucho más pronunciados.

—¿Qué hora es? —preguntaba después de un largo y emotivo silencio.

—Debe ser entre las 3:00 y 4:00 de la mañana, la hora más oscura del planeta —le respondía el doctor Ignacio, la única persona que iba quedando a cargo de la salud de los tripulantes de este barco.

—Vivió sin tiempo, sin esperanza y sin fe. Cuando se pierde a alguien tan querido, se pierde un trozo de uno también. Se va quedando sin espíritu, sin capacidad para poder amar, queda el recuerdo, la voz, la mirada… sobre todo la mirada, al principio

ves los rostros de los muertos sufriendo, resistiendo hasta el último suspiro, pero con el tiempo los ves con una ligera sonrisa, como la primavera, tal vez porque están en algún lugar contemplando hermosos valles verdes y floreados o en alguna isla paradisiaca esperando volver al reencuentro —decía Agustín con gran ternura.

Era la trigésima víctima a causa del virus en esta embarcación y mientras la veía hacia lo posible para evitar imaginar el miedo y la desesperación que sintió su madre al estar muriendo sola, sin que nadie hubiese podido tomarla de la mano, darle una última caricia, un abrazo o simplemente despedirse, con su corazón palpitando a mil por hora, sin poder moverse, ni siquiera para pedir ayuda, volviéndose todo más lento. Pensó en cómo sus sentidos, en tiempo récord la deterioraban, al ritmo de su vejez, la vista nublada como la camanchaca, su olfato arrancado como bosque deforestado y el sonido de sus pulmones tratando de procesar el aire que se volvía cada vez más denso y áspero. El miedo que pudo haber tenido al estar luchando con la muerte a oscuras, sintiendo que su respiración y con ello la vida se iba apagando con el paso de la brisa que envolvía al barco cada noche.

—Parece que nuestro destino se acerca cada día más —le respondía el doctor Ignacio mientras le cerraba los párpados cuidadosamente.

—¿Cómo habrá sido su último aliento? ¿A quién recordó por última vez? ¿Habrá pensado ti en algún momento? Pues lo dudo —le decía Agustín a su padre que estaba en un rincón del salón con la mirada fija, sin emitir una sola palabra y derramar una sola lágrima.

Cuando los primeros rayos del sol empezaban a saludar y mientras se despedía dándole un beso en su mano fría y amoratada, a vista y paciencia de los tres hombres, la madre se levanta de su improvisada morgue, respira profundamente, su cuerpo ya recuperado observa a su hijo, con gran dulzura lo acaricia y besa en la frente para después atravesar los ventanales siguiendo una luz

dorada brillante que atravesaba y reflejaba por toda la habitación. Agustín vislumbra a su padre llorar por primera vez en su vida.

Bitácora de una navegación: Tarde del 12 de Mayo

La cofa:

Agustín con Ignacio forjaron una gran amistad, el doctor le enseño cosas básicas de medicina con el fin de que fuera su ayudante. Éste aprendió rápidamente el oficio como curar heridas, reparar huesos rotos, colocar inyecciones y sobre todo diagnosticar a tiempo a los enfermos de la peste para darles un adecuado tratamiento. Poco a poco los contagiados que se iban recuperando ayudaban a los otros para no dejarlos solos. Al parecer parte de la cura estaba en acompañar al otro, no aislarlo. Los navegantes ya no sabían qué día era ni menos la hora, el tiempo como lo conocían, a raíz de esta peste, dejo de existir, ya no funcionaba ningún celular, reloj o calendario. Muchas vidas poco a poco iban abandonando la embarcación siguiendo luces de diferentes colores para cada persona, tal como a la madre de Agustín. Otros barcos aparecían en mitad de la noche convertidos en verdaderos barcos fantasmas con cuerpos putrefactos y colgados. Todos los días Ignacio subía a una pequeña cofa junto a su amada para mezclar sus cálidas aguas internas viendo estrellas de día y soles en la noche, con sus anillos de plata unidos navegaban en el más extenso océano de amor. Ella era chiquita, de contextura media, muy risueña y soñadora, tenía una voz melancólica como hoja que cae en otoño y olía a jardín, ahí recordaban sus tiempos en tierra y jugaban a ponerle nombres a hijos que algún día tendrían. Ignacio siempre encontraba la manera de sorprenderla, regalándole flores de madera y peluches de las más variadas formas de animales. Mientras estaban ahí, Agustín se dedicaba a atender a los pacientes enfermos de acuerdo a las instrucciones de su amigo. Una tarde, mientras la pareja reposaba después de haber

flotado por el mundo, divisaron a lo lejos una gran masa de nubes negras que se acercaban rápidamente, vieron cómo ballenas, tiburones, peces de todos los colores y formas hasta medusas y cuanto organismo marino existente arrancaban de tal tormenta. Ignacio tomó rápidamente a su amada en brazos para bajar lo más rápido posible y alertar al resto de la tripulación, el vaivén de las olas se hacía cada vez más intenso e ininterrumpido. El viento comenzó a dar conciertos sonoros transformándose en un gran huracán, tan poderoso que hacía girar al barco sobre su propio eje con los animales marinos volando despojados de su propio hábitat. De pronto el barco comenzó a desarmarse cayendo un palo de mesana directamente sobre ambos. ¡La tormenta acaba de comenzar!

Bitácora de una navegación: Madrugada del 13 mayo

El baile de los muertos:

Las luces rojas de los relámpagos destellan fuerte en los ojos de Ignacio como el sonido de los truenos y grandes olas que parecen cadenas montañosas en sus oídos. El mar recorre a su vez su cuerpo impregnándolo de moléculas brillantes que se incrustan en su piel. La tempestad es tan violenta que se asemeja a una batalla entre Zeus y Poseidón donde el barco se ve como una hormiga en el desierto o un cometa en el espacio. En un momento, Ignacio comienza a sentir un peso profundo en su pecho que le complica moverse y un líquido dulce comienza a escurrir intensamente por su rostro. El cuerpo de su gran amada reposa sobre él, su sangre no es salada como el mar, sino que es dulce, tiene un ligero sabor a menta y agua de cordillera. Agustín, aprovechando la tensa calma que genera el ojo del huracán, se abalanza hacia la pareja atravesando todo el tremendo caos que hay tanto en Babor como en Estribor, la gente se lanza al mar con algún pedazo de madera que encuentran en su camino, otros se las lleva el viento hacia las pro-

fundidades del cielo, unos oran, otros gritan. Los espíritus de los que van muriendo comienzan a danzar por todo el barco mientras que desde el cielo cae una torrencial lluvia de flores de lavanda.

—¿Para qué resistir? —le decía un agónico Ignacio a Agustín.

—Ese estúpido apego por la vida que tiene el hombre. Me voy, así podré tocar el piano que tanto me gustaba, ir de un lugar a otro en un segundo, respirar la materia orgánica de los árboles, ver todos los atardeceres que quiera, madre, padre, hermanos, amigos, ¡¡¡Ella, ella está aquí!!!

Repentinamente el silencio y la emoción se apoderaron de Agustín al ver que los espíritus desaparecidos de la tripulación, incluida su madre, formaban una especie de pared astral que cubría todo el barco protegiéndolos de la tempestad que los acechaba.

—!!!Es ella, es ella¡¡¡ —decía su amigo agonizando. Cuando en eso vislumbra que su amada se levanta y al igual que la madre de Agustín respira profundamente, observa a Ignacio y con la misma dulzura, le estira su mano, donde aún conservaba el anillo de plata en su dedo anular, para invitarlo a unirse al baile.

Bitácora de una navegación: Mañana del 15 mayo

El reloj:

Agustín, tal como en un campo de batalla, iba uno por uno ayudando a todos los sobrevivientes de la terrible tormenta del día anterior. Unos gemían de dolor, otros gritaban los nombres de sus cercanos, algunos deambulaban mirando el horizonte en busca de respuestas divinas.

—¿Por qué están todos aquí? ¿Ya llegamos? ¡No quiero que me dejen en el mar, por favor! —manifestaba un anciano con su pelo canoso y ensangrentado.

—Tranquilo, nadie lo dejará en el mar —sostenía Agustín mientras lo revisaba cuidadosamente.

—El mar es el cementerio más misterioso que hay, es traicionero, es impredecible porque a veces devuelve a la gente cuando la lanzan. ¿Usted a qué se dedica?

—Soy el nuevo médico de esta tripulación. Debido a la tormenta de ayer usted se tropezó con un cabo de amarre golpeándose muy fuerte en su cabeza provocándole un hematoma —le respondía con paciencia y ternura mientras improvisaba una especie de cojín para que descansara.

—Los arrojábamos desde los helicópteros y sólo una apareció en la orilla ¡Solo una!… El mar está furioso conmigo, me está castigando —replicaba el viejo mientras veía cómo a una joven pareja los lanzaban junto a sus pertenencias abrazados con sus labios pegados uno al otro; El beso que la muerte no pudo separar pensó Agustín al verlos.

—¡Tienen que ponerle fierros para que se vayan al fondo, dígale que tienen que amarrarlos con cosas pesadas para que no floten! ¡Si no lo hacen lo sabrán, todos se darán cuenta! ¡La tormenta! Hay que refugiarse.

—¡Cálmese! ¡Trate de estar tranquilo, la tormenta ya pasó! —le decía Agustín en tono de consuelo mientras le apretaba fuertemente la mano. Padres, Madres, Viejos, jóvenes y hasta niños fueron absorbidos por las profundidades del mar que hasta ese entonces sonaba como unos violines dulces y "staccatos". Otros en cambio iban hacia la misma luz que siguió la madre de Agustín formando un gran arcoíris alrededor del barco.

De pronto el anciano saca un pequeño reloj de bolsillo, con una cadena colgante metálica de color oro entregándoselo a Agustín.

—Si muero quiero que le dé este reloj a mi hijo, él merece tener algo mío, algo en que pueda recordarme, aunque el tiempo haya desaparecido este reloj lo guiará hacia el nuevo mundo. ¡Los vuelos de la muerte! ¡los vuelos de la muerte! ¿Seré un bulto al igual que ellos? ¡No quiero que me dejen en el mar! ¡No quiero que me dejen en el mar! —exclamaba el viejo tripulante que con terror veía cómo a los muertos los iban lanzando junto con alguna pertenencia que llevaban consigo.

Al momento en que Agustín contemplaba el reloj un sonido agudo, fino, angelical como el que hacen las ballenas cuando dan sus conciertos comenzó a sentirse en todo el barco, sobre el mar y descalza una mujer de ojos turquesa con traje largo de un rojo intenso comenzaba a cantar una especie de opera que parecía venir de otro mundo, con melodías y notas que nunca se habían escuchado. Los sobrevivientes fueron tomando posición hacia ella absorbidos e hipnotizados frente a tremenda belleza sonora, los heridos, ayudados por otros, se iban incorporando a medida que el canto estremecía aún más sus pieles.

Un grupo de delfines rosados comenzaron a rodearla, acompañándola con coros magistrales apoyando la tonalidad de su canto. Su mirada hacía detener el tiempo e iluminaba aún más el día.

—¡Es ella, es ella, es la que apareció en la orilla! ¿Dónde está la luz? ¿Dónde está la luz? —Fueron las últimas palabras del anciano mientras derramaba lágrimas negras de arrepentimiento. Al mismo tiempo en que la mujer cantante iba entonando sus últimas melodías hasta desvanecerse en el ocaso, un joven y delgado tripulante que tenía todo su cuerpo tatuado era el encargado de lanzar a los muertos junto a sus pertenencias;

—¿Lo conocía? —le preguntaba a Agustín.

—Sí, era mi Padre —le respondía con frivolidad.

Fue así que juntos amarraron el cadáver del viejo con restos de fierros que estaban esparcidos por todo el barco y mientras se hundía Agustín observaba por última vez el reloj lanzándolo hasta perderse, al igual que el cuerpo de su padre, en la oscuridad del océano.

Bitácora de una navegación: Fecha desconocida, Mediodía

Jallalla

El sol estaba por encima de la embarcación arrojando toda su energía, Agustín y los tripulantes se refugiaron en cualquier parte donde hubiese sombra ya que era tan fuerte el calor que la madera del barco crujía haciendo un ruido ensordecedor. Los que estaban en la sala de máquinas se apresuraron hacia el exterior para que el viento los llenara de aire fresco. El agua y la comida era administrada por don Juanito, un viejo muy gordo que tenía un gran vozarrón; —¡Señores atención! Debido a que nuestro barco sufrió graves e irreparables daños donde muchos compañeros perdieron la vida en la tormenta pasada, hemos decidido darnos nuestro último festín, ya que las probabilidades de sobrevivencia van disminuyendo repartiremos todas nuestras provisiones para irnos en paz. Los nombraremos uno por uno para entregarles su porción—.

Lo que no intuía la tripulación es que esas raciones eran solo postres que estaban guardados para celebrar cuando llegaran al desembarco final. El primero en recibir su porción fue el gigante Sebastián, un muchacho de unos 2 metros y medio de altura que no conocía la tristeza, que dibujaba por todo el barco animales y árboles y que con gran entusiasmo comenzó a devorar sus dos melones y una Sandia entera, tragando incluso sus semillas y cascaras. Luego fue el turno de Yaisa, una niña que podía mover los

objetos con la mente y que tenía grandes dreadlocks azules en su pelo que le llegaban hasta la pantorrilla degustaba un gran mousse de chocolate con frutos rojos.

Cuando llego el turno de Agustín, no podía creer lo que tenía en sus manos: su postre favorito "Castañas en almíbar con abundante crema y nutella" era tanta la ansiedad de los tripulantes en comer sus postres que nadie miraba al otro, así ensimismado Agustín empezó a saborear y sentir lentamente cada castaña fresca en su paladar que, junto con el almíbar, la crema y la Nutella iban dejando una estela en su pasar. Poco a poco, cuando llevaba la mitad de su plato, Agustín comenzó a lavar su cara con el almíbar y la crema para luego llenarse de esa mezcla por su cuello, brazos torso y piernas, también se llenó de nutella en sus manos para masajear su cabeza y su pelo. Luego empezó a sentir un suave y refrescante liquido blanco que recorría todo su cuerpo, al probarla se dio cuenta que era leche asada y observo que todos los tripulantes estaban lanzando restos de sus postres, tiramisús, tortas, cheese cakes, niños corriendo llenos de manjar en sus cuerpos, brownies, flanes, frutas de todo tipo y helados de todos los sabores conocidos. ¡Era una guerra de colores y sabores que se lanzaban unos a otros! —!Kamisaraki, jallalla¡ —le decía la sonriente mujer que seguía bañándolo con ese líquido blanco y fresco, al verla Agustín sintió una gran conexión con ella, donde su mirada y su sonrisa decía mucho más que cualquier palabra que se le ocurriera en el momento. —¿Aymará o Aimára? —mientras aseveraba tiernamente indicándole las dos opciones la mujer empezaba a quitarse toda la ropa quedando completamente desnuda al igual que toda la tripulación, como en una especie de catarsis todos empezaron a bailar encima de los postres y poco a poco se iban lanzando al mar como verdaderas aves marinas. Así Agustín y la mujer se zambulleron en aquella piscina infinita —¡El mar está dulce, el mar está dulce! —gritaban todos de gozo al poder beber sus aguas, pero especialmente Agustín y aquella mujer que con sus cuerpos pegados pudieron volar recorriendo todo el océano.

Poco a poco los sobrevivientes empezaron a regresar, incluido los nuevos amantes que con una tremenda paz interior subieron a la cofa en la que Agustín recordó a su gran amigo y a su novia viendo el ocaso. —¡Jallalla! —le decía la mujer nuevamente a que con más empoderamiento éste le respondía lo mismo: —¡Jallalla!—. Cuando en ese instante, don Juanito con su gran vozarrón anunciaba por todo el barco "Tierra".

FIN

EMMANUEL ÁLVAREZ

Nació en Santiago de Chile donde lleva viviendo veintiséis años. Comunicador Audiovisual de profesión. Le llama mucho la atención los libros con historias de ciencia ficción, suspenso, drama o novela negra.

Bitácora del miércoles 24 de junio del 2020

La soledad oscura y silenciosa invade la habitación. Enérgicas mareas impactan el estribor del barco. Junto a mí se encuentra el respirador que sustenta oxígeno a mis pulmones, lo que me mantiene con vida, o al menos intenta. Desde que embarqué en esta nave de hormigón y metal, mi condición precipita una desfavorable recaída; la vida en mí se apaga, tornándose tan negra y tosca como la exhalación de la chimenea del barco. Incluso el celeste verdoso impregnado en las paredes de mi alcoba refleja más viveza.

Una incómoda sensación me invade, parecida al desconocido lastre de una mirada a tus espaldas. Levanto levemente mi cabeza y dirijo mi mirada hacia la silueta negra que se encuentra en el umbral de la puerta. Siento escalofríos al mirar su rostro blanco como el mármol. Sus pupilas, negras como carbón, me muestran aquella verdad que niego reconocer. El miedo comienza a cubrirme cual manta gélida y fina. La marea desenfrenada agita el barco de estribor a babor; la terrible tormenta ha llegado.

Lentamente la pavorosa figura inicia su marcha hacia mí. Con cada paso la ansiedad aumenta. Su viaje parece no acabar, haciendo de la pequeña habitación una gran sala. Al llegar, su rostro es más nítido gracias a la escasa luz de la lámpara que está a mi derecha. No tengo valor suficiente para enfrentar su mirada.

—¿Quién eres? —Me atrevo a preguntar entre sollozos.

—La Muerte. —la escueta respuesta hace que mi miedo se convierta en terror.

—No estoy listo. —Apenas me sale la voz. Lágrimas tibias emanan entre mis párpados apretados.

—Nadie lo está.

—Tengo miedo. —le respondo con voz temblorosa.

—No deberías tener miedo a la muerte; deberías temer al no empezar nunca a vivir.

—¿Crees que tuve una buena vida? —cuestiono a la figura devolviéndole una mirada insegura y temerosa. La Muerte sonríe dulcemente, cambiando mi miedo por sosiego.

El balanceo del barco acuna mi camastro, como una madre arrullando a su hijo.

—No temes de mí, sino al haber desaprovechado tu vida. —me aclara, seguro de sí mismo. Mis recuerdos comienzan a volar desenfrenados frente a mí. Cierro los ojos. La nebulosa nostálgica se ordena cautelosamente en mi mente y espíritu; navidades y encuentros familiares junto a mis padres y hermanos; mi boda; el nacimiento de mis hijos y nietos. Todas esas personas con las que compartí un trozo de mi amor, respeto y momentos que aproveché al máximo dentro de mis longevos ochenta y cinco años.

La pleamar del océano calma las aguas y el vaivén de la nave. La tormenta ya es algo distante.

Una mano cálida y acogedora sobre mi cabeza me transmite paz y tranquilidad. Mis párpados se abren, frente a mí ya no se encuentra aquella silueta negra con ojos de ónix, sino un reluciente ser con mirada calma, llena de serenidad que me invita a soñar para siempre.

Bitácora del 19 de julio

Las gotas tormentosas caían como granizos en la cubierta del barco dejando la madera barnizada de humedad. El cielo se teñía de negro, brillando con el atisbo de un relámpago distante que contorneaba la silueta negra de la nave y sus velas blancas que bailaban en un desincronizado compás. La borrasca estaba cada vez más cerca y crecía junto al pánico de los pasajeros que intentaban ponerse a salvo.

Jaime, teniente que tenía bajo su mando a cinco jóvenes voluntarios, se les encomendó la misión evacuar y dirigir hacia el sollado a los quince pasajeros que permanecían en la cubierta. El destello de los rayos iluminaba la vía a la escotilla que daba acceso al alcázar. Los navegantes avanzaban a paso corto, en fila, apoyándose entre sí para evitar accidentes.

—¡Rápido!¡A sus habitaciones! —gritaba Jaime con fuerza. Sus arrugas, el pelo canoso y postura su autoritaria transmitían un ímpetu tan sólido como la cadena de un ancla. Con cólera notoria miraba la fila de pasajeros. "¿Para qué salvarles el culo a estos pelmazos?", le preguntó al capitán esa tarde cuando le ordenó la evacuación, "Que mueran unos pocos en la tormenta nos aliviaría bastante".

En menos de diez minutos la soledad se instaló en la cubierta. El intenso viento corría a través del equipo de voluntarios, obligándolos a mantener el equilibrio afirmándose con fuerza en la borda. Su tarea ya estaba terminada, y debían dirigirse al puente de mando para guarecerse de la tempestad.

Un grito desgarrador interrumpió su marcha. Vicente, el más joven del grupo, dirigió su atención hacia el aullido lastimoso. Gracias al intenso alumbrado de un rayo, logró ver dos siluetas que flotaban junto a las enormes olas; el movimiento desesperado de sus brazos reverberaba auxilio, apenas se lograban distinguir las súplicas; las corrientes de viento y las gotas impactando en la madera de la embarcación silenciaban cada palabra.

—¡Hay que ayudarlos! —exclamó Vicente a sus compañeros que tan solo se limitaron a bajar su mirada. —Vayan por los botes de emergencia. ¡Se están ahogando!

—Debemos entrar al barco. Son las órdenes. —respondió Jaime. Miraba desafiante al joven con el ceño fruncido, haciendo de las arrugas de su frente unos contrastados relieves.

—La orden era ayudar a los pasajeros.

—Ellos no están en el barco.

—¡Sufrieron un accidente!

—No es mi problema, jovencito.

—Tenemos que rescatarlos —Vicente dirigió la vista hacia sus compañeros. —¡Rápido, acompáñenme!

Una enorme mano detuvo bruscamente al joven. Jaime dejaba en evidencia una mirada llena de ira hacía el muchacho, y las gotas que caían en su rostro le daban un aspecto maquiavélico.

—¡No te atrevas a darle órdenes a mis muchachos, inútil! —la voz ronca se escapaba por sus apretados dientes. —Te conozco bien. Sé que fuiste parte de la revuelta de Minerva y todo ese grupo de pordioseros que querían armar un motín. Cuando mis superiores se enteren, te van a expulsar sin pensarlo. Y hasta ahí les va a llegar la rebelión.

Hace días que la tripulación moría de hambre y caía en la locura. Tras la detención de Minerva, la jefa de máquinas, los tripulantes comenzaron a rebelarse. Las huelgas y los tumultos aumentaban con el pasar de los días. Vicente por su parte, defendía a los que no tenían voz, convirtiéndose en un líder. No desistía a perder la batalla, salvo por ahora que no encontraba apoyo alguno para salvar un par de vidas. La amenaza recorrió su interior, llegando al miedo. Si él caía, los demás rebeldes también.

—Hay que salvar esas vidas, señor. —imploró sin quitarle la vista de encima al superior. El destello de valentía en sus ojos no era fácil de apagar en ese momento. Aún tenía la esperanza de socorrer a la distante pareja.

Jaime dirigió la vista hacia los náufragos. Las olas apagaban sus gritos, llevándoselos lentamente dejando solo una sombra lejana.

—Mírenlos ahí. —soltando una risa burlona. —Dejen que se ahoguen, muchachos. Que mueran ahogados. Entre menos tripulación es más fácil controlarlos. —terminó la frase con una soberbia carcajada, dándole una palmada suave pero firme en la mejilla de Vicente. —¡Vamos equipo, nuestra misión ha terminado!

La lluvia se hizo más intensa y el viento empujaba el barco hacia estribor. Jaime y sus hombres se alejaban, perdiéndose hacia el interior del barco. Los gritos de la pareja de náufragos apenas se escuchaban, perdiéndose en el oscuro vacío del pacífico. Vicente miró el océano con ojos anegados y el rostro empapado. "Lo siento amigos. Hice lo que pude", fueron las palabras de disculpa que les dirigió al nebuloso y sombrío horizonte. La tormenta ya había llegado, y junto al llanto de Vicente, formaron un eco lamentoso.

Bitácora día, 15 de agosto; 16.45hrs

A veces me limito a cerrar los ojos y recordar aquellos momentos llenos de felicidad y nostalgia: como esa tarde antes de comenzar mi viaje por el pacífico, rememorando el coro de gaviotas, el sol regalando un cálido abrigo veraniego, la brisa húmeda y salada que refrescaba el puerto y a los pasajeros que esperaban abordar sus embarcaciones. El fuerte abrazo de despedida que me regaló mi hermana Marta. El aroma a su agua de colonia cítrica con un toque a lavanda que cubría su ropa era tan intenso que me hacía estornudar.

Frente a mí, poco a poco se construye una casa de madera como pinceladas de óleo. Mi hogar. Donde cada tarde mi mamá nos sorprendía con cosas ricas. Ojalá que esté bien mi viejita.

Aún recuerdo lo que me dijo aquella mañana antes de partir: "*Mijito*, no se vaya a morir de hambre allá dentro. Voy a encomendarme a San Cristóbal *pa*' que lo proteja", mientras llenaba una bolsa grande de tela roja cuadrillé con abundante pan amasado; el olor a levadura y manteca es difícil de olvidar, sobre todo si está hecho por tu madre. Juraba que iba a faltarme comida al embarcarme en tercera clase.

Aquí, sofocado en la incertidumbre de si lograré estar con vida mañana, viajar por todos esos recuerdos es una libertad asegurada. Desplegar mis alas y volar por cada laguna nostálgica; abrazar y reír junto a siluetas nebulosas de ojos cariñosos. Fragancias tan exquisitas que puedo inhalar profundamente. Es el mejor y único refugio que tengo, y el más seguro.

Repentinamente el fuerte impacto del metal contra metal corta deprisa las alas de mi asilo, devolviéndome al lúgubre y repugnante presente que tanto anhelo escapar. El aroma dulce de los recuerdos es reemplazado por el hedor a excremento y orina seca. Unos grilletes sujetan mis muñecas y tobillos, haciendo imposible cada movimiento. Escucho quejidos y jadeos agónicos, hay más gente en igual o peor condición que la mía. Intentamos rebelarnos con los altos mandos, y henos aquí, encerrados en una apestosa bodega de una embarcación. Está todo oscuro como la boca de un lobo, la única fuente de luz proviene de la linterna de alguien que se acerca a nosotros.

—¡Despierten! —exclama una voz ronca y dominante. Invadiendo de eco cada rincón. —El barco ha estado más de una semana varado en medio del pacífico. Los alimentos están escasos y no queremos que los pasajeros pasen hambre. —La silueta del hombre se dirige a un preso que se encuentra a mi lado. La luz de la linterna deja expuesta su desnutrición y suciedad. Comienza a abrir sus grilletes dejando libre sus extremidades. —Lo mejor es deshacernos de unos cuantos. ¡Muchachos, lancen a este a los peces! —Tras la orden, entran dos sujetos para llevarse al

desvalido. El hombre con voz ronca sale detrás de ellos, cerrando enérgicamente la puerta.

Una semana. Juraría que fue hace un siglo que estoy aquí.

La fatiga despierta en mi estómago. Ruge tan fuerte que pienso que va a saltar sobre los indefensos reclusos como un tigre en la selva. Siéndoles franco, no sé cuándo fue la última vez que comí. Solo me limito a acurrucarme en el suelo húmedo, sucio y pestilente; cerrar los ojos y recordar una y otra vez esos hermosos días en mi hogar. Eso me llena más que un plato de comida; así que no te preocupes *viejita*, aquí no paso hambre.

FIN

JAIME AZÚA MUÑOZ

Un hombre humilde cualquiera con una oportunidad única...vivir y descubrir su propósito. En ese camino va autoconstruyéndose.

Bitácora de navegación, tercer día después del zarpe

Dentro de esta forzada travesía, navegando con diferentes grados de comodidades y dificultades para enfrentar la situación, vamos todos, pero ahora con un conveniente, distanciamiento social.

La mayoría va bajo el nivel de flotación de la nave, la tripulación más calificada se mueve por los niveles intermedios del barco. En la cubierta viaja una porción más pequeña de personas, que parecieran disfrutar del viaje.

En mi por ahora, libre recorrido, llama mi atención dos personajes, en la cubierta de la nave, un tanto agazapados hacia la popa del barco, cómo a espaldas de los demás, sus movimientos eran rápidos, certeros y coordinados. Parecían estar arrojando objetos al mar, pude apreciar como muchas mascarillas, guantes, respiradores cotonitos y protectores varios, terminan flotando unos segundos antes de ser devorados por los peces quienes mueren al instante.

Más tarde, en otro aún más exclusivo y bien calefaccionado sitio, arrellanándose en el más mullido sillón de cuero, con un brandy en sus manos, y en tono patriarcal, el capitán y su contramaestre reflexionaban:

—algún día seré recordado cómo el hombre que salvó a su patria, y ante eso no habrá otro que sea capaz de opacar mi grandeza.

—sólo gratitud de mi parte por delegar en mi tan importante misión, no defraudaré, como de costumbre, su confianza.

—no olvides lo realmente importante …las acciones.

—si sí, nuestras acciones.

—que tienes pensado¡?

—imagínese…. que tenemos el mejor sistema de salud del mundo.

—yo lo tengo, nosotros lo tenemos... pero…

—debemos hacerlos mutar, de la desconfianza a la fe.

—sí, una buena dosis de fe, salud!!

—salud!!

Bitácora de navegación día 101 antes del mediodía

Todo era vaho y ensueño en la litera del capitán.

Sumergido en una profunda ensoñación; ensimismado en una especie de sueño eterno, envuelto en una cálida atmósfera, agridulce, viscosa saturada de sus propios efluvios y pulsaciones, donde la autocomplacencia y el sopor se unían para dar rienda suelta a su febril onanismo mental, que lo llevaba a recordar sus pasados momentos de gloria.

Parecía disfrutar cada instante, momento o lugar que repasaba en su mente. Aunque, a momentos su rostro se contraía de reprobación, adquiriendo una virulenta oscuridad.

En su delirante periplo cerebral revivía también, aquella soleada mañana de domingo en donde su padre se jactaba de la inteligencia de su hermano mayor y ahí su rostro, parecía el de un niño abandonado, que eternamente buscaría la aprobación de los demás.

Pero casi al instante su boca y sus ojos tornaban sé altaneros y despectivos, volviendo a oscurecer su rostro…

—Eso pensabas padre?….

¡pues te equivocaste! exclamaba en la Soledad.

¡Mírame ahora!... soy el capitán de este barco…

En el exterior, el precario equilibrio de la azotada nave parecía no resistir el fuerte oleaje y las ráfagas de viento mucho tiempo más, el naufragio pareciera ser inminente.

En el interior del barco navegantes y tripulación compartían la impotencia de viajar a la deriva, mientras intentaban salvar sus vidas de la tormenta y la enfermedad. No quedaban opciones, había que nivelar la nave, hacía falta un nuevo equilibrio uno real y no sería de otra forma más que haciéndose oír.

Solo el fuerte estruendo de una iracunda multitud, irrumpiendo en su litera, logró en parte sacarlo del marasmo en que se encontraba el capitán; a regañadientes se resistía a volver de la profunda oscuridad en la que se complacía, así no tener que enfrentar su falta de capacidad y moral para guiarnos y vivir, lo que, para otros, era la dura realidad.

Bitácora de navegación, quinto día después del fin de la tormenta, 9 de la mañana

Pasábamos casi todo el día en cubierta apoyados en las barandas, mirando el horizonte, escrutándolo, buscando la tan deseada tierra firme que parecía ya no existir.

Varados en medio del mar, bajo el sol abrazador y la ausencia absoluta de viento, nuestro barco parece suspendido en el tiempo, casi levitando en el mar, adquiriendo un tono, espectral. La sensación de tedio, abandono y eternidad, sólo acrecentaban la profunda inquietud de viajar sin un destino, la duda se apoderaba de nosotros.

Las horas se hacían eternas, los relojes parecían no querer avanzar, había que inventar nuevas formas para engañar al tiempo. Tiempo que al quedar cómo nunca antes en nuestras manos,

nos empezaba incluso a abrumar, fue el momento en que muchos nos empezamos a preguntar qué fue lo que hicimos con él.

Fui tras mis pasos, intentando reconstruir mi pasado, ¡¡cuánto tiempo perdido!! corriendo tras de estereotipos, tratando de encajar, escuchando cómo debía vivir mi vida; persiguiendo ilusiones, fantasías, frivolidades, auto engañándome, adormeciendo con lujos y comodidades mi ética y moral, convirtiéndome en cómplice de todo.

Hoy me torturan los recuerdos, chocan como rayos dentro de mi cabeza, las imágenes de penosos momentos desperdiciados por mi torpe afán.

—¡¡Mira papá, aprendí a dominar la pelota ven a jugar conmigo!!—

Esas simples palabras pronunciadas con toda la alegre inocencia de mi hijo, no hacían más que reflejar mi estupidez, en su punto más alto. Haber rechazado su invitación a jugar, sin duda hoy, me condena.

pero quiero cambiar, muchos más también lo están tratando. Si algo bueno nos había traído esta enfermedad, fue que nos obligó a detenernos, nos vimos cómo hámster fuera de su rueda, descansando del eterno rodar.

Hoy lo estamos intentando, pareciera que se renuevan los discursos y las visiones, que nos permiten develar mejor las desigualdades. Pero tengo temor de que todo, no sea más qué un delirio, un espejismo, provocado por nuestra extensa exposición al sol y todo sólo se convierta en un listado de buenas intenciones, que quedará olvidado junto al mal recuerdo de una pandemia, volviendo a llenar el mundo de basura innecesaria, destinando el tiempo a lo que no lo merece, saturándonos de banalidad, otra vez, abandonando padres e hijos por nuestras más irrelevantes motivaciones y el vacío de esa inmensidad, no nos permita jamás salir de aquí……

Bitácora de navegación, en algún oscuro lugar del barco… todo el día

Tendido de pecho sobre mi reposera, en la cubierta del barco, disfrutando de un día soñado, el sol es cálido y acogedor, el mar mece suavemente la embarcación, provocando en mí, un pequeño letargo, la brisa salada, combina perfectamente en mi boca con mi tequila margarita, que entra como un suero vital a mi cuerpo, permitiendo qué mis pensamientos fluyan.

Atrás quedaron los temores de una terrible enfermedad, la habíamos vencido y con un costo de vidas muy bajo, pues se privilegió estás, antes que cualquier medida económica. El sistema no resistió (...)

y eso no fue malo, pues con tiempo a nuestra disposición, pudimos satisfacer de nuevas maneras, más creativas, ecológicas y justas nuestras necesidades.

Floreció el pensamiento, desarrollamos nuestras habilidades más postergadas por un sistema maquinal e impositivo. Talleres literarios, de cocina, jardinería, reciclado y todo el autoconocimiento ayudó para poder salvar la difícil situación.

Con todo así y ante tanta belleza me dejo llevar, intento cerrar mis ojos y dormir... pero una dolorosa oscuridad me atraviesa de boca a pulmón; trayéndome de vuelta al paraíso.

Al volver a ponerle atención, puedo ver como todos los navegantes y la tripulación, tomados de las manos danzando, riendo, compartiendo su tiempo y alegrías por doquier. En las escotillas de las literas cuelgan verdes autocultivos de toda clase de flores y frutas, convirtiendo al barco en un vergel casi como un oasis flotante.

Tanta belleza me hace emocionar hasta las lágrimas, lágrimas de alegría y todos se sienten afortunados de sus vidas, de pronto el mar y sus habitantes parecieran sumarse a nuestra felicidad,

puedo ver cómo una manada de alegres delfines cruza nuestra embarcación, haciendo gala de su habilidad y simpatía.

con muchas cabriolas parecieran saludarnos, para luego perderse en el horizonte, más bello qué recuerdo haber visto en mi vida.

Casi al instante, desde los arrecifes cercanos, un grupo de increíbles y bellas sirenas, coreaban una hipnótica canción.

sin poder entender lo que estaba presenciando creí estar soñando e intenté despertar desesperado, al no poder salir de esta imposible realidad. !!Un fuerte dolor en mi pecho me borró de todo¡¡¡

En mi cabeza la confusión era total ya no sabía dónde estaba, mi cuerpo no lo sentía, de pronto la sensación de tener mis pulmones fuera del pecho, como un pez fuera del agua, se apoderó de todo mi ser.

lo último que recuerdo es estar dentro de una bolsa, qué unas bellas sirenas cierran mientras sonríen desde afuera.

Bitácora de navegación, Domingo 21 de septiembre del 2120

Soy Theo y pertenezco a la cuarta generación de tripulantes, quienes un día tuvieron que partir de tierra firme escapando de nuestra propia autoextinción, de la purga a la que nos sometió la madre tierra.

Hoy viajamos, a bordo de nuestra querida nave madre Minerva.

representante de toda sabiduría y de una nueva visión matriarcal, que vino a dar equilibrio a nuestro errante navegar.

Rebautizada así, por nuestros antepasados, en honor a la primera mártir de nuestra embarcación, allá por el lejano 2060.

Tiempo en el cual, de la mano de nuestro espíritu de supervivencia y la gran capacidad de observación que debió ajustarse,

a la necesidad de aprender a vivir de esta nueva manera, sobre el mar.

habíamos crecido como población y como seres humanos. Cultivamos en él, aprendimos a capear y hasta disfrutar cada tormenta, construimos nuevas naves con formas de conchas y caracolas aerodinámicas y resistentes.

Ocupamos, todos los restos de plásticos y basura que contaminaban el mar para su construcción.

De la mano de la tecnología que habíamos conservado, dejando de verla cómo un oráculo, aceptándola como el resultado lógico, natural de nuestras curiosidades y necesidades, otorgándonos increíbles beneficios, ayudándonos a desarrollar una, más orgánica y Conectada con todo ser vivo

convirtiéndonos en seres más sensibles y espirituales.

Los acabados estudio realizados, acerca de nuestras conexiones dendríticas y el desarrollo de nuestras propias glándulas pineales, fruto de nuestro nuevo estilo de vida, nos había dotado de la capacidad de comprender el lenguaje de todo ser vivo. Pusimos mucha atención, fue así como una vez escuchado su mensaje aprendimos a vivir correctamente y hoy es nuestro escudo; —RESPETENSE— nos dijeron.

Atrás habían quedado guerras, revoluciones, ideologías, religiones y enfermedades, que vistas ya a la distancia, sólo ayudaron a separarnos, sin respetarnos como individuos únicos y maravillosos en su diversidad de desierto florido, Coexistiendo y enriqueciéndose a cada instante.

Por eso, no fue tan increíble que todos los navegantes hayamos podido entender a ese maravilloso colibrí, que se comunicaba con nosotros, de una forma tan nítida.

En sus bellos revoloteos, a nuestro alrededor, con la rapidez de un electrón rondando un átomo y a través de sus profundos pequeños y magnéticos ojos, nos entregó su mensaje

Venía de tierra firme y la madre tierra nos esperaba, nos acogía nuevamente junto a todos los seres vivos que alguna vez casi extinguimos.

Esperaban nuestro arribo, la naturaleza, con su sabiduría infinita, nos brindó el tiempo necesario para enmendar el rumbo y esperaba el retorno de nuestra maravillosa especie; de vuelta a tierra firme y desde el mar, otra vez…

FIN

CECILIA BASAURE ESPINOZA

Actriz, estudiante de pedagogía teatral.

En formación constante y búsqueda de nuevos saberes. Se encuentra hoy rumbo al destino que les abrazará sin cuestionamiento, libre de complejos y ataduras.

La libertad se hará presente, en cuerpo y alma.

Bitácora del día 23 de junio a las 17:00 horas. Descubrir

Siete días, seis noches, desde que zarpamos en este frio, metálico navío cargado de incertidumbre y esperanza.

Atrás quedaron los tibios rayos del sol.

La oscuridad de las nubes guía nuestro destino.

Mi cuerpo deambula entre la sala de máquinas, rancho, camarote, marcado tiempo inconcluso.

De sol a sol, de luna a luna, conducimos junto a mis compañeros en alta mar, este barco colmado de sueños.

Todos navegantes.

Todos tripulantes.

Todos seres en búsqueda de rumbo.

Un hombre me intriga en su soledad.

Lo he visto antes, entre el viento y la brisa de las olas, sin que él sepa compartimos las mismas olas, la misma arenas amarillas, otros días negra como el fondo del océano.

Suena la campana para almorzar, eres el primero en estar sentado, quizás nunca sales del comedor, navío gira de forma circular.

Unido estas a esa torre de papel, tu merienda…letras, números, teoría inconclusa, símbolos que no logro descifrar.

Mesas ocupadas, casino abarrotado de hambrientos y sedientos trabajadores, la lluvia atrajo comensales, las fuertes olas golpean el barco, viento azota la cubierta y quien es valiente en su caminar, la tormenta lo llena de humildad.

Me siento a su lado, no hay más lugar, pena, alegría no lo sé, hormigas invaden mi cuerpo.

Para no incomodarte, arrimo mi bandeja con un plato de porotos humeantes, en una esquina de la mesa.

Mi cuerpo confesaba lo nerviosa que me encontraba.

¿Quién eres?

No llevas uniforme.

¿Estás de franco?

Continúas trabajando incluso en el almuerzo.

Me animo, y sin más, fragmento el hielo de la intriga.

"*Hola, soy Minerva mucho gusto*", tú mirada no responde, eres un hombre de pocas palabras, pero no importa, yo tengo muchas las puedo compartir, deseo conocer que haces, llevo tantos días observándote y otros tantos encerrada en la sala de máquinas que no me dejan ver el sol y que confunden mis días y noches.

Observo tu solitario caminar.

Observo tu libreta y lápiz, cordón umbilical.

Observo tu mirada en la profundidad del mar.

El levanta su mirada ensimismada, *"Disculpa, soy William"*

Su escueta respuesta refleja su timidez, su tono de voz simple y concreta me provoca insistir en conocerlo.

Estamos aquí después de tantos días de acecho, juntos y lejanos.

Insisto en saber*, "Espero no interrumpir tu día de franco"*, gentil navegante respondes una a una interrogantes emanadas de mi boca *"no estoy de franco, no soy marino, soy científico"*

"Un científico en alta mar…" Continúe para no perder la conversación.

como no lo vi antes, no me sorprende *"¿qué investigas, ballenas, peces, delfines, que bellos son?" "No, solo Micro plástico"* fue lo único que logre escuchar de su boca. ¿Micro plástico? ¿Por qué tiene que ser tan hermético?, será por lo del Micro plástico.

"Hago análisis de cultivo", por fin más de dos palabras, sin comprender solo logre un *"que interesante",* pero con ímpetu.

Si me dijo eso para que no preguntara nada más, no le resulto.

"Cómo es eso, no he visto ninguna plantación de cultivos en el barco y con este clima"

"Son unas trampas que están a mil metros de profundidad en el Océano y capturan sedimento"

Al parecer mi ignorancia le intereso, logre que dijeras una oración completa.

"¿Eso tú lo analizas?

"Sí"

"Nunca vi un científico en la tripulación, con suerte un matasano que nos daba algo para el dolor de estómago".

Invade un silencio incomodo, silencio que atormenta.

Suena la campana, el tiempo pasa como soplido, fugas, solo se detiene en mis pensamientos, el deber siempre se impone al deseo.

Me intriga más que ayer.

¿Por qué un científico?

Lo dejo abrazado en soledad.

Bitácora del 27 de junio 2020 a las 14:00 horas

Como cada martes por la mañana el Capitán del barco reunió a la tripulación en cubierta, dará a conocer la planificación y cómo se desarrolló la semana recién pasada.

Se nos había hecho habitual esta junta, íbamos como ovejas esquiladas, inmersos en un mar de preguntas.

El viento norte azotaba, dificultando nuestro caminar, no nos daba tregua, era incesante, pero el Capitán imperturbable.

Él nunca está solo, siempre hay cuatro personas escoltándolo.

Podía ver a uno de ellos, como si no tuviera músculos en la cara, le susurraba cada palabra, fluyendo como cause pasivo en río vertiginoso, el Capitán solo se dejaba arrastras por la corriente de sus decires.

Luego de repetir lo mismo de todas las semanas, "…*hemos avanzado miles de leguas, pronto llegaremos a tierra firme, estamos preparados para enfrentar cualquier tormenta, somos el mejor barco de todo el Pacífico, confíen en su Capitán que sabe lo que necesita su tripulación*, *porque yo, también fui tripulante un día",* dijo eso y la cólera me superó.

"Señor llevamos meses escuchando lo mismo, día a día nuestros compañeros son atrapados por la mar, cansados, hambrientos, la tempestad no cesa, estamos rodeados de ballenas muertas y llenos de sedimentos que no nos dejan respirar…"

"¿Quién es usted? "Interrumpió mis palabras que lo increpaban, "S*oy Minerva jefa de Maquinas señor"*, continúe mi relato como volcán en erupción, *"Desplazar se nos dificulta, la gente está abatida, necesitan ver a su familia, alimentarse, llegó el invierno y junto al frío nos levantamos para continuar este viaje sin rumbo, sin nosotros este barco no avanza"*; *"Comprendo lo que dices Minerva, estamos haciendo todo lo que está en nuestras manos para salir adelante de esta travesía que nos agobia, el mar, los rayos y la desesperanza nos envuelven a todos. ¡¡¡Navegantes!!! Seamos valientes, confíen soy su capitán, sabré escuchar a cada uno de ustedes. Sigamos trabajando unidos por esta, nuestra embarcación, muchas gracias, buenos días"*.

Sus palabras se calaron en mis odios como témpanos de hielo, mi voz se abrió paso entre miles de ojos a la deriva.

"¡¡¡*Usted no comprende, el aire frío que respiramos nos está matando!!!*"

El calor de mis pensamientos me impedía guardar silencio ante un superior, "¡¡¡N*ecesitamos resguardar la nave del mal tiempo!!!*"

La mirada del Capitán junto a sus cuatro perros falderos se clavó en mí como dagas, al unisonó solo salieron de sus hocicos palabras de hierro ¡¡¡*Deténganla!!!*

Bitácora del día 20 de julio 2020 a las 04:44.

Despertar

Sometida en esta esfera negra de introspección y soledad,

El hastío me invade,

¿Sueño o realidad?

¿Días?

No sé cuántos días,

Desfallezco en este camastro arrullada por ratas, sábanas que ayer me cubrían hoy son tentáculos que me quieren callar.

El mar es de un color que nunca había visto, negro azul profundo que cala,

El silbido de las olas resuena como jauría de lobos al acecho.

La luz es intermitente, la oscuridad se hace presente, despierto.

Despierto... mil leguas, exhausta en mi camarote, percibo el silencio de la furia, la tormenta como se funde en el mar, crepúsculo, tinieblas, rayos marcan las horas, relámpagos los segundos.

Respiro, abrazo la espuma, sosiego, cansada, divago en sueños, se repiten

Don Clemente, añejado roble, fiel compañero de labranza.

Don Clemente, polvo de estrella entrando por sus ojos, nariz, boca, recorren sus venas, ya es muy tarde para vomitar.

La sala de máquinas resplandeciente como cubierto de plata fina, al igual que el orgullo de nuestro camarada Clemente quien nos recibe cada amanecer orgulloso en su hacer.

Café negro por las mañanas, tos.

Café negro por las mañanas, respiró entre cortado.

Café negro por la mañana, su piel blanca.

Nicanor sabrá calmar su tos, su respiración será un aliento de rosas.

Vaya al médico Don Clemente…no pasa nada.

Abatido por esta fluxión en enfermería lucha por levantar esos huesos longevos, curtidos por los años.

A lo lejos, golpes de metal resuenan en interminable y perturbadora melodía, voces abrumadoras que golpean la puerta, el olor de la sangre me alerta, las piedras flotan, atravieso la puerta, corro hacia la sala de máquinas, las olas golpean de frente, el viento azota de sur a norte, cada paso es una lucha ganada en esta batalla por llegar a destino, seres elegidos con sus chalecos salvavidas y sus boletos de embarque son obstáculos a saltar, ¿se salvarán?…

Manos fuertes me detienen, su blanco vestuario se mezcla con la sal incrustada en su rostro sin emociones, impasible. Flotan en amargura recetas inconclusa, fallidas, Nicanor sucumbe, abandono. En soledad cuerpos carentes de esperanzas tendidos en camillas frías, se alejan.

"*Nicanor ¿por qué no estás en enfermería?"*

"Ya no hay nada que hacer Minerva… ya nadie necesita de mí".

Aprieta mis brazos, sus ojos desorbitados, perdiendo toda serenidad, *"No te resistas al destino, anguilas son dueñas del subsuelo y danzan junto a cuerpos flotantes carentes de oxígeno. ¡¡¡Vamos!!!, aún hay lugar para ti, recoge tu cabello, guarda tus alas, refugiémonos junto a los elegidos" …aún no comprendes Nicanor, jamás seré una de ellos!!!*

Se alejó en medio de la densa neblina y junto a él, el sagrado juramento hipocrático.

A tumbos, movilizada por la rabia, me abro camino entre granizos que guardo en mi espalda, el devenir es incierto. Fieras marinas elevan y dejan caer con fuerza la embarcación, al son de la tempestad.

Dedos de ramas quebradizas, gélidas, entrelazan los míos, los reconozco, callos que los sostienen son familiares, manos trabajadoras, perfume de café negro, Clemente sin zarpar de su cuerpo frágil, su voz paternal me envuelve, *"Estoy bien Minerva... debes continuar".*

Clemente, la esperanza de un mañana revive en mi alma, lo abrazo, me abrazo, su cuerpo se diluye en el mío, su mirada apacible me envuelve.

Bitácora del día 03 de agosto 6:33 a.m. de la nada y del todo

Amanecer en la multitud de la nada, yace la embarcación de metal corroído, suspendido, en la estación del tiempo inconcluso.

Aferrada a la puerta de la sala de máquinas floto en mis pensamientos.

Estoy viva, lo sé y no quisiera estarlo, las fuerzas de lucha arrebatadas por corrientes submarinas mantienen mi muerte.

Sol incesante, fríe mi cuerpo de invierno, ojos secos, pegados, costra de injusticia.

Rayos de sol, caen implacable directo en mi rostro, quebradizo, ajado, en mi frente dos surcos: la lucha constante.

Grietas en la comisura de los labios intentan reflejar la alegría de un día ganado a la muerte.

Escalofríos recorren mi cuerpo… la masa viscosa, polvo de estrella, micro plástico.

¿Se encontrará en mis venas?

Algo pincha este pulmón al respirar, será una espina del pez espada que me atravesó la escapula…

Una vez más por la espalda…,

tantas veces traicionada,

tantas veces incomprendida.

Me quedare un rato más tendida aquí, en medio de este pasillo infinito de la nada y del todo que recorre la enfermería, oficina del capitán y atraviesa la sala de máquinas.

En ese lugar estoy, intentando levantar este cuerpo que no responde, abatido, la vejez prematura lo hace presa.

El aire se ha paralizado, todos es inmóvil, el vaivén del barco, la respiración, el viento, el mar, quietud inquieta…los gritos, los gritos ¿dónde están los gritos?

Tormenta de imágenes fragmentadas…

Dibujos de pájaros muertos hechos por un niño inocente, o no tan inocente

Hombre en cuerpo pequeño.

Ratas de ojos negros vestidas en trajes de lino son dueñas de alta mar

Mujer muerta por un bello collar de perlas negras, asesinato, suicidio, muerte, muerte, vida, ¿nos queda vida?

Barco, guarida, refugio, intento recordar porque me embarqué en este navío.

Mis ojos son abiertos desde fuera, manos indulgentes me remueven, no me dejan ir.

Enajenada de mis emociones, en el abismó de la vida escucho su voz.

Regresa…

No entendía porque mi madre siempre me decía: te estoy criando para la guerra… ahora lo comprendo.

Minerva: estas forjada en acero…

Bitácora del día 30 de Agosto, 5:40 A.M.

Envueltas en la Inmensidad del mar.

Madrugada, fiel compañero que arrulla.

Frente a la claraboya, mi frágil sombra oscurece el albor del amanecer.

Despertar a la tripulación no es menester.

A tientas me levanto, me despego del camastro, colchón amoldado, miles de cuerpos han pasado por el, restos de sudor, orina, lagrimas, testigo de tantas visitas, inmersa en el infinito, diminuto camarote, aglutinados ocho, doce, veinte compañeros de viaje, busco refugio, oxigeno, vacilo en la profunda necesidad de eludir compañía, tropiezo.

Bajo las escaleras hasta llegar al interruptor que enciende la luz del pasillo, presiono el botón, mis ojos cansados, embriagados, no logran ver con nitidez, veo destellos de brillo que iluminan mi camino hasta la puerta del último destino, habitación habitada de cuerpos inhabitados, abro los ojos para escuchar el sonido del silencio, parpados en su máxima expresión, pupilas expectantes, mis sentidos se amplían, crecen como pétalos de rosas recibiendo los tibios rayos del sol en primavera.

Abro la puerta, envuelta por la energía de un cuerpo aun cálido, sin rostro, me reflejo en ella, suspendida en el tiempo.

Voy tensa,
voy agotada,
voy con cuidado,
voy alerta,
voy con mi respiración acelerada,
voy con mi espalda adolorida.

Universo desconocido, cuatro paredes cubiertas de azulejo treinta por treinta, blanco, pulcro, inhabitado, ecos de catarros infectados enmudecidos, sombras tibias por el último suspiro, mezcla perfecta entre frio y calor.

El silencio de la muerte rodeaba todo mi cuerpo, traspasando toda su quietud e indiferencia a mi ser, el viento sopla tímido, sonoro, constante zumbido, circular, intenso, tímpanos que perciben más de lo normal. Paz acompañada de la noche y sus misterios. Como un imán me aferro a un rectángulo de metal, frio, estrecho, funesto, cuerpo y materia en un solo ser.

Estoy pensativa,
deje de pensar,
estoy despierta,
deje de moverme,
realidad,
sueño.

Sometida en esta esfera negra, profunda, siniestra, frágil noche de introspección y soledad, agradable paz en la inquietud de las olas…se repite, sueño, sueño.

Levitación anclada, pluma ligera.
Conversaciones dormidas.
Emerjo, broto, por el canto de las caracolas.
Florezco de esta madera húmeda.
Interrumpen, ruidos que incomodan la quietud de los sueños.

Se repiten, ojos, huesos, nariz, venas, sirenas, sirenas, sirenas a lo lejos, sirenas, sirenas, sirenas cerca, se repiten ojos, huesos, venas, quiero escapar.

Me cobijo en la soledad que me contiene, abro los ojos para escuchar el sonido de la brisa, mi corazón goza la ausencia, respiro, me abrazo, sosiego, la sensación de encuentro, es agradable, permanecería aquí recostada, relajada, consciente en la inconsciencia de mi cuerpo.

Voy,
pronto nos volveremos a ver.
Voy,
a este naufragar llamado vida.
Voy,
a la deriva
Voy
En este barco carcomido por termitas.

FIN

JUAN FERNANDO BASTÍAS COFRÉ

Originario del puerto de Talcahuano de Chile. Eterno admirador y explorador de las maravillas de las expresiones artísticas. Desde que tiene memoria escribe historias para distintos formatos. Comunicador audiovisual, por lo que ha trabajado en distintos proyectos de cine, en especial en el área de guion. Además, es profesor de lengua y literatura, tomó esa profesión para poder transmitir lo que había aprendido, junto con poder profundizar en el mundo literario. Ha trabajado como productor de terreno, escritor de guiones para videojuegos y actividades de fomento cultural. Hoy se encuentra en proceso de recuperar la escritura.

Bitácora 25 de junio 21:06

Primer encuentro

Aún tenían la imagen del barco alejándose del muelle. Recién habíamos cumplido la primera noche desde haber zarpado cuando escuché los rumores entre los pasajeros:

—Era un hombre alto, se parecía a mi abuelo —murmuraba un pasajero con un acento de Europa del este— me entregó un reloj de oro. Sé que lo dejé en algún lugar de mi camarote, pero no lo puedo encontrar.

—¡No!, era una mujer —le respondió el pasajero que lo acompañaba— no puede ver bien su, aunque estoy seguro que era mi madre. Me pasó a "pedrito", el peluche con el que dormía cuando era pequeño. Lo guardé en el camarote, en la mañana no lo pude encontrar.

En mi deambular entre los pasajeros, escuché como los testimonios se multiplicaban y, aunque confusos, había podido sacar un par de conclusiones claras: lo primero, había una entidad en

la embarcación que tomaba la imagen de una figura familiar. Y lo segundo, su ubicación, que me repitieron siempre de manera idéntica:

"Debes subir a lo más alto, girar en el segundo pasillo a la derecha, caminando hasta proa".

Seguí al pie de la letra las instrucciones y ahí estaba ella. No pude ver bien su rostro, pero se me hacía familiar y me entregaba tranquilidad. En sus manos sostenía una caracola con la que parecía escuchar los fuertes vientos del mar.

—¿Quién eres? He escuchado muchas cosas de ti. —Inquirí mientras me acercaba a su lado.

—En Babel hablan el mismo idioma y siguen sin entenderse. —Alejó la caracola de su oído y dirigió su mirada a mi rostro— Los nombres no importan, ¿o acaso has escuchado a otro tripulante decir el nombre de este barco?

Ella tenía razón, inmerso mis asuntos y expectante ante el rumbo que tomaría nuestro recorrido pasé por alto ese detalle, es más, a rato parecía que cada uno de nosotros veía una embarcación diferente. Ella sonrió y como si escuchara mis pensamientos:

—Pregúntale a alguien cuál es el color del casco o si ven los cañones o si ven las chimeneas o si ven velas.

—¿Velas? ¿Hay velas?

—Eso no importa. —Me dijo dibujando una sonrisa parecida a la de mi hermana.

—¿Y qué importa?

La mujer me puso la caracola en el oído. El fuerte rugido marino se transformó en una dulce voz que cantaba una tonada que no logro recordar, mas estoy seguro haberla escuchado en mi niñez. La voz me transportó hasta el fondo del mar, un viejo calamar despertó por mi presencia y me disparó su tinta de variados colores, envuelto en ella, una silueta nació, y el abrazo que una vez juraron me dio.

Desperté en mi cama cerca de las 4 AM abrazado a la caracola.

Bitácora 03 de julio, 02:45

Sin señales

Intentamos poner nuestra vista en el horizonte esperando que la masa oceánica nos entregue un grano de la esperanza, que en un desgastado y lejano muelle, dejamos olvidada. En nuestros ojos nublados, se distingue el rebosante anhelo de ver surgir desde el caos salino, de espuma y viento, una respuesta que, aunque nos esforcemos, nuestras limitaciones no nos permiten idear y mucho menos encontrar.

En la aleta de estribor, sujetada a un cabo, se encontraba la jefa de maquinarias, por más que intentara no podía recordar su nombre. El mar estaba embelesado en cumplir su propósito de hundirnos, y si bien la nave continuaba a flote, mis recuerdos parecían haber sido arrastrados por una descomunal marea hasta los fondos más oscuros del lecho marino.

La mujer miraba las enfurecidas olas chocar con el casco y de sus labios brotaron palabras que se sumaron a los rumores que había escuchado de los *chanchos de máquina*: "El barco se hace aguas". Mientras en cubierta intentamos mantener de alguna forma la cordura, en la maquinaría se sumergen en la desesperación absoluta, intentando controlar los estragos dejados por un forado enorme en el casco.

Los rumores corren rápido. El rumor es contagioso. La voz de mando no se hace presente en ningún lugar, todos dicen que el capitán desapareció, se esfumó en medio de la noche, cuando los rumores y la desesperación fueron suficientes como para cubrir las luces del sol.

Cartógrafos improvisados, geógrafos nacidos de la noche a la mañana, repentinos lectores de estrellas repletan este barco. Todos tiene la solución, todos tiene el camino correcto. Debemos llegar a tierra, debemos llegar a tierra porque el barco se hace aguas, debemos llegar a tierra, el agujero es más grande cada día y debemos llegar a tierra. Todos buscan alguna respuesta, buscan

leer algo dentro de su desesperación que nos entregue un indicio de a dónde ir. Incluso yo, confundo cada ola, cada viento, cada marea, cada estrella con una señal. Pero no hay señales. Ni el capitán las tiene. No hay señales, ni destinos, solo dependemos de los caprichos de las calamitosas olas que siguen golpeando y amenazando con hundirnos y darnos la sepultura marina definitiva.

En mi interior solo hay culpa. La culpa de no saber guiar este barco. La culpa de ser parte de esta ola de rumores que hoy trae desesperación a mi tripulación.

Bitácora 12 de Julio, 02:45

Viva

El monstruo sacude su lomo, debemos aferrarnos. Se agita, se mueve, lucha por su libertad, nos muestra su verdadero rostro, sentimos su incontrolable fuerza. El mar está vivo, y no solo eso, está rabioso. Hemos osado a surcar en él sin ningún tipo de respeto, permiso o preparación. Hay que aceptarlo, soy una navegante expuesta a las casualidades y causalidades, esperando que ellas armonicen y decidan mi sobrevivencia.

El pánico es total, el movimiento se intensifica, los vientos nos sacuden y los truenos hacen vibrar la nave. El capitán había ordenado que esperáramos en los camarotes hasta que la tormenta amainara. Fue un grave error porque lo pisos inferiores se inundaron, muchos pasajeros se ahogaron. Los sobrevivientes sacan sus pertenencias y los cuerpos de sus familiares a cubierta, el agua se lo lleva todo, como hace diez años, otra vez el agua se lo está llevando todo. Nos elevamos sobre una muralla acuosa. En vertical todo se desmorona por la popa; escombros, nuestras posesiones, nuestros muertos y personas que ruegan ser rescatadas son el rastro que dejamos en el mar. El grito de un niño pequeño me remece, él corre tras el cadáver de su madre arrastrado por la gravedad para ser arrojado a las fauces de la bestia. Debo detener-

lo, voy tras él, alcanzo a abrazarlo por la espalda, su llanto es más fuerte cuando el cuerpo devorado por el océano.

Pero él está a salvo, lo tengo a salvo. Una ola cae sobre nosotros, me golpea contra el suelo. El agua salina se toma mis pulmones, mareada intento reponerme, pero ahora el barco se inclina a proa, caemos pesadamente, me golpeo contra un mástil. Un momento de respiro, pero la tormenta sigue. No veo al niño por ninguna parte, la inmensidad del mar se hace más obscura y profunda, no parece satisfecho. El viento sigue amenazador, no estoy segura de dónde vamos o dónde estamos, ni mucho menos si algún día tuvimos esas respuestas, las puntas frías de mis dedos aún sienten el calor del niño que el agua me arrebató. Sola, en la punta de la popa, expuesta ante el verdadero rostro de la naturaleza, sin barreras, sin cadenas ni nombres falsos. Incontrolable.

Un rugido atraviesa la tormenta, el mío.

Bitácora 17 de agosto, 10:05 AM.

Reunión

"El olor a sal y carne muerta inunda la cubierta del barco. Los vientos se han calmado y la criatura satisfecha por su cena descansa, nos deja respirar".

Está amaneciendo, pero las últimas nubes de la tormenta cubren el cielo, es un amanecer gris azulado. El frío abraza a los sobrevivientes que aprovechan el momento de calma para apilar los cuerpos y hacer un ritual improvisado. No todos han encontrado los restos de sus seres queridos, son nuestros desaparecidos en la tormenta. Comienzan las discusiones sobre el destino de los cadáveres.

—¡No podemos arrojarlos al mar! Debemos sepultarlos al llegar a tierra — afirma conteniendo el llanto un hombre joven.

Pero las voces alborotadas del resto de la tripulación lo contradicen, la mayoría creen que son una carga. El bullicio aumenta hasta que una voz enmudece toda discusión.

—¿Todavía creen que llegaremos a tierra?

Un silencio incómodo ante la realidad: aún nada asegura que sobrevivamos. Las discusiones vuelven con más fuerza. Preguntan por el capitán, pero nadie lo ha visto. El griterío aumenta. Me alejo de la multitud.

Camino en dirección a proa, en los pasillos la gente llora a sus seres queridos, otros intrusean las valijas esparcidas en cubierta, el frío es el nuevo enemigo, estamos mojados de pies a cabeza. Rebusco en algunas maletas esperando encontrar algo de abrigo, solo encuentro objetos sin importancia; Juguetes de niño, pequeños recipientes de pintura con colores indistinguibles e innombrables, una enorme caracola rota, bitácoras de navegación, cartas arruinadas por el agua, pero nada que me ofrezca calor. Me desquito pateando algunas maletas.

Cerca de la punta de la proa veo a una mujer impasible, mira al mar sin preocuparse del desorden que hay en cubierta. No se inmuta cuando me ubico junto a ella, siento un leve calor estando a su lado. Le pregunto su nombre, pero no responde. Le pregunto si ha perdido a alguien en la tormenta: "un niño", dice con la vista fija en el mar, "lo tuve en mis brazos, su calor me cubrió y caló hondo en mí y aún lo siento en todo el cuerpo".

En el agua avistamos el cuerpo inerte de un tripulante flotando, y luego otro y otro y otro. Son arrojados por la borda, mientras continúan las discusiones entre los sobrevivientes. La hostilidad entre los navegantes explota en una contienda sin bandos, en la que los golpes no distinguen ningún tipo de argumento, nadie aboga por la calma e incluso algunos de los vivos caen al mar. El caos es total.

Un hombre con la vista perturbada se acerca hasta nosotros.

—¿Eres tú? —Le pregunta a la mujer mientras le toca el hombro, retira su mano ardiente en un acto reflejo. Se ha quemado —¿Han visto una caracola? la he perdido en la tormenta, la necesito para fugarme de este barco.

— ¿Huir? ¿Cómo lo harás? —le pregunto desesperado— yo la encontré, por allá entre las maletas.

—¿¡Dónde!? —Respondió eufórico, no parece en sus cabales— Con ella puedo encontrar a quien me dio la caracola y poder salir de aquí.

¿Será verdad que hay una forma de escapar de este barco? Comenzamos a caminar en búsqueda de la caracola, la mujer permanece mirando al mar, al alejarnos el calor que sentía se disipa. Observo la mano del joven que exhibe la huella del fuego que aún carcome su piel.

—Si es cierto podremos salir de todo esto —me dice caminando cada vez más rápido, desesperado— ¿y tú quién eres?

—Soy el Capitán…

Sigo sin detener el paso, confiando en la esperanza que un loco me puede entregar.

Bitácora de una navegación 03/09 — 21:30

La caracola

Por fin la tenía conmigo, mis días se sostenían en la esperanza de volver a encontrarla. Me decían que nunca más la hallaría, como sucedió con todos los regalos que esa esa figura entregó. Mi caracola, solo supe de ella en sueños y ahora se había materializado en mi realidad, pedazo a pedazo, los que debía unir y así terminaría este viaje.

A mi lado estaba ese hombre, el que lleva la cobardía en sus ojos, el que dice ser el capitán. Junto a mí, en los húmedos camarotes, esperaba con una paciencia rapaz que terminara de reconstruirla, es su esperanza de librarse de sus responsabilidades. Uno el último fragmento de su espiral y estaba completa, no sabía que debía pasar ahora, el silencio dominó el lugar y las olas seguían bamboleando al barco ¿Acaso hice todo este viaje persiguiendo un delirio?

¡Crack! ¡Truk! ¡Trak! La espira de la caracola comenzó a moverse en distintas direcciones, de su abertura comenzó a salir la melodía de una nana que calmó mi desesperación, el capitán se agacho conmigo a escucharla mejor, sin tocarla, ambos con un respeto sagrado hacia ella.

Desde su ápice luces caleidoscópicas se proyectaron contra la pared y se tomaron toda la habitación. No sentí el peso de mi cuerpo, una manta raya se posó sobre nosotros, trayéndonos un azul profundo. Flotábamos con ella, en una danza que recordaba mis sueños, nos elevamos en espiral por los caminos acuosos, hasta llegar a unas aguas oscuras, la manta raya se deshizo en miles de peces de colores que se perdieron en las profundidades. En ese vacío esperamos. Solo oscuridad y nuestros cuerpos a la deriva. Pequeños ojos brillantes comienzan a aparecer a los lejos. Son miles, como las estrellas de un cielo nocturno sin luna.

No confío en el cobarde, él se aferra a mi brazo, tiene miedo, pero yo estoy en paz. Emergen pequeños peces violetas y naranjas que tocan nuestra piel y luego se disparan a la búsqueda de las estrellas lejanas. Desde un punto remoto bajo nuestros pies crece un tumulto verdoso, el cobarde siente miedo, se desespera. Son un cúmulo de algas que crecen hasta llegar donde nosotros, ellas pasan de mí, su objetivo es atrapar al capitán, que desesperado busca mi ayuda. Yo, aunque quisiera, no puedo hacer nada por él. Las algas se retraen a su punto de origen hasta desaparecer y con ellas el capitán.

En lo alto una luz circular ilumina mi senda ¿la luna?, comienza a agrandarse, sigo el camino selénico, dejando atrás las algas, el barco y su capitán. Sé que esta es la salida, el círculo es más grande y lo veo; es un cíclope atado a una larga cuerda.

Como un ángel submarino, el hombre de la escafandra me abraza, me siento frágil, seguro, después de tanto tiempo esperando, al fin estoy seguro. Toco la brillante ventana plateada de su casco, la abro para poder tener la luz, que nos rodea. Alcanzo la paz.

Bitácora final / sin fecha

Desembarque

"No todos pueden salir de la adversidad y no necesariamente los mejores son los sobrevivientes"

Mis pies pisan la tierra después de un largo viaje, mi crecida barba y las arrugas que acumulé, de forma compulsiva en tan poco tiempo, son suficientes para lograr confundirme entre la gente. Intento no responder a las miradas de los demás sobrevivientes.

El barco y lo que sucedió en él quedarán encallados para siempre en esta costa olvidada. Y el cuerpo de aquel joven loco, que en su delirio final me abrazaba para que lo salvara, mientras sujetaba su inútil caracola, quedará para siempre perdido, como una anécdota, un dato y un número más de todos los fallecidos.

No diré que no tuve más opciones, fue un desahogo. Me había dejado llevar por él hasta el camarote y al darme cuenta de que todo era parte de su desvarío, lo golpeé con su caracola no solo 1, ni tampoco 2 ni 3, fueron 4 golpes en la cabeza, que terminaron con su vida, en su mente obtuvo el final feliz que en la lacerante realidad le negó.

Antes de escaparme por un sendero y dejar atrás toda mi vida marina, me cruzo con la mujer que perdió al niño en el mar, aún irradia calor y su vista continua en las olas como queriendo regresar. Al pasar junto a ella no me mira, del interior de mi chaqueta saco la placa que me identificaba como capitán y se la arrojo a sus pies.

No quiero saber más de mi vida pasada, que esta catástrofe al recogerse se lleve consigo todos mis errores y cobardías, junto con el cuerpo y los sueños de ese muchacho.

Yo me asentaré en un pueblo costero con el juramento de nunca volver a unirme a la mar.

FIN

ANDREA E. BRITO CRUZ

Guayaquileña nacida en el año de 1984, radicada en Quito la capital del Ecuador. Indaga técnicas de clown, interpretación, improvisación escénica. Su investigación ha continuado a lo largo de estos años. Colabora en diferentes campañas publicitarias como locutora, actriz, titiritera y cuenta cuentos para instituciones públicas y privadas. Se ha desempeñado como instructora de Artes escénicas y realizadora teatral en diferentes provincias del Ecuador. Forma parte de un proyecto que nace de la necesidad de continuar en el quehacer artístico.

Bitácora de navegación. 03-07-2020

Una noche en alta mar, una mujer camina en la cubierta del barco que lleva por nombre *"Recuerdo"*, detiene su paseo al escuchar un trueno, no lo ve solo lo escucha. Las olas se agitan, ha iniciado una tormenta, peor ella mantiene la calma, un hombre corre hacia la cubierta, frena y se sostiene de la baranda, claramente asustado.

—Buenas noches —La mujer se acerca con las manos abiertas y expuestas a él

—No veo lo bueno de la noche señorita! — el hombre contesta tratando de ser cortés, al ver la tranquilidad que se dibuja en su rostro de la mujer, piensa, —¡es linda! —la mujer busca tema de conversación, para tranquilizarlo

—Sabe, a veces invento nuevos recuerdos, para suprimir los viejos—El hombre responde.

—Los míos se hundieron, corrí tras ellos, pero no les di alcance. Aprovecharon la última ola para lanzarse, yo me quedé estático, aferrado de la baranda porque no sé nadar.

La mujer tose

—Lo bueno de estar aquí, dentro de "Recuerdos" es que tienes toda la libertad de inventar cosas sin necesidad de que te metan dentro, porque ya estás dentro, en este barco—dice la mujer mientras busca algo en los bolsillos de su falda —No encuentro el remedio, ¿lo viste? Es una pequeña botella de cristal—.

¡El hombre busca en los bolsillos de su pantalón —No! —Suaviza su rostro y se siente en su tono de voz que ha olvidado el temor, continúa —Me he dado cuenta de que no tengo la valentía de exponerme, entonces pierdo la razón en silencio, así es mejor, que nadie se entere, es triste esta resignación.

Con la picardía de una niña la mujer susurra —¿Te cuento un secreto? Esta tormenta soy yo, soy todas mis luchas, soy toda mi ira, soy trueno, soy miedo, soy intensidad, soy disnea, soy la mar.—Tose, vuelve a buscar en sus bolsillos —¡No lo encuentro!—

El hombre mirando a la nada contesta —Decidí ya no buscar. Usted me trae vagamente a la memoria a alguien. Recuerdo que tenía una compañera de clase, que luego fue mi amiga, luego fue mi esposa, y tampoco sabía nadar, se sumergió en un sueño profundo, sus pulmones se llenaron de vacío. Yo me quedé estático sosteniendo una botella de cristal llena de un líquido que un curandero dijo "Es el remedio de todo mal", pero fue tarde. Me quedé en la completa oscuridad—.

La mujer comienza a toser, con más fuerza —La oscuridad no siempre es mala, porque puedes ver las estrellas, aunque en esta noche de tormenta, lo bello es ver tu rostro, el tiempo ha dejado su huella, el dolor ha fulminado el brillo de tus ojos. Te esforzaste por mantenerme viva, hasta ahora siento como tus lágrimas bañaron mi cuerpo, fui aire, el aire que me faltó, lo fui y soy.

El hombre la observa con detenimiento, exclama —Tú rostro me es familiar. —El barco se remece con más fuerza, una botella rueda por el piso, llega a los pies del hombre y la recoge, —¿Este tu remedio?—

Ella lo toma —¡Si!, Tal vez compartimos encierro, lucha, un hogar... Fui tu esposa, ¡ve en paz!

Bitácora de una navegación. 14-07-2020

La tormenta comienza a increpar mis nervios, el camarote se reduce a nada, el estómago lo tengo revuelto, la cabeza baila como si quisiera volar de mí. Abro la puerta, salgo, y camino acelerado entre la gente que al igual que yo desesperados tratamos de llegar a la cubierta, recorremos el pasillo de "Recuerdos" este barco que ha surcado grandes distancias, enfrentándose a otras mareas embravecidas, a mitos de sirenas, piratas y memorias. Tal vez hoy este sea mi último Recuerdo. Deseo subir a un bote salvavidas.

—Espero que sea real el dicho de "Mujeres y niños primero", pienso: UNO. No veo niños, así que habrá más espacio para mí. DOS. Soy mujer así que cumplo con el requisito para abordarlos.

Avanzo, pero una dama llama mi atención, veo que ella es mar, pero no tormenta, su cabellera de plata le hace pesado el cuerpo, me detengo, tengo curiosidad por ver su fluido y ágil escape, pero no lo logra, queda estática, ella es agua mansa. Retrocedo y voy hasta ella, la tomo del brazo con cautela, su mirada perdida se ancla en mí, como navegando hacia dentro, ¡sale de su boca una sola palabra —Flor! —si esto sirve para que la anciana camine yo simplemente acepto su confusión —Sí... soy flor, flor del aire que vive en el aire y no del aire, que de eso vivimos todos, y ahora el aire escasea —respondo.

La anciana aprisiona mi rostro entre sus desgastadas manos, susurra —Cada vez que en el recuerdo encuentro algo, lo confundo o lo olvido. En el muelle olvidé mi zapato, mi medicina, mi pulmón derecho, pero no mi corazón. Tomé este barco confundiendo Recuerdos, por querer Recordar—

La anciana vuelve a perderse, trato de recuperarla —Sabe, cuando era niña abrazaba a mi gato y mis padres me exiliaron a

mi habitación; en mi adolescencia abracé a un muchacho y con el tiempo, él me exilió a la soledad, de adulta, abracé mis ideales y me exiliaron del país, ¡y ahora estoy aquí! Veo que le cuesta caminar, podría compartirle mi rodilla izquierda, solo la izquierda porque lastimosamente la derecha no se doblega—

¡La anciana mira por la escotilla como la tormenta batalla con Recuerdos acertándole una estocada que lo hiere de muerte, se hunde! Trato de llevarla a la cubierta, pero la anciana se rehúsa a continuar, tiene miedo o siente comodidad en la adversidad, pierdo la paciencia, el agua sigue subiendo, nos llega al cuello, quiero gritar pero no puedo, no la quiero asustar, me aferro a ella con fuerza, y dice —Ve tranquila, Ya viví, ahora te toca florecer a tú—exhala, me abandona y se abandona, así me entrega en un suspiro su último aliento, esa pequeña reserva que le quedaba de vida, se desvanece, sus cabellos de plata se diluyen en la espuma del ajetreado mar, yo casi flotando, fluyo en la corriente de sus palabras y el barco llamado "Recuerdo" y el recuerdo de la anciana comienzan a sumergirse en la profundidad del olvido. ¡Hasta luego abuela!

Bitácora de una navegación. 20-08-2020

El azul del mar se junta con el cielo blu, reconozco los grandes algodones blancos por donde se logra filtrar los rayos del sol, ¡son nubes! Hay una extraña armonía que se asienta en la cubierta, este lugar que ha sido mi escenario en tiempos difíciles. Despiertas —¡Soñé que volaba! —me dice con una sonrisa, —¿Y qué? Yo, crucé una larga distancia, me atreví y me he sumergido en el mar sin miedo, sin dolor, sensa paura. Ayer, un pez multicolor pronunció mi nombre "Alicia" mientras me besaba todo el cuerpo, y ese atrevimiento le costó una escama, ¡mira! —al sacarla del bolsillo se convierte en polvo, cae sobre mi piel. Escucho la brisa y miro asombrada cómo se levanta el agua de la

mar convertida en burbujas que viajan en el aire, nos envuelve. Estamos tan cerca el uno del otro que mis cabellos se enredan en su barba, mis manos se topan con las suyas, mi mirada encuentra descanso en su mirar.

Alicia: —Había una vez…—Soy interrumpida.

él: —Más bien dígame, ¿qué es eso que tiene colgado en el pecho?

Alicia: —Es mi corazón. Déjeme y continuo, últimamente me levanto a las 4 del matino para orinar, y ya no puedo dormir más, así que me quedo mirando el cielo cambiar de color, y esa es mi forma de pasar el tiempo mientras espero llegar a algún lugar. Así que he llegado a la conclusión que la mañana no es más que la suma de algunos cantos de luz—Orgullosa de mi deducción acerco mi cuerpo un poco más al de él y susurro. —Te voy a enseñar algo que no vas a olvidar jamás. —

él: —¿Qué cosa?

Alicia: —A olvidar.

él: Tú y yo estamos vivos. En tal circunstancia debemos repoblar la tierra. ¡Empecemos!

Alicia: ¡Querrá decir, Recuerdos! (Me mira extrañado)

él: ¿Qué?

Alicia: Repoblar "Recuerdos", Recuerdos es el nombre de este barco, debemos izar las velas, o mejor aún le daré mis alas, así el viento nos llevará a una isla, ¡Descubriremos y seremos dueños de un nuevo continente!

él: Pero acaba de decir isla—me corrige.

Alicia: ¡Bueno, por algo hay que empezar! Pero no me cambie el tema, usted tiene que comprender una cosa, nuestra principal tarea es llegar a la libertad profunda, aunque el viaje haya sido triste y desolado.

él: Señorita la libertad profunda, es el último escalón de la tranquilidad del alma. La mía está en paz y me regocijo al escucharla.

Se acerca aún más, siento el rostro caliente, ¿tal vez es por insolación, o la galantería de este caballero que me abruma?, ahora el corazón que colgaba fuera de mi pecho se funde con el suyo, soy interrumpida nuevamente, pero esta vez por mis propios latidos, ya no hay tos.

Me distraigo. una rata corretea de la cubierta en dirección a los camarotes, pero no abandona el barco. Ya no le tenemos miedo, ella ha viajado con nosotros, nos acostumbramos a su presencia, la sigo con la mirada y observo que de distintos lugares de Recuerdos florecen como semillas al sol una mujer de cabellera de plata, una mujer que bebe de una pequeña botella de cristal, un hombre con flotadores parece no saber nadar, y otras personas con quienes en algún momento nos hemos cruzado en esta navegación, —E l'immensità si apre intorno a noi, respiriamo liberamente, surcando la mar. Me uno a ellos, al jolgorio que comienza, mientras el cancerbero pasea meneando su cola, está tranquilo y es feliz.

FIN

JOSÉ LUIS CÁCERES

Fundador de la Compañía Teatro de la Luz. Se formó como actor en la escuela Teatro Imagen dirigida por Gustavo Meza egresando el año 2010. Se ha desarrollado como actor, director, dramaturgo, poeta, cineasta y gestor cultural. Escribió y dirigió las piezas teatrales (El Mal Parido, El Cañaveral, La furia de los amontonados, Territorios, Cronología del olvido e Infierno). Escribió y dirigió los cortometrajes (Pueblo Hundido, El reflejo, Cadáver exquisito y Wet).

Bitácora de una deriva, 21 de Julio, 18:38 horas

La niebla no permite ver la amenaza, un ojo oculto observa lo indecible, husmea más allá de la superficie. Los cuerpos en sus literas de fierro se esconden de manera preventiva, pero la muerte propone alternativas al contagio. El aire es piel, la lluvia nos toca con sus extremidades. Lo rojo se contamina, no podemos detenerlo ¿O sí? ¿es el terror lo que anula la acción o la precipita? No existe el equilibrio, es amor, odio o indiferencia. Aborde la cubierta con la sensación de estar saliendo al patio de mi casa.

La niebla esconde sus cuerpos enmascarados. La marea se mete en los huesos, la sal se propaga por las alamedas nunca libres del estallido. Todo es sal, rocas rompiéndose en el anonimato. La única certeza: Moriremos y ya no habrá realidad ni tiempo.

El barco se tambalea, las cuerdas se alejan. Creo que estoy herido. Camino sangrando por los pasillos de la nave. La sangre

desaparece antes de caer. Incluso en el horror hay espacio para el absurdo.

—Tal vez sea la única vez que nos veamos. Y después, oscuridad.

—¿Eso dicen?

—Abrázame, apriétame, voy a estallar antes del precipicio. Háblame de ti.

—Me da miedo la oscuridad de los ojos, cuando miran y revelan la crueldad que las pieles esconden. ¿No percibes ese olor?

—Solo veo la marea propagarse.

—No siento las rodillas del hielo.

—Siento sus piernas que me aprietan con fuerza.

Nos sumergimos en la noche submarina. No sabemos si estamos dentro del barco porque la marea nos ciega hasta que la duda rompe con un beso ciego, salado, de una inexpresable aspereza. Era suave, incluso la marea se hizo habitable. Pensé por un instante… LA CIUDAD, me sugiere una tumba, la desconfianza reina entre los muertos. Quieren gozar de sus logros, pero no consiguen tomar con sus manos las hazañas. La subasta fue para el impostor.

Cuando desperté, todo presagio de catástrofe se había disipado. Las olas rompen con suavidad, el mar parece culposo de su insolencia.

Minerva y Clemente matean sobre los escombros. Ya no hay rumbo… ni memoria. Vagaremos hasta que se acabe la pandemia. Sin puerto donde encallar, cuatro almas, los únicos sobrevivientes de la tripulación.

El tiempo nos da dos oportunidades, la primera que desaprovechas hace peligrar la aparición de la segunda. Hay que considerar que también pueden venir otras, una tercera o una cuarta. La verdad puede llegar a ser insoportable. Ojos que indagan, juzgan y predicen futuros improbables. Lo de afuera contamina el adentro y se pudre de tanto ver. El miedo de los

otros se transforma en terror si lo dejas entrar, y el terror quiebra los vidrios del adentro haciendo estragos en la embarcación.

El cuerpo se rebela contra los poderes que buscan anularlo por ser resistencia. Cuando llega la hora de analizar tu vida, es porque asumes que algo tiene que cambiar dijo Minerva, pero ¿qué puede nacer de ti cuando te han cercenado, interrumpido el sentimiento y atacado las neuronas? Respondió Clemente, como un destello que quiere llegar al otro extremo en partículas de tiempo.

Se hace tarde. El agua, como una gotera interminable, ingresa por todas partes. Nosotros, mudos, seguimos atentos la conversación. Solo puedo adelantar que este es el primer acto. Al segundo sólo llegarán tres. Lo que queda de la nave vuelve —otra vez—a hundirse en la noche.

Bitácora de una deriva, 3 de la madrugada, 9 de septiembre

Del cielo cae una voz abrazando soledades circulares, ¿Qué es esto? resuenan deseos archivados en sobres amarillos. La lluvia hace más nítida nuestra mirada, la noche repentina se desploma sobre los cuerpos. Minerva pensó: Guardaré todas las palabras dentro de un bidón de bencina y rociare ese pedazo de mundo que nos quitaron, la voz se hará fuego y en el humo se proyectaran los sacrificios de generaciones, justo donde se esfuma la condición humana. La noche creo al día, pero el día muere todas las noches, rasguñando la incertidumbre de volver a nacer. El escenario más adverso es inevitablemente la ignorancia. Quizá no haya nadie que ame tanto el ejercicio de la vida como el día, se presenta lo más temprano que la noche soporta, pero ¿Qué pasaría si ella se negara definitivamente a la luz? ¿si se revelara contra el día? Es como si alguien tapara todos los accesos y decidiera quedarse enclaustrada por

terror. Eso fue lo que ocurrió antes de que el barco, ese buque de sal, arribara definitivamente sobre la planicie. La noche era todo lo que cabía en el tiempo, los confines de una realidad inventada. Don Clemente murió sin haber visto los contornos de la extrañeza, la secuaz predilecta de la catástrofe. El nudo de la trama volvió a estirarse dejando sin oxígeno a los últimos tripulantes, para quienes todo era noche, nunca supieron si el día volvería a nacer.

Por un instante la idea de la muerte salió del encuadre. Fueron días de espanto, Perdimos tanto tiempo pensando que nuestras pulsiones desaparecerían, y que cuando nos tocaran otras manos, el ruido del mundo nos dejaría ciegos, pero del polvo nació la piedra. Fue solo un instante.

Solo se oían chillidos, el rugir de camarotes cansados, desparramados en la memoria de una arquitectura muerta. El bullicio del oleaje retumba sobre lo que ya no existe. La astucia de la luz y la reivindicación del viento seguramente propondrán otras novedades sobre los océanos glaciares.

El amarillo se funde en el verde imprimiendo REFUGIOS en el vacío.

LA LLUVIA YA NO ESTA.

FIN

CATALINA CASTILLO PALMA

Nacida en la primavera de mil nueve noventa y tres, en Santiago de Chile, bajo el seno de una familia matriarcal. Feminista desde la cuna, bordadora y jardinera por herencia, eterna aprendiz de los saberes ancestrales de la herbolaria.

El dos mil trece emigra de la capital hacia el puerto de Valparaíso para iniciar estudios en la Escuela de teatro de la Universidad de Valparaíso, obteniendo el título de Actriz licencianda en teatro con mención en producción teatral.

Dentro de ese periodo hasta la actualidad se ha desempeñado en diversas compañías y colectivos de la quinta región, desarrollándose como directora, actriz y productora, con piezas exhibidas en distintos teatros nacionales e internacionales.

Bitácora de navegación 3 de Julio 01:25 horas

Todas las noches desde que zarpamos habito la popa de este barco, todas las noches para juntar los fragmentos que me hacen recordar tu rostro, solo veo tu silueta que se diluye por la espesa niebla que nos acompaña en estos ¿ciento diez días de navegación?

Creo que ya olvidé tu cara, como también lo que es pisar tierra firme, en mi mente deambula la incredulidad de las palabras optimistas que presume la gente del barco. No creo que lleguemos pronto, muchas veces olvido hacia dónde nos dirigimos realmente. Ya pierdo la noción de la hora del día, antes eso me parecía agradable, pero ahora solo me hace juntar más ansias de pensar que los días van pasando y que llevó casi la mitad de este año navegando en abismos de nubes negras.

Aquella noche era diferente, hacía un frío que agrieta la piel. Salí a fumar mis pocas previsiones, mientras más me iba a acercando a la baranda y el viento golpeaba mi frente, cerré los ojos, sentía las olas bañando mi rostro, de un momento el barco se detuvo. El océano pacífico tan oscuro tan denso empezó a expulsar algo parecido a un cuerpo como si la mar hubiera parido, ahí estaba flotando en la inmensidad de la nada una sirena, sus labios de un morado intenso rozaban la bruma, su piel pálida cristalizaba mis ojos, en su pecho un ser amamantaba. Atónita frente al reflejo del mar en sus escamas. Nunca me había preguntado si las sirenas podían ser madres. Suspire, sus ojos se clavaron en mí.

—Las lágrimas de sirena son más pesadas que un iceberg

Un haz de luna alumbra el barco mientras la sirena se perdía entre las olas

—¿Habrá sido un presagio?

En mi pecho se alberga la sensación de un sueño que no puedes verbalizar pero que persiste en tu cabeza como un ruido que vibra cada vez que intentas recordar. Esa noche la marea balanceaba al barco de babor a estribor, era luna llena. No sé si alguien de este barco ha visto lo que yo vi.

Una noche, espantosamente silenciosa.

Bitácora de Navegación día 13 de Julio 04:40 am

No logro apagar mi mente, no quiero recordar, la vorágine se acerca. A lo lejos escucho como el mar sacude el barco, me invade su vaivén, me sostengo, odio vomitar. Me quedo dormida. La sirena flota con los ojos perdidos buscando la estrella polar, el color morado en sus labios dicta la última palabra de un muerto una y otra vez una y otra vez, mi mente es un torbellino.

Abro mis ojos, mi compañera de litera no para de llorar su cara se estira y se arruga, cuento sus lágrimas son infinitas. Aprieta mis hombros siento sus dedos enterrándose en mi clavícula,

ella está fría. Los segundos antes de recibir una mala noticia, mi estómago se aprieta se anuda me cuesta respirar. No quiero escuchar.

—Son veintitrés cuerpos flotando. veintitrés cuerpos boca arriba

Salgo de mi habitación, veo como los pasajeros corren se estrellan en los pasillos repitiendo sus nombres, se agarran las caras entre ellos en un acto de reconocimiento ante el dolor," *Mírelo estará él entre los demás*" …me suplica una señora mostrándome la foto de su esposo. No quiero salir a la proa, no quiero mirarlos.

Ante el crepúsculo sentí que la catástrofe se acercaba. Ayer por la noche el mar estaba oscuro, el petróleo decía, pero esas almas que salieron a la proa ...El color profundo que se refleja en los ojos de las personas que la miran por mucho tiempo. La fascinación que la espuma deja por las marejadas las embaucó por completo.

Anoche fueron veintitrés, anteanoche sesenta ¿Y hoy? ¿Cuántas almas se derrumban ante la inmensidad del horizonte? ¿Cuántas habrán visto a la sirena? ¿Qué sortilegio se guarda en las profundidades del mar?

No existe cartografía alguna para saber dónde nos situamos

Bitácora de una navegación 04 de agosto 05:45 am

He dormido poco, he dormido a saltos, duermo mientras me lavo los dientes, pero por las noches no puedo vaciarme ante el somnífero vaivén de este barco, después de la hecatombe que corrompió el amor de dios. Me veo flotando en medio de la nada, no sé si es un vacío atemorizante en mi alma o es que estamos desviados en los parajes de este mapa submarino.

Pero mi último sueño fue contigo, era todo en blanco y negro todo en cámara lenta, me tomabas de la mano y de un gran salto nos perdíamos en la profundidad de la mar, el sonido de las burbujas revienta en mis oídos, tu risa como eco se mantiene en lo más hondo del océano, veo a lo lejos la superficie con pequeños destellos de sol.

Mis cabellos se funden con las algas que me abrazan, me retienen tú... tú te pierdes entre las olas.

Estoy tranquila a pesar de no encontrar la superficie no logro sostenerme y mientras me voy hundiendo me besan la frente. Despierto.

Sollozos que traspasan las murallas de nuestras habitaciones, respiro y un suspiro eterno me reconforta ante el dolor ajeno, mi compañera me abraza se apoya en mi hombro y me susurra al oído lo fuerte que somos de no claudicar, lo afortunada que somos de tenernos, como un mantra lo repite aferrándose a la idea que la mantiene en pie, no sé si ellos fueron más afortunados por tener al menos unos segundos de libertad, esos segundos antes de tocar el frío deshielo, segundos antes que se llenaran sus pulmones de agua, cuando solo queda la última partícula de oxígeno que te mantiene en el hilo de este mundo. No dejo de pensar en ellos, pero al mismo tiempo le agradezco a mi compañera su optimismo irracional.

Llevamos días sin ver la mar, es ilógico pero lo inconmensurable tiene una gota de daño ante nuestras almas que buscan tierra firme.

Bitácora de una Navegación 31 de agosto 00:00 horas

Los días se derrumba frente a mí. Visiones se repiten al acostarme al levantarme y así me la paso conversando con mi compañera, a veces arrancamos a otras habitaciones en busca de abrazos y palabras distintas porque ya nos casamos de nosotras mismas.

Estamos encerradas en nuestro propio barco, en nuestras propias habitaciones, en nuestras propias mentes. Ya no quiero conversar conmigo misma, quiero salir a la proa y de un repentino cachetazo el viento me boté al piso, llorar de dolor y no más de angustias imaginadas por mi cabeza, necesito otra marejada para sentir desde mi ventana las estrellas.

Hoy es el día de nuestra fuga, para ver por algunos minutos la mar, esperamos ansiosas a que llegue el atardecer cuando el primer rayo naranjo traspase el portillo del baño, corremos por los pasillos del barco, creo que alguien agarra a mi compañera, yo corro sin mirar atrás y mientras abro la puerta un rayo color fuego me atraviesa. La mar está de un color celesteazulturquesa inimaginable, desde la baranda de la proa el cielo se está quemando. Respiro, mis recuerdos se desmoronan en aguas que corren por mis ojos y que caen al mar, exclamo *"Cuanta navegación para tierra firme"* mientras las aguas se mezclan formando un vórtice morado en eterno flujo surge la sirena, la misma de aquella noche mortífera hasta ese entonces temía que ella causaba la inmersión de los cuerpos, está vez no voy a huir.

No puedo dejar de mirarla es hermosa, su cabello largo entrelazado con algas, sus ojos tornasol no dejan de mirarme, su piel, sus escamas de un plateado incandescente me mantienen en el espiral.

Aquí frente a ella puedo entender a la muerte como mi compañera que escucha observa comprende los destellos de risas y llantos de mi vida, muero todos los días y de forma distinta, mi muerte trasciende carne hueso y presencia, una muerte incorrecta, insurrecta que te mantiene en el hilo del dolor y la felicidad, no logro la esperanza por eso vivo, pero los otros ¿Habrán querido partir? Llevo horas llorando por sus muertes.

La sirena me regala una pequeña sonrisa, sus labios ya no están morados se acerca hacia mí, tiemblo, cierro los ojos, ella me besa ...sus labios helados, tierna, mis rodillas se fragmentan,

mientras caigo un hombre anciano de pasos lentos, con unos ojos profundos y cabello blanco, me sostiene en un abrazo cálido me deja en el piso, no logro sostener mi cabeza, miro hacia el cielo con su dualidad fuego y penumbra separados por un hoyo negro el que se lleva todas las estrellas. Mientras me deshago yo solo le puedo sonreír.

FIN

PAULINA CORREA

Escritora y gestora cultural, formada en la Facultad de Artes de la Universidad de Chile, desarrolla su actividad en la Sociedad de Escritores de Chile. Ha publicado diez libros de cuentos y uno de poesía, entre otros *Signo de los tiempos*, *Cuentos de locura urbana*, *Cuentos para familias normales*; una obra de teatro, *Princesa, una historia de sangre para niñas tristes*, montada en el teatro el Puente en una temporada, en que aborda el tema del femicidio. Formada en los talleres de Camilo Marks, Pía Barros y Carmen Berenguer.

Bitácora de una navegación, junio 2020

Usted, en lo profundo de su refugio, a persiana cerrada, luz ausente, sonidos ahogados, rogando no ser elegido por la muerte, conteniendo la respiración, cerrando con horror los ojos ante el devenir del mundo, usted que se ha recluido, al que una fuerza inmisericorde lo ha suspendido del hilo de la vida, lo ha dejado sin respuestas, a usted le quiero contar una historia.

No es una anécdota anodina que vaya a aliviar su angustia, es una saga, es una épica completa, es una invitación a vivir, si, a vivir en tiempos de muerte. Una tripulación de treinta conminados, gente de toda suerte que ha cruzado valiente por los umbrales de la realidad, reclutados por un capitán temerario que los sedujo con la promesa de existir en plenitud, hasta el final.

El sol ha salido más de cien veces y ha caído tantas otras, mientras la nave surca el mar, ningún día ha sido como el otro. La filigrana de la sal ha curtido los rostros, se ha hecho la hermandad bajo las olas, hemos devuelto los cuerpos de los caídos al abismo, hemos celebrado el amor y la amistad tras la tormenta.

Lo invito a oír de nuestra travesía, a ver por nuestros ojos el mar, quizás con el corazón palpitante a subir a bordo, a navegar

El barco surca el mar a gran velocidad, a su paso la cubierta queda sembrada de pequeñas gotas, respiro el aroma a sal y vida me llena los pulmones, estoy sana aún, la vitalidad de las aguas me anima, quizás hay esperanza.

Hemos zarpado y salimos a mar abierto, atrás el puerto y nuestras historias, los rostros son nuevos, todos cruzados por el sello de la pandemia, el miedo y la incertidumbre.

En cubierta una joven mujer, Carolina, conversa con una pequeña niña, a lo lejos se diría que son madre e hija, o quizás quieren serlo en medio de la desgracia, siento la calidez del encuentro, su humanidad me reconforta, quizás en este barco haya espacio para los afectos

Varios están en cubierta, el sol en sus rostros, en tierra han pasado jornadas de oscuridad, los peores fantasmas los han rondado, esos que anidan en el fondo de las almas, un coro de muerte merodea por las ciudades que dejamos atrás, en las pupilas de los tripulantes han quedado esas imágenes de horror.

Los navegantes del barco nos llevarán por los mares en nuestra búsqueda, ahí está la jefe de máquinas, Minerva, forjada en acero en mis leguas marinas, Clemente su ayudante, de mirada bondadosa y gesto retraído, ellos siempre van en el vientre del barco, ahora escrutan el horizonte para saber cuál es el norte, el Capitán solo ha contestado con frases crípticas, nuestro destino es un misterio.

Conmigo han embarcado Ignacio, mi compañero, y Arturo, su hermano, ellos han dejado en tierra firme a su madre, quieren volver a verla trayendo la cura de la enfermedad de tierras lejanas, esa es su esperanza.

Una brisa helada y cortante atraviesa la nave, todos se repliegan bajo cubierta, Ignacio toma mi mano, me lleva a proa, sin temor a las aguas nos quedamos ahí llevando el ritmo de la nave.

Lo lograremos, dice, mientras su mano y la mía parecen fundidas. A babor una delgada línea marca tierra firme.

Bitácora de una navegación, 27 de junio, amanecer de un día de tormenta

Todos hemos dejado los camarotes al sentir el llamado de alarma, muchos habían despertado con el rugido del mar, las olas arañaban el casco y hacían temer por nuestras vidas.

Los hombres luchan con las velas, deben lograr que el viento no las rompa y sigamos curso en medio de las olas que forman paredes monstruosas a nuestro alrededor.

Minerva ha subido para ver la gravedad de la situación, el Capitán le da instrucciones, ella vuelve a sumergirse bajo cubierta.

Con Carolina bajamos a los ancianos y niños, vuelvo a cubierta y busco entre las jarcias a Ignacio que lucha con otros para estabilizar el barco.

Arturo está abrazado al mástil, el movimiento le impide avanzar cada ola que barre la cubierta amenaza con arrastrarlo, le lanzo una soga asegurada a la embarcación, penosamente logra ponerse a resguardo, me acerco, está agotado por el esfuerzo, hace días que se siente débil, lo animo a seguirme bajo cubierta, pero se queda vigilando las maniobras de Ignacio, me quedo a su lado, el mar parece ceder, el viento cambia de curso.

Ignacio nos alcanza, está al borde de sus fuerzas, con Arturo lo llevamos al camarote.

Tengo miedo, mi cuerpo da señales que me aterran, es la enfermedad. En la litera al costado Arturo también se da vueltas, los ojos enrojecidos, el sudor en su frente.

El dolor se instala en mi cabeza, no quiero moverme, las piernas y brazos tiemblan, escalofríos, dolor, la litera parece tragarme.

Arturo tose, la fiebre lo hace ver alucinaciones, les habla a criaturas marinas que lo rodean, da alaridos.

Ignacio nos da agua, él también tiene fiebre, sus ojos están opacos, ha conseguido medicamentos, nos da a nosotros, él solo bebe agua, siento mi cuerpo hundirse, una presión en el pecho, siento el aire al pasar por mi nariz, siento un silbido en mi garganta, el sopor me arrastra, Ignacio, lo sé está ahí, siento su mano en mi frente, luego me duermo.

Un grito atroz, me despierto y busco en el camarote, Ignacio sujeta a Arturo que delira, lo convence, vuelve a la litera, Ignacio me arropa con una manta, da de beber a Arturo.

Yo haré guardia, obligo a Ignacio a dormir, mi pecho aún emite sonidos, pero el dolor es menos.

Arturo me reconoce, deja que seque su rostro, bebe agua, busca a Ignacio con la mirada, se calma al verlo dormir, me habla con un hilo leve de voz, jura que lo cuidarás me dice, sus ojos angustiados, tomo su mano, prometo una y otra vez que será así, Arturo se hunde en un mal sueño, pasaré la noche ahí a su lado.

Hoy hemos amanecido con la nave escorada hacia la izquierda, eso sumado al fuerte oleaje amenaza con hacernos zozobrar, no estoy dispuesta a entregar la vida tan fácilmente, he convencido a Ignacio y junto a la gente de Minerva estamos ajustando las velas y el lastre para enderezar la nave. El capitán nos enganchó a todos en puerto en las peores circunstancias, por eso es por lo que parte de la tripulación ya venía con el ánimo por los suelos y es fácil conducirlos a un motín, o peor, que se queden encerrados en sus camarotes inmovilizados por la resignación, sin embargo, ahora varios se han sumado a las maniobras y nos ayudan con las cuerdas y los sacos de arena.

La decisión la tomé anoche cuando Ignacio me confiaba sus pensamientos, la enfermedad que nos ha atacado a los tres en los últimos días se suman las noticias que ha recibido en su celular, todo el mundo parece entrar en el apocalipsis, se quebró y llorando me dijo que no había vuelta, todo estaba perdido, no llegaríamos a puerto, era mejor suicidarse juntos saltando al mar. La idea ya se la había propuesto a Arturo que a penas logra estar consciente.

En un gesto resuelto le arrebaté el teléfono y lo lancé por la borda ante su espanto, no más noticias, nuestra vida la escribimos nosotros y la venderemos cara. Me miró estupefacto, horrorizado por la pérdida del teléfono que se había vuelto una droga en estos meses.

Durante la noche sentimos la inclinación del barco, así que de madrugada nos levantamos y comenzamos las maniobras, Ignacio se fue animando en medio de la tarea, incluso instó a otros a sumarse.

Las olas nos empapan, debe ser ya media mañana, pero el cielo oscuro no permite saberlo, hemos amarrado el lastre, las velas están aseguradas, todos estamos cansados, pero con la adrenalina a flor de piel, nos sentimos vivos, hemos recordado lo que es, algunos sonríen, seguiremos navegando juntos.

Ignacio en el castillo de proa se enfrenta al mar, por hoy nadie va a saltar del barco.

—Descansa, fue muy intenso el temporal, hay que recuperar fuerzas, vendrán nuevos momentos de duda y miedo, hay que estar preparados.

—Ahora que me desconectaste me veo obligado a ver la realidad a mi lado, te veo a ti, Arturo y los demás, eso es lo que importa.

—Ignacio estamos juntos en este barco, aquí nosotros escribimos la historia.

Bitácora de una navegación, julio 2020

Arturo está grave, labios amoratados, los dedos rígidos, las tercianas, ojeras bajo los ojos hundidos y sin luz, va a partir, sus manos abiertas ya se liberan de este mundo, el virus lo está llevando mar adentro, librado a su suerte, su mirada ve tierras perdidas, habla con los que ya han muerto, su voz es un hilillo en el aire escaso que fluye por su cuerpo, no hay nada que podamos hacer, Ignacio

lo abraza queriendo retenerlo, es su hermano, en ese gesto el amor inmenso, la aceptación de que ya estamos condenados, solo Dios sabe cuántos días nos quedan. Lo hemos dejado en el camarote, si los otros lo ven lo querrán lanzar por la borda, la piedad abandonó el barco hace días.

En cubierta están todos desquiciados, Minerva y su gente tratan de desenganchar los botes salvavidas, el capitán les ha disparado a los amotinados, pero son muchos, se llevan medicamentos y agua, los oficiales son pocos y pronto caerán, es la ley del más fuerte.

La sangre baña la cubierta, desde el mar la muerte ronda en el oleaje y espera a los hombres que ya están marcados, si no es el virus será la mano asesina esta noche.

La situación está fuera de control, Minerva y su gente tratan de desenganchar los botes salvavidas, el capitán les ha disparado a los amotinados, son muchos, se llevan medicamentos y agua.

Un hombre cae de un disparo certero del primer oficial, el barco parece volar sobre las olas, me golpeo en la cabeza, comienzo a sangrar.

Ignacio cae al piso, una ola barre con él, se aferra a un mástil, pegada a babor avanzó a ayudarlo, un hombre se me cruza, lleva un inmenso ratón asomado de su chaqueta, sin decir nada me apunta con una pistola, antes de que dispare me abalanzo y le hundo el cuchillo de aparejos en el vientre mientras lo empujo y lo lanzo al mar, el ratón da un chillido atroz y se pierden en las olas.

Han pasado horas, el mar lucha con el barco, los hombres entre sí. Vamos bajo cubierta, lo que ocurra lo esperaremos ahí, mi ropa está ensangrentada, Ignacio tiene la mirada perdida, le paso un arma, haremos guardia, quizás el mar vuelva a la calma, pero los hombres no.

Ahí en el silencio siento el sonido débil de mi respiración, lejos de los hombres esa nota rítmica y aguda me recuerda que la muerte ya me alcanzó.

Al amanecer el sol brilla en lo alto, cormoranes surcan el cielo, el mar como un espejo se extiende sin oleaje.

Arturo ha muerto, decirlo no basta, sentirlo no basta, ahí a nuestros pies su cuerpo amortajado, Ignacio llora, su rostro se crispa con el dolor de perder a su hermano, en los últimos momentos acarició su frente, sostuvo su mano, escuchó los susurros de su boca, hasta que sus miradas se encontraron y lanzó el último suspiro.

Un grito de ira y pena salió de su garganta, golpeó el muro con los puños hasta hacerlos sangrar, me impidió cubrirlo hasta el amanecer, ahí en el camarote lo velamos en silencio.

Arturo ha muerto y los demás nos apuran para que lo lancemos al mar, es la muerte que sobrevuela la cubierta, Ignacio los amenaza con un cuchillo y los otros retroceden, pero volverán. Le habla a su hermano en murmullos, se agacha y acaricia su cuerpo, me mira pidiendo ayuda, no puede hacerlo, demora el momento, se levanta y a su seña lo tomamos, el mar brilla, Arturo cae y el espejo se quiebra en mil pedazos, se hunde en el azul, Ignacio lanza un gemido, me abraza, ahora el cielo se puede apagar.

Bitácora de navegación, agosto 2020

El sol es un velo gélido, en cubierta los sobrevivientes, restos de humanidad expuestos a la luz, enfermos, estragados, heridos por la muerte de los suyos, un vacío profundo, las fuerzas mermadas, el dolor nos inmoviliza, sin embargo, debemos seguir.

El capitán está en su camarote, la muerte lo ha besado, pero lo ha dejado vivir, en sus ojos la imagen de la parca nubla su vista, no podrá guiarnos todavía, aún es incapaz de tomar el timón

Minerva está en el puente de mando, otea el horizonte, lee las cartas, no hay una gota de viento, arriadas las velas las máquinas nos van a impulsar, somos un tercio de los embarcados, se

hacen evidentes las ausencias, Clemente, Arturo, mujeres, niños, tantos, pero ya no hay lágrimas.

Toninas acompañan la nave, por un instante soñamos que son las almas de nuestros seres queridos, ahí su levedad, su voz, un segundo, somos niños.

Minerva pone timón Rumbo sur, por los canales, al fin del mundo.

Vamos rumbo al puerto más cercano, somos parias, en los rostros la marca de la enfermedad, los ojos con el sello de las tinieblas, si queda alguien vivo no querrán dejarnos desembarcar, pero somos intocables, el solo roce de nuestras manos es mortal, nuestras almas han muerto varias veces, somos ánimas, ya nada puede importar.

Bitácora de navegación del 26 de agosto

El cielo está bordado de estrellas, el mar es benigno, el arrullo de las olas nos acompaña, a la luz de la luna un grupo de ballenas canta. Un regalo de vida ha llegado al barco.

Carolina ha vuelto a la vida, lágrimas de la pequeña que había acogido cayeron en sus labios ya moribundos, recupera el color, el rostro se envuelve en un halo mágico, abre los ojos y de su garganta escapa una sombra negra que se desvanece.

La sangre, las lágrimas, la savia de los parias puede dar vida, a la luz de la luna nos abrazamos, eufóricos cantamos y alzamos a la pequeña que ríe feliz, Carolina apoyada en otras mujeres camina y llena sus pulmones de energía, la magia ha ocurrido.

Desde profundidades abisales seres fosforescentes suben y nos guían en los canales, protegen a los que llevarán la cura a tierra, toninas se dejan ver por Minerva, la madre tierra nos da su bendición.

Ansiosos de tocar puerto esperaremos en cubierta la madrugada, la enfermedad nos ha convertido en esperanza, podremos

devolver la luz a los que vagan en tinieblas, tenemos un propósito.

Minerva está aferrada al timón, al amanecer veremos la ciudad del Sur del Mundo, hielos eternos flotan en el mar, pingüinos se lanzan desde ellos hacia la nave y celebran nuestra llegada.

La vida ha vuelto su rostro generoso hacia nosotros.

FIN

CARMEN GLORIA DONOSO RIFFO

Tiene una trayectoria de más de 20 años como Actriz.

Se desempeña como profesora en colegios, centros culturales, monitora en Proyectos con niños y jóvenes en riesgo social, con adultos y adultos mayores con enfermedades tales como la Distonía, (Trastorno del movimiento) trabajando además con Fundación PRODEMU. En el ámbito musical fue ganadora del Festival del Cantar, Forestal Viña del Mar. Es vocalista de la banda de Rock Progresivo PROTEGIDO y directora del Circuito de Cantautoras Mujeres en la Creación Musical. Se dedica también a la Escritura, poemas, cuentos, dramaturgia y fue ganadora del Certamen Siglemas 575 NYC 2020

Es directora de la Compañía de Teatro "Las Andantes" y del Montaje Teatral "laVios pintados" con el cual han tenido más de 100 funciones desde el año 2016 a la fecha dentro y fuera de país.

Primera Navegación —Co Navegante

Día 11 de agosto del 2020 18:00 horas

Con temblor, subí las escalinatas dudando si lo que estaba haciendo era lo correcto, pero la decisión estaba tomada

En ese instante observé mi vida en un segundo, mi niñez, adolescencia abandonada, mis años de juventud desorientados, adultez confundida y sin dudar ascendí al barco sin mirar atrás

Todo me parecía inmenso, una nave de grandes dimensiones, cubierta de trayectos largos, infinitos, navegando por un océano profundo, inmensurable, tempestuoso, presente, poderoso y embriagador. Así comenzaba una nueva vida, dejaba el terror, los golpes, los insultos, los maltratos, el tormento de mí existir

Caminé por el barco en un día soleado, sintiendo el viento de Valparaíso en mi rostro, el atardecer entraba en él paisaje de cerros y mar. El barco por fin salía de puerto, se marchaba lejos y me despedía del abandono

No sabía a ciencia cierta qué labor me tocaría en esta inmensa nave que se balanceaba con las olas del mar llevando mi cuerpo al vaivén de aquel movimiento.

Pasaron las horas, era noche, me sostengo en la baranda del aquel enorme buque, saco un cigarrillo de tabaco, hay calma en mi ser, el humo de esta planta de tallo grueso y velloso me deja quieto, el silencio se apodera de mí en una liberación pasajera pero tan necesaria.

Sin embargo, esta reflexión silenciosa sólo duraría unos segundos, pues sin querer, así lo pienso logro visualizar en la amura de babor la silueta de una mujer en enaguas que sin vacilar se lanza al mar y se pierde junto a la noche

"Todo desaparece, mi cuerpo flotante, inquieto de dudas persiguen mi cabeza que no deja de pensar, tortura viviente, lanzarme al mar es renacer"

Me pareciera escuchar a esta Mujer, me paralizo, no sé cómo reaccionar, solo me paralizo, lentamente avanzo, ella yace en el fondo del mar, y creo en una suerte de visión, del futuro que corre a pasos agigantados, me persigue y me comunica que esta mujer soy yo arrojándome al océano…

Casi al llegar a lugar donde se encontraba este ser, alguien grita mí nombre

—¡José!, ¿Es usted José Varas Maldonado?

—Sí señor

Era un hombre alto, corpulento, con mejillas rojas que parecían echar fuego de ellas, de voz grave y firme

—Hombre lo he estado buscando hace más de 2 horas, debiese haber estado en su puesto de trabajo

—Lo siento señor, me quedé asombrado con el mar, pero de inmediato comienzo

El hombre sonrío de manera sarcástica

—No es necesario, mañana tendrá mucho que hacer, ahora puede seguir observando el mar, le aseguro que mientras esté en este barco no tendrá tiempo de hacerlo.

Y caminó hasta desaparecer por el largo e infinito pasillo

José, me quedaba bien ese nombre y me deleito en las inquietantes olas del mar, la noche inmensa, me sumerjo en ella

—¿Soy un ser de sentimientos? Avanzo, avanzo con lágrimas que sollozan mi partida

Quiero correr y llegar a la ciudad del atardecer eterno y jamás despedirme

Así podría cruzar los brazos y dejar el abandono, podría decir que tan libre soy, ¿Podría esclavizarme aún más? El delirio y la cordura me envuelven

El tiempo corre, no me alcanzo, no puedo hacerlo, y siento él reloj de la vida observando el mar

Sí, José, me queda bien ese nombre…

Diálogo Co-Navegante

Bitácora del día 21 de agosto del 2020 - 19:37 horas

Han pasado 11 días desde que embarqué, la jornada a ratos ha sido dura, severa, violenta, sin embargo, no debo quejarme lo insoportable hubiese sido quedarme en tierra

Transpirado por el vapor de las calderas debo monitorearlas día y noche, constantemente, sin descanso

Sólo el domingo puedo salir a cubierta unas horas, pero el agotamiento es tal que el camarote me espera para únicamente dormir y no pensar, no pensar, no pensar…

El ambiente de este lugar de trabajo me fatiga, a ratos quisiera arrancar, pero no puedo vivir huyendo

Somos 3 personas en este sitio

Elías supervisor que sólo a ratos viene a vernos, Rodolfo operador en el generador de vapor en las Calderas de este barco y yo

—Ya pues José diga algo, ¿Cómo tan callado?, ¿Le comieron la lengua los ratones? Me dice Rodolfo

No le respondo y continúa hablando

—Es bien raro usted, desde que llegó no ha emitido más que 10 palabras con suerte, y aquí se conversa pues hombre, no ve que esta pega es abrumadora

Sigo sin contestar y continuo en mis labores de monitorear y limpiar las calderas, percibo que mi conducta no le agrada y a ¿Quién no?

—Así que finalmente no va a decir nada

Se acerca amenazante, tratando de intimidar, se produce un silencio incómodo, de pronto, inesperadamente lanza una carcajada estridente y vuelve a su lugar de trabajo

—El calor en este sitio es sofocante, No cree amigo

No respondo, el mareo se apodera de mí

Mientras prosigo mi labor abrigo la esperanza que mientras más lejos me dirija, el pasado se borrará totalmente, me tranquiliza saber que en medio del océano me encuentro

¿Me tranquiliza? ¿Verdaderamente estoy perdido, extraviado en el mar inmenso que envuelve mis emociones?

Perturbado, tomo conciencia del pánico que me invade permanentemente

Es domingo mi cuerpo extrañamente no se siente fatigado. Salgo a cubierta

Es raro estar aquí y ver a tanta gente paseando, riendo, disfrutando. Estamos en el mismo lugar sin embargo sentimos tan distinto

Camino por el pasillo de esta enorme nave, me encuentro en el lugar cuando observé el día que ingresé a este barco la silueta de una mujer en enaguas lazándose al mar, ¿Habrá sido una alucinación?, nunca nadie habló de esta situación, nunca nadie dijo nada con respecto a una mujer desaparecida, el cansancio ¿Habrá

hecho que tuviera este desvarío? o ¿Sería una visión extraña como lo pensé en un momento?, Yo en un futuro cercano arrojándome al océano infinito…

Alguien grita

—¡¡¡Teresa!!!

Y sin pensarlo me giro, no veo a nadie, es decir es mucha la gente en el barco paseando, niños jugando, parejas en el más romántico encuentro. No logro percatarme de la voz. ¿Quién grita Teresa?

El temblor paraliza mi cuerpo, vuelvo al lugar de partida, vuelvo a ver esos ojos acusadores

Desiertos, desiertos de angustia y tormentos, de culpas, de penas…

Estoy a la deriva, con sensaciones de abandono, soledad, miedo…

Grito desesperado, furia desgarradora, angustia quemante

Espacios, espacios llenos de vacíos…

Escucho a la mujer decir:

"tengo mi cabeza confusa, no logro hilar las ideas, mi mente divaga y en ese instante me hiciste caer, te liberas poco a poco de mi ser…

Entrega desmedida, sin embargo, quien se libra realmente soy yo y no siento culpa…"

—¡¡¡Teresa!!!

Vuelvo a escuchar ese nombre

Fugaces y constantes sonidos que sigo oyendo en el cuarto del atardecer, el océano pareciera envolverme de majestuosidad…

Me quedo quieto en la baranda, el mar imponente me dice al oído que los momentos son circunstanciales, que ya luego pasarán, que todo se repite, que el tiempo, es tiempo que no hay nada y hay todo

El mar sonríe, luego dice adiós

Me tranquilizo, quizás nuevamente estoy alucinando y nada de lo que veo y oigo es totalmente cierto

Sostengo mi cuerpo, sostengo mis emociones, Teresa escucho ese nombre y enfrento mi realidad

Bitácora del día 23 de agosto del 2020 20:54 horas

A punto de terminar la jornada, sofocado, agitado por el ruido de las máquinas sólo quiero salir de este lugar, respirar, presenciar el mar, sentir el oleaje que me hace tan bien.

Cansado estoy.

—se viene tormenta

Dice Rodolfo al entrar, como si hubiese escuchado mis pensamientos de querer salir a contemplar la mar

—Pero ¿Es para tanto? Le digo

—Por fin José emitió palabra, ya pensaba que era mudo

—Le hice una pregunta Rodolfo

—Por supuesto hombre, el agua ha subido de nivel, el viento está golpeando fuerte, es mejor que se vaya directo al camarote, hágame caso, no se arriesgue, yo sé lo que digo

El reloj marca las 21:00 horas. ha terminado mi turno, me pongo el abrigo, la gorra, me despido y salgo

Camino un rato por cubierta contemplando el océano que se me hace placentero.

Nostalgia que irrumpe pensamientos y recuerdos, Valparaíso, brisa, puerto, no tengo miedo, crecí con la ventolera y la lluvia a mi lado.

Placer, fuerza, naturaleza, me siento en calma

Me dirijo hacia la parte delantera de la embarcación, a la también llamada proa, allí me quedó, cautivo por el azul oleaje que me invita a renacer, la furia del agua se hace cada vez más presente, el ventarrón golpea mi cuerpo quieto y luego se estremece para iniciar un movimiento sincronizado al vendaval y oleaje que conforman una melodía melancólica, sombría y placentera

De pronto diviso nuevamente la figura de la mujer que se lanza al mar

—¡¡¡Espere!!! Por favor no lo haga

A 3 metros, viento espeso, el agua empapa y golpea nuestros cuerpos

—¡¡¡No lo haga por favor!!!

Viviendo de respiros continuos y soñadores ilusiones

Viviendo de peleas y reconciliaciones

Viviendo de miradas y gestos a veces extraños, tiernos, irónicos

Viviendo de alegrías, penas, miedos

Viviendo del amor y la razón

Viviendo de la mirada y el desencanto

Viviendo…

¿Puedes oírme?, ¿Puedes entender?, MÍ alma se aleja y va directo a las olas, la contemplo, mi alma es bella puedo ver tus ojos que brillan, grandes ojos que iluminan, mi lobo negro, no me quieres soltar…

El viento golpea nuestros cuerpos, no logro sujetarme, la lluvia cae ferozmente, el barco balanceándose sin detención, me observo en su mirada y en un segundo logro entender que arrojándonos ante tal tempestad la felicidad inundará nuestro existir…

Ya no más…

Tiemblan mis piernas, mi vista se nubla, no era cansancio, visión que se hace realidad.

FIN

JUAN CARLOS EMBRIZ

Bitácora de una navegación, 6 de julio 10:00 AM.

Comunicado matutino

Esta mañana todos hemos salido a la plataforma del barco. Se anunció de pronto por los altavoces que estuviéramos preparados para descender después del desayuno. Solo vemos una parte del puerto. Enfrente hay movimiento, pero la cabina nos impide distinguir el gran recibimiento. Nos han separado por edades, los jóvenes están en proa y llevan consigo sus pertenencias. Por otra parte, los mayores permanecemos en popa sin ninguna indicación. Es una medida extrema y nadie ha reclamado. Los militares de manera muy educada separan a las familias. Esto no se había hecho desde que partimos. Una anciana llora mientras la sientan en un camastro junto a mí. Veo sobre el tablado algunos pies descalzos de mis compañeros de cuarto que no terminaron de asearse por el puntual seguimiento de la medida. Escucho que "los elegidos" han recibido una clave de confirmación para bajar a tierra. Yo no he tenido ninguna notificación. De los camarotes salen otros extrañados por la división tan notoria de ambos perfiles. No es conveniente que estemos todos reunidos. Algo raro tiene la atmósfera a parte del fresco. Un mal olor cruza el ambiente por un momento.

Los vigías están armados en los extremos del casco, arriba otros más. Hay una tensión no dicha sostenida en la brisa húmeda que no permite murmullos. Desde el puerto se escuchan nuevas indicaciones, todos guardan silencio: —"En orden, de uno en uno bajen las personas que enlistaremos". Dice una voz con tono militar.

Poco a poco van nombrando a muchachos, niños y mujeres no mayores de cincuenta años, todos no rebasan la edad madura.

El barco queda a flote solo con nosotros. Ni una gaviota hay sobre el metálico pasamanos. Somos menos de veinte adultos, nos miramos unos a otros mientras escuchamos el barco zarpar. Tengo paramnesia esto lo he visto en alguna vieja película de ciencia ficción, en donde unos ancianos son abducidos por extraterrestres en medio del mar. No, la verdad quiero evadir la situación imaginando otras cosas. La anciana que llora necesita limpieza, el mal olor se intensifica en ella. Después de un lapso, en cubierta nos quedamos los viejos como unos niños callados y timoratos esperando la llegada de mamá.

Bitácora de navegación 12 de julio, 3:00 AM

De anciano a pez

Esta madrugada por el brusco movimiento de la embarcación he recibido un golpe certero en mi frente contra la pared metálica del camarote. El alarma de emergencia apenas me deja distinguir los gritos desesperados de los compañeros. Esos ancianos en los compartimientos contiguos no podrán resistir. El mareo y la oscuridad intermitente que viene y va por las lámparas parpadeantes hacen que todo sea una abismal pesadilla. El dolor en la frente me hace consciente del instinto de sobrevivencia. Sin embargo, no puedo sostenerme por el vaivén de la nave que hace más caótico el equilibrio de todo, incluso de la razón frente a la locura. Mi lógica no puede comprender que yo esté dentro de este gélido caos, donde todo veo de cabeza. ¿Estoy dentro de un sueño? No, estoy en una pesadilla. ¿Debió haber encallado de manera terrible el navío esta madrugada? ¿El capitán perdió la ruta de navegación? Entra cada vez más agua por la escotilla. ¡Debo salir!

En el quicio de la puerta llegará la muerte al momento y junto con ella el calmo oleaje. Si ha de ser, que llegue en forma de sirena maternal, como los compañeros la han avistado. Ven

pronto, qué esperas y por qué me atormentas; no quiero agonías ni largos finales. Sé fulminante. Ten piedad.

No debo rendirme, saldré adelante con mi debilidad fortalecida. Trato de incorporarme, pero el agua indómita me derrumba una y otra vez. Puedo asirme a la manija del acceso por un instante, pero es, pero es imposible ya que la fuerza del agua me desprende de la única salida. Esta tormenta se agita furiosa. Está al inicio de su ciclo y yo llego al término de mi agotamiento, pero me niego a merecer este final. —¡Ayuda! Grito sin pronunciar palabra. Nadie me atenderá. Nadie se interesa en oír un anciano en medio de esta vorágine. Ya no entiendo qué mar cruzamos, en dónde hemos encallado para fenecer así. En breve seremos sobre la costa miles de peces muertos arrojados por la marea; al medio día apestará el paisaje; por la tarde incomodará los sanos olfatos. Las aves carroñeras nos cremarán por la nauseabunda e incontrolada peste. La costa estará infestada de moscas, de terribles imágenes que no podrán contabilizar. Ya llega el agua a su punto más álgido dentro del camarote. Ya no respiro más. Resuena en mi cabeza una voz acuática: —"No tengas miedo". Es ella, con su desnudez turquesa me abraza.

Se llena el cuarto de mar...
me lleno de nada...
me voy sin quedarme...
me vuelvo pez.

FIN

HÉCTOR FREIRE
(33 AÑOS, SANTIAGO DE CHILE)

Desde su trabajo como actor, director y dramaturgo, ha desarrollado la escritura en diversos ámbitos, desde la ficción a la crítica de arte. En todos ellos ha sido fundamental la reflexión en torno a la palabra como un lugar para pensar la historia, el pasado, el futuro, el presente y nuestras emociones. Así, en estas *Bitácoras*, la escritura se reconstituye como una voz arcaica de resistencia existencial y política; la palabra como testimonio de múltiples vidas arrojadas en mares que se han convertido en ruinas...en medio de una navegación incierta y universos aún desconocidos.

Bitácora de una navegación (30/06/2020) *Alguna hora de la noche.*

Pálido brillo de luna

¿Dónde vamos, amor? Aquí en el mar nuestras vidas parecen arrojadas a la turbulenta incertidumbre del destino. En la estrechez de estos rincones oxidados del barco, habitan todos los signos de la ciudad; sus miserias y sus ilusiones.

¿Dime, cómo piensa el mar?

¿Y si no existieran tierras ni islas donde llegar? Mira el horizonte… todo ha sido tragado por la furia. Una relativa puesta de sol. Las olas devoran las ciudades, no sus alegóricas ficciones. Súbitamente lo antiguo se precipita. A veces parece que no corriera viento. Escucha…El aire relativiza el tiempo…los sonidos marcan el reloj según la fuerza de las mareas. Todas esas vidas perdidas en el mar, hacia un destino. A un desierto. A una muerte.

El mar como el desierto. Los cristales rotos de una pequeña infancia esfumada. Enferma. Históricamente infectada...hasta

ahora. La peste de los siglos traficada entre embarcaciones y viajes clandestinos. No puedo respirar, amor. Estoy acá donde dónde está el límite del agua. Entre la línea de flotación y el borde de la embarcación. No bajes las escaleras.

Estas aguas fueron cubiertas con flores y con eso hicieron resonar los truenos de la enorme bestia negra... una ácida tormenta. El mar la devolverá con esa misma furia. Entonces deja que el viaje se transforme en un salto al vacío, el vertiginoso bosque de los misterios.

El mito dice que Egeo se lanzó al mar que lleva su nombre. Las ratas también viajaron en los barcos de la conquista. Ahí donde cortaron nuestras primeras lenguas. Lenguas también infectadas. Cuerdas vocales y anclas manchadas con sangre. La usura. Oprobio contra-natura. Quedaremos todavía navegando en este mismo castillo de velas y maderas podridas. Vivir es resistir. ¿Y si el océano no nos devolviera a ninguna orilla? Entonces, a lo mejor, sabrán que alguna vez existimos. Que antes, en otros tiempos, ya estuvimos aquí. Cómo descifrar el ominoso silencio de estas esferas, su fuerza, en el crujir de un histórico derrumbe. El ruido de un piano hundiéndose en el fondo del mar.

Anoche miraba la luna, brillante, poniéndose en el horizonte como si fuera una puesta de sol. ¿Qué enigma guardaba esa luz, esa hora, ese sonido, en medio de una sinuosa latitud? Entonces esa música nos llevó a una isla calma en la mitad del océano. Todavía puedo escuchar el latido de esas almas. Vamos juntos.

No bajes las escaleras.

Bitácora de una navegación (6/07/2020). *Tarde.*

Mareas de fuego

Sobrevivimos, durante la desolada mañana donde extrañamente no corrió siquiera un poco de viento. Podía verlo, desde el pasillo, en el nulo movimiento de las velas del barco que colgaban

como volantines rotos o zapatos de niños su proletarios anudados en cables eléctricos después de las primeras lluvias de primavera. Una sensación de ahogo. También puedo percibirlo en tu ropa mojada, en tu cuerpo.

El silencio.

Aquí todos los pedazos de tierra sobresalen como escamas de cocodrilos hambrientos…y el mar. La mar. Yegua sin jinete. Animal de la magna selva azul. Reflejo del firmamento. Cristal quebrado sobre las aguas. Fosa a cielo abierto. Tu boca.

Cuando niño también navegué dentro en bocas de monstruos marinos y volé sobre cóndores extraviados en los océanos de Oriente. Hipogrifo de más allá de los mares glaciales. Tu boca. ¿Quién eres? Es el mareo, el asco, el movimiento oscilante de las aguas, el que contrasta con la cristalizada quietud del cielo. Nunca olvides que abajo, en las profundidades, incluso en las mareas de hielo, está el fuego. Más allá de las bestias del piélago, hay otras aguas eternamente desconocidas. Como tú.

Ahora, ya no podía decir la palabra amor, porque todo viaje es una quijotesca odisea hacia el desconocido abismo de la incertidumbre. Aquí, el amor, está alejado de ópalos y perlas… encallado queda el corazón en la orilla de los puertos. ¿Dónde vas? Te volví a preguntar cuando cruzaste la segundo escotilla del comedor. El almuerzo está servido. Entra tanta luz de la escotilla. En días claros es cuando suceden las peores tormentas. Voy aquí, contigo, en el barco. ¿Quiénes son?

Por ahora solo puedo hablarle al mar.

Bitácora de una navegación (14/07/2020)

En la mañana. Sueño de buitres

¿Por qué se está moviendo así el mar? Quiero seguir escuchando tus palabras…Todo puede ser peor. Un brusco movimiento de izquierda a derecha hizo que la parte alta de la proa crujiera estrepitosamente. Háblame otra vez. Las palabras

sonaban como frases hechas en medio de la densa neblina. Había un olor putrefacto a cloro, petróleo, amoníaco, algas y mariscos en descomposición. Un verdadero buque químico. Por las escotillas ya no podía ver nada de lo que estaba afuera. Fragmentos de tierra. Espejismos. Siglos. Siglos y siglos. Hambre y sed en bocas secas. Desde que todo empezó solo he podido sostenerme en el alcohol. Abrazado toda la noche a la tapa del baño. ¿Dónde habían quedado todas esas visiones que me habían acompañado? Los límites se borraban angustiosamente como las huellas de las gaviotas en las orillas de la playa.

La pieza estaba saturada de mesas pequeñas que se elevaban como viejas camas hospitalarias. En el rincón al lado del armario, unos sacos llenos arena húmeda ¿Qué había pasado con todas esas ilusiones?

La sangre de un naufragio…de todas esas vidas desaparecidas. De pronto estábamos en la mitad de una tormenta, en una neblina de hierro y pólvora… y que solo estaba empezando. Cómo decir nosotros en medio de tanta soledad. ¿Con quién había estado conversando en este infinito malestar, tiempo de todas estas noches insomnes? Habían pasado unas semanas desde que zarpamos y ahora la sensación de no estar con los pies sobre la tierra se dejaba sentir. Fue ahí cuando debajo de la puerta volví a escuchar esa voz que entró por la rejilla de ventilación como una brisa fría. Un susurro indescifrable por el ruido de los motores y el movimiento.

Miré hacia arriba al tragaluz. Ahí estaba, con su vestido verde, clara luz que ya había viajado con nosotros a estas islas desconocidas. Ud. sabe por qué se está moviendo tan fuerte el barco? Ahí volví a mí como de una pesadilla.

Cuando los buitres rondan las arcas, los encadenados funden el hierro y transforman sus cadenas en verdaderas armas. Los dados están tirados. Entonces las ilusiones quedan como cuerpos colgados de la vigilia. El aire se pone crudo.

Súbitamente habíamos olvidado esa otra enfermedad que hemos llamado: Tiempo.

Serás carne de cañón. Esas almas tampoco necesitan banderas. Tendrás que volver a tomar aire una y otra vez. Porque, siempre, las cosas pueden ser peor. Silencio. Alguien toca la puerta. ¿Quién me habló?

Escuchaba el mar. Sonaban como si fueran la misma voz; mezcla de dulzura y terror. No te salves solo. En ese frío cerrar de ojos de la mañana, no había soñado. Deben haber pasado dos o tres segundos. Había empezado a entrar el agua por mis pies. Entonces, entendí que el mar está hecho del mismo material que los sueños.

Bitácora de una navegación (28/07/2020) *Atardecer*

Archipiélagos del tiempo

Encallamos en aguas desconocidas. Todo el pasado había tendido un abismo entre nuestra memoria y aquellos pedazos de tierras ahora inexistentes. Nunca vimos la tierra. Fueron espejismos reflejados en tormentosas mareas… ahí donde se apagan todos los colores del universo.

Ahora estoy flotando, equilibrado sobre un pedazo de madera y veo más allá el cadáver de la mujer del motín. Ella había presagiado que aquí nos esperaba un incierto y trágico destino. El barco estaba condenado y solo hubo balsas de salvación para los más inescrupulosos. Había perdido a mi hijo hace tres días y todo se me revolvía en el estómago al recordar esa aparición fantasmagórica la noche de la tormenta.

Le había pedido que me devolviera la ilusión del primer viaje. El destino es una línea en el horizonte, donde se juntan todos los colores que jamás existieron.

Su rostro se había hundido en el oscuro fondo turmalina del océano.

Me salía agua por la boca y la nariz. No puedo sostenerme en este trozo de madera. Ahora oscilamos cual fluidos, abandonados entre púrpuras atardeceres. El olor de la primavera aquí ya es otro. Estamos exhaustos. Habíamos perdido todo y solo teníamos nuestros cuerpos que se quemaban al sol rodeados por transparentes penínsulas… delirios y ensueños. Al norte. Al sur. Al este. Al Oeste. ¿Cuántos otros lugares más puedo nombrar ahora que no escucho sus palabras? Todavía nombraba el mundo en mi cabeza con las mismas letras con las que describí alguna vez ciudades ya desaparecidas y ahora en ruinas. Acantilados derrumbados en el leve paso del tiempo. Vidas enteras que habíamos naufragado...Vi en el barco las ilusiones de todas las épocas pasadas y ahora estábamos rodeados por cuervos de mar que buceaban como peces y volaban como águilas, extendiendo sus plumas verde alga y sus ojos esmeralda, hambrientos, que nos observaban fijamente. Casi todo había sido tragado por las aguas.

Las velas flotaban junto a nosotros como bolsas mortuorias sobre las tranquilas aguas del mar. Las ropas... De los cajones que todavía estaban en la superficie se desprendían fotografías y recuerdos que salían del mueble y se hundían suavemente. Lento. Esos cuadros que pasaban los veía como por un proyector de películas antiguas que han sido partidos en mil pedazos. Aquí mar adentro, puedo sentir la violencia de las horas y el paso del tiempo. Vinimos de oscura patria donde ahora los recuerdos son parte de las densas corrientes del océano.

El capitán y la mayoría de los hombres del barco nos habían abandonado llevándose las últimas balsas y chalecos salvavidas. Se llevaron el alimento, el dinero y nuestra posibilidad de sobrevivir. Esa repugnante ambición de las milicias. Finalmente, estábamos abandonados por Dios y el ayer… pero nosotros tenemos el futuro. La muerte de ellos no es nuestra aniquilación. Hemos estado más de un mes en esta embarcación, se han podrido todas las vigas de madera, han pasado otros barcos cerca, pero nuestras voces ya apagadas por la enfermedad y el horror

aún se pueden escuchar en la distancia. Alimentamos el mar con nuestras lágrimas. ¿Cuántas horas, cuantos días, hemos estado aquí? Alguien hacia señas moviendo levemente los brazos. Había estado flotando por más de cinco horas. Sus ojos brillaban. No te muevas. ¿Estamos vivos? Le pregunté. Las palabras estaban rotas y se desvanecían como perlas quebradas sobre la fina capa de las olas. Ya no me reaccionaban las piernas. Los cuervos del mar vienen a arrancarnos los ojos. ¿Cuántas y cuántos habían muerto? Nunca lo supimos. Nosotros asfixiados con los cuerpos arrugados, creíamos haber sobrevivido, pero por dentro se había extinguido una parte de mí junto con todas ellas y todos ellos. ¿Cuáles eran sus nombres? ¿Dónde trabajaban?

¿Dónde vivían?

Archipiélagos desconocidos.

Penínsulas marginales.

Majestuosas arquitecturas destruidas.

Después de jadear un poco más, mire hacia la izquierda y ahora la mujer que flotaba a mi lado estaba sonriendo. Una cálida brisa. La niña. En ese que parecía nuestro último atardecer.

Los recuerdos…

El mar, vasija de sal corrosiva y preservadora, los convertirá en flores… en el horizonte veremos otra vez todos los colores que los antiguos imperios asesinaron e hicieron desaparecer. Será el mar el jardín por donde se exorcicen futuros sueños. Navegaremos, a pesar de nuestros cuerpos, porque sus destinos tendrán reservado un lugar digno en la eternidad. La belleza, efímera, habita dentro de cada uno y está muerta en los ojos de la sedición, el crimen y la injusticia.

Bitácora de una navegación (25/08/2020).

Fuera del día, fuera de la noche.

Lejanas travesías abandonadas. Hay una parte en el devenir donde el fin reúne todas las esferas, el brillante parpadeo tornasol

de las estrellas. En ese indeterminado punto del tiempo, donde no estamos en el día, ni en la noche… el mar. Ahora muerto. Transparente y turbulento oleaje.

Las mareas, el barco y sus rincones oxidados ocre anaranjado, parecían ahora hologramas hiperfuturistas que deambulaban fuera de los viajes de la Edad del Tiempo. Habíamos esperado que se disipara la neblina. Kilómetro y kilómetros. Esa llanura. Más allá hay un lago de un agua densa, masa de color amarillo flúor. Aquí no hay nada parecido a embarcaciones, casas, o edificios. Tampoco islas. Esta nave ya no tiene en sus rincones oxido acumulado. Ese último viaje, estuvo siempre condenado como un precipitado salto al vacío.

Una luz violácea se puso frente a mí. En lo alto de la cima de un volcán, formas oraculares de una Máscara desde la que irradiaban todas las figuras y formas que habitaron la tierra. ¡Corazones negros, alquimistas de misterios!

La embarcación, ahora perdida como un satélite intergaláctico, atravesaba espacios muchos más lejanos de esos que conocimos en los horizontes del océano…universos mortales e incompletos. Ya no hay desasosiego. Los recuerdo a cada uno, Laura, Pedro, la mujer del motín, la niña del barco, el niño bajo el camarote, Amani, Alicia, Suri… también a todas esas otras vidas sin identidades, sin nombres. Voces presentes en todas las esquinas, en todos mis días radiantes y oscuros.

El paisaje abarca todos los fragmentos, extensas playas de arena hechas de mármol, donde en cada uno de sus rincones habitan nuevos universos. Pirámides antiguas invertidas, enterradas en oasis de metales líquidos, jardines de especies multicolores, burbujas gigantes suspendidas en un púrpura desierto de un otro firmamento. Aquí no existe diferencia entre la medida de las cosas. Las máquinas tienen alma. Nosotros habíamos sido de todos esos instrumentos. Dígitos y códigos de la antimateria. Energía refractaria. Radios de señal marítima. Computadoras transatlánticas. Letras y números infinitos. 00100020003. Http. Dos

puntos. Slash. Slash. w.w.w. Grafemas y códigos que habíamos podido por fin descifrar porque siempre estuvimos unidos a ellos por eso que llamábamos "algo".

¿Cuál fue el instante en que aprendimos a tener miedo a la oscuridad? En estos paraísos, paisajes exiliados del firmamento, también habita la tranquilidad y belleza con la que los antepasados y sus antiguas estrellas nos legaron sus heridas, ahora reconstituidas. ¿Qué es este blanco y deslumbrante radio, indeterminado páramo sin tiempo? Sin ojos, sin palabras, sin voz, sin cuerpo, me invade la claridad con la que perciben los delfines mensajeros las sedantes armonías de Poseidón. Formas extensas de corales de algodón y felpa. Universos donde se refractan todas las alegrías, los deseos que quedaron frustrados, las melancolías que nos desgarraron en insomnios. Lugar—máquina de múltiples tiempos. Este paisaje abarca dimensiones desconocidas, fantásticas, donde no rigen las leyes de nuestro universo. ¿Qué era eso que los habitantes, los viajeros, los tripulantes, llamábamos alguna vez La Enfermedad o Sufrimiento? Una brisa me acarició con los susurros de aquellas vidas que habían pasado por nuestra línea de tiempo…el inabarcable destino. Mis acompañantes de viaje. La memoria me regalaba las caricias de los que incluso no había siquiera conocido y de los que nunca supe sus nombres.

De cada una de estas esferas celestes salen nuestras intimidades más profundas, la sensibilidad de una especie que lleva años desapareciendo, pero que se niega a perecer en la eternidad de su incierto destino. Dejamos de sufrir, en el instante en que dejamos de buscar en otro lugar el paraíso.

Hipnotizado aquí entre rincones psicodélicos, en estos enclaves que me resucitan el deseo y la melancólica existencia, te observo. Entre nuestras pieles, danzan eróticas aguas en rompientes olas de las que solo es posible ahogarnos de encantamiento. La sublime poesía de este otro vivir. Nos dirigimos hacia dos o más lugares al mismo tiempo. Ahora puedo estar en el mar y la cordillera, en el desierto y en la selva. Imagino que caminamos

de nuevo, ilusionados, por los pasillos del barco, como si fueran los pasillos de mi antigua casa de infancia donde puedo volver a reconstruir las grietas que quedaron marcadas con fuego. En esa casa había una chimenea, un parrón, una palmera, y pasto quemado, hojas de laurel, humedad y un frío sol de mañana. Aquí parece que vuelvo a ser ese niño que había sido, originariamente feliz, y asesinado por el maldito destino de la civilización. En cada lugar del pasado donde dejamos una sonrisa se sembraron nuestras esperanzas, mil años antes, mil años después, exactamente en ese día preciso. Las palabras son ahora delicados fragmentos de nuestras vidas inacabadas. Nacimos del mar y ahí volvimos a morir…en este mar de un no tiempo. Estamos tal cuerpos frágiles y aterciopelados. Millas y millas de pura extensión. Reconstruiremos las ciudades arrancadas de los muros que fueron pintados con la noble alegría de las calles y la resistencia. A veces seguiremos sintiendo miedo, pero hemos viajado juntos desde muy lejos. Desciframos las manchas y cicatrices de todos los planetas estelares. Éxtasis, y un constante hormigueo que nos recorre. Descubrimos que las tierras por las que navegamos eran parte de una escritura arcaica, de infinitos firmamentos. De alguna forma nos alejamos como las islas, pero falta mucho por descifrar en las grietas de los acantilados. Así volveremos a reconstruir lo que nuestros antepasados entendieron por amor. Mañana volverán. De esas tumbas sobre las que lloraron los sufrientes… eso que los seres humanos inventaron y llamaron Eternidad.

Soy todos los días, las claras costas, aperladas piedras. Estamos ahora plenos y profundo. Sombras radiantes en mágicos manantiales. ¿Por qué ya no vistes con grises ropajes? Porque no tengo nada que esconder. Aquí el roce de nuestros límites ya no está prohibido. Eternas puestas de sol nos acompañan. Atrás dejamos nuestras ropas como si fueran trapos desgarrados, esas formas que alguna vez existieron para ornamentar nuestros deseos y ocultar nuestras perversiones. Nos habíamos encontrado en ese punto del primer nacimiento, arca de tierno resplandor. Una lla-

marada radioactiva, cada vez más alta, puedo sentirla contigo. La desnudez de nuestros cuerpos tocándose y bañándose en la miel del deseo. Nuestras palabras de amor guardadas en botellas perdidas que los suicidas lanzaron sobre los mareas de sal. ¿Cómo llegamos hasta aquí?

Estábamos desnudos, sin cuerpos incluso. Nos acariciamos alrededor de estas esferas luminosas. Soñamos juntos todas las cosas que podrían haber sido. Hablamos recostados en un eterno eclipse de fugaces auroras. En este otro cristal del amor. Todas las mareas cabalgan suaves y elegantes tocando con un beso nuestras costillas aterciopeladas.

Como los antiguos, hemos vuelto a los cielos donde la luz vital atesora sus ciclos en lo alto del Parnaso. Cielo de múltiples soles. Lunas de tibias cascadas. Ahora podemos respirar. Tus pasos dibujarán los cauces desterrados del Río Jordán, plétora que abrazó y abrazará a todas las civilizaciones en nuevos universos celestes. Aquí ya no hay sonidos, ya no hay palabras, ya no hay silencio. Entonces, ¿Quién habla?... Tú…

FIN

LORETO GALDÁMES

Egresada Escuela Internacional del Gesto y la Imagen: "La Mancha". Diplomada en Pedagogía Teatral, Pontificia Universidad Católica de Chile y Magíster en Alemania, Se ha vinculado al desarrollo de la elaboración de proyectos artísticos y culturales en el marco de las políticas públicas de la Gestión Cultural, tales como el departamento de funciones en línea SIDARTE y bienestar nacional además la cartelera cultural en el diario la nación y la hora, experiencia laboral en Deutsches National Theater Weimar, Ha estado además en los más importantes centros culturales de Inglaterra, Francia y España. Fue parte del Equipo de la Revista urbe salvaje, es Docente de Administración Cultural y Gestión Cultural además de Historia del Teatro Chileno e Historia del Teatro Universal, En la actualidad trabaja como Directora Ejecutiva de la Productora Escena Marginal y como Productora Ejecutiva Kamara Orgánica.

Luna Menguante —Septiembre sábado 5 30pm

Una mano tibia se posaba sobre mi cuello, puse atención y me distraje lo mire por la cerradura y no dejaba de observarlo, tal vez pueda ver su rostro de **Lían** pero es un sueño, debo tener cuidado con lo que hablo, **me comentó** 353 traque me sentí adolescente como hace años porque estoy adormecida en el sentir, soy un maniquí hibrido, en el pasillo vi unos zapatos grandes, un sombrero y una guitarra su melodía una y otra vez estábamos en el mismo lugar pero lejos, me siento desordenada, descontinuada, causo anticuerpos, es la espuma o tal vez la brisa, la fuerza, esa maldita esperanza a la adversidad al dolor, son las voces, terminar o comenzar, parece que está aquí, lo que no era bueno, **Sra. Pegó**

devuélvete te está mirando, tengo ganas de arrancar, le mire los dedos, blancos, fríos arrugados, paralizados tal vez, no es este maldito movimiento del punteo que lo hace una y otra vez, agarra, ancho, firme, delgado, es la Luna, que me toma y me transforma estoy húmeda lo miro de reojo y el me mira pensé que ese momento no llegaría té curare con estilo, yo silenciosa sin decir una palabra, estoy mareándome otra vez, me siento trasquilada, soy como un destrozador de corazones, hay alas rotas por todos lados, eres un ave fénix, de construidas, despreciada, tiro a punto fijo, 1313 traque, no me mires, no me toques es el vaivén, hay mucha gente aquí, no hay nadie, mira el cielo, no la marea, solo los dos unidos y sintiéndonos.

En este paisaje que da luz después de tanta adversidad, estamos palpitando.

Estamos unidos, A ti te quiero a voz baja y con latidos Altos …

Mar de Luna, sábado 28 de junio, 00:32 horas

No me engañas, no te engaño, puedes satisfacerme**, tal vez no puedas,** que dices, tal vez pueda, eres una sorpresa, ten cuidado con lo que digo, me dijiste 278 traque, remolcador, que tuviera cuidado con la brújula, o la llave en el pasillo gira a la derecha, barlovento o sotavento, causo anticuerpos, es la espuma o la sal, la fuerza, esa maldita esperanza a la adversidad al dolor, son las voces, terminar o comenzar, parece que está aquí, me dijo que no era bueno, me viene un mareo, tengo ganas de vomitar, mírate los dedos, blancos, fríos arrugados, paralizados tal vez, no es este maldito movimiento, agarra, ancho, firme, delgado, es Luna, la presencia, la pensión, té curare con estilo, resistencia, expresión, estoy mareándome otra vez, me siento trasquilada, soy como un destrozador de corazones, hay alas rotas por todos lados, eres un ave fénix , de construidas, reparadas, firmes, olas bravas, nocturnas, resistencia, perversión, estoy desolada estas despreciada, tiro

a punto fijo, 278 traque, no me jodas es el vaivén, hay mucha gente aquí, no hay nadie, mira el cielo, no la marea, cuando nos dejaran salir, no sé, nunca tal vez, 2 o 3 pregunto **omito, respira, profundo, me duele el pecho.**

Apaga la luz, es el cuarto de la Sra. Peg, no sé, es el rodar de la sirena, cállate, aparte de hablar existe la trama, balbuceo o me silencio, hay luz donde Giovanni, es el cuello, se me paralizo en un lado derecho, recuéstate, no puedo, debo trabajar

Arte o resistencia, dame la linterna, solo se ve un, círculo, donde, no sé nada de ella, siento un ruido, tiro a punto fijo, calcula, medita, antes de la tormenta siempre viene la calma.

El tiempo, externo o interno, son 2 veces, respira y luego repite varias veces, no lo haré, veo algo en la 14, mejor.

me olvido, devuélvete, hay neblina, 246, no me dejes, no te escondas de nuevo, no puedo debo estar aquí, curiosamente siempre junto a ti.

LUZ DE LUNA

Bitácora Martes 21 de Julio 03 18 pm

Levántate ahora, ¿Que me estás diciendo?, apúrate, déjame ser yo, por un momento.

Se está moviendo, apúrense muchachas, están ahí, oh No Giovanni crees que esa fue una de las causas por las que no recibieron las advertencias de otros barcos, sobre los enormes bloques de hielo de esta primavera, **no sabría decir escuche 2, 12** y vi la eternidad de La noche, pero saque la soga y por el pasillo vi ojos por todos lados, abran **la puerta 218**, que dicen **traque 614**, me estoy congelado, **no Marie** por favor, no me sueltes, **Giovanni** ayúdeme se me congelan los pies, **señora Peg** míreme por una Vez, maldita sea, debe ser amor en el cerebro, la intensidad vulva de mi interior , que pasa aquí, no podemos salir, no otra vez, no

puedo más ayúdenos, no nos deje aquí no podemos salir, golpeo una y otra vez, tengo mi puño morado, respiro, vuelvo de nuevo, saco aliento del vientre, vuelvo a respirar, que le pasa, no por favor, la fragilidad de estos días, escúcheme estoy yo aquí.

Cálmese, cuando pase todo va a estar con los suyos, deje su cariño volar.

Me tienen choqueado, veo que en su bolsillo tiene un pañuelo, envuelto hay un anillo negro que dice **Peg y Lían**, veo sus ojos mutilados llenos de dolor y olvido.

Creo que voy a morir, morir, morir en paz, tengo una cosa onírica, soy una señora oscura, filosófica, frenética, que busco destruir esta hegemonía a la sociedad, soy una ciudadana media, tengo una línea trazada bastante simple, pero ahora se me caen las máscaras, soy una señora oscura, me transforme en un caos, no creo en los gestos simples, miro mi vida desde otra perspectiva, soy de clase media baja, vivo con mi madre, en términos visuales, se me desarman las estructuras, esta vida la puedo seguir viviendo hasta vieja y seguirá igual, me quitaron las pastillas, yo me siento usada, no tengo empatía, debo pasar esto, por el o por mí, me confundo.

Mi Lado es vertical o horizontal, anticipación imaginaria, soy ascendida y permanente, observadora asidua al horror, temor, vivir con miedo no es vivir, codicia desenfrenada, panorama oscuro, eso de la frustración dejarse de lado, pensando mucho, gurús iluminados ascendidos, perdiendo el partido de ajedrez cayendo en la aselada, perdiendo una torre un alfil saltando por una dama, la contaminación del presente por el pasado, hay que tener coraje, ser creativos, templanza, ya no la escucho, no la siento.

Ya no respira, esta tiesa, todo fue en silencio, lo único que vi fue la luz que palpitaba en la neblina.

Es una Enfermedad progresiva que afecta a la memoria y otras importantes funciones mentales.

Las conexiones de las células cerebrales y las propias células se degeneran y mueren, lo que finalmente termina con la memoria, de que sirve la resistencia si somos un país sin memoria y hablamos, ***sin concretar hechos somos funcionarios del caos.***

Los síntomas principales son la pérdida de la memoria y la confusión.

No hay cura, no hay medicamentos, no se puede mejorar lo que no se releva, no se puede ser nunca la misma persona, porque no valoramos ni la escuela.

Debes Tomar tu propio vuelo, la fuerza viene de la voluntad del Alma, esto es una maldita pesadilla como fantasmas de zapatos rotos llenos de agua, no puedo tomar aire, se me diluye, más fuerte me vuelvo, me agarro tu brazo, tome mi pañuelo, abran de una vez, Pulsión de vida, que sea lento y que se detenga mi reloj, este prendedor rojo es una creación perfecta de belleza, se me está destrozando, no mires para abajo, **3—2 —7**, siento que no tengo comprensión, siento que esta soga me perturba, Estoy bloqueada, mutilada, desolada, descompaginada, hasta triturada Mira dile Lían, que me entrego, dile que solo una mínima esperanza.

Hay suspiros que no tengo, mejor dicho, que no los recuerdo, que estén en mi pañuelo. Lleva sangre, me estoy destrozando por dentro, es una bomba de tiempo, recuerdo Amada, dime, Estás encadenada por tu propio dolor, Cómo odio verte así.

Sra. Peg, no, no, no, Marie déjame ayudarte, ya es tarde ella se fue muy lejos de aquí.

La esperanza de volver a verla en esa luz, que vamos a ser, está en rodeada de bolsas.

Tal vez la veas, donde tenga finalmente verla, se dice que después del dolor viene la música del alma.

Somos incapaces de cumplir el deseo, somos incapaces de ver las capacidades de otros, estamos desgarrados, contenidos, golpeados, bloqueados y traumatizados, ya no tengo más fuerza, lo único que siento es lo que tengo una débil sutil esperanza, mira tu sangre.

Cae por tu nariz, ahora por oídos y terminando por los labios, soy culpable de no tener fuerzas para arrástrate, soy culpable de todo, menos de valórate en esta ruleta de carne y hueso.

Viernes 13 de sept 13 33 horas

Luna en el Mar

La primera historia de Amor que escuche fue cuando niña, tal como escena de cine mudo darme cuenta que un hoja podría ser utilizada de infinitas maderas incluso desde mi bolsillo cayeron cientos de papeles al mismo tiempo, los zapatos azules de charol eran como afirmadores o atriles, lo curioso que al mirar la imagen que se me repite de mi infancia les la de un césped seco con una sola flor, eso comentaba la Señora Peg sabia ella al mismo tiempo que encontrarse era una ilusión nunca se podría ser realidad, ella se encontraba atrapada y paralizada por el miedo, ahí iba la imagen de un sombrero que se reiteraba en ángulos distintos, como lo que ocurre con el sol te encandila pero sientes que estas en lugar que al girar ya no estas, se puede desaparecer pero seguiría encendido por un buen tiempo en la tierra, porque te enseñan que todo debe ser Autónomo, tenía que tener carácter, aunque sea en un dispositivo escénico, hibrido y mal evaluado, desolado y confuso **Y** no puedes comenzar a sentir cosas especiales para sobrevivir INVIERNO ESTACION FRIO IGLU, VIENTO, LLUVIA, tocar a otro que no seas tú, adormecerme un matrimonio desbastado donde se pierde la comunicación y todo se vuelve una villana competencia Se Trata de recuperar, pero ocurre una sorpresa increíble que Rompe los esquemas de la realidad, otoño, hojas secas, frutos caídos, dolor sequedad sincera, de carne y hueso al fin y al cabo.

Nunca entendí reiteraba la **Sra. Peg,** para que me casé si soy tan jodida, le tome la mano y me miro de reojos no debes escuchar Marie todas mis historias, talvez te confundas más de lo que

realmente son hay algo perdido en mí, mis pensamientos muchas veces me anublan.

Ud. tiene una Enfermedad mental que se caracteriza por la aparición de ideas fijas, obsesivas y absurdas, basadas en hechos falsos o infundados, junto a una personalidad bien conservada, sin pérdida de la conciencia ni alucinaciones.

Desconfía de todo incluso de Lían, escúchame muchacha muérdete la boca no me conoces realmente, nunca me has visto tal vez te sientes con autoridad por ser mi enfermera.

Te pido un favor déjame sola me acabo de dar cuenta que genero conflicto con quien este y donde este, Sra. Peg no la quiero dejar, vete finalmente terminaremos todos solos en oscuridad.

Donde se ve la Luna

SOMOS AVES FÉNIX
ESCONDIDOS HASTA HOY
NO SE SORPRENDAN TANTO
NO ES SU IMAGINACIÓN

¡Estamos Híbridos, capsulados por estos dispositivos cuadrantes, pero estamos en la sequedad misma y en el vacío más necesario Para retorcer nuestros nudos, miedos del alma!

HACE MILLONES DE AÑOS
UN ASTEROIDE AQUÍ CAYÓ
NOSOTROS NOS SALVAMOS
EL FRIO HIELO NOS CUBRIÓ

Pero ahora nos arrojó nuestros propios obstáculos y le hacemos frente tratando de juntar piezas de este puzle.

Vamos a juntar hienas, pumas, jaguares, zorros

Para danzar una pieza que nos mostrará lo central de la vida, que la sabiduría de la naturaleza está en el silencio y la unificación

Vamos a danzar un baile que durará más de 4 días y nos dolerán los pies de tanto ejecutarlo, una y otra vez

SOMOS AVES FÉNIX
ESCONDIDOS HASTA HOY
NO SE SORPRENDAN TANTO
NO ES SU IMAGINACIÓN

Somos y serán aquellas mujeres que han volado.
Somos y seremos luz, luna, sol, asteroides esperando.
Que la tormenta pase para que se vuelvan a levantar nuestros ejes, pilares y corazones.

SOY PERVERSA
NO TENGO LEY
UN AVE FÉNIX
Tal vez
SIN MIEDO NI VERGÜENZA
QUIERO ATRAPAR
lo que encuentre
Para contemplar en silencio del día
Sin idealizar lo que no hay.

FIN

LILIANA GARCÍA SOSA

Actriz uruguaya de reconocida trayectoria en teatro, cine y televisión.

Estudia Arte Dramático y Derecho en Uruguay.

En 1987 se transfiere a Chile

Ha participado en más de 30 obras teatrales, muchas de las cuales con giras y temporadas internacionales (Argentina, España, Inglaterra, Italia). En la televisión chilena participa en más de 50 producciones de ficción entre 1988 y el 2019. En cine es convocada en más de una decena de películas.

Es *Agregada Cultural Ad Honorem* de la Embajada de Uruguay en Chile.

Distinguida con la l'Onorificenza *Cavaliere dell'Ordine della Stella d'Italia*.

Es directora de la *Comisión Chilena de Derechos Humanos*.

Desde hace 11 años vive y trabaja entre Italia y Chile.

https://www.lilianagarciasosa.com

BITÁCORA DE UNA NAVEGACIÓN

Madrugada Martes 21-Miércoles 22 de Julio 2020.0:3 am

Bitácora de un naufragio:

Diario de Elena Manuela García-Montero Blanco.

El vapor Reina Victoria Eugenia zarpó del puerto de Montevideo el 21 de Octubre de 1920.

El transatlántico propulsado por motores de vapor prometía dejar a la familia García-Montero Blanco en el puerto de Barcelona el 24 de Noviembre del año en curso, luego el viaje continuaría en tren hasta Galicia.

Un barco con lujos necesarios como para garantizar una travesía tranquila con las comodidades a las que una familia de posibles acostumbra.

Elena con 17 años alzando la voz impulsiva deja la poltrona al grito de...

—"*No me suben ni amarrada a esa bestia, no estoy dispuesta a que me trague el océano*", su blanco largo dedo índice apunta al puerto de Montevideo que se dibujaba como un cuadro en el ventanal de la luminosa estancia. La voz aguardentosa de su padre la detiene…

—"*Por favor, Casandra, baja la tragedia hija, será un viaje de placer, conocerás a tu futuro marido y en Galicia nos espera la familia*".

Lola, su madre, menos paciente que mi bisabuelo Juan, con voz de mando se limitó a ordenar...

—"*Siéntate derecha, no vuelvas a levantar la voz y borda tus arrebatos en tu ajuar, que ya los tendrá que aguantar otro. Tu padre necesita ver su familia, los montes de olivos, en fin, todo lo que dejó en Galicia, sabes que la guerra ha sido cruenta y no tenemos idea con lo que nos encontraremos. No eres capaz de ver más allá de esas lecturas de fatum tragicum que te tienen sorbido el seso! Desde mañana leerás sólo folletines con la moda de París, que es lo único que debe interesarte ahora, estando ad portas de tu enlace*".

Elena altiva lanza su amenaza profética:

—"*Padre usted nombró irónicamente a Casandra, no se olvide que finalmente el caballo entró en Troya*".

Con una mirada amenazante abandonó la poltrona de suave terciopelo sangre y el escritorio de su padre, lugar donde se discutían las grandes decisiones familiares.

El 21 de Octubre a las 12:00 en punto, cuando las campanas de la Catedral de la Plaza Matriz repicaban misa, la familia García-Montero Blanco subía por la tambaleante escala rumbo a cubierta en fila india, padres y los nueve hijos, Elena la última.

Los preparativos del viaje para ella no consistieron en visitar modistas, costureras o sombreros como lo hicieron sus hermanas y madre. Elena leyó todo lo que tuvo a su alcance sobre mares, barcos y navegación, se convirtió en perita náutica, por lo que le aterrorizaba saber que la bestia transatlántica con nombre de reina podía superar los 26 nudos de navegación.

Observando con desconfianza la tripulación que los recibía, desde Almirante a último grumete, por fastidiar lanzó un dardo preguntando…

—"*¿Padre si son 300 los tripulantes, ¿quienes reciben a los de tercera, las ratas*?".

Su mirada de basilisco se cruzó con la sonrisa cómplice del Almirante que la hizo sonrojar.

Llegando a su camarote su primer mal presagio se cumplía, tenía que compartirlo con Yolanda y Blanca, las hermanitas soplonas y envidiosas iguales a las patonas de La Cenicienta.

Displicente lanza sobre la cama abrigo, sombrero y bolso, su mirada se clava en el ojo de buey donde una inscripción en bronce circundaba la pequeña ventana, esa pequeña ventana que ofrecería como único paisaje agua más agua por los próximos 33 días... ***"sic mundus creatus est"***… sintió un gélido rojo recorriendo su columna…Las voces alborotadas de sus hermanos la llamaban estridentemente:

—"*Elena, Elena, vení mujer, mirá que divino se ve Montevideo desde cubierta*".

Atónita sintió como brisa un susurro en su oído izquierdo … —"*ve Elena ve a mirar por última vez las murallas de la Ciudad Vieja, Montevideo desaparecerá como Troya*"…Casandra la acompañaría toda la travesía…Elena sabía que el tiempo era circular, que todo era el principio y el fin, el fin que no era más que el mismo principio…

En cubierta junto a sus hermanos despedían el borde portuario que languidecía segundo a segundo, jugaban adivinando

las casas y negocios de la Ciudad Vieja que cada vez se alejaban más de sus pupilas.

Un rayo de sol iluminó la rosa de los vientos que coronaba la mansión de los García—Montero Blanco, sus ojos de basilisco la detectaron, no se movía en la dirección correcta. La experticia adquirida en sus náuticas lecturas le confirmó que algo no estaba bien. La dirección e intensidad del viento había cambiado repentinamente. Pensó y se respondió: la orografía que circunda la ciudad inmutable, el pronóstico meteorológico vaticinaba mediodía soleado, primaveral, con suave céfiro. ¿Por qué la rosa, su rosa de los vientos giraba enloquecida? Presa de la angustia comienza a inquirir *—¿qué me quieres decir? habla, habla por favor!—.* Sus hermanas y hermanos se apartaron, la vergüenza los hizo correr por cubierta hacia la proa...Como poseída gritaba al viento, a las aguas calmas del Estuario del Plata...Solo ella y Casandra sabían, que a quién bramaba era a la veleta colorida tallada como rosa de los vientos, con sus lanzas puntiagudas marcando este, oeste, norte y sur.

El Almirante, sonrisa cómplice, ojos océano profundos y verdes se acercó divertido pensando que la joven jugaba despidiéndose del puerto excitada por la partida.

—"*Señorita, si me permite"…*——apoya su codo derecho en baranda y con un cigarro entre sus dedos de la mano izquierda, queda embelesado con unos mechones de pelo que dejaban entrever su cuello blanco coronado por un collar de perlas negras que acentuaban aún más esa tersa piel.

—"*Señorita, si me permite... ¿puedo jugar con usted?"*

—"*Perdón. ¿Jugar? ¿Pero usted de qué va? No tengo ni edad ni ánimo para juegos. Su piróscafo no me gusta, estoy aquí por obligación de padres y mi interés en entablar conversación con un desconocido es nula".*

—"*Pero señorita solo quiero presentarme, por favor"…*

—"*Nula, palabra sencilla cuatro letras dos vocales y dos sílabas, se la deletreo...Almirante?"*

—"*Mi nombre es Andrés María Santander, oriundo español que por placer y no por necesidad he atravesado este océano cientos de veces".*

—"*Pues mire usted, qué suerte la suya, habrá tenido oportunidad de comer muchos peces y sal hasta por los poros".*

Nuevamente el Almirante sonríe encantador pero esta vez deja escapar una corta, ronca, seductora carcajada…

—"*Usted no me creerá, soy alérgico al pescado"*

Elena clava en el océano de esos ojos prometedores su mirada de basilisco…

—"*Pues haber elegido otra profesión Almirante, talabartero por ejemplo, o también será alérgico al cuero el señor?, con su permiso, voy por mis hermanos".*

—*"Adelante Señorita Elena, está en su casa, literalmente su casa",* apagando su cigarro camina hacia borda sin mirar atrás.

Elena desconcertada y algo avergonzada da vueltas en círculos sin saber dónde ir, poco dura el desconcierto, las voces de sus hermanos llevaron sus pasos certeros a la puerta del comedor... lugar al que pretendía hacer una exhaustiva inspección.

Casandra en cambio disolviéndose en la espalda del Almirante partió a borda con él.

Casandra después de tantos siglos de desesperación vaticinadora no estaba dispuesta esta vez a que la maldición de Apolo nuevamente se cumpliera.

Ella no permitiría que sus palabras de oscuros presagios pandémicos fueran en vano, el Almirante sí creería el susurro de su nefasto vaticinio y la crueldad del mar con el vapor Reina Victoria Eugenia tal vez podría ser mitigada...

FIN

GLORIA FERNANDA GUTIÉRREZ ABARCA

Nació el 4 de agosto de 1994 en la comuna de la Granja (Santiago de Chile). Allí, cerca del lugar donde vivió comenzó la etapa escolar y si bien nunca le gustó la educación formal, fue en su pequeña escuela básica donde desarrolló un cariño y cercanía por el arte. Gracias a una profesora amante del teatro y a su madre que siempre les incentivó en la pintura y la música, fue probando diversas cosas sin saber si desarrollarse a alguna de ellas. Finalmente, decidió no dedicarse de manera profesional a ninguna y estudió sociología, carrera que está terminando actualmente.

Bitácora de una navegación Jueves 16 de Julio

A las diez de la noche el mar comenzó un flagelo implacable contra la embarcación, rasga su coraza, la desestabiliza, la hace caer desde lo alto de sus olas en un vía crucis interminable. Había estado aferrada al camastro atornillado a la pared de mi camarote, pero este no resistió, me vi de pronto en un estrecho y largo corredor que me arrojaba de una pared a otra, mientras giraba en torno a mí misma sin poder enfocar la mirada, ni decidir hacia dónde avanzar.

La nave crujía como si cada una de sus partículas se trizara, lanzando un grito de horror después de la embestida, que me recordó el quejido de mi madre cuando perdió a su hijo —no merece pasar por eso de nuevo—pensé, regalándome una excusa para sobrevivir. Cuando el lamento del barco se volvió entorno pude distinguir un nuevo ruido: alaridos, silbidos, choques de metales percutidos en negra.

Lo capturé en mi oído para transfórmalo en bastón que guiara mis pasos, recorrí a rastras las alfombras de pasillos y escaleras

mientras veía muros barnizados caoba alborotarse como un barquito de papel en las manos ávidas de un niño. El sonido adquirió imagen: cucharones contra ollas; puños contra tabiques; cánticos contra oídos; trabajadores contra el capitán afuera del puente de mando.

Busqué a Minerva entre la multitud, pero mis ojos empapados no distinguían nada. Toqué el hombro de una mujer que chocaba con furia sus utensilios de cocina, le pregunté con toda la fuerza de mi voz por la jefa de máquinas.

—No se sabe de ella desde que enfrentó al capitán. Ya no importa, nada importa, es probable que esta noche nos disolvamos entre las olas y antes que eso pase destrozaremos al cuervo que ha devorado nuestros ojos estando vivos.

Luego de sus palabras un silencio intenso, desde el exterior el murmullo amenazante del océano nos congeló a todos, el agujero negro que crecía frente a nuestros ojos desbordados por el miedo absorbería y descompondría cada miserable átomo de nuestra existencia. No sé bien por qué, pero corrí, como si pudiese escapar, como si tuviera un lugar a donde ir hasta toparme sin querer con el salón donde se suponía estaría aislado don Clemente. Apenas abrí la puerta divisé un espacio similar a un hospital, luego me envolvió el estallido.

Mis pies se despegaron del suelo. Floté como si mi brazo y hombro izquierdo pudiesen elevarme, fue un segundo de pacífica suspensión antes de estrellarme contra una esquina y ahí, medio aturdida, desde el suelo pude ver cuatro camillas desordenadas con cuerpos pálidos que parecían pintados con la sal que el mar nos salpica. Me arrimé al que estaba cerca y descubrí el cadáver de mi colega don Clemente, atado con correas que le impedían rodar por la habitación.

Aquel agujero negro que creí ver antes está ahora en mi pecho, expandiéndose por mis venas, aniquilando células con su veneno azabache, engarrotando todo mi organismo de dolor. Con los dedos crispados garabateo esta historia en mi libreta,

para fundirme con mis recuerdos cuando el agua me alcance y me arrulle entre sus brazos, en lugar de mi madre que no podrá hacerlo

Bitácora de una navegación Jueves 16 de Julio 9:00 am.

Despierto en una habitación blanca, vacía, espaciosa. La humedad me tiembla en los huesos: humedad de agua, de rocío matutino, de sal, de orina, lágrimas. Estoy viva, lo sé por el peso de estas extremidades incrustadas en el suelo, jamás las sentí tan mías. Me levanto para salir en búsqueda de abrigo como si cargara más años de cansancio, desvelos, frustraciones. En el camino el caos visible contrasta con la quietud del barco, los muebles caídos me esquivan, los pedazos de vidrio temen herirse en mis pies, las puertas y repisas colgantes me enderezan. El tiempo nos retiene con un abrazo desesperado por la espalda, sus manos translúcidas nos comprimen, su aliento se desliza en nuestras nucas, hemos quedado varados bajo su inestable asilo.

Me arropo, pero necesito al pávido sol de invierno, a su calor que revolotea como mariposa, a su destello en las superficies, a brisa haciendo reír al cabello.

Comienzo el recorrido hacia cubierta, avanzo como flotando, oteo en las habitaciones sin puertas: una mujer acurruca a una niña en un rincón entonando una melodía infantil entre sollozos, una mujer cuida enfermos, mujeres velan muertos, mujeres de Da Vinci con cuatro brazos y piernas abiertas, en un vuelo eterno sin despegue, desparramadas en los camastros, con los ojos al borde del precipicio fijos en el cielo, fijas las palmas rogando al cielo como si ahí se ocultara la justicia, la piel manchada de rojo humillación…algunas sobreviven.

En uno de los camarotes se encuentra Julia, la navegante que embarcó junto a dos jóvenes... uno de ellos ha muerto. Arturo

ha muerto, su hermano Ignacio arremete contra camas, paredes, muebles, sus puños fijos contra el viento como si ahí se ocultara la injusticia. Afuera, en el pasillo, algunos maquinan profanarlo, ofrecerlo en sacrificio al océano junto a otras tantas carnes que serán su ofrenda, su alimento. El enfurecido muchacho logra ahuyentarlos, mientras desde algunos metros exijo respeto con un grito liberado del ahogo del temor.

Subo a cubierta triunfante, la corriente de aire inclina mi cabeza, capturo las formas de las nubes, el rocío humecta mis poros, estoy viva, lo sé por este pecho que se expande, por no encontrar la paz ni en la majestuosidad del infinito horizonte azulado. Mientras inhalo esta pureza los incansables de siempre sacuden las máquinas, cauterizan heridas, reducen decesos, hacen arte con lo que queda de comida, aman a sus amores, a sus amados, oran el rosario, cantan canciones de sirenas, guardan cartas en botellas.

Todo ocurre entre murmullos sin procedencia, deambulan con urgencia bocas zurcidas, los labios se mantienen ensamblados. Todo ocurre entre pupilas decididas que develan los significados soterrados bajo la lengua, una mirada cómplice nos espera, nos invita, nos tienta, bastó solo un guiño para formar un motín, bastará solo un guiño para volver a tierra.

Bitácora de una navegación, 19 de agosto

El barco ha sido envuelto por rizos verdes descendiendo desde chimeneas a barandas, hasta rozar con timidez el mar. Árboles han crecido de los maceteros, de sus ramas se expanden enredaderas, entre las hojas se asoman flores como labios que musitan versos.

Me distraigo en la proa al ver el brillo que va dejando un caracol sobre las hojas:

—Cuando niña nos llevabas a tu jardín, nos recostabas con cuidado en las plantas contemplándonos por horas-rememoró el

molusco. ¡Cierto! los observaba como ahora hago con los días, cuyos momentos se deslizan con lentitud entre el aroma del frescor matutino, el pudor del sol ruborizando ocasos, fulgores lejanos revelados en la noche...

De pronto una voz aparece entre mis cavilaciones. —Se lo debemos a la lluvia, se lo debemos al frío, quizás tu no los ves, pero los gigantes de hielo polares se mantienen incólumes irradiando blancura, nos han perdonado, aquellos que no pude salvar me han perdonado, mamita no se preocupe aquí no paso hambre-recitó un joven mirando al cielo apoyado en la baranda junto a mí.

Tras su intervención comenzó a sonreír propagando júbilo al resto de los navegantes. Gotas de océano se elevaron estallando en la altura, empapándonos de bruma. Su roído traje de marino se deshizo en mariposas elevándose junto al aguacero invertido, develando un nuevo ropaje cómodo, elegante. Me extendió su mano e indicó la escotilla.

—Todo está dispuesto, tú planeaste esta fiesta debes estar ahí para inaugurarla—

Me recordó la celebración para la jefa de máquinas, los sobrevivientes de la tormenta votamos por ella, desde hoy, Minerva es capitana.

Me conduce hacia un salón, se llama Vicente, me entrega una carta, me señala una tarima, se acerca a susurrarme que después viene Minerva, mis párpados suspiran, tras el pestañeo percibo que su murmullo se disipa desde mi aliento, contiene mi voz, ahora lo recuerdo, dejé las instrucciones con el viento. Él se aleja con expresión serena hasta fundirse en la multitud, demostrando que felicidad es un mosaico de momentos descubriendo la belleza que nos rodea.

Observo a los espectadores, mesas ocultan sus cuerpos, les hacen parecer retratos o bustos parlantes, respiro profundo antes de leer en voz alta.

Mis queridas, mis queridos: en tierra la esencia de la vida se ha manifestado por diversas vías, las dimensiones se entrelazan

permitiéndonos presenciar el lenguaje de cerros, bosques, ríos; deambulan nuestros difuntos deudos encarnados en figuritas luminosas, albinas, que reposan junto a los gatos, nos saludan tras los reflejos; los corazones de nuestra especie se revolucionaron al unísono conquistando nuevas obras, canciones, poemas que van pululando como secretos entre los sentidos. Hoy germina la esperanza... la misma esperanza que con paciencia imagina el encuentro, el aroma de tu cabello, el peso de tu abrazo.

Con cariño, los seres amados de los pasajeros del barco.

Bitácora de una navegación, 4 de septiembre

Luego de encender la antigua radio del puente de mando, el chirrido que anunciaba frases de lo ocurrido en tierra se volvió un espasmo eléctrico en mi cuerpo, entre ruido blanco se distinguen las palabras: crisis; se propaga; distancia; en fosa común; encierro. … mi capitana Minerva se acerca para informarme que mañana arribamos a puerto, haciendo crecer mi aturdimiento: me cuesta respirar, corazón bombea sangre para escapar, piernas huyen hacia algún lugar.

Salí a cubierta hasta encontrar un mástil que me sostuviera, me apoyé en la escalera que da a la cofa de vigía, pensé que subir allí me daría claridad. Al llegar a la tarima redonda de tablas gruesas la veo a ella, cercana a 30 años, en cuclillas, solo la cabeza asomada en la baranda observando lo que cupiera en sus pupilas. La piel trigueña en sus piernas y el resto del cuerpo cubierto por un abrigo felpudo que le daba un aspecto de loba. Sin habernos visto antes, supo de inmediato que sucedía:

—No quieres volver a tierra, tienes miedo. Tranquila, acércate: desde aquí se ve la franja terrestre que nos espera. Me llamo Coral, tú te llamas Calipso—mencionó mi nombre sonriendo, sus ojos delineados negro se enredaron en los míos.

—No quiero volver, dónde vivo todo es asfalto, las luchas de antaño terminaron siendo la materialización de una utopía quemada con pólvora, hoy, el infame de verde plomo arrebata la vista de quienes sueñan. Casuchas en la alameda, niños arrastrados por el río Mapocho, niños desmenuzados que fueron arrojados allí por las instituciones, ancianos desintegrándose en el ácido del olvido.

No puedo con ello dicen las lágrimas que no controlo, el vértigo me desestabiliza, ella me contiene en sus brazos, permitiéndome inhalar el olor a madera húmeda que emana de su cuello, de su espeso cabello castaño. Sube sus manos para acariciar mi rostro acercándolo lentamente hasta rozar los labios, el compás de mi corazón se detuvo junto al pálpito del tiempo. Lo que antes me abatía se evaporó en el calor de su beso fundiéndose en la última luz del sol, él único espectador del delirio innombrable aconteciendo.

Despojada del gabán que extendió sobre la tarima, no perdió su rasgo de loba; yo roedora, no escindo lo onírico de lo real. Quizás me estoy ahogando y esta es la visión de mis deseos antes de volverme mar, pero la espalda que recorro con mis yemas corresponde al presente, es carne húmeda, tostada, viva. Se trenzan piernas al mismo son que navegantes —bajo nuestro—caminan en diversas direcciones preparando el desembarco, nuestras manos se enlazan, otras miles se empuñan y alzan exigiendo humanidad.

Siento sus costillas sobre las mías, torso que guarda un interior sano en esta noche sempiterna… mañana los estragos, once mil cuatrocientos noventa y cuatro pechos desgarrados, humanos menos, dolientes invisibles, números en gráficos…

Coral que parece adivinar lo que pienso anuncia con seria ternura:

—Hace 50 años alguna estrella errante cumplió el deseo de justicia, de un futuro mejor que aspiró Allende la utopía. Ellos desde su rincón planearon cortar con su filo las flores de la nueva primavera. Al igual que tú, no soy capaz de descifrar el devenir

de nuestra especie, pero la incertidumbre no niega la capacidad de anhelar, anhelar la transformación. Luchar, así como amar siempre valdrán más que las heridas que nos cuestan.

FIN

CRISTIÁN HIDALGO

Actor por definición. Se pone en marcha con frecuencia e ímpetu constante a hacer teatro, radio y cine; hace poco celebró sus bodas de plata (25 veranos) en este oficio (mucho… y poco a la vez). Baila tango pegadito (porque es más sincero) y toca gustoso la trompeta (porque suena fuerte).

Inicio

Cumplido los 46 años y después de un casi un año de mi quiebre matrimonial, creí que el momento era propicio para emprender una aventura legendaria. Había culminado recién mi maestría en Hamburgo y la ciudad se cargaba de afiches anunciando que el Tall Ship Preussen, zarparía a circundar el globo en solsticio de verano de este año 1909. Sin apremios mayores económicos y con mucho tiempo que perder, vi esta larga travesía como una oportunidad de escapar de mis desvelos y ofrecí mis servicios de cronista en la empresa naviera, a cambio de comida, agua y litera. Los líquidos espirituosos serían considerados gastos extras, por lo que, dada mi condición guardé un monto considerable a este infaltable pertrecho.

Bitácora de una navegación 01 de Julio de 2020 (110 años atrás) 17:34 horas

No he hablado con nadie en esta navegación. No veo la necesidad de compartir este desagrado que me comprime, que me quita el hambre y me asquea. Pero me intriga esa persona mayor con una cría en brazos, que meriendan arrellenadas en una mesilla del comedor de cubierta. Cucharean una papilla. Una para

ella una para la criatura. Su accionar apacible contrasta con el vigoroso pataleo de quien se acuna entre sus brazos.

Decidido al fin a enfrentar esta angustia amarga que me corroe, cruzo raudamente el tiempo que me separa de aquel binomio poco convencional. ¿Cómo se llama? Pregunto y ambas se giran mirándome sorprendidas. — Buenas tardes, disculpe ¿le puedo hacer una pregunta? — escucho decir en un tono circunspecto a la dama mayor, mientras la pequeña no me despega sus ojos almendrados. — Por supuesto, la que desee — respondo mientras acomodo la silla desocupada para acompañarlas. — No, no se siente — contesta rápidamente dejando la cuchara en el plato. Me congelo a medio camino, lo que me hace derramar sobre el mantel un poco de la copita de vino que tenía a medio tomar. Sin apuro ella saca un pañuelo verde de encaje que tiene cautivo en la manga del vestido y meticulosamente va limpiando mi torpe descuido mientras me corrige — mire, no sé cómo se acostumbra hoy, pero en mi tiempo usted debería haber dicho: "Buenas tardes, disculpe ¿le puedo hacer una pregunta?" —

Siento que debo reaccionar de inmediato, pero demoro demasiado para finalmente balbucear con extrema torpeza — disculpe… no fue mi intención derramar… perdón si la incomodé… yo sólo quiero… — Ella sólo me mira. Comprendo que no estoy en el lugar o tiempo correcto, es probable que nunca lo he estado, entonces me levanto, hago el ademán de despedirme con el ala del sombrero y giro para fugarme del lioso momento. Es cuando la escucho decir — oiga, vuelva y hágalo bien… trato de enseñarle buenas formas, que le sean útiles en el futuro — me conmina mientras acaricia la calva desnuda que descansa en su regazo. La criatura sonríe complacida. Me vuelvo algo crispado para mirarlas y ambas continúan observándome fija y profundamente. Poseen dos miradas tan prístinas que relajan mi tensión me invitan a sentarme, lo que despeja mis temores al instante.

Trato de enmendar mi desatino —Buenas tardes, disculpe… ¿Podría sentarme un momento con ustedes a la mesa? —Am-

bas sonríen y comprendo que ahora si soy bienvenido a la mesa. Sospecho en ese instante, que atisban la verdad que se asoma como púas por mi piel, transformándome en un erizo oscuro e intratable. Estoy solo en este viaje, me siento enormemente solo y no logró salir de mi tormenta, de mi permanente mareo. Incluso hora mismo me duele el cuerpo, como si anoche el camarote me hubiese molido con sus propios palos, dejándome como una bolsa de tripas desarmadas que me hacen sangrar el alma.

Bitácora de una navegación 03 de Julio de 2020 (110 años atrás) 19:14 horas

No alcanzo a alzar mi copa de Juglar[1], cuando un rugido infernal cruza de improviso la cubierta. Es como si el Tall Ship Preussen[2], el monumental velero de casi quinientos pies de eslora, se desgarrara desde el interior, profiriendo un aullido de muerte que pareciera anunciar su final, nuestro final.

1 El *Juglar* es un clase de champagne francés ya desaparecido. En julio de 2010 unos buceadores dieron con un naufragio en las costas del archipiélago de *Aland*, región autónoma de *Finlandia*. Su carga tenía botellas de espumante y al abrirlas se percataron que el elixir se encontraba intacto después de 170 años bajo las olas del inclemente *Círculo Ártico*.

2 El legendario *Tall Ship Preussen* o Barco Alto de Prusia en su traducción al español, fue un enorme velero con casco de acero. Construido en el año 1902 en territorio del desaparecido Imperio Prusiano (1525 — 1918), era el único barco del mundo de esta clase. Sus cinco enormes mástiles portaban cada uno seis velas cuadradas. Tenía una longitud 482 pies (147 metros) y 223,1 pies de altura (68 metros), contaba con un desplazamiento de 11.150 toneladas largas (8.100 toneladas métricas de carga) y su tripulación era de unas 60 personas entre Capitán, oficiales, mayordomos, cocineros, veleros marineros y navegantes capaces. Su viaje inaugural tuvo como destino la ciudad de Iquique el 31 de julio de 1902 y su navegación duró 64 días. Realizó 12 viajes entre la ciudad de Hamburgo y Chile y una vuelta al mundo. Naufragó cerca del puerto de Dover en el condado de Kent en el Reino Unido, mientras repentinamente surcando el Canal de la Mancha, se rompieron sus cadenas de anclaje y fue empujado por las olas contra las rocas en Crab Bay el 06 de noviembre de 1910.

La cara de la señora con la niña en brazos se desfigura brutalmente frente a mí. Sus canas se hacen albas greñas enmarañadas. Se empequeñece en un millar de surcos rugosos alrededor sus centenarios ojos grises. Sus manos tremolan violentas, sin pausa, agitando a la pequeña en sus brazos, la que rompe en llanto inconsolable.

—Tranquila, es sólo un trueno —atino a declarar no muy convencido. —¿Usted cree?— logro escuchar en un hilo su voz quebrada y casi imperceptible. —Les tengo muchísimo miedo, desde siempre, desde que recuerdo —Su voz se va adelgazando mientras termina la frase.

Levanto la vista. Entre sus cinco mástiles, a través de las jarcias y la botavara, oteo el horizonte colmado de borrascas, pero no hay nada extraño que llame mi atención. No soy experto en cirros[3] o estratos[4], pero ante mis ojos está clarísimo que no hay atisbo de tormenta. Una calma aparente mece el tiempo, como si el estruendo fuera fantástico y legendario, un momento que sólo ocurrió en nuestra imaginación.

—¿Usted cree? —pregunta de nuevo, sacándome de mi estado obnubilado. —Claro, ¿qué más podría ser? —le digo, aún menos convencido que antes. La niña en tanto no detiene su llanto, mientras la anciana se aferra al movimiento oscilante de los brazos, convencida que aliviará sus lágrimas.

—Yo creo que usted lo dice sólo con el afán de tranquilizarme —me escupe seria y se me queda mirando como antes, fijamente, implacable, suspendida en el tiempo. —Por supuesto que no, no sea paranoica. Es sólo un trueno, no hay nada de que preo… — Un crujido brutal desgarra el aire. Es profundo e

3 En latín significa "*hebra de cabello*" y se debe a que son formaciones nubosas de aspectos filamentoso, que se caracterizan por bandas finas acompañadas de copetes y que están compuestas por cristales de hielo. Se estima que luego de su aparición habrá un cambio brusco del tiempo dentro de 24 horas.

4 En latín significa "*extendida*", pues estas nubes se caracterizan por tener baja altura (no más de 2,5 kilómetros) y homogéneas capas horizontales que van del blanco a gris cubriendo todo el cielo. Se les llama también "*nubes de agua*"

infernal, invadiendo todo a su alrededor, inundando y espesando la sangre. Apretando el cuerpo leñoso del navío contra sí mismo, revolviendo sus entrañas cargadas de miedo y carbón. —Hay que salir de aquí, rápido —me urge la mujer mayor, poniéndose de pie lo más raudamente que sus nonagenarias y contrahechas piernas le permiten.

Recién observo al resto de los pasajeros del comedor de cubierta levantarse presurosos. Tiemblan, sudan, abren los ojos desorbitados. Uno que otro grito ahogado, se escucha entre los cuchicheos y susurros extrañados. —Vamos, muévase… no se quede ahí parado. ¡Hay que salir de aquí! —repite una vez más, como si en mi estuviera su salvación. ¿Para dónde, si estamos acorralados, totalmente prisioneros de la vastedad de esta monocromía azul? Somos cautivos del ondulante inmutable oleaje. Esclavos de una fresca brisa, que se desliza colmada de aromas sutiles y oriundos de mil tierras exóticas, puertos idílicos que grabaron sus esencias en las bodegas del barco. ¿Por qué tendría yo que saber que hacer, si estoy pétreo y helado? quiero gritar de espanto. Pero no lo hago —Tranquila, venga conmigo, todo va a estar bien —exclamo, intentando calmarlas, mientras la tomo con firmeza del brazo. Me sorprende la extrema delgadez escondida bajo la manga del vestido Cortefiel[5] de la anciana. Camino un par de erráticos pasos, para rendirme ante la obviedad. No hay donde ir.

En acto reflejo, me detengo, volteo sobre mis talones para mirarlas mejor y mediando solo instinto y no razón, las abrazo. Cierro los ojos y me dejo contagiar de ellas, de estar pegado a un cuerpo tibio. De calor de abuela, de olor de hija. Las dos damas se suman igualmente a esta involuntaria acción. La pequeña dejando de llorar, cobijándose entre mi cuerpo y el enjuto pecho de

5 Las tiendas *Cortefiel* fueron fundadas por los hermanos García-Quirós en Madrid (España) el año 1880, rápidamente sus diseños clásicos se extendieron por Europa y hoy están presentes en más de 90 países. En el año 2017 fue absorbida por un grupo económico pasando a llamarse TENDAM.

la señora mayor, buscando un sitio sucedáneo al útero materno. Mientras la abuela en tanto apoya su cabeza delicadamente en mi pecho. Nuestros tres corazones se conectan rítmicamente a través de la carne y armonizan en un canon primordial, en una danza exquisita que nos enlaza. Por un instante me siento en paz, pero es justo en ese sucinto momento, que el tablado del piso comienza a temblar anunciando un nuevo estruendo. Se despliega una vez más un bramido grave, penetrante e infinito.

Bitácora de una navegación 10 de julio de 2020 (110 años atrás) 04:30 horas.

Mis ojos permanecen craquelados de insomnio, como si un niño travieso hubiera descargado un puñado de arena sobre ellos, negándose a descansar a pesar de la lasitud de los párpados. Enredado en un infructuoso intento de olvidar los acontecimientos recientes.

Volemos juntos y en penumbras a nuestras habitaciones. Luego del segundo estruendo, la luz se extinguió de golpe, dejando sólo unas lamparillas titilantes de emergencia, distanciadas lo suficiente entre sí para dejar largos tramos saturados de sombras. El triunvirato[6] formado por la niña, la mujer mayor y yo, transitamos prendidos, formando una dulce y cómoda trinidad[7]. Parecemos la excepción a la regla, ejemplos orgánicos de una física imposible. La coexistencia palpable del ayer, el hoy y el futuro.

A media luz, como mucho decir, nos aventuramos por los pasadizos del Tall Ship Preussen, recorremos los túneles sombríos,

6 N. del A. Es una licencia hace referencia a los 3 personajes que transitan juntos esta aventura. Proviene del latín *Triumvirātus*, se refiere a una forma de gobierno dirigido por 3 personas, normalmente aliadas entre sí.

7 N. del A. Otra licencia es comparar a los 3 personajes con el dogma cristiano de la Santísima Trinidad, referido a la creencia que Dios es un ser único, que existe como comunión de tres seres diferentes y autónomos: Padre, Hijo y Espíritu Santo.

tanteando palmo a palmo las finas maderas devenidas en puertas y pasillos. Cuales topos, caminamos confiando en sentidos ajenos a la vista. Invidentes avanzamos, mientras voy descubriendo fragancias y texturas que hacen las veces de planos cartográficos conducentes al refugio de nuestros camastros.

Siempre he tenido un sentido de la orientación privilegiado, resabio de mi crianza en los bosques australes. Mi madre murió pariéndome y mi padre fue asesinado por los sabuesos monárquicos de Óscar II[8], este mismo hecho obligo a mi abuelo a huir, y lo más lejos posible era la Patagonia Chilena. De niño era capaz de distinguir, con cabal seguridad, un calafate[9] en flor de una luma colmada de cauchaos[10], exclusivamente gustando de los aromas de cada uno, en una suerte de sinestesia[11]. Colores trocados en olores y susurros transformados en visiones fueron el

8 El proceso independentista noruego que se extendió entre la redacción de su primera constitución en 1814 y su segunda carta fundamental en 1905. Si bien no fue un proceso violento, acarreo conflictos con Gran Bretaña y la monarquía sueca. Los ciudadanos molestos se alzaban en piquetes subversivos, manifestando el descontento por siglos de ocupación extranjera.

9 El *Berberis Microphylla* por su denominación científica, es un arbusto patagónico espinoso de aproximadamente 1.5 metros de altura. Posee hojas pequeñas y redondeadas de color verde intenso, su fruto es una baya comestible de alrededor de 1 centímetro de un azul negruzco, que sirve para hacer mermeladas y sorbetes, cuenta la leyenda que quien come una de estas delicias volverá algún día a la Patagonia. Los *Aonikenk* (también llamados Patagones o Tehuelches) usaban sus ramas para los astiles de las puntas de sus flechas.

10 La *Luma Colorada* cuyo nombre científico es *Amomyrtus Luma*, es un árbol de unos 30 metros de altura. Su tronco largo y recto es muy difícil de trabajar, pues posee una madera muy compacta. Esta ha sido utilizada por los pueblos originarios, para fabricar herramientas y armas blandientes en sus combates. Irónicamente hoy Carabineros de Chile usa un garrote de esta madera, al que coloquialmente llaman *Luma,* para frenar manifestaciones que reivindican las luchas de estos pueblos ancestrales. Su fruto es una baya comestible conocido como *Cauchao, Cauchagüe* o simplemente *Luma*, va de color morado a negro y sirve para fabricar chicha.

11 Variación no patológica de la percepción humana. Las personas que la poseen experimentan de forma automática o involuntaria la activación de una vía sensorial o cognitiva adicional en respuesta a estímulos concretos. Por ejemplo, pueden ver un color al escuchar una nota musical o sentir una caricia en la mejilla al saborear un alimento.

legado vikingo de este abuelo. Estás dotes me invaden toda vez que requiero encontrar un rumbo en la oscuridad o saber si un fruto es comestible o no. —No pensé que ser un fenómeno de circo podrían ser de utilidad dentro de este velero de lujo —le espeto a la señora que acurruca a la niña entre sus brazos. —Este debe ser su camarote —Le muestro adelantándome, mientras les abro la puerta de centenario alerce[12]. —Gracias —responde y me observa desde el umbral, mientras me alejo en procura de mi litera.

Eremita en mi camarote, tendido de espaldas, observo la luz de la luna entrar por el portillo, pero esa redondez forzada por el ángulo de entrada me evoca el instante mismo de la despedida con la viejecilla. Sus ojos encapotados de cataratas lucían brumosos y plomizos, opacos de toda viveza. Resignada a estar a solas con la niña, confinada en su habitáculo, su mirada expresaba el fiel reflejo de un espíritu desesperanzado. Mientras yo concluyente y abatido caigo en cuenta que habría sido mucho mejor permanecer a su lado.

—Todos los pasajeros deben presentarse de inmediato en el salón de honor —murmura la bocinilla instalada en un rincón, sacándome de golpe de mi desvarío. Recorro raudo y de memoria los metros que me separan de las damas. Al llegar, noto entre las penumbras la figura de ambas en el umbral. Como si el reloj no continuara marcando el ayer, las encuentro detenidas allí mismo donde las dejé, congeladas en mi retina. Al cuadrarme frente a ellas, la señora pone su añosa mano en mi mejilla. Se siente transparente y delicada, cargada de paz y paciencia. Me mira tiernamente y sus ojos ahora destellan resucitados, como dos seres bioluminiscentes[13] y mágicos. —Gracias —repite, reafirmando

12 La *Fitzroya Cupressoides* también llamado en su vocablo mapuche como *Lawal o Lawen*, es el árbol nativo de mayor altura del Cono Sur de América.

13 Es la luz propia que emana de algunos seres vivos producto de la enzima *luciferasa* que cataliza la oxidación de un sustrato de *proteína luciferina* emitiendo la luz. Se manifiesta en animales tan diversos como peces, calamares, tortugas, luciérnagas, escorpiones y gusanos.

la redundancia de estos aliterados días y construyendo un cuadro mucho más inquietante. —Me llamo Eva[14] —dice sin dejar de acariciar mi moflete —¿y su nombre cual sería joven?, me gustaría mucho poder llamarlo por su nombre—.

Bitácora de una navegación 14 de julio de 2020 (110 años atrás) 11:26 horas.

Con una urgencia incómoda, cómo quién ha dejado una tarea para última hora, sin haber reparado nunca en lo importante puede llegar a ser para alguien conocer el nombre de otro, respondí —Luca[15], mucho gusto —salió de forma automática resabio de buena crianza.

Eva entonces, esbozó una sonrisilla coqueta casi licenciosa y una franca mirada tan vivaz que provocó en mí, a pesar de la precariedad incierta del momento, una suerte de tensión sexual totalmente fuera de contexto. Yo, a pesar de estar consciente hace mucho de no ser un cándido mozuelo y ella cercana a los noventa al menos doblaba mi edad, dibujábamos en conjunto una imagen delirante, o al menos carente de toda sensatez. Por un exiguo momento, sentí un cosquilleo extrañamente excitante, que mezclado a la fragancia de dulzura embriagante que logré capturar gracias a nuestra cercanía, me dejaron en un estado algo febril. Ella con la niña en un brazo, con su cuerpo próximo al mío y su mano resuelta tocando candorosamente la cara, me lleno de deseos.

—Luca querido, gracias por no olvidarnos —son las palabras que me devuelven de un bofetón la tan necesaria cordura.

14 Referencia al mito bíblico de la primera mujer creada por Dios.

15 El nombre *LUCA* es una sigla en inglés *Last Universal Common Antecesor*, o su traducción al español como último antepasado común universal. *LUCA* para la ciencia es el hipotético primer ser vivo del cual descienden todos los existentes, el antepasado común de todos los organismos vivos o fósiles que alguna vez deambularon por la tierra o el mar. Se estima que vivió hace unos 4.500 millones de años.

Recompuesto y en procura del llamado urgente, nos movemos engarzados del brazo como el oro al diamante, confluidas ambas mujeres en una danza resuelta y de ciega confianza en mí, su lazarillo.

Al entrar en el salón de honor de la nave majestuosa, logro distinguir a otros viajeros que se van congregando en el amplio espacio de muebles de morenas caobas, tapizados en cuero de animales salvajes, jarrones antiquísimos con motivos africanos y lámparas cristalinas que parecen lloran destellos desde el techo, que armonizan en estilo con el decorado aposento.

En el fondo del lugar, una amplia barra de bronce con un finísimo bajo relieve de dos cuadros. En el primero se ilustra una hermosa sacerdotisa del templo de Atenas siendo brutalmente violada por Poseidón[16]; y en un segundo a la diosa Atenea condenado a la doncella y transmutando sus cabellos en infernales serpientes. Una leyenda cruza ambos escenarios: El nacimiento de Medusa[17].

Bitácora de una navegación 17 de julio de 2020 (110 años atrás) 15:47 horas

Fumando en un rincón de la magnánima barra, un grupo de cinco jóvenes marineros cuchichean unas copas. Uno de ellos es notoriamente más alto que el resto y tanto el pantalón como

16 En griego homérico como "Ποσειδάων" y latinizado a *Poseidón*, este dios hijo de *Crono y Rea*, a la muerte de su padre, quien por cierto intento sin éxito devorarlo en un par de ocasiones, se constituyó como el soberano de los mares y es uno de los habitantes más poderosos del Olimpo. Se desplaza en un carruaje tirado por *Hipocampos* y su arma principal es un tridente.

17 *Medusa* era una bellísima mortal hija del dios del mar *Forcis*. El dios *Poseidón* intentó seducirla sin éxito y en un acto de brutal crueldad, la atacó y violó en el templo de *Atenea*. La diosa en vez de apiadarse de la doncella, se sintió agraviada y la consideró una amenaza descargando una maldición sobre la bella muchacha. Sus cabellos fuero convertidos en abominables serpientes y su mirada convertiría en piedra a quién osara posar sus ojos en ella.

la guerrera que lleva puesta, parecen varias tallas más pequeñas de lo que su corpulenta masa requiere, contraste algo hilarante al compararlo con el impecable calce del resto de los uniformados. Creo reconocer algún acento balcánico en el corpulento muchacho, mientras platica con el resto de los grumetes, que a su vez luchan infructuosamente por darse a entender en un rudimentario inglés criollo.

—Siéntese acá señora, que nadie sabe cuánto va a durar esta vaina —Le dice un rollizo caribeño a Eva. Esto me hace caer en cuenta que, a su edad, el esfuerzo requerido para sortear los tres pisos desde su camarote, sumado a llevar cargando a la niña y la angustia del momento podría haber sido demasiado. Extrañamente se le ve muy fuerte, por lo que supuse que la adrenalina habría hecho su enzimático trabajo.

La vistosa blusa tornasol del moreno, que agitaba su rechoncha mano invitándonos a acercarnos, combina diestramente con su fresco cabello rizado oscuro, en sus puños, unas colleras de oro coronadas con una pulida esmeralda radiante, un pantalón albo de calcé demasiado ajustado y una sonrisa franca sin dejar de ser traviesa, que le otorga un aire de simpatía extraordinario. Las formas afables y sencillas con que nos conminaba a acercarnos, me hacen sentir confortablemente confiado y avanzamos en su encuentro. Él está junto a una misteriosa muchacha que me cautiva al tiempo que cruzamos las miradas.

Bastante más delgada que el hombre, oculta unos hermosos ojos pardo oscuro bajo un par de anteojos delgados de oro blanco. Camino unos pasos alcanzando a distinguir el fino detalle en el borde exterior de sus patas. Acuñan dos bellas Alejandritas[18] que bañadas por la iluminación del salón ofrecen un intenso rojo púrpura, acusando en ellos un inconfundible estilo francés. Su

18 Esta piedra preciosa es una variedad de Crisberilo y su valor está dado por una peculiaridad, su color varía del verde en presencia de luz natural, al rojo púrpura bajo la luz artificial incandescente. Descrita por primera vez por el finlandés *Nils Gustaf Nordenskiöld* en 1842, su nombre honra al zar *Alejandro II*.

tez de claro de luna no parece de este mundo y resalta entre sus enmarañados cabellos negros cruzados por un mechón frontal fuego carmesí[19]; y unos labios rozagantes y turgentes de un color tan particular, que me hace imaginar un pomelo[20] recién partido. Su delicado semblante es una copia exacta de una cantante de ópera austriaca que brillaba en el Alte Oper[21] hace unas décadas y por la que mi abuelo, platónicamente enamorado "perdía los sentidos", como el mismo erráticamente confesaba. No retuve su nombre, pero su imagen quedó impregnada indeleble en mi memoria como una aterciopelada caricia.

—Vamos, necesito descansar un momento —me espetó algo ofuscada Eva jaloneándome del brazo. Esta sorpresiva acción me pareció no estar exenta de una gota de celos. —Claro, vamos —fue lo que atiné a decir mientras trato de componerme de mi estado bobalicón y pasmado, apresado por la astronómica belleza de la muchacha.

Eva se acomoda en el sofá junto a ellos —¿Les gustaría algo de beber? —pregunto intentando ocultar mi torpeza ulterior — Lo más fuerte que tengan —responde Eva sin siquiera mirarme y hurgando en su cartera hasta encontrar un biberón para la criatura en sus brazos, que ya reclamaba airosa la hora de su alimento— Chévere[22], lo mismo que la doña —me apura el hombre.

19 Color rojo intenso, cuyo nombre proviene del insecto *Kermes Vermilio* del cual se extraía aquel tinte.

20 De nombre científico *Citrus x paradisis*, este vocabloe provine del idioma *Tamil* hablado al sur de la India y significa *Limón del Pampa* en referencia al rio que atraviesa dicha región. Es de cascara gruesa y rugosa parecida a la naranja, en su interior presenta normalmente un color rojizo intenso y un dulce aroma penetrante, lo que puede contrastar con su sabor, que muchas veces varía del ácido al amargo.

21 La *Antigua Opera de Frankfurt* o en alemán *Alte Oper* es una de las magíficas salas de concierto que existen en el país teutón. En su inauguración se presentó la famosa "*Don Giovanni*" de Mozart que hizo estremecer a los 2010 concurrentes a dicha ceremonia y entre los que se encontraba el emperador *Guillermo I*.

22 Este neologismo originario de la lengua *Efik*, fue introducido por los esclavos nigerianos llegados al caribe a comienzos del sXIX. En su lengua original sig-

—Y a usted ¿quiere algo? —le pregunto coqueto a la delicada joven que me había robado un suspiro. —¡De querer, uff! quiero tantas cosas… pero por ahora con un vino helado me conformo —sus palabras me dejaron pensando en lo mucho que me gusta un refrescante mosto bien frío; y en que esos bellos ojos estaban teñidos de una intensa melancolía.

Sin más, me dirijo hacia la barra mitológica. Mientras cruzo el salón, diviso en otro rincón a una rubia de unos seis lustros, enjuta y desabrida, que vestida elegantemente de negro acariciaba un gato peludo y desaliñado, el que dejándose querer lame su vestido a la altura de los pezones. Una imagen francamente desagradable que rápidamente me hizo voltear la cabeza.

Cerca de allí un variopinto conjunto de seres. Un hombre petizo de mediana edad, con una incipiente calvicie, abrazado con fruición a una gran caracola de formas sinuosas y colores fulgurantes intenta, enérgica pero infructuosamente, hacer callar a un circunspecto muchacho, que elevando la voz repite panegírico —En el libro 13 el apóstol Juan nos advierte: Y el dragón se detuvo a la orilla del mar. Entonces vi que del mar subía una bestia que tenía siete cabezas y diez cuernos.[23] —mientras apunta su índice hacia el mar que se asoma en el holgado ventanal del salón. Completa el grupo, una pareja de niñas que debe estar por los doce años, tan similares entre ellas, que la lógica apunta claramente a que son gemelas. Llevan idénticos vestidos floreados. Escuchan aterradas y sin soltarse del abrazo la sentencia fatídica del improvisado profeta.

nifica el más fuerte o el más valiente, con el pasar de los años fue tomando la figura de relacionarla con lo bueno, lo elegante, lo agradable, etc. Por lo tanto, su acepción es siempre utilizada en un sentido positivo.

23 Extracto del *Apocalipsis*, también llamado "*Libro de las revelaciones*". Es el último libro del *Nuevo Testamento* de la Biblia cristiana, según el texto mismo y ratificado por el *IV Concilio de Toledo*, el autor se identifica a sí mismo como Juan y habría sido escrito en la Isla de *Padmos* en el mar *Egeo*. Posee una estructura de prólogo, 7 capítulos de 7 versos cada uno y un epílogo, que hablan sobre una gesta carga de visiones, juicios, guerras y un sinfín de pugnas entre poderes demoníacos y celestiales.

Aquel ventanal que dibuja el océano alberga una figura que parece de otra dimensión. Un muchacho extremadamente pálido. Su piel traslúcida y su mirada inmutable hacía el horizonte que no regala parpadeo alguno, además de una quietud inconmensurable, lo hacen parecer inerte, como si fuera una frágil filigrana de cristal que al más mínimo contacto se desmembraría en innumerables copos de nieve que inundaran todo el salón. Mira incólume el mecer de las olas, con tanta quietud que parece bordado contra el fondo cargado de gris y azulino, cómo si alguna pócima lisérgica lo dejara en ese estado suspendido.

—¿Qué le puedo ofrecer? —pregunta el cantinero, mientras saca brillo a una copa. Algo sorprendido por su accionar despreocupado y con intención de no distraerme de mi cometido, respondo —Dos copas del mejor blanco de Alsacia[24] y dos… de lo más fuerte que tenga—

Bitácora de una navegación 21 de julio de 2020 (110 años atrás) 12:36 horas.

Bloody Mary[25] con vodka Devil's Spring[26], yo ya he tomado uno después de cada estruendo, ochenta grados de pura fuerza zarista. Con este licor hace fuerza el más cobarde y se caga el más valiente —contestó burdo el grueso tabernero, abriendo los

24 La región de Alsacia en Francia posee las mejores condiciones del mundo para el cultivo de mostos blancos. En la bodega de las *Bodegas Históricas de Hospices Civils* en *Estrasburgo,* se guarda una barrica de roble del año 1472, conservando su contenido en perfecta condición. Solamente ha sido de gustado 3 veces en su larga historia, la última cuando se ofreció una copa al general Leclerc, como merecido premio por haber liberado a la ciudad de la ocupación alemana hace más de 70 años.

25 Fuerte y alimenticio brebaje alcohólico a base de zumo de tomates maduros (150 ml), vodka (60 ml), zumo de limón (10 ml), 3 gotas de salsa Perrins, un par de gotas de tabasco, una pizca de sal y pimienta, abundante hielo y una ramita de apio para revolver.

26 Este licor, que se traduce como "La primavera del Diablo", es un vodka muy popular en Europa del Este. Su graduación alcohólica es de 80º.

ojos desorbitados y enjugándose con la manga de la camisa el sudor que le corría copioso por la frente. —Dos, si no le molesta —musité brevemente y con tal cara de premura, que el hombre no encontró en mí un interlocutor demasiado empático.

Recibo los tragos dando las gracias y me dirijo de regreso en procura del sediento grupo. Eva conversa algo distraída del alimento que da al infante, lo que, sumado al obstinado movimiento ondeante de la nave, provoca algo de desperdicio en aquel sucedáneo de calostro. Pero la mañosa e inocente criatura, ajena toda al drama del momento, con un preciso movimiento de su cabeza corrige la trayectoria y se apropia del chupete con eficacia extraordinaria.

Un desagradable chirrido punzante corta el tenso aire del salón y me detiene violentamente, el sonido es tan irritante que contraen los dedos de mis pies arañando la plantilla del interior de mis zapatos —Les habla su capitán: Jonás Grumby[27]. He ordenado su refugio en este salón para resguardar su integridad —se escucha por las bocinas agarradas a la descomunal cintura del palo mayor color sangre, que atraviesa el vientre del navío como una saeta de certera precisión. —Se han tomado medidas extremas para restaurar el orden al interior del barco. Hemos sufrido un ataque que nos mantiene a flote, pero tanto la energía como los instrumentos de navegación han dejado de funcionar.—

Su voz continúa relatando y extendiendo el horror de sus palabras como un torrente por mis piernas, para rematar en un calambre gélido que se descarga como látigo sobre mi espalda. —Debemos lamentar el deceso de veintitrés jóvenes pasajeros cuyas identidades están siendo confirmadas, además he instruido iniciar una investigación sumaria para aclarar los hechos. —Toma un largo y tenso respiro en su dictamen, cómo si dudara de lo que diría a continuación.

27 Este personaje es un cruce intertextual con las bitácoras de navegación del señor *Juan Bastías*.

Sus cuerpos permanecían en el agua a babor de la embarcación. Flotaban

boca arriba, completamente desnudos, con sus ojos izquierdos extirpados quirúrgicamente, ambos labios fueron perforados y sellados con un anillo de cobre pulido. A estos hechos debemos sumar la muerte de una menor de edad de nacionalidad brasileña, de la cual tenemos identificación confirmada, Inocencia Nascer Do Sol[28]. Su cuerpo desfigurado presenta marcas de mordidas, por lo que suponemos pudo haber sido atacada por un animal. No tenemos en el registro de carga, ninguna mascota con la fuerza necesaria para llevar a cabo una acción similar — El aire de mis pulmones comienza a flaquear, el pánico se desliza hasta mis manos que hacen bailar los vasos rellenos de vodka, apio y jugo de tomates, los que deja caer un par de viscosos goterones rojos, que incrementan aún más la bestialidad de las imágenes al chocar contra el suelo.

¡Es el Otorongo[29]! —grita histérica una de las adolescentes, mientras quiebra

en llanto abrazando a su hermana que enmudece lívida de espanto. Los altoparlantes zumban una vez más —Por otro lado, cuatro mujeres han sido confinadas al cuarto de reclusión, acusadas de liderar un motín y de maltrato de obra a quien les habla y a otros seis oficiales de alto rango. Dada la gravedad de los hechos permanecerán en allí hasta que toquemos tierra.—

Tras otra pausa en la que se filtra el sonido de su garganta tragando saliva, remata diciendo —Con las facultades que el mando

28 La traducción del nombre portugués al español sería "*Inocencia del sol*"

29 Uno de las denominaciones con que se identifica a la *Panthera Onca*, nombre científico del *Jaguar*, cuyo origen proviene del vocablo guaraní "fiera". Es el mayor félido del continente americano, pudiendo llegar a pesar 160 kilogramos y medir 183 centímetros sin contar la cola. Su mordida es la más fuerte entre sus pares y puede arrastrar sin problema a una presa que sea el doble de su masa corporal. Es un excelente nadador y es habitual encontrar ejemplares nacidos con *melanismo*, una condición genética que hace a su pelaje poseer un color negro brillante.

me otorga, declaro al Tall Ship Preussen en estado de emergencia y con la finalidad de proteger a los pasajeros, estos deberán permanecer en este salón hasta nueva orden, quiero advertir que el personal a cargo de esta nave posee instrucciones precisas de usar todas las medidas que estime necesarias para hacer cumplir mis órdenes. —La falta de aire, hace doblegar mi cuerpo y rinden mis rodillas flácidas que golpean en un crujido seco el oscuro suelo de madera. Mis manos agarrotadas sobre las copas no las abandonan, completando esta suerte de genuflexión[30], dibujando en mi un cuadro alegórico y macabro, metamorfoseándome hacia una figura de mármol gargolesca[31] —Por último, debo señalar que se avecina a barlovento una fuerte tormenta que hace peligrar la integridad de este velero—.

Con profunda vergüenza por mi indecoroso manejo de las emociones. Devastado, me incorporo y logro divisar por una claraboya, una banderita triangular con una cruz negra sobre un fondo blanquirojo[32] que, en un cambio radical de dirección del viento, bruscamente comienza a flamear.

Bitácora de una navegación del día 24 de julio de 2020 a las 03:17 horas

La extinción de las calderas interrumpió no sólo el suministro de luz del malogrado salón de honor, sino también el flujo de calefacción, dejándonos a los enclaustrados pasajeros a nuestra propia suerte.

La sombra absoluta inunda el lugar y se suma al incesante tronar del cielo. El impacto brutal de las olas crea un escena-

30 Acción de arrodillarse en una liturgia como signo de reverencia a Dios.

31 Las gárgolas son estructuras arquitectónicas medievales que tenían la finalidad de expulsar el exceso de agua de lluvia de las techumbres. En el arte gótico eran diseñadas con motivos grotescos de figuras de animales, monstruos y demonios.

32 Bandera con que se identificaba al Tall Ship Preussen.

rio del todo horripilante. Nuestros endebles cuerpos mortales se contraen subyugados a las tinieblas, a la completa ausencia de tintes o relieves distinguibles que sean faro de orientación. Condenados invidentes sin certeza del futuro, añorando resignados la luz del alba.

No me es posible confiar en mis oídos. Permanecen abrumados por el descargar iracundo de un cielo crepitante, cómo si una deidad nórdica[33] blandiera con vigor un martillo celestial, tomando represalia contra todo aquel que dejó al abandono sus plegarias devotas. Mientras el océano, trocado en Leviatán[34], descarga latigazos despiadados sobre el cuerpo leñoso de la nave, que se queja adolorido, lacerado por el castigo de aquel bíblico y abominable engendro del caos.

La búsqueda de abrigo, para capear el inclemente frío de la noche, se limita a la escasa vestimenta que cada cual lleva encima. En mi caso, un par de zapatos de suela color tan[35], un pantalón de lino turco de intenso tono mostaza, una camisa nueva tipo Oxford[36] y el sweater de vicuña[37] natural herencia de mi abuelo.

33 N. de A. en la que se hace referencia al dios del trueno Thor, cuya arma principal es *Mjölnir* que en español significa "El demoledor", un martillo mágico que sólo aquella deidad puede blandir, con el poder de destruir montañas y que al golpear desprende relámpagos mortales. Al ser arrojado por su dueño, siempre vuelve a su manolo que lo hacía un artefacto fenomenal.

34 Viene de un vocablo hebreo que significa "Enrollado". Esta bestia bíblica marina que se asocia al mismo *Satanás*, es descrita por *Job* en el *Génesis* como gran monstruo marino que es la reencarnación de la serpiente del mito de Adán y Eva.

35 Color marrón claro.

36 La "*camisa Oxford*", se denomina así por su tela en tejido de cesto único y aspecto lustroso originario de Escocia. La historia cuenta que una de las fábricas que la producía, llamo sus 4 telas principales con los nombres de las 4 universidades emblemáticas del mundo: *Cambrige, Yale, Harvard* y por supuesto *Oxford.*

37 Este bello *camélido americano* cuyo nombre proviene del vocablo Quechua *Wik'uña.* Son los ejemplares más pequeños de su especie con 80 centímetros altura y 40 kilos, si hábitat abarca desde el sur de Ecuador al norte de Chile siempre sobre los 3000 m.s.n.m. Su lana es una de las fibras más finas de reino animal, con propiedades antialérgicas y de alto poder aislante, un kilo puede superar fácilmente los 400 € (euros).

La inseguridad me va atrapando, haciendo las horas tan largas como anchas y alcanzando dimensiones aplastantes. Se tensiona mi cuerpo en exagerando cada estímulo, alertando mis sentidos permeables. Mi nariz va escurriendo una secreción profusa que entumece mis labios. Espasmos incontrolables se presentan en intervalos que se acercan matemáticos, mientras abro y cierro los dedos como un corazón palpitante buscando en vano darles algo de vida a mis manos. Hago esfuerzos ridículos para evitar los punzantes alfileres gélidos que las maltratan con crueldad.

Entregado a mi suerte como condenado al cadalso, me voy entristeciendo desde el interior. Mis ya extenuadas vísceras se tuercen repugnadas, impulsando con profundas arcadas un caudal de pesares y agonías, dejando tras de sí un vacío carente de esperanza.

Decaído sobremanera me entrego a un letargo agónico, dejando que un cúmulo abrazador de espectros me devore. Adormecido por esta deleznable pesadilla, desmoralizado por completo, me entrego a las arcaicas Nornas, hermanas cómplices que preparan su macabro ritual. Urd detiene la rueca y coge mi hebra desde el uso, Verdandi calibra el hilo de mis días y Skuld prueba el filo mortal de una daga boreal[38].

El narcótico trance en que me sumerjo, es colisionado por un radiante venablo que desgarra el techo del salón, filtrando un destello incandescente que estremece el infinito. En este instante pasajero, el lugar se llena de daguerrotipos[39] de lacónicas caras

38 Versión nórdica del mito romano de *Las Parcas* o su equivalente griego *Las Morlas*. Estas diosas del destino son 3 hermanas hilanderas que representan el nacimiento, la vida y la muerte. Urd representa "lo que ya ha pasado", Verdandi "los que está ocurriendo ahora" y Skuld "lo que debería suceder". Su misión era "hilar la vida" de los mortales, mezclando hilo de oro en sus momentos dichosos, con lana negra en los períodos amargos, entretejiendo una fibra continua. Eran ellas las que definían con el simple una tijera el momento exacto de la muerte.

39 Es una forma arcaica de fotografía, que consistía en realizar un proceso por el cual se obtiene una imagen en positivo, a partir de una placa de cobre recubierta con yoduro de plata. Su desarrollo y perfeccionamiento se lo debemos

cargadas de pavor y luego en rincón exacto del impacto, puedo observar obnubilado como el nacimiento de una chispa se torna fuego abrasador.

Bitácora de una navegación 30 de julio de 2020 (110 años atrás) 13:31 horas

La zalagarda de aullidos desaforados de los pasajeros, se agrupan en un afligido canon de angustias y terrores. Puedo diferenciar una robusta voz entre ellas que, penando, anuncia sus amargas aflicciones. Son los lamentos de Emile, el moreno voluptuoso, que se alzan corpulentos por encima de las demás gargantas vociferando —¡Por mis cojones arrugados! ¡Válgame, mi Dios bendito! —entre otras expresiones de un acelerado español que no alcanzo a distinguir, pero que parecen contradicciones complejas entre fe y procacidad. Eva, quien protege tenaz a la niña en sus brazos, permanece agarrada a la panza del hombre maldiciente, guareciéndose entre sus tostados brazos cómo si aquellas palabrotas pudieran protegerlas del incendio calcinante que repta hasta sus plantas. En tanto, la bella joven misteriosa que las acompaña queda silente como camposanto nocturno. Con movimientos vacilantes duda si cobijarse en el mismo refugio inútil que construyen la anciana, el obeso y la niña o buscar una inoficiosa forma de escapar hacia ningún lado. Sería dichoso su paladín salvador, aquel refugio inexpugnable donde el peligro no acecha, ni las angustias apremian.

Pero me hayo superado totalmente, con la testa alejada de un saludable juicio pienso incluso que lo mejor sería saltar a las llamas. Dejarme consumir por la hoguera, transformar mi cuerpo en cenizas etéreas liberadoras de esta infame zozobra.

al francés Louis Daguerré, quién lo presentó por vez primera en la Academia de las Ciencias de París el año 1939.

El enorme boquerón que genera el rayo es, de una extraña manera, nuestra salvación. Al impacto inicial que provocó la detonación y la consecuente llama que poseyó obsesa varios palmos del piso negro del salón, se encuentra de pronto interrumpida milagrosamente por el llanto de la bóveda celeste, que ametralla municiones sanadoras sobre el averno que corroe tanto materia como psique. El agua misericorde extingue tanto el fuego como el martirio de la noche, al mismo tiempo que la aurora nos ofrenda la claridad de un nuevo día.

Bitácora de una navegación 05 de agosto de 2020 (110 años atrás) 7:49 horas.

Una larga distancia entre algunas puestas de sol naranjas y otras plomizas, nos separan del horror de aquella maldita noche. A su vez, la opulencia que ostentaba el solariego navío se ha desgranado putrefacto, infectado por el galopar de las jornadas. El rancio abolengo que ayer era soberbio, no se distingue bajo el hollín y el olor a destrozo. Su condición desvalida se condice con la nuestra.

Menesterosos de alimentos y abrigo, enclaustrados en el único espacio que la autoridad nos permite habitar, nos vamos acercando los unos a los otros buscando cobijo en tribulaciones ajenas, reafirmando el viejo adagio que el pesar de muchos es el consuelo de tontos.

Siempre he tenido una desidia selectiva para recordar sustantivos propios. Mi mente dislocada se empeña más por asociar las imágenes de las personas con su prestancia, algo que amalgame su figura con mi propio juicio de valor. Por un lado, capturo con facilidad sus semblantes y por otro descuido con languidez la retención de sus nombres. Pero si algo de bueno acarrean cuarenta días de penitencia con poco descanso y bastante hambre, es que conceden la complicidad necesaria para

cambiar esos hábitos indeseables, volviéndose el resto de los desgraciados compañeros en seres particulares y distinguibles.

—Si hay un animal suelto deberíamos reparar el techo —me dice Glásklár[40], mientras apunta como catalejo sus clarísimos ojos verde botella, la Cruz del Sur que apenas se distingue en una manada de constelaciones paganas. En conjunto, su pálida tez y sus palabras colmadas de sensatez, me hicieron recordar que no existía aún ningún indicio sobre la voraz criatura que había destrozado a esa niña, pero sobre la sinfonía del viento y las olas, se lograban escuchar algunos rumores —según Pastora es alguna especie de felino —menciono bajando un poco la voz, mientras estudio una vez más ese color suyo que parece espectral —¿cuál es Pastora[41]? —replica aún con la mirada fija en el infinito —La verdad es que son idénticas. No podría distinguirlas, pero es la que habla. La muda se llama Columbia[42] —digo al momento que ambos volteamos para mirar a las adolescentes.

Sus vestidos cortos de cuadrillé blanquiverdes cruzados por un delicado cinturón blanco, en escrupulosa combinación con sus guantes de encaje nácar, se encuentran lastimosamente sucios y raídos en los bordes. A pesar de la precaria condición de sus ropas, ellas las dignifican con una rectitud de espalda sorprendente, como si el esfuerzo del trabajo duro no las damnificara.

Recordé al instante a las virtuosas y bellas hermanas Khorodov. Las gemelas se movían como aquellas bailarinas rusas de la

40 N. de A. la traducción literal del alemán es "Claro como el cristal".

41 N. de A. el nombre de este personaje es una referencia literaria al mito griego de los gemelos *Cástor y Póllux* (en este relato *Columbia y Pastora* respectivamente). Nacidos al mismo tiempo de una hermosa reina de *Esparta* llamada *Leda*, pero de dos padres diferentes, Cástor hijo de *Tindareo* su humano esposo y Póllux hijo del inmortal *Zeus*. Estos dos hermanos a pesar de sus dispares orígenes y condición (Póllux era un semidios y Cástor un héroe, pero solamente un humano común), fueron totalmente inseparables, ni siquiera la muerte de Cástor en batalla y ser conducido al *Hades* (inframundo) impidió que su hermano quién vivía en el *Olimpo* lo trajera de visita al hogar de los dioses. Son representados en la astrología con la constelación de *Géminis.*

42 Idem nota al pie 38.

presentación del ballet Pájaro de Fuego[43], que tuve la suerte de ver en el teatro Sankt Pauli[44], algunos días antes de zarpar de Hamburgo. Se deslizaban plásticas y con la certidumbre que, ante un público exigente, el jadeo y sudor se ocultan tras la elegancia de la mirada, el movimiento etéreo y una cautivante sonrisa.

Las hermanas se conectan por sus manos cual siamesas, en dependencia vital una por la otra, atadas entrañablemente a su par, como si el desapego fuera un concepto imposible. Acarrean con la mano suelta, unos barreños rebosantes de agua fresca, destinados a saciar la sed de nosotros los tiznados, quienes retiramos los todavía malolientes escombros del incendio.

Mientras tanto un jadeante Emile, los cuatro comedidos grumetes, el pelón enraizado a su estrafalaria caracola, el joven veleidoso augur y el membrudo serbio, fueron autorizados por el Capitán Grumby para dispersarse por el barco en busca de recursos útiles con los que sobrellevar esta contingencia.

Eva y la niña serenan el calor en un rincón sombrío bajo un toldo improvisado con el velamen. A su lado descansa dulcemente, como siempre envuelta en un halo de perenne frescura, esa chica misteriosa que embelesa mis sentidos, la única que despierta un interés testarudo de mi parte por saber más de su persona. Mi impertinente tozudez me condujo a averiguar con Emile su nombre de pila. Mi musa se llama Esperanza.

43 El pájaro de fuego es lo que en francés se denomina un "*Conte Dansé*" que traducido al español es *cuento danzado.* Está basado en una serie de cuentos rusos que los amigos *Alexandre Benois, Sergei Griegoriec y Fokine* escribieron en conjunto, para que un joven *Igor Stravinski* fuera el encargado de componer su música. Como era de suponerse, el ballet fue todo un éxito desde su estreno en el Ópera de París el 25 de junio de 1910. En una licencia literaria, nuestro narrador la vio en otro sitio varios meses antes de su primera presentación.

44 Teatro construido en 1841 en *Hamburg*o y es uno de los más antiguos de aquel país. Una belleza arquitectónica que tuvo como dueño a *J.C. Wagner* y que apostaba por llevar a escena piezas locales en el dialecto conocido como *Bajo alemán.*

Epílogo

Esta calma aparente en el acunar de las olas, es una isla invisible que permite poner en tregua la lucha en mi cabeza. Las inciertas luces o penumbras que el devenir propone, no me afectan por ahora. La idea primitiva de embarcarme en una sanadora epopeya se hace realidad latido a latido, otorgando nueva vida a mi espíritu agónico. Recibo este presente resueltamente agradecido.

FIN

GABRIEL HUENTEMIL ORTEGA

En las artes soy: cantor,
narro, compongo y escribo.
De un legado portador
y es mi espíritu, genuino.

Bitácora de navegación, 03-07-2020. 11:54

No quiero naufragar nuevamente. Sería devastador.

¿Recuerdas cómo fue la primera vez? Le tenía cariño a esa embarcación, fue triste ver colapsar la proa y como, en segundos, se despedazó la estructura completamente. Todos tenemos nuestros códigos, y fiel a los míos, quise hundirme junto a mi barco.

Fue paradójico… El tablón que me mantuvo a flote llevaba, justamente, el nombre de la nave. ¿Sería que el destino se estaba burlando de mí? S.S. Minnow… La enormidad del mar me rodeaba y mis ojos clavados allí. S.S. Minnow… Soñaba con ese nombre, despertaba y lo veía. S.S. Minnow… Ahora mismo me parece que, sobre el mar, está escrito con blanca espuma. S.S. Minnow…

Pero hay que darse segundas oportunidades, ¿no? Te confieso que no es fácil. La presión es mucha. Desearía estar calmado como tú, no preocuparme. ¿Qué no daría yo por ser tan racional como el célebre profesor Roy Hinkley?, incluso siendo un Howell podría estar más tranquilo, Thurston y Eunice piensan que todo se soluciona con dinero y ya.

¿Cuántos fueron los meses en esa isla? Según mis cálculos fueron tres años. ¿Tomaste nota de eso? Casi tres años, casi cien oportunidades en que lo intentamos, fracasando siempre,

por una u otra razón. Descuidos de Mary Ann o tuyos, el viejo matrimonio Howell que se olvidaba de algo, el profesor Roy que erraba algún cálculo, Ginger Grant, la gran estrella de cine y sus ataques de vanidad repentinos. No importaba que o como, los planes se frustraban en cada jornada.

Parece un guion monótono, ¿No crees?

No soportaría estar un minuto más en una isla desierta. A todo el mundo le gusta Hawái, pero que te quedes varado en un archipiélago alejado del mundo, por accidente, es una cosa muy distinta. Mirar, por obligación, ese horizonte mal pintado era una tortura.

El timón está controlado, pero esta tormenta y su olas me hacen recordar.

Aunque hoy los llevo de vuelta en esta simple balsa hecha con material de utilería, te prometo, como que me llamo Jonás Grumby, que lucharé de buena lid con el mar. Juro que llegaremos a puerto…

¿Por qué me miras así?

No digas nada, sé que nos cancelaron. Recibí el memo.

¿Otro capítulo? Ni pensarlo, los de la emisora ya no tienen más recursos para nosotros.

¿Tal vez este sea el final? Pues bien, que sea el final.

Hazme un último favor y cerremos de forma decente esta temporada.

Hazme un último favor y déjame soñar.

Hazme un último favor…

Dile a Ginger, a Mary Ann, al profesor y al matrimonio Howell que se pongan los chalecos salvavidas y se aferren a lo que sea.

Creo que tú, Gilligan, deberías hacer lo mismo.

Bitácora de Navegación. 14-07-XXXX. 17:55

En vísperas de zarpar. Mientras abordábamos la nave, ese tosco gañán interrumpió mi trance contemplativo de la paleta de añiles y cerúleos que ofrece el mar, con su saludo. Zafio zalamero.

Semana 1. El epítome del plagio… La más ostensible síntesis de la carencia de creatividad… Su pincel es la lanza de la mediocridad, su paleta escudo del conservadurismo de otros tiempos. Si su propuesta artística es inane, más lo es él, con esa sonrisa de político en campaña, con sus comentarios sosos, pero de buena crianza. Maldita sea la fortuna que me hace compartir aposentos con este bellaco. ¿Será posible tramitar su retorno a puerto?

Semana 2. Entro al dormitorio, luego de pasear por cubierta. Creo que las ninfas me han visitado —musita, arrogante. Pero la composición es baladí, algo que bien podría verse en una postal fabricada en serie para ser vendida por unos míseros denarios a algún turista ávido de ser timado.

Semana 3. Hoy comienza a pintar otra de sus aberrantes y yermas obras, —El vaivén de las aguas me ha traído inspiración y estoy logrando avances —comenta.

No respondo, me parece una poco acertada manera de referirse a una panoplia de matices sin coherencia. Sus intentos de dominar la técnica me evocan a un perro hipnotizado por la vana tarea de morderse la cola.

Semana 5. Cree que no me he dado cuenta, pero es ostensible que ya me ha robado armazones, pinturas, pinceles, e incluso algunos libros. Tuvo la osadía de espiar en mi baúl. No sabe que me vi en la obligación de marcar toda pertenencia por orden del Maestro Stainer, mi tutor.

Semana 8. Ingresé al camarote, hallándole con las manos ennegrecidas de oprobio, en pleno delito. —Te lo puedo explicar —esbozó. Le imaginé, maltratando el bistre, estropeando el cartujo, violentando el cerceta. Estallé. Su rostro se cruzó en la órbita del astro en que se transformó mi puño. El atril se desintegró en mil aerolitos de madera. Los tubos volaron formando

un arcoíris. Gotas de sinople, diamantes de sulfán, lágrimas de prasio, blanquecinos bofetones y estalactitas de cobalto se mezclaban. Intentó aferrarse a algo. Quiso golpearme con una botella de vino, pero me adelanté a su ardid y el líquido se mezcló con la pintura, la linaza, la sangre, el sudor, la resina, con la trementina. Le di un puñetazo en pleno estómago. Se quebró, cual si fuera un lápiz de carboncillo, desplomándose sobre el bastidor que yacía en el suelo. Seguí golpeándolo. Rojos, morados y azules teñían su cara, evocando las tardes de arrebol en cubierta. No podía protegerse, por tanto, trató de preservar lo que hubo pintado. Sus dedos manchados danzaron torpemente sobre la superficie de la tela, ya ensangrentada. Le di un puntapié al cuadro, que salió expulsado como una cometa. Lo tomé del cuello, lo arrastré y saqué a la fuerza del camarote. Procuraba asirse de mi gabardina, coloreándola de improbidad y latrocinio. Lo alcé en vilo y lo lancé, con todas mis fuerzas, por sobre la regala. —Un lastre menos para este vapor —espeté, antes de verlo hundirse.

Semana 10. Quise olvidar el suceso. El camarote permanece, aún, desorganizado. Ningún pasajero o miembro de la tripulación ha notado su ausencia, ni ha preguntado por el gañán.

He podido pintar con tranquilidad.

Semana 12. Ordené… Con tanto sobresalto perdí cuenta por completo del cuadro, origen del pugilato. Estaba escondido bajo la cama, sabiéndose fruto de la deshonra, de cara al piso. No quería mirarlo, pero la curiosidad…

La curiosidad…

La curiosidad, ganó.

—Malnacido infame, por fin, pintaste un cuadro que vale la pena. ¡Excelente despliegue de añiles y cerúleos!

Bitácora de navegación, 03-08-2020. Barokovia. 16:42

En la plaza central de la capital de Barokovia, Mirktensha, se puede apreciar esta placa bajo la efigie de Antonio Froussard, figura clave en su independencia:

Erige el pueblo de Barokovia este monumento para conmemorar hazañas que constituyen el legítimo orgullo de la República y forman,
en consecuencia,
la célebre genealogía de nuestros marítimos próceres.
Destaca, en este florido ramillete de valientes mártires, la figura del Capitán Antonio Froussard, libertador de nuestra Patria.
Las generaciones futuras acusarán recibo, por medio de este elocuente hito, de que nuestros valientes, para mantener incólume la soberanía nacional,
no conocieron otro camino que el de la audacia
en pos del resguardo de la comprometida honra nacional,
recorriendo una senda marcada de heroísmo y arrojo.

CON GRATITUD EN EL CENTENARIO DE LA INDEPENDENCIA DE BAROKOVIA, *29-11-1891*

—Señor, con la novedad de que el sujeto no ha sido encontrado en las dependencias de la embarcación. Luego de realizar dos revisiones exhaustivas tanto en buque, pañoles y bodegas, podemos informar que se han extraviado los siguientes elementos: una lámpara de aceite y su correspondiente botella de combustible, dos mantas medianas, un poncho de castilla, provisiones y alimentos para, aproximadamente, tres días y el equipo de herramientas de navegación portátil del camarote del Capitán.

El joven marinero mantuvo una solemnidad inusual, tomando en cuenta que no superaba los quince años de edad y que, imberbe y esmirriado, su cuerpo delataba que estaba, apenas, entrando a la pubertad.

—¿Alguna pista del sujeto buscado? —Preguntó el Almirante Daza, aun cuando la respuesta parecía evidente.

—No, Señor. Pero podemos especular, en vista de la merma en nuestro inventario, de que el sujeto en cuestión huyó hacia altamar, pues uno de los pescantes ha desaparecido.

—¿Está seguro de haberlos contado bien?,

—Sí, Señor. Era imposible detectar su falta en vista de que alguien enmendó los documentos una vez zarpamos, pero el original revela el detrimento de nuestros recursos. —Agregó con perspicacia el joven oficial.

—Muchas gracias por su completo y adecuado informe, señaló el Almirante con reverencia, para luego dirigirse a la totalidad de su dotación. —Tripulación estamos ante una situación que atenta y transgrede nuestro código valórico, revistiendo, por tanto, de una enorme gravedad.

Recordad, que en honor al uniforme que porto, soy yo quien está a cargo de esta operación en ausencia del Capitán. Ninguno de vosotros correrá el velo de los sucesos deshonrosos aquí acontecidos. Si bien desconocemos el paradero de la más alta autoridad de nuestro navío, recae en nuestra cuantía, como hombres y marineros, el jamás revelar lo sucedido —El anciano pausó su discurso al ver a uno de los Alférez aproximarse con premura.

—Mi Almirante, con la novedad de que hallamos un cuerpo que guarda gran similitud con el sujeto objetivo. Solamente habría que despojarle de su traje y calzarle uno de los que hallamos en el camarote principal. ¿Sería tan amable de auscultarlo?

El Almirante se acercó al cadáver, examinándolo con circunspección. Entrecerraba los ojos para poder observar con mayor detalle. Sin mediar aviso, lanzó un eficaz golpe de puño contra el

rostro del joven marino anónimo, el que casi hizo retroceder a los oficiales que le sostenían en vilo.

—Ahora, en vista de su deformado rostro, nadie constatará diferencia alguna. —Comentó a los marineros más cercanos, para, inmediatamente, dirigirse a todo el aforo. —En lo que mí respecta este cadáver es, desde ahora y para siempre, el de nuestro Capitán, el afamado Antonio Froussard. Lo mismo corre para Uds., para quienes alcen su pluma en aras de relatar nuestras heroicas hazañas y para todo ciudadano que espera, anhelante, la añorada independencia. Escúchenlo y grábenlo a fuego en su memoria, este malogrado marinero es y será honrado con la mayor dignidad que podemos ofrecerle, es y será merecedor de todo nuestro respeto y es y será, de modo incuestionable, causa de la gloria de Barokovia.

Nuestra gente ansía un libertador y le concederemos ese deseo.

El Almirante tomó una reflexiva pausa en su arenga, antes de concluir con un tono árido.

—Proceded de acuerdo con lo estipulado. La Historia, con su veredicto implacable, será quien se encargue de juzgar a Antonio Froussard.

29-11-1791, Diario de navegación del Almirante Daza.

FIN

MARIO INFANTE VARGAS

Egresado de Teoría e historia del Arte en la U. de Chile, Pedagogía en Artes Visuales, U.N.A.B., Diplomado en Dramaturgia U. de Chile. En la actualidad se encuentra ejerciendo la docencia, trabajando en proyectos musicales y dramatúrgicos.

Bitácora de Navegación del 01/07 03:27 A.M.

¡Llegaron los pasajeros!, era el anuncio que escuchaba permanentemente cada vez que la embarcación arribaba a algún desconocido puerto. En un principio la curiosidad por saber quiénes serían los nuevos a bordo, embargaba a la tripulación. Nos embarcamos con destino incierto hace ya tiempo con un solo fin, la salvación.

Ya no me impresionaba ver las caras de los nuevos tripulantes. Cada puerto, nuevos rostros, cada día nuevas promesas, cada tripulante una historia que quedó atrás, posiblemente para siempre.

Tras meses de navegación la salinidad del aire se me hizo familiar, la sensación de muerte, permanente.

Me senté, como todas las noches a disfrutar de un tabaco empapado en ron, en soledad, como ya era costumbre. No había estrellas; la niebla indicaba que otra vez las condiciones para navegar serían las peores.

Regreso a mi cámara, a escribir la bitácora correspondiente a la navegación de la jornada; con la ilusión de posteriormente poder conciliar el sueño, de cerrar los ojos y descansar.

Bitácora del día…

Escucho un suave ruido, y me percato de que alguien me observa por la ventana: Fingí no darme cuenta.

Con una vanidad teatral continué haciendo mis cosas, sabiendo que era observado ya no por una, sino por varias personas, cuyos cuchicheos hacían cada vez más evidente su presencia y paulatinamente más incómoda mi situación.

Me dirijo lentamente hacia la puerta para sorprender a los fisgones, pero adelantándose, como para evitar la vergüenza de ser sorprendida, una mujer se asoma tras el umbral de la puerta y en un tono arrogante e imperativo me dirige la palabra. Sus gestos, extremadamente exagerados, causaban una suerte de risa y ternura. Nunca la había visto.

¡Necesito saber cuándo llegaremos a destino!, me exclamó con aires de grandeza. Llevamos meses a bordo de este barco, si se le puede llamar de tal manera, y nadie nos ha dado una indicación, en la medida que hablaba, su voz se volvía trémula y su mirada vaga. Los ademanes exagerados, poco a poco fueron transformándose en desesperanza.

Miro tras su figura y veo las miradas temerosas de quienes observan la escena. No logro distinguir cuántos, solo sé que son decenas, quizás cientos de ojos que observan cada uno de mis movimientos.

¡Responda!, le hice una pregunta, volvió a interrogar con un enfado resignado.

Guardo silencio, la miro a los ojos con compasión, me acerco a la puerta lentamente, y se la cierro irrespetuosamente frente a sus narices; doy media vuelta y retorno a la soledad de mi cámara, a la ilusión del descanso; no era el momento de responder. No creo que hubiese entendido que todos quienes tripulamos esta nave, no tenemos destino.

Nadie desciende de esta nave eterna, condenada a naufragar en la tormenta.

Cada puerto, nuevos rostros, cada día nuevas promesas, cada tripulante una historia que queda atrás, sepultada en el olvido.

Bitácora del día 6 de julio, 23.58

Traté de cerrar los ojos, pero no pude. La luz de la luna entraba por el orificio de un madero podrido en esa embarcación pestilente; ya no importaban las horas, el tiempo se detuvo para siempre cuando nos embarcamos. Dormir era la última ilusión que quedaba en esa noche eterna; por más que lo intentara, era absurdo tratar de conciliar el sueño. El vaivén del barco anunciaba que la tormenta estaba lejana aún, pero no tardaría en llegar.

Resignado, por no poder conciliar el sueño, salté de mi litera, con el ánimo de fumar para calmar la ansiedad que ya, tras todo ese tiempo de insomnio, estaba causando estragos en mi persona, y me obligaba a pensar, me incitaba a recordar.

Dando golpes de ciego en la oscuridad, encuentro, al fin un candelabro, con una única vela, ya prácticamente derretida; la enciendo con los cerillos que mantengo sagradamente en el bolsillo de mi camisa.

Miro alrededor y logro dimensionar al fin el espacio en el que me encuentro, camino en círculos, me siento, me pongo nuevamente de pie.

Comienzo a revisar los cajones de un mueble destartalado, sucio y decadente. En el interior de uno de ellos se encontraba un espejo trizado; sus bordes roídos por el paso del tiempo, o bien por alguna rata vanidosa, daban cuenta de su extinguida elegancia. Elegancia tan característica de mi persona, una elegancia que había quedado expectante en ese puerto el día en que decidimos embarcarnos.

Lo tomo desesperado, esperando ver mi rostro en dicho artefacto. Han pasado meses sin ver la alegría que dejé en tierra firme. Miro mi cara, incrédulo. Las lágrimas brotan desde cada uno de mis ojos y corren por las mejillas demacradas cayendo al suelo humedecido.

¿Qué te Pasó, cómo llegaste a esto?, me reprocho frente al espejo, mientras, con la mano que tengo libre, acaricio mi cabeza, como buscando consuelo.

Lo sabes perfectamente, siempre lo supiste, nunca quisiste escuchar… ahora es tarde, me respondió mi propia imagen, largando una carcajada burlesca.

Por favor no me dejes, le imploro como hablándole a un confidente.

Ahora aguanta, esto recién comienza, espetaba mientras desaparecía en ese trozo de vidrio.

No me dejes, por favor, insisto.

¡Vuelve, vuelve! le grito en vano. Estaba claro que ya no volvería, era evidente. Nunca quise ver.

Mi propia imagen me atormenta, noche tras noche, como mi peor enemigo, como el más severo juez; burlándose de mi desgracia, burlándose de mi pesar.

La vela de súbito se consume completamente, vuelve la oscuridad y el insomnio.

Comenzaba, nuevamente, igual que todas las noches, este viaje por las aguas de la condena.

Bitácora del 16 de julio a las 23.23 horas.

El movimiento del barco me despertó, reconocí la voz que me hablaba a lo lejos. ¿López, eres tú?, pregunté insistentemente, ¿López? Muchos años habían pasado desde la última vez que lo vi.

Recuerdo su aspecto de niño debilucho, pálido, ojeroso, encorvado, sentado en un rincón de la sala de clases; siempre solo, siempre serio, siempre observando lo que hacíamos el resto de sus compañeros.

Cuando descubrimos que él nos había acusado con las autoridades de la escuela el día en que nos escapamos del colegio, comenzó su condena.

¡Croac, Croac! Sonaba la onomatopeya coreada por todo el curso cuando entraba a la sala. Lo bautizamos como "El Sapo López", y al poco tiempo era frecuente escuchar en los pasillos de

la escuela, el ¡Croac, Croac! que indicaba su paso. Desde todas las salas ¡Croac,Croac!, los cursos grandes ¡Croac,Croac!, los cursos pequeños ¡Croac,Croac!

Después de un tiempo no volvió más al colegio.

A pesar de todo, igual lo seguía viendo, ya que vivía muy cerca de mi casa. Siempre solo, siempre serio, siempre observando.

Pocas veces conversé con él, sin embargo, no sé por qué razón, su voz siempre me pareció particular, única, con un sonsonete extraño, nasal, que de una u otra forma atemorizaba, quizás era su manera de defenderse contra un mundo que a él le parecía hostil y que nos encargamos de que realmente lo fuera.

¿López, eres tú?, pregunté nuevamente, tomando un poco de aire.

¡Teniente López, conchetumadre!, y la boca te queda donde mismo, me respondió con su característico sonsonete nasal, pero con una violencia inusitada, al mismo tiempo que me otorgaba una nueva descarga eléctrica.

Sácame de acá, le supliqué con las escasas fuerzas que me quedaban al hablar.

La venda en los ojos no me permitía saber dónde estaba, lo único que sentía era el vaivén del buque, y el rugir furioso del mar, cuyas olas chocaban permanentemente con la embarcación.

El hedor del lugar era insoportable, una mezcla de mis propios vómitos y de aquellos que estuvieron antes que yo, y el humo que mi otrora compañero expelía desde su boca al fumar unos cigarrillos de pésima calidad.

Se sentía cada cierto rato el chicharreo de una radio mal sintonizada.

"Ya no estás más a mi lado corazón", cantaba López mientras afilaba unos cuchillos, seguramente para hacer de una manera más adecuada su trabajo.

De fondo se sentían los truenos bombardeando la nave, remeciendo la embarcación. El choque de las olas iba acompañado de un frío mortecino que se apoderaba de mi cuerpo desnudo y amarrado.

López, por favor, desátame, quítame la venda, le imploré nuevamente con voz trémula.

¿Se quiere ir para la casa el niño?, interrogaba burlescamente, mientras acariciaba mi cabeza. Pero si acá lo hemos tratado tan bien, continuaba con su sarcasmo.

Hable… "COMPAÑERO", interpelaba, poniendo un acento sobre esa palabra y soltando una carcajada, que perdura en mi cabeza.

Hable, antes que el buque se de vuelta, de esta no nos salvamos, amenazaba en tanto soltaba otra carcajada.

De pronto, un ruido estrepitoso; el buque se sacude por completo; caigo al suelo violentamente, las amarras no me permiten demasiada movilidad, siento el dolor de los golpes. Comienza a sonar una alarma, su ruido invade el lugar, no puedo ver.

¡Todos a cubierta! anuncian por los altoparlantes, mientras escucho en un piso superior, el sonido de las botas despavoridas, buscando salvación.

¡López, López! ¡Suéltame! Grito; nadie responde…

¡Vuelve cobarde de mierda!

Es inútil, me encuentro solo, amarrado, desnudo y con una venda en los ojos.

Trato de ponerme de pie, pero el movimiento del barco en la tormenta, no me lo permite.

No sé dónde estoy, me paro, caigo, reboto, grito, intento desatarme, no puedo respirar, intento desatarme, no puedo respirar, caigo, reboto, grito, me golpeó la cabeza, me resbalo, caigo, grito, tiemblo, no puedo respirar, intento desatarme, intento desatarme. Escucho la vieja radio con un chicharreo permanente.

¡Sáquenme de acá!; nadie me escucha.

Se oye el ruido de un helicóptero, luego otro…

En un sector lejano, se escuchan gritos despavoridos, gritos tan desesperados y abandonados como los míos. Siento el agua en mis pies, la oigo caer y deduzco que se ha producido una fisura.

Logro soltar una mano, me apoyo en algo, no sé qué es.

Mis costillas rotas hacen que cada movimiento sea doloroso. Me arrodillo y me quito la venda, acaricio mi rostro, como encontrándome con un ser amado.

No tiene sentido, mis ojos ya no están.

Tomo aire para dar el grito más fuerte de mi vida. Destruyo mis cuerdas vocales, caigo al suelo de rodillas.

Despojado de mi vista, despojado de mi alma, despojado de mi dignidad, enajenado por el rencor, por el odio.

Bitácora del 11/09 a las 00.00

Sobre la cubierta observaba el primer día soleado en tantos meses de navegación. La tormenta había quedado atrás, las esperanzas de llegar a puerto nuevamente afloraban junto con los rayos del amanecer. La angustia, la desesperación, la locura y la muerte por fin habían terminado, al menos eso parecía.

Cerré los ojos, tomé aire, pensé. Añoraba ese silencio, esa calma; una calma que había sido tan escasa en mi vida, una búsqueda constante que hoy parecía un premio, el final del camino.

Cogí un vaso de vidrio que había sobrevivido milagrosamente a la tormenta y que yacía solitario en aquella mesa de madera corroída por la salinidad marina; lo llené con el escaso licor que quedaba en la petaca dorada de un oficial que yacía muerto en el suelo.

Levanté el vaso y me dispuse a brindar por el hecho de estar vivo; clavé la mirada en mi mano, y su piel me hizo dar cuenta del paso del tiempo. Quedé paralizado, cerré los ojos y recordé aquella tarde en que tuvimos que embarcarnos, dejando atrás todo lo que hasta ese momento conocíamos. Es increíble cómo en un segundo todo cambió; lamentablemente siempre ha sido y será así. Yo no conocía el mar… ¡yo no conocía el mar!

Cuántos subimos al barco: ¿diez, cien, mil? No lo recuerdo. Lo que sé es que los que sobrevivimos a la tormenta somos los

privilegiados de la tierra; pero en estas aguas misteriosas nada estaba dicho.

En la medida en que nos fuimos encontrando con el resto de los tripulantes, la embarcación se fue llenando de color y alegría; dejando de lado todas las medidas que nos habían impuesto antes y durante la tormenta, nos abrazamos y descubrimos el verdadero valor de este gesto. Lloramos y llenamos nuestros pulmones con un aire nuevo, un aire puro que nos ofrecía la paz.

De pronto descubrimos que los oficiales abordo habían muerto durante la tormenta, y por supuesto decidimos arrojar sus cuerpos al mar, con el fin de prevenir una crisis sanitaria, como la denominaban ellos, a raíz de la descomposición natural de la carne. Oficiado el rápido acto fúnebre, nos dispusimos a celebrar el hecho de estar vivos.

Alguien sacó una guitarra, otro una harmónica, un pandero. De las cámaras de los oficiales tomamos todo tipo de exquisiteces que jamás habíamos visto ni saboreado. Los mejores licores y refrigerios varios. Todo fue alegría. Bailamos, cantamos, bebimos hasta el nuevo amanecer, que por supuesto fue más soleado que el anterior.

Ya no había autoridad a bordo, simplemente acuerdos. Descubrimos que podíamos trabajar juntos, que podíamos dirigir este barco sin miedo y llegar lo antes posible a puerto.

¿Escuchaste ese ruido? Me pregunta mi compañero de camarote.

Si, ¿Qué fue?, no sonaba como un trueno, le respondo confundido. Pero con la certeza de haber escuchado en alguna oportunidad algo similar. No recordaba, pero ese sonido me estremeció y emocionó.

De pronto golpean la puerta, se asoma el compañero del camarote contiguo. Alto, desgarbado, con ademanes de muchos naufragios en el cuerpo.

¿Escucharon?, pregunta con una excitación y un júbilo desmedido, mientras iba golpeando las puertas de todos los camarotes del pasillo. ¡Ya estamos cerca! Grita enloquecido.

No lo cuestioné. Ese estallido lo había escuchado antes, lo había vivido antes y lo volvía a escuchar con la emoción y la esperanza de volver, con la esperanza de acabar el viaje, con la esperanza de ver nuevamente los rostros que quedaron esperando y que no pudieron embarcarse.

Alguien grita ¡TIERRA!, inmediatamente subimos a cubierta y observamos una luz resplandeciente que se veía a lo lejos, que encandilaba con el reflejo del sol. Lentamente nos acercábamos por fin a tierra firme.

En la medida que nos acercábamos, mi corazón palpitaba cada vez más rápido, frotaba compulsivamente mis manos sudorosas, y el sonido se agudizaba en mis oídos. Pasa una gaviota indicando la cercanía, el inminente arribo. Comienzo a ver las primeras casas empotradas en la loma de un cerro y veo a la gente que corre calles abajo a esperar nuestra llegada.

Es curioso, me doy vuelta y observo el horizonte, miro ese mar que hoy tranquilo se ve, vienen a mi mente tantas jornadas de navegación, tantas penurias; mis pies se acostumbraron al vaivén. Miro la ciudad, no sé cómo podré caminar nuevamente por las calles asfaltadas, mis pies se hicieron mar, mis pulmones sal.

El barco se detiene, nos espera una multitud ansiosa de vernos. Sin duda nos recibirán como héroes. Veo muchos rostros conocidos, me alegro de ver a mi gente. Tengo miedo, no puedo negarlo.

Agacho la cabeza, estiro mis brazos, cierro los ojos para dar el primer paso; sopla un viento furioso, tempestuoso, y me elevo, quiero ser mar, quiero ser aire, el sol y la naturaleza. Escucho la música más bella jamás escuchada, cada nota se mete por mis venas. Esta historia seguirá, soy la historia. Soy aquellos que no están, soy aquellos que dieron su vida. Soy Damián, soy Matías, soy aquel que no conozco, soy un verso, poesía. La luz que ilumina cada día. Tripulante de esta nave eterna, de la nave de la historia, del tiempo y la memoria.

FIN

CAROLINA JULLIAN

Nació el 10 de noviembre de 1982. Toda mi vida vivió en el mismo lugar, fue al mismo colegio y veraneó en la misma playa. Debido a esto, se constituyó como una persona fija, estable, sin muchas variantes. Estudió teatro. Es actriz. La adrenalina de habitar otros lugares, de vivir otras vidas y cambiar mundos era lo único que le estremecía en esos momentos. Siempre pensó en escribir, muchas veces lo intentó, pero se le quedaron pegadas siempre las palabras adentro, en el pensamiento. Agradecida de este espacio tormentoso, de esta navegación virtual que permitió poner el adentro en el afuera.

La palabra sobre un mar.

Bitácora,14 de agosto día número 1994 00:27 AM.

OCÉANO DE MI

Hasta que al fin esa noche me paré frente a su puerta. Sabía, que como siempre, estaría con su chaleco gris a los pies de la cama tallando el pedazo de madera que encontró flotando durante la tarde. Respire profundamente una, dos, tres veces antes de lanzar la primera palabra. Súbitamente un calor sofocante se apoderó de mi cuerpo y el corazón comenzó a latir en mis ojos. Fue inevitable la imagen traicionera del último paso que dimos en tierra, antes de dejar la orilla. Me fui hipnotizada en el recuerdo:

—NOS VAMOS A SALVAR! gritó esa tarde acuchillando con su voz el viento. Allá adentro, en la línea que bordea el cielo está el infinito.

¿Lo ves? Me preguntó con una felicidad monstruosamente entristecida. Seremos la espuma, la tormenta, la profundidad, la tromba. Seremos cuerpos lanzados a las corrientes.

Con los ojos anaranjados y la mirada clavada en el horizonte sonreímos esa tarde lejana mientras el sol se escondía en nuestras pupilas y nuestra piel se nos volvía costra de sal.

—NOS VAMOS A SALVAR! Grité ensordecedoramente siguiendo la huella de sus palabras afiladas frente a esa inmensidad que nos acogía. Recuerdo perfectamente los minutos eternos que nos quedamos observando cómo nos alejábamos de esa tierra negra.

Volví a la noche, a la puerta cuando una ola enfurecida azotó la embarcación. Caí de golpe al piso destruyendo por completo ese recuerdo estancado que me recorría como pena en alma.

—La puerta. Mi suicidio. La puerta. Mi suicidio, me repetía a mí misma para no decaer. Esa palabra... esa palabra me atravesaba, voraz esa palabra me atravesaba. Debía tratar de articular cómo decirle que me lanzaría, que desaparecería de golpe en las profundidades de este océano. Quería causarle dolor, quería triturarle el alma. Ya no soportaba más nuestros cuerpos en un mismo espacio. Todo en él me aplastaba, me estrangulaba. Por la rendija de su puerta vi avanzar hacia mí su sombra, me aterré. Probablemente el ruido de la caída lo alertó de mi presencia. Quise huir sin decir nada, pero mis piernas no respondieron, las frases se desarmaron y la lengua se torció adentro de mi garganta. Quedé ahí, atrás de la puerta, inmóvil. Quedó ahí, atrás de la puerta, inmóvil. Pude escuchar su respiración de metal, mortífera a través de la madera gruesa.

—¿Tienes hambre?, me preguntó con voz tranquila desde el otro lado.

—No!, le respondí, intentando que la voz no delatara mi quiebre. Pensé que dormías, quería salir a mirar la noche, pero la tormenta está más fuerte que ayer, creí que podía permanecer de pie en la cubierta sin caerme, pero no alcancé a asomarme y ya estoy en el piso. Rió, con rabia, pero rió. Después de unos segundos de silencio lentamente abrió la puerta y en tono muy bajo, casi imperceptible me dijo:

—Me equivoqué, me di cuenta que el mar, ese mar que nos sostiene, no está afuera, esta adentro. Somos dos ahogados en la línea del horizonte y nos estamos deshaciendo como se deshacen los cuerpos en el agua. No salgas. Acuéstate y espera. Pronto seremos fósiles olvidados en algún fondo. Sacó de su bolsillo un pañuelo. Toma, límpiate la frente, estás sudando.

Lentamente me levanté, con las piernas temblando, apenas me sostenían. Tome el pañuelo clavando mis ojos en sus ojos rebalsados de naufragios y de bestias marinas. Una vez arriba, a centímetros de distancia nuestros cuerpos, mi boca se comenzó a abrir como si fuera a lanzar un grito, un grito estruendoso, macabro, sangriento.

No sonó nada. Solo el vacío y el agua infinita que rebalsaba mis entrañas.

Bitácora.
No sé de qué día.
Ni de que hora.
Ni de que año.
Esto se divide en partes. Fragmentos. pedazos. Restos de algo.

1. Despierto

Tengo miedo. Hoy me llevé las manos al rostro y no me encontré los ojos. No sé qué pasó durante la noche, pero mis cuencas ahora son un hoyo negro. Tengo miedo de meter mis dedos dentro de los orificios y tocar las imágenes que había sepultado atrás de ellos. Tengo miedo. Estoy metida adentro de una oscuridad profunda, agonizante, más oscura, más profunda y más agonizante que este mar que nos sostiene. El horror de la penumbra. Mis ojos, ¿dónde están mis ojos?, quiero llorar y no puedo. Estoy en el ataúd de la carne, De los huesos, de la piel. Desesperada *me lanzo del camarote al piso. Me revuelco. Me retuerzo. A manotazos Intento buscarlos. Me levanto como puedo. Me tiro contra la pared. Caigo. Una ola azota la embarcación.*

2. Despierto

Ese sueño ciego me dejó ahogada con el corazón en la garganta. ¡Meto mi mano a la boca y lo arranco, *Ahhh! Al fin puedo respirar.*

Toco mi cara, mis ojos están ahí. La calma. Me quedo clavada mirando el techo mientras el animal rojo late adentro de mi palma murmurando tu nombre.

3. despierto

El viento.

El viento.

El viento se llevó tu sombra y dejó en ti la desgracia de la soledad eterna, un cuerpo sin sombra no es un cuerpo, es un fantasma que deambula por los tiempos.

4. Despierto

Esta vez Agarrada fuertemente al mástil. La lluvia, el viento, las olas, todo sube, todo es tempestad. La tromba viene directamente hacia nosotros levantando las aguas. es un monstruo marino. Todos los pasajeros suben a la cubierta con los ojos desorbitados, gritan, lloran, corren despavoridos. Tu no estas entre ellos, tu estas tranquilo en lo único que sabes hacer hace veinte años: dibujar pájaros muertos en tu habitación, sabes perfectamente que no tenemos escapatoria. Dos mujeres y un gato se lanzan al mar furioso, luego un niño, un viejo, luego todos los demás. Desde las alturas del mástil observo la desolación, la catástrofe.

Todos los tripulantes yacen en las aguas.

Quedamos a la deriva sobre un mar de cuerpos ahogados.

5. Despierto

Estas a los pies de la cama. Me miras de una manera preocupante. Te acercas. intentas acariciarme el pelo y a mí me dan ganas de irme en llanto. Me resisto. Se que te vienen deseos de matarme cuando me ves llorar. Con una sonrisa misteriosa me invitas a correr, me dices que algo sucede en el mar, que ahora podemos correr sobre él. Confundida salgo de tu mano, siempre frías tus manos tus palabras tu pelo, tu forma de tocarme. Salimos. Hacía tiempo que no veía el sol. El barco está parado, efectivamente algo le pasa al mar. Algo le pasa al mar me dices. Estamos incrustados en el tiempo. Nos estamos volviendo costra de sal. Sin miedo nos tiramos y comenzamos a correr sobre este mar blanco, rígido, enceguecedor. Te veo reír y me caigo a pedazos en tu risa primero un brazo, luego una pierna, luego las orejas después todo lo demás. Quedo dividida en partes. Fragmentos. Restos de algo.

El sol explota en el infinito. Despierto.

Bitácora – Día final – 3 AM

Amarré fuertemente la única cuerda que encontré a su cintura, sabía que la fuerza de las aguas podía lanzar los cuerpos que quedaban a las vísceras de la noche. No sé si eran sus zapatos cafés estilando por el agua de la tormenta, la forma en que temblaban sus manos o simplemente su mirada interrogante y temerosa con la que se enfrentaba a mi cuello la que me incitaba a salvarla, no lo sé.

De pronto, su voz, como en un acto de magia, detuvo la furia del viento y la violencia de las olas. En ese pequeño instante ella fue la única tempestad que me azotaba.

—Ayer te vi mirando la marea con una tristeza más infinita que el fondo de este océano.

—No era tristeza, era el vacío de los cuerpos arrojados a las corrientes. Estamos sobre un mar de cuerpos desaparecidos en el horror de las tormentas de la historia, han sido siglos de cuerpos acumulados. Los niveles de las aguas han subido con el peso de ellos, cada día el mar está más cercano al cielo, solo basta contemplar un instante, con detención la superficie, lentamente comienzan a flotar sin nombre. Eso es lo que ayer observaba en el mar. El olvido. El vacío de la existencia.

(Inesperadamente ella mira hacia el cielo, pareciera que algo ve. Se provoca un silencio espeluznante. Trágico. Terrible, tan espantosamente grande que se logran escuchar las ondas interestelares, las voces de otros planetas, el fuego del sol. Su mirada vuelve a mi cuello)

—Vacío, me gusta cómo suena: "vacío". Quizás esta noche tenemos la tormenta detenida para lograr oír el eco de esa palabra.

Ese vestido que llevas es extraño en medio de una tormenta, el collar de perlas negras también, pero es hermoso. Me pone nerviosa el brillo que tiene, por eso me tiemblan las manos. Tiene una belleza mortífera. (toco mi cuello sin encontrar nada. Solo el reflejo del collar en sus pupilas). Estás preparada para entrar a la eternidad de la noche, así te ves, elegante. ¿Crees que esta cuerda que amarraste a mi cuerpo sirva de algo?

—No lo sé, estoy haciendo el intento de salvarte.

—Eres tú la que intenta salvarse para poder permanecer sin olvido, tu querías que alguien de este barco lograra guardar para siempre tu imagen, tu carne, tu ausencia. Veo el miedo que le tienes a ser uno más de esos cuerpos sin nombre en las aguas, tienes un miedo parecido a ese miedo de despertar sin ojos, ¿te has puesto a pensar en qué cosas terribles hay guardadas detrás de ellos?

—No! Le dije, (intentando disimular el espanto que me provocaban sus palabras)

—Si alguna vez llegaras a despertar así, ¿podrías mostrarme tus cuencas, lo que escondes, esas imágenes terribles que se posan contigo cuando miras el horizonte?, perdón, no me he presentado, Patricia, Patty, Patricia, da igual, ambos me gustan. ¿Te puedo hacer una última pregunta? ¿qué prefieres? ¿que lancen tu cuerpo al mar o que te dejen aquí en el castillo de la proa y que los pájaros se lleven tu cuerpo por partes?

Un frío recorrió mis huesos con esa última pregunta. No respondí. Caí desvanecida al piso. Desde el fondo escucho la voz un hombre que grita ¡han matado a una mujer! Un estallido de pies sobre la proa se abalanza sobre mi cuerpo extendido, lánguido, ausente. Patricia está ahora entre la multitud, la veo poco a poco soltar la cuerda que nos une. Con los ojos inundados de lágrimas le suplico que no me suelte. Intento gritarle, pero mi voz no tiene sonido. Ella mira fijamente hacia el cielo. Un hombre con alas sobrevuela la embarcación hace algunos instantes. Viene por mí, a llevarse por partes mi cuerpo. La tormenta vuelve a posarse sobre nosotros.

Todos huyen a sus refugios. La calamidad será nuestra noche.

Bitácora de una navegación

Quedamos ahí
ante el abismo de los azules
secuestrados por la inmovilidad del paisaje
rotos entre los vientos
estrellados contra las rocas invisibles de la tragedia de los siglos de la existencia
de las costas ancestrales.
El sonido del mar se paralizó al fondo entre sus fosas oceánicas
ni siquiera las conchas vacías guardan su sonido.
Ninguna orilla enmarca ahora nuestro océano.
Toda la contra se viene en calma

Toda la calma se viene en contra.
Somos cuerpos a la deriva
olvidados en la línea que divide los siglos.
Estamos suspendidos dentro de la parálisis de los colores que habitan la fractura
nos encontramos sobre la falla
sobre el accidente que nos une con el inmaculado centro ardiente de la tierra donde el desecho del tiempo inhabitable
trémulo
trémulo
trémulo
eterno se posa ante nosotros.
La quietud de la inmensidad destroza las imágenes que intentan traspasar la línea humedecida de olvido.
Con los ojos desorbitados intentamos encontrar el reflejo de nuestros rostros en las aguas muertas.
Solo hay bestias marinas disfrazadas de peces
de anémonas
de esponjas
de crustáceos que nos miran desde las profundidades
que nos piden a gritos que lancemos nuestros cuerpos contra el océano para caminar con ellos por las montañas submarinas.
El sol… El sol se incrustó en medio del cielo y jamás se hundió en ningún horizonte.
No hubo tarde
tampoco noche
ni ningún otro día.
Todo quedó ahí
estancado entre los vientos que tampoco movilizaron las corrientes hacia ningún lugar
ningún soplo
ninguna dirección.
De Pronto

Desde las profundidades
emergen en su vuelo de la muerte los cuerpos inyectados de cianuro de los lanzados a las dorsales oceánicas
creyeron que:
El tranquilo
El quieto
El sosegado
El sesgado
El mal nombrado Pacífico podría ocultar sus crímenes dentro de su nombre.
Cientos de miles de fantasmas explotan desde las aguas desgarrando la ausencia que los mantuvo atados con alambres y sacos paperos
por años fosilizados
bajo rieles
bajo rocas
bajo archipiélagos
bajo tierra
bajo fuego
bajo pacto
bajo cordillera de los andes
Bajo minas de cal de Lonquén.
Las Américas sumergidas
Los cadáveres
Las osamentas humanas:
Escápulas
Costillas
Falanges
Vértebras
Fémures
Lumbares
Sacros
Cervicales
Coxis

Húmeros
Cúbitos
clavículas
flotan ahora como restos de madera corroída de alguna historia antigua que no pudieron sepultar bajo ninguna superficie.
Desde cubierta observamos cómo descienden los niveles del mar.
Los vestigios de las masacres quedan en la brisa
Casi podemos ver la llanura abisal
Todo queda al descubierto.
Estallan los arrecifes
Los corales se disparan como fuegos artificiales hacia la galaxia celebrando de antemano el triunfo de los muertos que ahora cubren los cielos de las costas de los mares de Chile.
El ejército de los resucitados prepara sus tropas.
Se dirigen a tierra
La batalla comienza.

FIN

AMADÍSIMO LÍDER

Actriz/Actor
Performer Disidente

Bitácora de Navegación 02 de Julio, 05 am, HUMEDAD

No dejo de pensar en el recuerdo de tu retrato en esa fotografía blanco y negro. De aquel último verano que estuvimos juntos donde no sonríes, se ve tu pelo rojo al viento y sujetas con la mano un cigarro en tu boca. Todo eso se fue junto con mis ropas y mis zapatos color beige que me regalaste para mi cumpleaños número 30. Todo cayó al mar y fue descendiendo lentamente como burlándose de mí los recuerdos que ahí estaban. A través del agua clara podía ver como los peces rodeaban esta maleta como besándola, dándole algo así como una ceremonia de bienvenida a las profundidades del mar. El océano nos mostró su cara más desgraciada, fue una ola monstruo la que nos azotó sin piedad haciéndonos girar bruscamente, como cuando giras un columpio en una sola dirección y luego lo sueltas.

Es la escotilla de carga el lugar más seguro en este momento. Entre ratones y aserrín, pienso en la fuerza del mar, que poco a poco nos va hundiendo también hacia un lugar desconocido, sin luz, sin oxígeno que pueda respirar. El aserrín se humedece, caen gotas por entremedio de las vigas de madera y frente a mi aparece un ratón peludo de cola larga **q**ue mira como queriendo ver alguna señal de aprobación para acercarse.

¿Cómo puedo burlar este vaho que me atraviesa la ropa y me hace sentir incomodo**,** húmedo**?** No puedo llorar ahora y es que siento ganas de gritar con todas mis fuerzas para poder descargar esta claustrofobia que me tiene ahogado y desesperado.

Es como si estuviera acostado en el piso y colocaran en mi pecho un pedazo enorme de concreto el cual me inmoviliza y me tiene todo el cuerpo acalambrado. Cada vez que miro veo a la rata acercarse más. Al parecer no me teme. Estoy sentado en el suelo, inmóvil, incómodo, apretando con mis manos el aserrín. El cual lanzaré si es que esa rata se sigue acercando. Es esa rapidez de los roedores la que me desespera aún más. Yo soy una persona limpia y las ratas son sucias. Sin embargo, no pude evitar orinarme cuando la ola se abalanzó. El barco no resistió y todo se mojó. La rata está más cerca, al punto que puedo oír su chillido en mi oído. Es claro que ya no me teme, me mira fijamente a los ojos. Quiero mover mi mano para lanzar el aserrín, pero mis músculos están tan fríos que no responden, la tensión se apoderó de mí. Caen lágrimas por mis ojos y muevo mi cabeza desesperadamente en forma de no. La rata me mira moviéndome sus diminutos bigotes, los que hacen que sienta tercianas en todo mi cuerpo. Nuevamente una ola violenta nos golpea y hace que se apaguen las diminutas luces que me permiten ver. ¿Qué más necesito desentrañar cuando todo está tan claro? Quisiera que estuvieras aquí. Siento tu quemazón, un fuego localizado me tranquiliza. No sabía que chillabas tan bien. Es la rata, está acostada en mis piernas. No la quiero ver, sin embargo, su calor me permite respirar. Ahora solo queda esperar que vengan por nosotros y que por favor las luces no se vuelvan a encender.

Bitácora de navegación, 13/07/2020. 23:00 pm.

Estamos sentados frente a frente en nuestro camarote, cada uno de una plaza, están sin desarmar, con nuestros chalecos salvavidas puestos de color naranjo, con evidente nerviosismo en nuestros cuerpos, tensos, molestos y mirándonos fijamente. Con tus **ojos** negros estas como diciéndome sin palabras que tengo la

culpa de todo esto. Y yo con pequeños gestos trato de decirte que no lo es, solo quería hacer lo mejor.

El único movimiento en la pequeña habitación de color blanco es el vapor que emana de tu café caliente, que sale por el movimiento del líquido que está en su propia tormenta dentro de la loza.

Comenzamos a oír como las fuertes olas chocan contra la embarcación, a tal punto que botan la taza blanca de café que está sobre el velador blanco que separa nuestras camas. Te pones de pie rápidamente mirando el líquido derramado sobre el piso de madera perfectamente pulido. Raudo aprieto tu delgado antebrazo y te pregunto ¿A dónde vas?

A buscar una toalla me respondes. No, déjalo así. Te sueltas quitando con fuerza tu antebrazo de mi mano y **me dices** "voy al baño" avanzas hacia la puerta y veo como sueltas tu respiración como liberándote de un corsé que te aprieta el estómago. Abres la puerta y yo con mi mano izquierda tomo tu cola de caballo colorin perfectamente liso y te jalo fuertemente hacia atrás y con mi mano derecha cierro la puerta. ¡Te quedas te dije! Caes sentada en la cama con lágrimas en los ojos. El choque de dos olas más grande que esta embarcación nos hace tambalear dentro del lugar y las luces tienden a cortarse, pero vuelven con más energía.

Déjame salir me dices como suplicando. ¿A dónde pretendes ir? Este es el lugar más seguro donde puedes estar. Conmigo nada te va a ocurrir, afuera sola no te vas a poder sostener, te vas a caer y te va a doler.

Eres muy nerviosa y tus piernas son débiles. Te digo mirándote, parado en la puerta. ¡Déjame salir, necesito limpiar el piso! Me gritas y te abalanzas sobre mí cuerpo que es más robusto que el tuyo como queriendo quitarme de la puerta. Te tomo de los hombros ¿quieres limpiar? ¡Entonces limpia!

Te agarro del chaleco que aprieta tu torso y como un titiritero maneja su títere te llevo hasta el piso y te refriego entre el café

derramado y los pedazos de loza quebrados. ¿Quieres limpiar? Entonces limpia y deja bien limpio.

Te muevo en el pequeño pasillo cuando veo tu brazo izquierdo hacia mí y siento un fuerte dolor en mi pierna derecha, puedo ver como un trozo de la taza está enterrado en mi muslo, te suelto para sacar la filuda pieza de loza y ya te has escapado. Al salir de la habitación me percato de la tormenta en la que estamos y el movimiento de las olas baila una ópera dramática. Miro hacia ambos pasillo y no hay nadie afuera, me tomo fuerte del pasamos y avanzo por instinto con la lluvia encima de todo mi cuerpo, dejando una huella de sangre en el piso que marca mi camino. Ya estoy empapado, el barco avanza a saltos sobre las olas. ¡Te vi! Estás abrazada del castillo de proa. ¡Ven dame la mano volvamos a la habitación! ¡Déjame en paz! Me gritas llorando. Avanzo un poco más hacia ti. Mira te prometo que nunca más voy a gritarte, pero dame la mano. Me miras y te abrazas más fuerte escondiendo tu mirada. Decido ir por ti a como dé lugar, es ahí cuando me suelto de la baranda y entre el viento y la lluvia veo que viene volando hacia mi cabeza un trozo de madera.

Bitácora de viaje, viernes 24 de Julio.

Con mis párpados cerrados acostado boca arriba sobre una balsa de tablas estoy en un vaivén que me relaja, puedo oír las gaviotas como vuelan sobre mí y algo de sombra me llega en la cara.

No tengo frío, mi cuerpo estirado se fríe en un sartén sin aceite, hierve y la dermis ya me pica. Puedo con mis dientes comer la piel que se ha secado de mis labios, son pequeñas láminas de cuero delgadas que algo me alimentan.

Abro poco a poco los ojos y lo primero que puedo ver es ese destellante brillo cegador del sol. Con una mano tapo mis **ojos** que ya quieren vislumbrar, mientras tanto mi otra mano se despega de mi torso y se acomoda lejos palpando la superficie astillosa de la madera llegando al borde de esta balsa permitiendo que mis dedos toquen el agua fría.

Muevo mis dedos y los refresco. Los movimientos son oscilantes y ya están bailando. Están haciendo un remolino parecido al que nos atrapó la noche que pasó y fracturó el barco dejándome sobre esta pequeña embarcación. Mi cuerpo entero desea con todas sus fuerzas rodar por la estructura y caer en el mar, refrescarme, lavar la sal seca que tengo pegada. Es increíble todo lo que la mente puede imaginar en momentos como este donde solo hay paz, ya no hay lluvia, ni olas gigantescas. Puedo oír a las aves y el sonido tranquilizador como de un mantra que me resuena hasta la glándula pineal, este sonido comenzó muy lejano, pero ya lo siento muy al lado mío casi susurrándome. Ya puedo sentir unos labios tocando mi oreja derecha. ¿Labios? Me giro rápidamente sin levantarme para mirar y puedo ver un par de ojos Calipso, una frente color canela y cabellos cobre que están húmedos sobre una cabeza que se esconde para no ser totalmente descubierta. ¿Quién eres? Responde con parpadeos. Mi mano teñida en sal seca temblorosa avanza para tocar su frente, estoy débil. Me permite el contacto. Su frente es amplia, suave, pegajosa y resbaladiza como el cochayuyo cuando aún está en el mar. Con mi dedo índice pegado a su humanidad se levanta y comienza a develarse lentamente, veo su nariz junto a sus prominentes pómulos, luego sus labios finos y demarcados más oscuros que su piel su mentón terminado en forma de V. Su cabello es tan largo que permite tapar su torso sin ombligo. Es impresionante, canta sin mover su boca, la expresión de su cara está inmóvil. Solo me observa cómo cual doctor revisa a su paciente. Mi dedo aún en su frente es sacado por su mano derecha la cual tiene finos dedos con largas uñas y pequeños corales pegados en su codo y muñeca. Estoy hipnotizado puedo ver en sus ojos la tormenta pasada y los rayos que caían sobre el mar.

Ella tiene algún tipo de poder, flota sin afirmarse de la balsa, respira sin mover su pecho. Con su mano izquierda abre mi boca y pone algún tipo de marisco que rápidamente enfría mi cuerpo cálido. Estoy recuperado tengo fuerzas para sentarme frente a

ella. no dejo de mirar los ojos de este ser y es ahí frente a frente cuando de entre sus largos y gruesos cabellos saca una mojada pelota de pelo gris con pequeñas patas rosadas.

Es la Rata que estuvo junto a mi cuando todo esto comenzó. La coloca encima de mis piernas *Lloro como un niño el cual acaba de perder a su perro en un accidente.* Es impresionante la cantidad de agua que cae por mis ojos cuando crees que el sol ha secado todo de ti. Ella aprieta con sus manos a la Rata como vaciándola, luego de la contracción puedo ver como los pequeños pulmones de mi Rata vuelven a movilizarse y sus bigotes también.

Soy un niño otra vez, sonrío de nuevo. Ahora lloro de emoción mientras abrazo a mi compañero. Un fuerte movimiento en staccato sacude la balsa, miro hacia atrás y puedo ver como un cordel muy grueso amarrado a mi balsa está completamente estirado y unido a nuestro barco, no estamos solos. Miro hacia adelante y ya no hay nadie, ella se fue.

A lo lejos veo las siluetas de personas haciendo señas. Ya podemos regresar.

Bitácora de una navegación 25 de agosto.

Te estoy besando, y es que la escarchada noche violeta con puntos blancos que tenemos encima nos inspira al encuentro de nuestras bocas acá en la cofa del barco. La navegación se adentró muy profundamente en la galaxia espiral, iluminada constantemente.

En donde la luz no solo está en el espacio. Somos capaces de ver energías sobre nosotros, colores y realidades. Y es que sobre la cofa alcanzamos las estrellas que nos rodean. Esta estrella es tuya y me la das. La tomo en mis manos y la cuelgo prontamente en el aire. Las estrellas que están nos iluminan y nos acompañan en el camino.

Nuestra embarcación encontró una ruta para ir al destino, para que por fin pudiésemos llegar a puerto con nuestras metas e ideas. Nuevas preguntas surgieron en el transcurso. Estas se levantaban como las estrellas fugaces que adornan nuestro paisaje eterno. Si yo no te pudiera decir lo que hoy me pasa, estaría sola. Y es que muchos tripulantes deambulan en los pasillos del barco pensando en cómo desenredar el nudo.

El destello que marca en el espacio nuestra embarcación ilumina con colores de aurora boral, lila y verde claro. El capitán perfectamente vestido con un traje elegante. Me invita a tomar el timón. Estimada por favor, denos el privilegio de guiarnos. Me empodero en el puesto y lo primero que busco es una radio, presiono play y suena por los parlantes un sonido de Jive.

Todos en el barco comienzan a bailar y celebrar. El sonido resuena tanto en nuestro ser, que comenzamos a flotar por el espacio, sin dejar de girar y movernos.

El momento es único y lo sentimos en nuestro pecho. Es una mezcla de tranquilidad y felicidad. Nadamos rápidamente para tomarnos de las puntas del barco y continuar navegando por el espacio y celebrando la vida.

FIN

PATRICIA MATUS DE LA PARRA TERÁN

Periodista de la Universidad de Chile, Máster en Medios, Comunicación y Cultura de la Universidad Autónoma de Barcelona. Radialista y actriz de doblaje. Navegante y sobreviviente del Chile 2020, rescatista permanente de historias del olvido y fiel a la ternura revolucionaria como *leitmotiv*.

Bitácora del día 0 a la hora señalada más tardar 12 horas.

Miro mis zapatos cafés estilando por el agua, una ola azotó el barco y con ello toda mi ropa. Siempre son los pies los que me avisan qué tan mojada quedé. Camino por la cubierta, la madera resuena, el viento me desordena el pelo y me golpea las mejillas. Llegó a la cocina en busca de calor. Los olores, el vapor, me dan la tranquilidad del hogar. Al entrar veo sus manos regordetas sobre la harina, el agua y la manteca. No se ha sacado el anillo, debe ser de un amor.

En un rincón oscuro, veo un niño, menudito, de ojos grandes cafés, y el pelo corto liso.

¡Hola! Hace frio…

Me mira en una fracción de segundo. Vuelve su mirada fija a la cocinera.

¡No habla desde que se subió!

Ah… ¿es pariente suyo?

No, *pero es como si fuera porque no sale de la cocina.*

El niño me mira de reojo. Tiene una libreta vieja en la que hace dibujos.

La cocinera sigue revolviendo con sus manos abrazadas a una cuchara de palo. A ratos desaparece como una maga que se pierde entre el vapor de la olla.

Estoy haciendo un caldito de pollo pal frio ¡mire que con estas tempestades!

Vuelco mi mirada sobre la libreta del muchacho, en la esquina superior derecha tiene escrito "*Roberto*".

¿Hasta cuándo cree que estemos navegando?

Pfff, mijita por dios, no tenemos pa´ cuándo pisar tierra

Apoyo mi espalda en la pared roñosa y vuelvo otra vez la mirada sobre la libreta de quien creo se llama Roberto. Veo cómo sus últimos trazos de lápiz grafito terminan de dibujar un pájaro muerto.

Bitácora del día 1 a la hora señalada más tardar 7am.

¡Han matado una mujer! Abro los ojos de sobresalto y mi corazón se levanta antes que el resto de mi cuerpo. Gritos y pasos a toda velocidad se escuchan a través de la puerta que separa mi camarote con el resto del barco. Tomo mi abrigo desde los pies de mi cama y salgo entre la multitud. Al alzar la vista, veo en el castillo de la proa un cuerpo extendido, lánguido, ausente. Me tiemblan las manos, mientras trato de comprender esta escena dantesca.

Frente a mis ojos está la misma mujer que vi la noche anterior. Ella miraba la marea con una profunda tristeza que emanaba de todo su cuerpo, mientras un hombre se alejaba moviendo sus manos con desdén. Mi pecho se oprime como tantas otras veces que debí actuar y quedé inmóvil. Un hilo de sangre aún rodea su cuello como un collar de perlas negras.

¡Tripulación quiero que tengan la certeza de que este crimen no quedará impune ¡Juro que daré hasta mi último aliento por encontrar al culpable! —las palabras del capitán son un estruendo que se libera entre sus dientes amarillos y su boca curtida por el frio y el tiempo.

La multitud responde desesperada: *¡Que lo encuentren!, ¡Que lo encarcelen! ¡¡Que lo tiren por la borda!!* Agrega una mujer envuelta en terciopelo negro.

Su rostro parece dormido, su vestido se mueve al ritmo del viento y del sonido de las olas. Los ojos de quienes me rodean se mueven en un *tic-tac* incesante ¡cualquiera podría ser víctima o victimario!

Un anciano con una cicatriz que cruza su rostro choca contra mi hombro con fuerza. Él se aleja por la cubierta, su pierna derecha es una carga que arrastra con molestia. La madera roñosa de este navío sin rumbo se va manchando de sangre a su paso. El mar remece el barco, el viento arremete desde el suroeste. La tripulación cubre su rostro para resistir el embate. Alzo con fuerza la vista hacia el cielo, se avecina una tormenta.

Bitácora del primer último día. 11:59 pm.

El barco se hunde, cruza como un cuchillo el manto negro del mar. La Proa desafía su destino tratando de tocar el cielo. Desde la altura, en la amura de estribor, un hombre pequeño, como un duende con el pelo blanco, extiende su boca en una carcajada de plástico. Sus mejillas se levantan coloradas, sus ojos se encienden y de su lengua revientan palabras eléctricas: *El barco como ustedes saben se encuentra en perfectas condiciones. Está asegurado con 400 chalecos salvavidas y 50 botes. Solo ha muerto un 10% de la tripulación. Estamos contentos. Pronto estaremos en tierra*. Junto a él dos duendes más juegan con papeles que se entregan sin parar entre sí, los tiran al aire como un espectáculo errante. Uno de ellos está vestido de verde. Su rostro momificado por una sonrisa eterna anuncia: *Hoy se han liberado 30 camarotes, mientras que el resto de los barcos del mundo a estas alturas con suerte contaban con 15.*

Los tres se ríen, no paran de soltar carcajadas, siguen repitiendo las mismas palabras como una canción maquiavélica que gira y vuelve sin detenerse, una y otra vez.

Yo entierro con fuerza mis uñas en la madera. Mi corazón se encuentra ahora pegado al barco. A mi lado, dos niños que rompen en llanto se aferran a mis piernas, el agua de la tormenta cae sobre nosotros como miles de agujas, como las miles de lágrimas que derrame mirando tu féretro por última vez.

*Padre nuestro que estás en los cielos...*ruega un hombre con su respiración quebrada, una mujer grita desde sus entrañas *Las van a pagar todas conchasdesumadre.*

Me sangran los dedos. Sigo resistiendo. Los niños entierran sus uñas en mis tobillos. Sus rostros son como una pintura dolorosa, dibujada con las líneas del olvido.

En la Proa el espectáculo sigue: *¡Entonces como les contaba, nuestras proyecciones son que el mar se ponga de cabeza y nos estabilice!* Se felicitan entre ellos, se golpean las espaldas en señal de aprobación, y se hunden en el sonido de sus carcajadas negras.

Seguimos resistiendo, el agua se acerca cada vez más rápido. Debajo de ellos, se abren por presión dos compuertas de madera. Salen desesperados cientos de ratones, oscuros, mojados, con sus ojos brillantes, corren hacia nosotros. Se acercan, me huelen, me mordisquean la cara, el cuello, los brazos. Trato de ahuyentarlos con gritos, se acercan hambrientos a mi boca. Los niños siguen protegidos por mi cuerpo.

Los duendes gritan al unísono: *Esto es sólo un impasse. Estamos trabajando para ustedes.*

Libero mi voz en un grito eterno y suelto mis manos ensangrentadas. Los niños logran aferrarse a otros tripulantes que intentan resistir. Cierro los ojos y mi cuerpo impacta en el mar.

Yo solo caigo sobre miles de cardenales rojos de Urriola 143.

Bitácora Día para Borrar

¡Aló! —Cambio-Seguimos en ruta-Cambio. Le comunica el oficial de guardia a la pareja detrás del radio transmisor. La señal se entrecorta y al otro lado, en la oreja de la mujer, el sonido es como un zumbido de moscas negras que la atraviesa. Ella solloza, aguantando el llanto.

Ahora el ruido de la interferencia se funde con el sonido de las olas del mar. La pareja aferrada a la baranda del barco escruta hacia el horizonte, se toman las manos con fuerza, y se miran en el reflejo de sus pupilas aguadas por la angustia. El bote salvavidas revisa con cautela el océano buscándola a ella.

Es media tarde, el sol está radiante. Por primera vez en cientos de días, este barco se pone sus mejores ropajes y se viste de crucero. Las sonrisas van y vienen, los niños juegan, corren y dejan estelas de sus voces que se esparcen por la nave. En cubierta una pareja de enamorados. Ella ríe y juega con la hebilla del cinturón de su compañero, mientras revolotean sus ondas negras enredadas en el viento. Él se muerde el labio y se toma el mechón de pelo que le cae por la frente. Se funden sus risas a la espera inminente de que lo hagan también sus cuerpos…

Desde el costado de Babor, un hombre llama a viva voz a la muchacha. De su boca se desprenden notas de reparo y autoridad. Ella ya no sonríe, se excusa. Se esfuma con el viento su halo de seguridad y se devuelve tímida en dirección a la voz que la busca.

El bote salvavidas es pequeño. Solo caben tres: el oficial de guardia, su ayudante y la vidente. *¡Deténgase aquí!* La mujer respira, extiende sus manos, abre su boca y libera su llamado a los espíritus que yacen en el mar: *ahhhahhhm. Nada…son otras almas ¡Espera! ¿lo escuchan? Ahhhahahm.*

El oficial de guardia levanta las cejas, aprieta los labios y lanza un suspiro. La vidente acerca su rostro al mar. Su reflejo va y viene en las olas. De repente da un grito, comienza a exclama*r: ¡El barco!, ¡El barco! ¡No está aquí! hay que volver.*

Los tres giran sus miradas al unísono hacia al barco. Un hombre de sombrero negro saluda desde la cubierta.

Cierro de golpe la libreta con mi lápiz verde en su interior. Un escalofrío eléctrico recorre mis brazos, mi pecho y mis piernas. Quizás es mejor que no siga escribiendo historias de terror

Bitácora día 3022: el curioso caso del Dr. Sholbitz.

La pequeña habitación roñosa en la bodega del barco se mueve sin piedad frente a la fuerza del mar y al frágil humor del doctor Sholbitz: *¡Bisturí!, incisión en el lado lateral del cerebro de la paciente! Afirmativo, doctor Sholbitz.* Le responde su fiel ayudante, mientras el cirujano continua con la proeza: *¡Limpiar! Tome la presión sanguínea de la paciente. Afirmativo, doctor Sholbitz.* Las olas sacuden el barco, como si fueran un gigante que agita una caja de fósforos mientras sonríe.

Avise por favor a la Capitana Minerva que no puedo maniobrar si sigue insistiendo con mover el barco de un lado para otro, ¡es inconcebible! ¡Dame paciencia Ambroise Paré! Exclama el doctor, mientras mira el cuadro del primer cirujano en el mundo pendiendo de un cordel al lado izquierdo de la puerta. *¡Afirmativo señor!* Lo interrumpe la enfermera. *Y señorita por favor… comprendo su lamentable paso —por la ya obsoleta institución de Carabineros de Chile —pero han pasado 30 años desde que dejó de existir, le agradecería cambiar el afirmativo por un amable "sí, doctor".* Su frase los detiene un momento, los hace recordar nuevamente que llevan tres décadas navegando sin información desde que zarparon esa fría mañana de marzo del 2020.

El Doctor Sholbitz a la par que levanta las cejas, suspira cansado de su pobre condición. Un cirujano experimentado naufragando aún en este mar eterno. Se agarra el bigote izquierdo y lo enrolla mientras observa el horizonte imaginario que le permiten las maderas gastadas de esta improvisada sala de operaciones.

Se retira los guantes quirúrgicos, toma la carpeta de la paciente que yace en la camilla con el cerebro al descubierto y comienza a leer su ficha clínica: Mujer, 32 años, sin antecedentes

familiares, encontrada inconsciente el 4 de septiembre del 2050 en un bote salvavidas a la deriva, con una grave herida abierta en la cabeza. Se sospecha de un rictus ocasionado por la lesión que le esboza un leve gesto alegre en su rostro. *¡Doctor Sholbitz!* interrumpe la agitada enfermera entrando por la puerta—*La capitana Minerva dice que tenemos que esperar al menos 20 minutos por las condiciones climáticas, señor.* El doctor se compadece de ambos y le responde *Está bien. Siéntese conmigo y esperemos. ¡Afirmativo, Señor! Responde la enfermera. ¡Digo, sí doctor! Y sonríe. Tranquila* —suspira el doctor Sholbitz —*¡no sé qué es peor!*

Mientras se acomodan en un improvisado banco, son interrumpidos por una escena nunca vista. Comienzan a observar cómo desde el cerebro de la paciente, un rayo de luz se proyecta frente a la muralla de madera. Sus rostros de asombro se confunden entre sí, mientras corren al interior de la habitación buscando implementos médicos para contener esta anomalía. La luz se amplía lentamente hasta dejar un cuadrado proyectado en la muralla. Como una película antigua comienzan a dibujarse imágenes. El doctor Sholbitz y la enfermera dejan caer de golpe sus cuerpos sobre el banco, asombrados, expectantes. La improvisada sala de operaciones es ahora una fantástica sala de cine, en la que el proyector no es nada menos que el cerebro de la mujer extendida en la camilla.

La primera imagen parece ser de la paciente cuando pequeña. Está jugando entre cardenales rojos, y sujeta su pequeña mano a un delantal celeste con blanco. La imagen se transforma rápidamente en una fría mañana de invierno en el Liceo A-71 de Estación Central, como se lee en el deteriorado cartel de la entrada. Se escucha un tiroteo de balas de salva que proviene de la calle de la esquina, mientras los estudiantes avanzan sin inmutarse hacia una sala de clases con la ventana rota. La escena cambia. Son los mismos estudiantes quienes toman apuntes. Desde la ventana se ven árboles y juegan niños. La imagen se va a negro. Ahora se proyecta una sala de espera en un hospital público. El reloj marca

las tres de la madrugada. Nadie los atiende. Una guagua no para de llorar. En una silla de la esquina un mendigo esta acurrucado, mientras un guardia le discute que se vaya y lo empuja con su bastón de seguridad. La imagen se enfoca en la mano vieja del mendigo apretando con fuerza un trozo de pan. De repente los de la sala de espera ya no están. Nuevamente se ve la mano del pobre hombre con un trozo de pan, pero esta vez untándolo en un plato de cazuela caliente en un restaurant en el centro. La mesera le sonríe. Se nubla la pantalla nuevamente y el doctor Sholbitz y la enfermera parecen tener también los ojos nublados por la emoción.

Las imágenes no se detienen: la portada de un diario revela a cientos de carabineros detenidos por los ojos amputados de la revolución de octubre 2019; dos abuelos se toman la mano y revisan contentos sus cheques de pensión del estado por 500 mil pesos. Vemos ahora un pequeño fogón, entre cenizas se lee el título de un texto quemado: Constitución de 1980.

—¿Doctor Sholbitz será que todo esto sucedió mientras estábamos en alta mar? Le pregunta la enfermera.

—El doctor emocionado responde. Ojalá, Rita, ojalá

El rictus de la sonrisa de la paciente se mantiene.

FIN

CLAUDIA ANDREA MENA VARGAS

Nacida en un hogar lleno de contrastes. Desde muy pequeña el teatro, la música, la terapia natural, la militancia social han sido las herramientas que le brindan el ejercicio de la búsqueda del aprendizaje, la entrega y la armonía. Circulando por la vida como en un cuento, tal cual los caracoles, con la casa a cuestas, nada la detiene. Sus ojos son su hija y la infancia. Anhela cultura, equidad y justicia vivas en cada respiro, en cada acción.

Domingo 21 de Junio 2020 / 3.03 A.M.

Hemos tenido una larga y ruda jornada embarcando tripulantes, descontaminando…, organizando.

Ya mar adentro finaliza mi agotadora actividad laboral del día, me dirijo a mi camarote a descansar. No lo logro, ruidos molestos e intensos me lo impiden. Me levanto, tomo del pupitre la linterna, alumbro hacia la ventana ojo de buey… No consigo descubrir que sucede, salgo para averiguar, reclamo:

—¡¿Qué es ese ruido?!... ¡Silencio! ¡Necesito dormir!…

Un hombre que camina ¡por la baranda a estribor del barco!, agitando su mano intensamente, exclama…

—¡Ven!, necesito tu ayuda, debo recuperar el trozo de madera… Ese que está flotando en la mar…

Me desconcierta, no logro distinguir su rostro, no logro saber quién es. Tomo la drástica decisión de ordenarle descender inmediatamente de la baranda, le expreso molesta que sus ruidos no dejan descansar, que es necesario dormir para recuperar energías.

—¡No es momento de dormir! Afirma enfático, con intensa presencia. Estoy acá por los ojos perdidos, los infantes, por los presos de la revuelta, por la cultura, la equidad, por los hambrientos...

Por un No rotundo al perdón y al olvido… ¡Date prisa! ¡la madera se aleja…! ¡La perderemos!

Siento mi mente invadida por un dilema… Esa voz me es familiar, estoy segura…, la conozco, pero no logro descubrir quién es… Le respondo Irritada.

—Quien quiera que seas: ¡Estoy cansada! ¡Eres un polizón muy molesto!

Él me observa intensa, amorosamente, me insiste:

—¡No es un trozo cualquiera!, ¡es el trozo que necesitamos para alzar la voz del pueblo!

Sin comprender…, reacciono, quiero descubrir de qué se trata, lo interrogo:

—¿De qué hablas? ¿Quién eres? ¡Estás loco!, ¡Ponte mascarilla! ¡Nos expones!

Me obsequia una gran sonrisa, acompañada de una rosa de color rojo intenso… Nuevamente afirma con fervor…

—¡No hay tiempo…!

¡Súbitamente se lanza al mar en plena tormenta…! … Perpleja pido ayuda con desesperación... Corro sin sentido de babor a estribor…

Tras de mí sin mediar muchos segundos, oigo repetidas veces un murmullo que poco a poco se hace más distinguible, hasta lograr descifrarlo:

—¡Lo conseguí!! ¡Lo conseguí! ¡Tengo la madera! ¡Lo conseguí!...

Volteo… ¡Es él!... Me abrumo, no entiendo, ¡¿cómo logró subir nuevamente al barco…?! ¡Está en cubierta seco! ¡¿Es un fantasma?! ¡¿Quién es?! Me siento totalmente desconcertada.

Los dedos de sus manos, sorpresivamente, comienzan una danza ceremonial en torno al ansiado, roído, feo, mojado trozo de madera. Una pregunta fulmina mi mente ¡¿Estoy alucinando?! En ese instante soy transportada a un universo desconocido, nuevo, un universo paralelo, incierto… Comienzan a girar multiplicidad de colores a mí alrededor… Vivo un mágico momento…

Ya no hay madera fea, roída, mojada…, hay ¡una guitarra esplendorosa…! Una guitarra de diáfana voz. Creo que estoy enloqueciendo…

No sé dónde quedó mi cansancio… Estoy renovada, vibrante…

El junto a su guitarra en medio de la quietud de la embarcación, comparte y crea cantos nuevos.

Víctor... Mágico aparecido, Maestro, estimulante creador, me envuelve con su voz, invitando con su radiante presencia a seguir las travesías de la vida con sabia, audacia, creatividad. El asombro me es inconmensurable, el asombro asciende.

Así vivo mis madrugadas entre fantasmas, magia, miedos, anhelos, esfuerzos, proyectos, sorpresas…

Domingo, 28 de Junio 2020 / 5.07 A.M.

El barlovento azotó con descomunal fuerza durante la madrugada, provocando muchos y variados daños en la nave.

La tripulación se vio obligada a trabajar sin descanso.

En medio de la dura jornada me percaté que, en el hall del buque ubicado en el segundo piso, apoyados en los ventanales, dialogaban Víctor y la jefa de ingenieros. Diálogo que despertó mi curiosidad. Abandoné mis labores, me ubiqué cual espectadora de teatro en las escaleras que conducen al hall a observar…, a escuchar.

Ella le comentaba con voz cansada:

—Llovió toda la madrugada, la fuerza del viento azotó sin descanso, observar detenidamente el cielo me fascina, es como un regalo descubrir tan preciada variedad de colores y tonalidades. Amo la vitalidad de la naturaleza…Me siento inmersa en esas alas de águila que se dibujan en el cielo.

Víctor con cálida voz le responde:

—Confía, emprenderás el mejor vuelo… Esas alas serán como “tu andamio para alcanzar las estrellas”

—Ella mirándolo en armoniosa paz continúa el diálogo: ...Me convocas a sentir cercana la luz de las estrellas… Me alivias el cansancio con tus hermosas palabras… Víctor, estoy tan cansada… Este barco me tiene cansada, mareada, el cáncer punza mis rencores…, siento dolor en el alma con tanta infección mental..., tanta indiferencia,

—Víctor apunta al cielo, sus manos danzan instándola a tomar las alas... Es tu momento… El mar está calmo, puedes emprender viaje sin inconvenientes… Desde la Cofa puedes elegir tu ruta... No temas.

—Ella le expresa gratitud: Víctor… Es un gran honor tu compañía en mi último viaje. Gracias

—Víctor la abraza… le afirma: No es tu último viaje… Es un nuevo viaje.

Me Percaté que la jefa de ingeniería del barco era Cecilia Puelma… ¡mi ex compañera de secundaria…! ¡tantos años sin verla!

Encontrarla entre mares turbulentos bañándonos en el engaño…, el abandono... era extraño...Quedé con las ansias de brindarle un eterno y fuerte abrazo.

Sigo entre mis fantasmas, mis fantasías navegando en este barco, encontrándome con mis muertos… Anhelando abrazar a quienes amo, queriendo encontrar paz, comprensión, acciones certeras, útiles, constructivas. Sintiendo frustración, impotencia, ausencia…

Buen viaje.

Jueves, 16 de Julio 2020 / 10:03 A.M.

Me levanté al amanecer a realizar los preparativos necesarios para la ceremonia de las 11:00 A.M en el salón principal del buque. Ceremonia en homenaje a Clemente y Cecilia. Quería fuese hermosa, alegre… La mejor despedida posible. Comencé a

coordinar para crear el espacio y tiempo adecuado a cada persona que deseara despedirse expresando su sentir sin inconvenientes.

Hace dos días solicité autorización al contramaestre para subir a la Cofa durante la ceremonia. Tenía pensado hacer de ese lugar, un mágico espacio…, Estaba decidida a realizar un bello ritual artístico en homenaje a los caídos de la tripulación. Roberto, el contramaestre no me había confirmado aún mi solicitud, por lo que me dirigí a buscarlo…

Me distraje unos momentos observando con gran disfrute la vaguada… Tenía una energía mágica y tétrica a la vez. Comencé a concentrarme en los sonidos del mar, de las aves… Estaba en un vivo sueño…

Escucho una fuerte discusión que me saca de mi conexión con la naturaleza…ruidos de objetos cayendo, golpes… Los gritos me fueron guiando al lugar de los hechos…, llegué a la bodega de alimentos, me fui acercando…, me encontré con una imagen muy cruda, agresiva, triste…

Una joven mujer lloraba desconsoladamente, mientras Roberto cegado por la ira no paraba de insultar, reprimir, golpear a la muchacha. Me percaté que era la tierna ayudante de cocina, una chica de unos 17 años… Ella estaba embarazada… **Él la culpaba…**

Al acercarme, recibí un mazazo en mi cabeza, caí al suelo, quedé medio aturdida, emergían ruido de truenos, relámpagos, rayos, silbidos del viento, golpes de olas en cubierta…

El buque perdía totalmente la estabilidad… Una fuertísima y sorpresiva tormenta provocaba bruscos movimientos… Mi cuerpo rodaba sin control, no tenía la capacidad de sostenerme, me sentía frágil, débil… Deseaba fuese una pesadilla de la cual despertaría para comenzar los preparativos ceremoniales.

Se oían gritos, llantos, órdenes…, no podía moverme… Sentí una manito de niño acariciando mi cabeza sangrante, su dulce voz repetía: "ya pasará".

Que inútil me sentía…, me era imposible cuidar a ese infante, proteger a esa vulnerada muchacha, la impotencia me envolvía. La tormenta también estaba en mi alma…

Domingo, 2 de Agosto 2020 / 19.19 P.M.

Mis huesos estaban gélidos. Mi cuerpo tiritaba sin control.

La angustia bañaba cual mar turbulento a todo mi ser. El tormento era mi compañero… escucho el movimiento calmo de las olas, el cantar de las aves, el ladrido de los lobos marinos, el canto de las ballenas… Es un mágico concierto que me regala la naturaleza… No lo logro disfrutar en medio de tanta confusión y agobio.

Necesito recordar… Comienza un fuerte rugir de un motor que atormenta mucho más mi mente agotada… colapsada…

Ansío beber agua…, trato de incorporar mi cuerpo, lo intento…, caigo… estoy muy mareada…

En un rincón veo a una muchacha tiritando… mi corazón se agita, se acelera, late de prisa… La recuerdo… Es la ayudante de cocina… Me acerco, le pregunto: ¿El niño…?! ¡¿Cómo está el niño…?! ¡¿Está contigo?!

Con la mirada perdida responde… No sé de qué niño me habla.

Ansiosa la interrogo: ¿Qué ha sucedido?, ¿cómo llegué acá? ¿Desde cuándo estoy inconsciente?, ¿lo sabes?

Con sus ojos llenos de lágrimas responde: El día del adiós a los caídos de la tripulación hubo una tormenta, todo el mundo corría con desespero, los enfermos, pedían ayuda en forma descarnada… Me paralicé…Sólo mis oídos estaban activos… ¡Nos vamos a hundir!, gritaban… Pedían a Dios por sus pecados…

Logré activar mi cuerpo para intentar salir con vida de allí… Me encuentro con usted tirada en el suelo, desvanecida.

Roberto, el contramaestre corría de un lado a otro dando instrucciones, se detuvo para darme un flotador y me dijo a gri-

tos… Si quieres vivir salta ahora…. Antes de intentar salvar mi vida le puse mi flotador a usted, la tomé con fuerza, la abracé y me lancé…

En fracción de segundos el barco fue tragado por olas gigantes.

Atónita al escuchar su relato le pregunté porque había arriesgado su vida para ayudarme.

Con su triste mirada, movió la cabeza, dando a entender que no tenía respuesta.

Perpleja logré incorporarme… Abracé intensamente a la muchacha, ella lloraba con un desconsuelo envolvente…

Estábamos en una lancha muy grande, con unas 30 a 40 personas…, todas con miradas extraviadas...

Un día X a una hora incalculable en época de pandemia.

Perdida totalmente de la fecha, hora y lugar en que estábamos, sintiéndome muy falta de energía… Recorro los veintidós metros de eslora de la roja lancha de rescate Atlántic 21, en busca de alimento, de líquido…, Observo desde dentro de la cabina de mando el caos, todo gris… Subo dos peldaños mohosos para acercarme al timón de mando…Hablo…, saludo, realizo exagerados gestos para llamar la atención de la tripulación, nadie reacciona, parecen estatuas de cera… Me enredo entre unas gruesas cuerdas tiradas en el sucio y maloliente suelo… Las cuerdas me atrapan…, me alzan como si hubiesen adquirido vida… parecía un pulpo gigante…, me tomo del mástil de la bandera en la proa, intentando liberarme… Grito… Pido ayuda… Vamos a una alta velocidad directo contra una inmensa roca… No hay como desviar la ruta… Nadie está en la zona timón de comando… Nadie se alerta… Todas, todos sentados como si nada ocurriera… ¡Vamos a chocar!... Es definitivo… Moriremos…

Cierro los ojos…, escucho voces… Son Minerva, Clemente, Arturo, Cecilia, Víctor y el pequeño que me cuidaba el día de mi accidente.

Confundida, sorprendida, invadida por el miedo, tiritando abro mis ojos. Minerva tomando el timón me sonríe, Clemente sostiene la soga para liberarme, Arturo cobija a la frágil y morena muchacha ayudante de cocina, Cecilia se me acerca, me habla al oído, me dice: "Tranquila, todo estará mejor que nunca", Víctor mirando el cielo toca su guitarra, entre las nubes aparece el niño con mágicas alas gigantes multicolores de seda en su espalda, sin darme cuenta cómo ni cuándo mi cuerpo esta sobre ellas. Vamos sobre el barco de mariposas.

El tiempo se rea—lenta, siento profunda calma… Creo que he muerto… Si es así la muerte, me encanta…

Vamos directo hacia las rocas… Dos caballos de mar pequeñitos color turquesa brillante llevan en su lomo pasajeros, una jaiba gigante color ámbar tiene sobre ella a tres mujeres, LA PRIMERA llorando lágrimas marfil que van transformándose en cristales luminosos, LA SEGUNDA ríe tiernamente…, cada risa se transforma en Quora…, las quoras con sus hocicos atrapan personas, las llevan sobre su lomo, LA TERCERA baila feliz, transformándose en algas, irradiando fuerza de vida con la que va arrastrando a quienes están quedando rezagados en el Atlántic 21…

Escucho la voz de Salvador "No renuncien… no se dejen cegar, tienen la fuerza, la historia es vuestra, sean leales a sus convicciones, aprovechen las lecciones, tengo fé en que superarán estos momentos grises, amargos…dónde construyamos libres".

Las rocas se abren mágicamente, traspasamos un portal, todas, todos adquieren vida. Nos encontramos en un paisaje que nos brinda árboles frutales, plantaciones de exquisitos perfumes, aguas tibias color añil. Los seres mágicos que nos han transportado se diluyen. Perplejos quedamos los sobrevivientes del Atlántic 21. Nadie herido, todos rebosantes de energía. Nos observamos, nos abrazamos largamente, celebramos.

Desde el cielo sobre el barco de mariposas reaparece el niño alado… Su mirada tierna nos envuelve, su voz cautivante cristalina, melodiosa nos invita a danzar por la vida sin predominio del ego, en comunidad, en hermandad plena…

El niño alado se desvanece…

FIN

MARÍA ANGÉLICA MONTOYA

Nació el 12 de enero de 1972, en la ciudad de Los Ángeles, en la octava región, Chile. Separada, madre de cuatro hijos.

Actriz, actualmente forma parte del elenco de la Corporación Cultural de Los Ángeles, Ccmla.

Se denomina personalmente como una niña con años, porque después de los 40 pudo tomar las riendas de su vida y empezar a escribir su propia historia, lograr sus sueños, como estudiar teatro y ahora escribir. En crisis también se puede renacer.

Dos de julio, tres de la mañana.

Mi barco de carga zarpó hace tres meses, tuvimos que salir de prisa de aquel muelle que creí seguro toda mi vida, parecía ser un viaje sencillo, una expedición más, pero los días fueron pasando y los vientos fuertes no tardaron en llegar, vivíamos diariamente en una tempestad, era imposible llegar a algún destino amable para la tripulación.

Todo era incierto, navegamos día y noche, el miedo ha sido nuestro fiel compañero, la incertidumbre, no saber cuándo este mar se iba a calmar nos tenía asustados. Olas gigantes que nos golpean con fuerza eran nuestro enemigo.

Mi única esperanza es que este casco resista, nuestra carga tan preciada no sufra ningún daño. Debe ser como una madre, protegernos y darnos seguridad.

Como enredaderas danzantes las olas abrazan este barco con fuerza, su misión era clara, llevarse todo a su paso, nuestra única misión, era quedarnos encerrados.

Son las tres de la mañana no puedo dormir, la monotonía en este encierro no me deja respirar, mi camarote más bien es una cárcel, quiero salir.

Repentinamente se abre la puerta.

—Porque no estás dormida? —pregunta mi madre. (ella siempre diciendo lo que está bien o está mal, interrogando, queriendo tener todo bajo control). Llevábamos mucho tiempo así, discutiendo, éramos una tormenta constante, olas enfrentadas, el poder y la sumisión, nuestra relación ponía en peligro mi barco interior que solo quería viajar, en esta embarcación siempre ganaba el poder.

—No aguanto el encierro mamá, no quiero discutir más, necesito respirar, usted me agobia con sus interrogatorios, siempre queriendo manejar la vida de todos.

—Sabes que no debemos salir, el peligro de contagiarse está afuera, este camarote es lo único seguro que te puedo entregar

—Usted nunca ha tratado de entenderme, siempre me impone todo. No soy una niña, ya crecí, puedo tomar mis propias decisiones.

—Lo hago por tu bien, debes ser un ejemplo para tus hermanas.

—Es por tu bien…está segura? cuando empecé a crecer siempre me decía, ahora estas más grande, más desarrollada, debes tener cuidado al vestir, no andar provocando a los hombres, si te pasa algo será tu culpa… ¡Culpa! esa palabra atravesó como un cuchillo frío mi alma quedándose para siempre aquí conmigo.

—La madre con el rostro desfigurado por la rabia, toma con fuerzas el brazo de su hija mirándola a los ojos le grita.

—¡Hija! las cosas nunca van a cambiar, debes aprender a respetar las reglas, mientras estés a mi lado, debes hacer lo que yo te diga, en ese momento la madre levanta la mano para golpearla.

—¡Basta mamá, juro que nunca más me volverás a pegar ... ¡déjeme vivir!

Salgo del camarote llorando, siento mi pecho apretado, es un nudo en la garganta que me duele, me cuesta respirar, avanzo por el pasillo desesperada, busco la escotilla, necesito aire.

Al subir la escalera logro llegar a cubierta, el frío estremece todo mi cuerpo, me quedo congelada mirando al infinito en la eternidad de la noche.

Mis pies estaban descalzos y fríos, fríos como mi alma caminando por la proa. La brisa del viento invadía cada rincón de la embarcación, la niebla se había apoderado de todos, éramos tripulantes perdidos deambulando en este inmenso mar, la densa niebla no nos permitía ver el horizonte, solo se escuchan voces de angustia, llantos de niños que tienen hambre, madres susurrando canciones de cuna, meciendo a sus hijos entre sus brazos.

La lluvia y el viento golpean con fuerza….mirando el cielo cierro mis parpados y por un instante logro prenderle fuego a la lluvia sintiendo como de nuevo sale el sol, sus rayos atraviesan mi piel y vuelve por un instante ese calor de verano, esa brisa cálida que sentía al correr por la playa, ese calor me envolvía, me llenaba de luz, me embriagaba de placer, al escuchar su voz, sentía que debía nadar junto a ella, esa necesidad de tocar lo prohibido se apoderaba de mi ser y al oír su canto no lo dude, me lancé en su mar….. mi sirena me venía a buscar.

Mientras la niña se perdía en el mar, la madre volvía a las entrañas del barco a realizar su labor, era una mujer fría, el abandono de su marido y el trabajo constante la habían envejecido prematuramente, su rostro tenía una expresión de amargura y resignación, sus sentimientos con los años se fueron convirtiendo en piedra, aunque su corazón era de cristal. Sus ojos eran brillantes y húmedos porque las lágrimas siempre querían brotar.

Jamás vio un reflejo digno de imitar, nunca aprendió a ser de otra manera, no conoció otra realidad.

En la caldera la llamaban la bruta, aunque su nombre era Amalia. Su hija la había abandonado y todos la enjuiciaban, recriminándole que no había sido buena madre.

Ella siguió trabajando, haciendo lo único que sabía hacer bien, alimentar la caldera, con rabia tomo la pala con todas sus fuerzas llenándola de carbón y fue ahí, en ese preciso momento se puso a llorar, soltó la pala mirando el fuego decía.

Cuando ya no hay solución, es mejor desprenderse, los árboles también se despojan de sus hojas en otoño y son suyas, porque sabe que en primavera volverán a renacer. El día también abandona el sol para descansar.

Todos los ríos se secan en verano por la codicia del hombre, pero en invierno vuelven a renacer.

En su corazón de cristal, tenía la esperanza que la primavera también le devolvería la vida que un día perdió.

Veintiséis de julio, nueve de la mañana.

No estamos todas, falta Ámbar…

Llevaba poco tiempo habitando en el barco del miedo, la angustia y soledad, el día no era distinto al de otros, decide caminar por el pasillo largo e iluminado de luces, que a ratos parecen estrellas que la invitaban una vez más a brillar desde lo alto, en una noche infinita, donde el vacío de la existencia no duele.

En ese pasillo resonaba la risa de una niña inocente que solo quería jugar, el mar nunca se lo permitió, levantaba con fuerzas sus olas dominantes y castigadoras que la enjuiciaba por el solo hecho de nacer.

Este mar la tenía prisionera en el camarote del olvido, donde lloraba día y noche….

¿La madre? Nunca la escucho, jamás la abrazo.

No alcanzo a ver la primavera, su corazón tenía la esperanza y no pudo florecer.

El sol esta vez también la olvido.

El martillo de la justicia una vez más, levantó el puño del poder para liberar a los demonios que van por el océano apagan-

do capullos de flor que solo quieren llegar a la próxima estación. Este dos mil veinte, cada día somos menos.

Por muchos años nuestras lagrimas se acumularon en el fondo del mar, día con día fuimos transformando este llanto en un canto, más grande que un tsunami, más grande que el mismo mar. Estábamos repartidas en cuerpos de sirenas navegando por distintos océanos y mientras más grande se hacia la tormenta las poderosas olas no lograron superarnos.

El mar sigue cobrando vidas, pero nosotras ya no tenemos miedo, también seremos el martillo de la justicia, nadaremos en aguas peligrosas y cantaremos todas juntas. **¡Nos Queremos Vivas!**

Veintiséis de agosto, tres de la tarde.

El tiempo en la sala de máquinas parece estar inmóvil, es difícil saber si es de día o noche, aquí todo es sombrío, no conozco otro color que no sea el gris, mis ojos buscan con esperanza espacios distintos, pero la monotonía del paisaje se repite una y otra vez, mis manos, mi ropa, mi cuerpo están ennegrecidos por el carbón y me hacen sentir sucia, abandonada, despojada de colores. Es tan recurrente el sentimiento de tristeza.

¿En qué momento las cenizas se apoderaron de mí?

¿Como puede una mujer abandonarse de esta manera?

Tanto tiempo sobreviviendo en los rincones del olvido te pasan la cuenta, las gotas de esperanza no han tocado mi alma hace tanto tiempo, me agobia este sentimiento de soledad, a pesar de existir un mar de gente repartida en distintos niveles y clases sociales.

En este barco viajan muchos tripulantes, lose porque escucho el eco de sus conversaciones, sus risas se filtran por los recovecos de las paredes, se cuándo es la hora de almorzar porque los olores viajan a través de las tuberías, se siente a los lejos el murmullo, cada quien con sus historias de supervivencia.

Voy navegando rodeada de gente sin embargo me siento sola.

El trabajo de mantener la caldera encendida no es tarea fácil, ocupa la mayor parte de mis días y mis noches, el movimiento contante de sostener la pala con fuerzas, cargándola con carbón, levantarla y echar su carga para mantener el fuego, se hace eterno, me duele la espalda, mi cuerpo está cansado, mis manos agrietadas, sudorosas, temblorosas, porque ya no tienen fuerzas.

Hoy me escapare, le robare tiempo a mi tiempo, aunque sea por un segundo. Necesito verlo, saber que aún existe, sentir su presencia me hará volver a renacer.

Este sentimiento me da la fuerza para salir corriendo, siento como el viento acaricia mi cara, se poza en mi piel, se enreda con mi pelo, la brisa me susurra al oído una hermosa melodía que me hace bailar el alma, he vuelto a sonreír, la ilusión de reencontrarnos me ha devuelto la fe, siento latir mi corazón con tanta fuerza. Al subir la escalera me guía solamente un haz de luz que traspasa la escotilla, al abrirla mis ojos quedan maravillados, recorro lentamente el lugar, mi cuerpo por fin, siente su calor.

Mis pulmones vuelven a respirar aire puro, se renuevan, quisiera gritar.

Tenía la certeza que al llegar a cubierta lo vería, es mágico lo que el produce en mí, su calor toca mi piel de una forma perfecta, única, tan suave que traspasa todo mi ser, cada vez que estuvimos juntos, sentía esta misma sensación, es un placer que me invade, él no sabe cuánto lo necesito, había olvidado esta sensación de estar viva, queriendo explotar de pasión.

Al mirarlo pude ver que había tantos colores a través de sus rayos, pintando mi mundo, abriendo mi cielo interior. En el horizonte veo un arcoíris infinito que me invita a fundirme junto a él, en la primavera eterna de la vida, chocando de frente con la felicidad.

Hoy el sol volvía brillar para mí.

Martes, treinta y uno de julio. Son las siete de la mañana.

Fue una guerra campal, donde se enfrentaban el capitán y el mar…nosotros solo éramos espectadores, nuestras vidas también estaban en peligro, corríamos desesperados, el vaivén del barco no nos permitía permanecer en pie, nos levantamos insistentemente, buscando un lugar para estar a salvo, corríamos sin rumbo, como manadas, éramos estampidas en cubierta, empujando a todo aquel que se cruzara en nuestro camino.

en el horizonte, podías ver como las olas se levantaban con fuerza, erguidas orgullosas nos miraban embravecidas, infundían miedo…

Era la rabia contenida por años, cientos de años…él mar generoso, nos entregó alimento, momentos de alegría y paz, nosotros cual ingratos solo sabíamos destruir y contaminar.

El mar escupía en nuestra cara los desechos que por años habíamos sumergido en él.

En la mesa de transmisión, el radio operador envía mensajes de S.O.S insistentemente, sin recibir respuestas, el capitán tambaleándose como un mástil solo miraba a su contrincante.

El mar cubría todo, devoraba por completo la cubierta, las olas arrastraban todo a su paso, la tripulación estaba en peligro. El capitán le insistía al radio operador, pero ya no quedaba tiempo para dar las coordenadas, íbamos a naufragar.

El jefe de máquinas dice por radio.

Capitán, la embarcación no resiste y la quilla se rompió, insistía desesperado…nos vamos a hundir.

El jefe de máquinas me grita, tenemos que salir, no me moví, sabía que ya no había tiempo, mirándolo le pido que me deje alimentar por última vez la caldera que poco a poco se iba apagando, miro mis manos sucias, negras cubiertas de carbón, ellas que por años hicieron su trabajo, cual madre alimenta a sus hijos.

nuestra misión era dar calor a sus camarotes y sus grandes salones, para los que están en primera clase, donde se baila bonito y se comía cinco veces al día. En mi confinamiento solo se comía un pedazo de pan y café. En tiempos de crisis a los poderosos no les tiembla la mano para bajarnos el sueldo, ya estamos acostumbrados.

Alimenté la caldera por última vez y me perdí en su fuego.

saltaban chispas como aquella vez cuando niña, junto a mis hermanas, soplábamos con fuerza esa fogata que nos daba calor, eran noches mágicas y eternas, donde reíamos a carcajadas y el pan con margarina era nuestro festín.

No había oscuridad, porque cuando llegaban las luciérnagas, giraban alrededor nuestro, después subían hasta allá arriba y se perdían entre los algodones del cielo.

Yo sé que es verdad, porque ahora soy una luciérnaga que esta entre los algodones del cielo y mira desde lo alto, lo que fue su embarcación.

FIN

SOL MORÁN GÁLVEZ

32 años, pobladora campesina, madre de Aki e hija de Sol Gálvez Marchant, Su primera maestra, feminista flaite y anti especista, Actriz y dramaturga, siempre escribe, es su fin y salvación. Parte de dos colectivas Las Zorras del Chena y Las Guachas de Tango, también forma parte de dos compañías teatrales Resistencia teatro y La Difunta Teatro calle. Se levanta todos los días con la convicción de aportar por la libertad de su pueblo…y así se le irá la vida, luchando bailando trap y gozando punk. ACAB.

Bitácora del día 1, 00:03 horas. "vaivén"

Salí a tomar aire en tú hora preferida de la noche, te extraño. Han pasado más de 200 días en que te fuiste y aún no entra mi alma a mi cuerpo. Te extraño Galatea, se me hace difícil respirar, se me está haciendo muy difícil soportar la idea de que jamás nos volveremos a ver. Tomé está barca de manera inconsciente, pensé que estando distante geográficamente te dejaría de añorar. No es todo tan malo aquí en todo caso, el barco ha sido un refugio agradable dentro de este asqueroso contexto mundial, hay una "fauna" bastante peculiar te reirías mucho con una vecina de litera que tengo, es venezolana y habla todo el día de su exmarido borracho — "Niña que bueno que no te gustan los hombres, son unas bestias y además siempre tienen hambre y huelen a sobaco". Ella siempre me saca del letargo repetido de mi tristeza.

Aún no tenemos claro dónde iremos, se está volviendo difícil la pandemia, no hay puerto seguro, supuestamente aún tenemos víveres, pero el alcohol se está acabando y el capitán gusta mucho de los tragos fuertes post almuerzo.

¿Estás bien, me extrañas un poco? Ahora debes estar mirando por el balcón, fumando un puro escuchando a Rubén Blades, debes estar vestida con tu bata color negra, mirando a la calle odiando mucho a los de afuera, yo hago lo mismo mientras el vaivén de este oleaje me revuelve las tripas y el corazón, te dejo, mi vecina me pidió que le pinte las uñas y peine su bella cabellera negra, terminando la sesión de belleza jugando carioca.

Te amo, siempre tuya Surimana.

17 de junio, 17:56 horas. "Acto de fe".

"Señorita tome mi mano, por amor a Dios padre que cuida de nosotros, tome mi mano, baje de ahí, su familia la ama, lo más probable que tenga un novio que la respete y ame, tome mi mano" salí a tomar aire y caminar por el barco, llegué a la proa enmohecida, me subyugue por el aire fresco que me empapaba de libertad cuando ese hombre delgado comenzó con sus súplicas "Señorita, Dios es misericordioso, algo bueno viene para usted, se lo juro, ¿Se imagina lo que causaría en el barco su muerte? Psicosis generalizada, quizás hasta suicidios en masa, si cae del barco su cuerpo será despedazado por las turbinas, se la comerán las ballenas, señorita por nuestro padre celestial hay niños en el barco, todos lo hemos pasado lo suficientemente mal por esta pandemia, no haga una locura" ya comenzaba a caer el sol y una llovizna nos empapaba, ya el blanco de la pintura teñido por los años se volvió negro, no tuve la valentía de decirle a ese sombrío hombre que solo estaba mirando y recordando a mi amada Galatea, lo vi tan frágil rezando el padre nuestro con tal vehemencia que no me dio el corazón para sacarlo del error, había algo nostálgico en él, me dio la sensación que él también extrañaba a un amor o que en algún momento esperó una ayuda y nadie llegó, mi abuela siempre me decía esto "Cuando necesites de alguien no existirá nadie, los seres humanos olvidamos a

otros y escapamos de las ayudas pues somos ratas cobardes", bajé de la proa y tomé su mano, sentí su mano gélida y húmeda, se encendió brevemente algo en mí, algo similar a cuando tomaba la mano de Galatea, sentí miedo, ganas de salir corriendo por el barco y de verdad lanzarme al mar, no me explico qué ocurrió pero esa mano casi de un muerto me revolvió el alma "Señorita mía, alabado sea Dios santo, rece, venga, rece conmigo que Dios y su misericordia es eterna y su arrepentimiento es Gloria divina para él" mientras el hombre ya alardean un padre nuestro saqué de mi brasier una petaca de agua ardiente y le ofrecí, el pobre pálido cómo papel me miró con horror ya el frío calaba profundo así que aceptó, no le pregunté el nombre, no lo vi necesario, conocí su humanidad y eso para mí trae mayor intimidad que un nombre. Volví a mi camarote y mi vecina venezolana se espantó al verme entrar, ella estaba feliz como siempre ordenando por color sus pinturas de uñas y cachivaches para su rizado cabello negro "¡Ay, María de los milagros santa, que te pasó hija, vienes toda mojada y pasada a trago, me recuerdas a mi segundo exmarido, ese maldito borracho…!

"Nada malo Teresa, solo estaba salvando la fe de un hombre que predicaba en cubierta, mejor juguemos carioca.

Día 11 de Julio, 00:03 horas, "confía".

"Suri nos vamos a morir" fue lo primero que escuché al abrir mis ojos, Teresa estaba de rodillas a los pies de su litera rezando, Amani nuestra nueva compañera de camarote miraba estupefacta por el ojo de buey, en sus ojos logré ver una tormenta indómita que se remecía, todo se movía tanto que no podíamos mantenernos en pie, estamos en medio de un caos, me pareció irrisorio, una tormenta afuera y una adentro, Teresa no paraba de llorar, y Amani comenzó con un pequeño lamento que pasó a canto, oí de su boca aullidos de fieras, agarré unas mantas, las tomé fuerte

por el brazo y mirando a sus ojos les dije “Confíen en mí” la última vez que había dicho eso no lo había cumplido. Intentamos avanzar por el pasillo del barco, todo se venía abajo, escuchábamos aullidos en toda la embarcación. Una mujer de mediana edad sangraba por la nariz, era todo tan confuso, no dejaba de pensar en la imagen que vi en los ojos de Amani. Llegamos a la planta alta, la gente estaba fuera de sí. Vi a una mujer mayor con una pequeña bebé en sus brazos llorando, parecía sacada de otra época, quise ir donde ella para ayudarle pero Teresa no soltaba mi mano, me repetí “Ella confía en mí, ella confía en mí” entre el caos logre divisar a una joven con un clarinete en su mano, tiritaba con la mirada atónita, me recordó un pajarito en una jaula, un hombre delgado y casi fantasmal comenzó a remecerla, pensé que la rompería, le decía “Toca por favor toca necesito oírte”, la joven casi mecánicamente comenzó a interpretar una melodía hermosa, Teresa me dice “ Surimana la canción que me dijiste, la canción de Galatea”, caí al piso, mi cuerpo sentía a Galatea abrazarme, sentí su calor, su perfume, por un momento pensé que había muerto pero los gritos de los otros tripulantes me hicieron aterrizar nuevamente. Busqué a Amani entre la gente, me embargo un terror profundo “ La perdí, no le cumplí”, pero ella estaba abrazada a mis pies cómo una pequeña loba atemorizada. Vi a un joven correr, venía desde las calderas de la nave, “Es el fin, ya no tenemos con qué alimentar esta bestia” suplicó con una voz metálica, la chica del clarinete seguía tocando, y en mi cabeza las imágenes de Galatea me atacaban con crueldad, pensé en lanzarme por la proa, acabar con todo, mi cuerpo ya no podía resistir tantos dolores, no sé si fue la mano ya casi encarnada en mi piel de Teresa o ese disparo que escuchamos a lo lejos que me trajo de nuevo a la realidad .Lo último que pude ver fue a la joven del clarinete lanzarse por la proa, cerré mis ojos y rece mientras musitaba la canción de mi Galatea, Teresa y Amani me abrazaron y recordé … Está vez no puedo fallar.

Día 28 de julio de 2020, "Volver a creer".

¿Están todos muertos? el olor a mar en mi cara, olor a sangre, aún los gritos pegados en mis poros, hay sin números de muertos flotando en el impoluto mar, el barco destrozado, no queda casi nada en pie, mis amigas azulosas aferradas a mis ropas. Una brisa helada levantó cada poro de mi cuerpo, me dejé llevar por los sonidos luego del caos, el oleaje de las aguas se escuchaban tan rítmicas y en paz, creí oír el canto de una sirena, creo me estoy volviendo loca, es imposible que exista una sirena…respiro miedo, desde niña soy así, me ponía bajo mis colchas en la cama si escuchaba un ruido, cómo si una manta me salvara de algo, siempre fui una avestruz, me siento frágil, nuevamente no cumplí la promesa, solté las manos de mis amigas, abandoné quizás la última oportunidad que la vida me dio, soy una avestruz. Escuché un pequeño lamento, no era la sirena, era un quejido humano, respiré profundo, el escenario era dantesco, inmediatamente me puse a llorar, meses que aguantaba ese llanto, grité, grité mucho, sentía que mi alma se escaparía por mi boca, mi cuerpo se estremecía, al parecer mis gritos fue una alarma nuclear pues muchas personas comenzaron a gritar y a moverse. No veía a Teresa ni a Amani ¿Vale la pena buscarlas? No tengo fuerzas para ver sus cuerpos sin vida y no me siento tan buena persona para comenzar a ayudar a desconocidos, repentinamente una mano tiró de mis pies, me arrastró de forma violenta, era un hombre de mediana edad grande, parecía árbol añoso, intenté escapar, pensé que me iba a matar, el tipo tapo mi boca bruscamente " Silencio señorita, perdón mi brusquedad pero no es justo que vea lo que hay allá abajo, guarde silencio, debe confiar en mí, llevo despierto un par de horas más que usted, murió mucha gente, creo que quedamos vivos aproximadamente 25 personas de las 150 que fuimos, no la voy a soltar deje de aletear, necesito que se calme y me ayude a tranquilizar a los otros, si Dios le dio esta oportunidad por favor tómela, hay gente herida," quedé atónita,¡ veinticinco¡,¿ estarán mis amigas dentro

de esta cruel cifra? por unos segundos disfruté su calor, hace mucho tiempo ningún cuerpo caliente me apretaba de esa forma, era casi animal, sentía su corazón palpitar rápido y cómo se estremecían sus músculos tensos, me hubiera quedado más tiempo ahí …." Yo no soy salvadora de nadie señor, con suerte he podido sobrevivir estos meses, a duras penas, con mi pasado al hombro y miles de dolores que ahora me hacen tener el derecho a no querer moverme más" él sólo tomó mi mano haciendo caso omiso a mi arenga me llevó a lo que fue en algún momento la proa del barco "Señorita mire, mire al horizonte, ¿Ve algo más allá del mar, ve alguna otra posibilidad de volver a humanizar a esta especie? yo ya no creía en nada, hasta que sus lamentos me devolvieron las ganas de luchar, suena bobo, pero alguien me necesitó, una vez juré que nunca más soltaría la mano de alguien si me requería… hay bastantes manos que necesitan de mí, solo no puedo, así que limpie su cara empecemos, esto es casi un acto de fe, quizás el último que la vida nos regale" —sentí ese mismo disparo antes de la tormenta, esta vez fue dentro mío…una nueva oportunidad, tomé nuevamente su mano y nos dispusimos a buscar vida, aquí en medio de la nada, en medio del mar en medio del dolor.

Día 19 de agosto del 2020, es de noche.

"Descansa, ojalá en paz".

Soy Surimana Paz Fernández Pino tengo 32 años, viví toda mi infancia en un campo, me enamore tres veces, ninguna resultó, soy un ser salvaje llena de marañas mentales, tengo recelo por la especie. Amo los felinos, soy uno, el más feral, no hay felinos en el mar…yo no debería estar acá. La noche está azulada, en la proa del barco hay dos parejas de enamorados jurándose amor eterno ¿ahora? bueno en tiempos de caos hace bien aferrarse a un cuerpo caliente, cae una pequeña llovizna, de los cuerpos de los enamorados emana vapor, les envidio, del mío solo hay soledades, la muchacha de una de las parejas viste

una camisa de dormir y pareciera que en su cuerpo no habita el gélido frío de agosto, su acompañante la mira con el deseo más profundo que me da pudor, se desean con tal intensidad que me erizan la piel, la segunda pareja discute y son un bloque de hielo que podría hacer naufragar a está pequeño barco de madera, en la esquina de la nave se acerca violentamente una silueta, a medida que avanza hacia mí la veo con mayor claridad, distingo entre las sombras una larga cabellera negra y ondulada, mis ojos no dan crédito a lo que se les presenta, es Galatea, ¿No me creen? Yo tampoco logro salir del asombro, pero es ella, mi amor, mi Galatea. Me mira con toda la calma del mundo, de su cuerpo emana humo, comienza a subir una neblina púrpura que impregna toda la cubierta del barco, ella viste su típico abrigo negro largo de paño, bajo este no debe haber más que solo su piel celeste y tersa, sus pies flotan descalzos, sin decir una palabra me toma fuerte por la cintura, su mano caliente traspasa mi ropa y mi piel, siento que mis huesos se vuelven polvo, un fuerte viento azota la cubierta y las parejas de enamorados bajan a los camarotes, siento que escapan de nosotras, me estrecha contra ella y con toda la calma del mundo me besa, su lengua es un torbellino, olvido razones y tristezas, la neblina púrpura sigue subiendo y se vuelve más difusa la panorámica del barco, estamos solas con el mar, no logro divisar las velas ni la luna y me aterroriza perder mi norte, en el estupor de su beso oigo el canto de Amaní, sonaba como un coro de bestias, el sonido emana de las calderas del barco, suena como el inicio de una revolución. El beso de Galatea fue eterno, después de quizás un siglo paró, ya no me queda ni un ápice de piel que no arda cómo un gran incendio, se deslizó cómo fantasma a mi espalda y acarició mi cuello, de una caricia me arranco pudores, volví a sentir su olor a montaña y este se impregnó en todos lados, “Sabía que vendrías por mí” ella no responde “Sabía que aún me amabas” necesito oírte, por favor eleva tú voz para caer al piso con tus melodías amada Galatea, ella sigue sin emitir so-

nido alguno, su boca solo se abre para besarme, entre la morfina de sus caricias logré escuchar un canto, las voces vienen de las calderas y van en aumento, parecen cantos de sirenas dispuestas a levantar marejadas salvajes, se acercan a nosotras, la cubierta del barco se llena de mujeres vestidas con overoles, están todas armadas unidas en una canción, brindando y riendo, Amani comandaba el Ejército de mujeres salvajes, de bestias indómitas. Teresa sale de entre la multitud "Mi bella venezolana mi amiga fiel, mi confidente de tantas penas en esta pandemia que casi arrebata mi vida, Galatea volvió, no es un sueño, necesito que me creas, ella es el humo púrpura que emana de la nave", con su mirada fija en mí me dice " Es momento Suri, ya no hay vuelta atrás, hoy será el inicio de nuestra vida, hoy dejaremos atrás los dolores, las heridas, los llantos… esperamos siglos, hoy las brujas se levantaron, dame tu mano debemos tomar la capitanía del barco está todo listo venimos por ti, jamás te dejaríamos sola confía en nosotras" mi corazón retumbó en cada lugar del miserable barco inmediatamente tome a gala de mi mano para llevarle al grupo ella se resistió, Teresa se acercó como un felino sutil y sigiloso, ¿ pero cómo, si no hay felinos en el mar? los ojos de Teresa se volvieron amarillos y enormes, me tomó la mano con más rudeza y fijando su mirada animal sentenció "Debemos irnos, debes venir sola, Gala necesita descansar, ella necesita continuar su viaje" me sentí como el humo de un incendio, del incendio más grande visto en altamar…pensé que dolería más pero entendí que era momento de entregarle el regalo más preciado a mi amada Galatea, la libertad… la besé por última vez, guardé en mis recuerdos el aroma a su cabello, dispuse en un orden perfecto cada detalle en mi corazón. Galatea comenzó a bailar, a moverse como si fuera una llamarada de fuego, pequeñas luciérnagas se desprendieron de su carne y la hicieron desaparecer en la inmensidad del mar, aún mi cuerpo seguía humeando, la neblina púrpura comenzó a bajar y el escenario onírico se desdibujaba, tomé la mano de mi amiga Teresa, tome

un fusil y toda mi fe para ganar una batalla. El barco ya no sería lo mismo, la nave ahora es muestra, es mi hogar, nuestro hogar. Soy Surimana Paz Fernández Pino me debo a esta lucha y a mi embarcación, desde hoy no tengo dueña y ahora soy libre.

FIN

DIEGO NICANOR

Es un joven Actor Chileno, Con estudios en la Escuela Metropolitana de Arte Dramático de la Ciudad de Buenos Aires, Argentina. De niño aprendió el oficio del teatro observando los ensayos que realizaban sus padres.

Navegante de las corrientes artísticas, Clown y Mediador de Niños, Niñas Y Jóvenes. Ha recorrido la senda de la especialización tras cursas un diplomado de Teatro y educación en el departamento de bellas Artes de la Universidad de Chile. Áridos y secos caminos lo han llevado a interesarse por el medio ambiente y la lucha por la concientización del agua. Actualmente se desempeña como un tripulante del Taller de Narrativa Visual dictado por el Premio nacional de Artes, Ramón Griffero.

El razonamiento se ve entorpecido por las sorpresivas y amenazantes vicisitudes del viaje, tanto como la marcha de la embarcación a la deriva, amenazada por las inclemencias de la tormenta que atormenta a la nave sin rumbo ni piedad.
el narrador se siente amenazado por su desconocido y fornido compañero de camarote, amenaza que se ve compensado por el encuentro de hermosa mujer en cubierta, con la cual no puede realizar un desarrollo por sucesivos accidentes que terminan en un motín.
la tormenta se hace intermitente y alterna con días de sol, hasta que por fin divisan tierra, el narrador se piensa a salvo cuando una subrepticia e inesperada fiebre lo abrasa hasta el desmayo.

H.G.B. *(Mi Padre).*

Hoy veinte tres de junio.

Zarpamos hace unas horas del último puerto que estaba en pie. La noche era fría y nublada. Una densa niebla se apoderó del mar.

Escribo estas páginas desde el navío de la marina UR23. Sentado en un escritorio de roble antiguo, situado en uno de los tantos camarotes de esta embarcación. De compañero de litera, un serbio de un metro noventa, fornido y de actitud molesta.

Como una nube tóxica era la densa niebla en el mar. Tengo que asumir que tenía miedo, así que me dirigí sigilosamente al puente de mando donde logré escuchar al capitán del navío y a su primer oficial.

"¿A dónde fijamos rumbo mi capitán? Imposible es leer los instrumentos con esta cantidad de niebla".

"No hay rumbo hacia donde navegar mi joven primer oficial, con los años entenderás que en situaciones así, sólo quedan pocas alternativas. La esperanza, de que estos setecientos cuatro refugiados sean los sobrevivientes de un nuevo amanecer, es casi nula. por eso tú, mi joven primer oficial debe tomar una decisión". El capitán tomó aire y posó una mano sobre el joven. "confía en tu decisión".

En el puente de mando, el aire en un instante se volvió enardecido. El primer oficial tragó saliva y fijó rumbo a lo desconocido... lentamente el navío se alejó del continente y nos fundimos en la línea del horizonte.

Hoy dos de julio.

Ha pasado una semana desde que nos embarcamos en el navío de la marina UR23. Las condiciones climáticas no han variado estos días. Pronto se avecinará una tormenta según lo que nos han advertidos los oficiales de la marina. En los corredores

del barco se encuentran haciendo guardia para cuidar el orden y asegurar la paz publica en la embarcación.

Mientras jugaba un partido de ajedrez con mi compañero de cuarto, al serbio de un metro noventa y actitud de estar molesto todo el tiempo, el rostro le cambio drásticamente. Su color era pálido, empezó tiritar, no de frío, sino de miedo…el clima cambió drásticamente, las olas crecieron de uno a seis metros, la tormenta se agudizo, la lluvia y los truenos nos invaden y el ruido enardecedor es tal que ni los marineros se escuchan. Las olas estallan en cubierta, me desconcentro.

Asombrado miro al serbio temblando en el piso. Me acercó, le preguntó, compañero ¿qué le pasa? ¿qué le sucede? él no logra responderme, mi corazón de angustia se quebranta en el miedo.

Continuará…

Dos horas después…

Sigo en mi camarote, los pasajeros nos encontramos confinados por orden directa del capitán. La lluvia azota al barco, los rayos no cesan, a través del portillo puedo ver cómo impactan en el mar. Los truenos enardecen el ambiente, las olas sacuden la embarcación. Esto es peor que una guerra.

El serbio que sigue a los pies de mi litera, con su camiseta de fútbol y sus jeans, me mira, intenta decir algo, pero antes de emitir cualquier palabra, de su boca sale energéticamente un vómito nocivo, manchando mis sábanas y parte de su ropa. Nunca antes había visto algo así, quedé paralizado, el serbio estaba contaminado, su cara era pálida, no supe qué hacer, me quede medio minuto más observando sin reaccionar hasta que recordé el protocolo al fijarme que aún no tenía pintas rojas en sus orejas, me daba una leve sensación de tranquilidad, ya que el virus aún no estaba listo para propagarse, sino su piel estaría ya manchada, el tiempo era escaso, debía actuar de inmediato.

Rápidamente salí de camarote en busca de algún oficial para que me ayudara. En el corredor no había ningún marino. Subí por las escaleras a cubierta, antes de abrir la escotilla de salida, desde mi espalda escuché una voz <señor, ¡deténgase!>, se trataba de un oficial de cubierta. Súbitamente le pedí que me acompañara a mi camarote ya que mi compañero había vomitado. Cuando llegamos el serbio estaba en calzoncillo limpiando su vómito esparcido en la habitación. El oficial de marina llamó por radio y en cosas de segundo aparecieron tres marinos, uno de ellos traía una muda completa para mi litera. Entre todos limpiamos el camarote. Mis sábanas estaban empapadas de vómito, era realmente asqueroso.

Las olas y la lluvia no cesan, pero la compañía humana logró silenciar aquellos truenos y relámpagos, luego de tomarle la temperatura a mi compañero y descartar que se tratara de una infección, el corazón me volvió a latir, parecía que sobreviviríamos a la tormenta a bordo del navío de marina el UR23… ya tranquilizado, decidí dirigirme a la popa a fumar.

Cuando prendí mi cigarrillo, me percaté que a mi derecha estaba sentada una hermosa mujer con un llamativo vestido rojo. Ella también fumaba.

"Hola, te encuentra bien" me sentí un bobo, no supe que más decir.

"Hola, salí a fumar un cigarrillo, me llamo Laura y vos"

"Me llamo pedro" respondí babosamente.

Laura era audaz y alegre, además de tener ese hermoso vestido rojo, poseía una sonrisa encantadora.

"¿Pedro, me acompañas a fumar? Vení y sentate en nuestra embarcación!"

En ese momento no me importó nada, ni la lluvia, ni el serbio. Fugazmente aparecí al lado de esta hermosa chica, ella es Laura la mujer del UR23.

Hoy cinco de agosto.

Han pasado varias semanas, mi barba esta larga y desteñida, el clima ha sido cíclico primero tormentas y después sale el sol, pero la última tormenta que tuvimos fue devastadora, nos encontramos a la deriva hace ya dos días. Los instrumentos de navegación no funcionan, las enlatadas mamparas de la embarcación están maltratadas por el castigo del viento arduo y desenfrenado que nos azotó. Los calendarios de la embarcación escurren rápidamente hoja tras hojas. el tiempo avanza y los relojes no son capaces de capturar la esencia de cronos, ¿hacia dónde vamos? aún no puedo responderme esa pregunta…

Me encuentro en la biblioteca del barco, estoy buscando algún indicio que nos ayude a poder situar tierra cerca. Afuera custodiando la puerta hay dos escuálidos marineros, la comida escasea y el pánico se apodera de la embarcación. Estoy sentado mientras leo un pequeño libro llamado: "las aventuras de la royal Clipper" este libro que me llamó la atención es una historia similar a la que vivimos, pero situada en el 1690, varios siglos atrás. Deslizo sus arrugadas hojas una por una mientras me percato de los personajes de este barco, en la página 24 del libro otro serbio se acerca a la sala de máquinas para coordinar un motín con una atractiva mujer, llamaba Minerva, mientras un joven muy elegante con dos alas de color celeste observa sigilosamente detrás de las escaleras de escotilla. El serbio le cuenta a Minerva que hay varios compañeros para el motín, entre ellos los cocineros de la olla común y la elegante venezolana de los tacones rojos. Estaba leyendo concentradamente cuando mi compañero de litera golpea fuertemente la escotilla de la biblioteca y me grita desesperadamente ¡motín!

Rápidamente salgo a cubierta, era una guerra campal, disparos, hombres al agua, eran los sobrevivientes contra los marinos, me encerré nuevamente en la biblioteca y volví a buscar la arrugada hoja donde hablan del motín. Encontré la página 24

y adelanté un par de hojas, la situación era más tranquila, los sobrevivientes eran dueños del barco… me conformé con lo que leí. Me resguardé seguro junto a mi compañero de litera en la biblioteca de la embarcación.

Quince días después…

El jolgorio ha comenzado las mesas están puestas. En ellas hay comida de diferentes países, desde carnes hasta frutas y verduras, manjares de los dioses en altamar, ¡se armó la fiesta, los grupos musicales deleitan con un sin fin de melodías. Súbitamente se acabó la pena después de aquel motín exitoso cometido por los tripulantes de este barco. Airosos por la gran victoria comenzaron un gozo que llenó los pasillos de la embarcación, las frías latas se llenaron de color y alegría. A lo lejos observo cómo mi compañero de litera salta de la satisfacción, corro a él y lo escucho —"¡Oh que Maravilla allá en el horizonte hay una paloma tawi—tawi hay tierra, llegamos a las filipinas!" ´—invade una música alegre en la embarcación, el alcohol envuelve la festividad, todos y todas celebran…abruptamente me comienza a subir la temperatura, culpé al alcohol del efecto y seguí celebrando bailando, comiendo y riendo.

Rápidamente las noticias viajaron por todo el barco. Los jóvenes eran los más alegres al saber que tendrán un futuro en una tierra firme, talvez, con más sobrevivientes. La jarana era tal que no me había percatado que hace un par de horas el brazo derecho me tiritaba incontrolablemente, mi temperatura corporal era elevada y cada vez se me agudiza la dificultad de respirar… lentamente me aparté del grupo, me dirigí a popa, me fue difícil llegar hasta allá. Mis piernas están tiritando, mi pulso acelerado, una fiebre me abarca desde los pies a la cabeza, el pecho se aprieta y me desvanezco en el suelo, me ahogo y mi cerebro se empieza a apagar.

En ese último segundo de vida retumba en las oxidadas latas del buque una música alegre de tonos caribeños. En el rojizo horizonte donde se encuentra tierra surgió una luz de otra dimensión, abriéndose un portal rojo eléctrico, de su interior asomó la cabeza una joven mujer con un vestido rojo, sin miedo a equivocarme me percate que era Laura la mujer del UR23. Con su bello acento se acercó a mí y me susurro al oído, —vení conmigo campeón, ahora estas muy débil, pero en la tierra donde vivo te repondrás rápidamente—. Me tomó en sus brazos como si fuera una ligera seda, caminó tranquila y pausadamente. Respiré por última vez, una luz rojiza estalló en la embarcación y cruzamos el umbral.

FIN

JESENIA BETZABÉ OBLITAS VILLARROEL

Actriz y Profesora de Teatro egresada de Universidad de Artes Ciencias Sociales (ARCIS), diplomado en Comunicación y Gestión Cultural de la Universidad de Chile, Santiago. Actualmente, se especializa en la confección de máscaras, interpretación y pedagogía teatral en Arica.

Bitácora del día 01 de julio, a las 23.06 del 2020

Para aquellos que logren a leer esta bitácora de un confinamiento:

Al mirar fijamente esta misma claraboya, quiero que pase todo ¡ya!, ¿"La paciencia es la madre de todas las ciencias"?, ya estoy harta, necesito de algo, de alguien, como expresa un amigo —que posa su cabeza en tus piernas—, "Cariñito por favor", y créanme, siempre hay alguien que lo acaricia; que es necesario el abrazo en estos momentos… que importante se han convertido las redes sociales (porque todos lo sabemos la tele miente)…es lo único que no nos mantiene aislados de la realidad, de la verdad que está pasando en la actualidad...ese pequeño haz de luz... aún escucho los cacerolazos y protestas por todo Chile, por todo Latinoamérica, esas calles llenas de vida, cantos, lucha, fuerza, ira, rabia, esas paredes matizadas con frases que llegan al hueso, tambores y trompetas resuenan junto al mar y esta tormenta que no se detiene, a donde iremos a parar. Yo no quiero normalidad, porque ¿Qué es la normalidad?

Ey…ey…Toma la linterna y ponte los zapatos.

¿Escuchaste ese golpe? Shhhh, escucha!

Pon atención al estruendo que viene de afuera, ¿Son niños gritando? …escucha este susurro, ¿Oyes ese grito desbordante?

“No se lleven mis hijos” ...no entiendo que acontece afuera, encerrados con llave estamos en el camarote, ni siquiera podemos ayudar…Shhh… ¡Escóndete! recuerda que somos las únicas mujeres en esta embarcación...Ese sonido viene de la proa del barco, chocó con algo, ja ja que ironía…siempre ahogándonos en un vaso de agua cuando ahora nos ahogaremos de verdad, con este frío mar de octubre donde aguas oceánicas más peligrosas son estas, ¡Vamos a morir! ¿Importa la vida ahora? ¿Son disparos esos? ¿De verdad abordaron el barco? …Querrán matarnos… ¿Alguien sabrá que existimos? Ha pasado un día entero y nadie dice nada ... ¿Alo?... ¿Nos escuchan? ... ¿Hay alguien ahí?

¿Podremos salir libres al fin?...

Que necesario es el abrazo en estos instantes…

13 de Julio del 2020 a las 21:25. Todo era una farsa

Es fácil controlar a la tripulación a través del miedo, ese miedo que bloquea e inmoviliza; el conocimiento es poder de información, si anuncian por el altoparlante que nos persigue una pandemia, que mayor miedo puede haber que desconocimiento de esta, ¿Es contagiosa?, ¿Cómo se contagia?, ¿Es un mal que durará toda la vida?, ¿Podremos volver a socializar con algún otro? Solo quedamos dos y estamos vivas porque hemos sabido guardar silencio y nos escabullimos cual rata que anda en busca de algún resto del gran coctel del barco; “Silencio, alguien viene”, oigo con detenimiento al guardia que choca sus llaves contra su pierna derecha, silbando una canción tal cual un lindo día de camping; y aquí, encerradas, con el miedo que vendrán por nosotras, si no es la pandemia, son ellos; con las llaves intentaron abrir la puerta del camarote, ya la traba en la puerta no da más… escucho una voz de hombre.

“Abran la puerta, usted sabe lo que le va a pasar si no obedece, o ¿Acaso no escucharon a sus compañeritas en la hora feliz de

los navegantes?, ¿Escuchan como agito mis llaves?, "Ya les dije: ¡Salgan de ahí! Mientras más larga la espera, más aumentan mis ansias" … "O salen ustedes o entramos nosotros" …surgió la voz de capitán del barco, "Ya … Déjalas tranquilas, mira que harto viaje nos queda por navegar, niñas no se preocupen su capitán las rescatará". Un fuego arde dentro mí, es la rabia que flamea pudiendo gritar "No necesitamos ser rescatadas, sólo libres y en tierra" … en respuesta al violento hombre que insistentemente repite: "Abran la puerta y verán lo que es bueno".

Entraron, nos aferramos del camarote hasta romperlo, nos resistimos a combos y patadas, logramos lastimar al capitán, le arrancamos los ojos a punta de rasguños, le extirpamos su miembro y ahora el barco perdió el rumbo; en este momento yo tomaré el mando, su falo es nuestro amuleto de victoria, debemos buscar a la jefa de máquinas (si es que aún vive), repentinamente el otro hombre, el de las llaves, nos mantiene inmóviles a punta de amenazas, golpes y patadas; caemos al suelo, el agua nos llega a las rodillas, el barco se va a hundir, y este hombre que no detiene su agresividad hacia nosotras; finalmente logra enclaustrarnos en la celda oscura de metro cuadrado, llevamos una semana sin comer, ni agua nos han dado, el frío me hiela los huesos, y la verdad es que solo deseo que esto acabe, que el agua que ya va en mis caderas llegue al catalejo y no haya opción de sobrevivir, temo la "Hora feliz de los navegantes" imagino el cielo en busca de una respuesta a esta tormenta tanto en mi como en ellos…y no… no la encuentro…cuando nos trasladaron a las celdas oscuras nos dimos cuenta que… todo era una farsa, nunca existió pandemia, ellos eran el virus.

03 de agosto del 2020 a las 22.08

Espejismos le dicen

¿Se han fijado en esas cosas que solo se aprecian bien de lejos?, ¿Como cuando vas viajando por la carretera, en pleno

desierto, se ve a la distancia agua en el pavimento?, espejismos le dicen, esta navegación es como esos horizontes que se aprecian bien de lejos porque estar dentro de ella es un boomerang... va y vuelve todo el tiempo; la tormenta terminó, con la colorina de ojos azules (a veces verdes), logramos sacar el agua de nuestra ínfima celda..."Cami, vienen los guardias, esta vez no traen consigo sus armas"...

¡¡¡Mira Prima!!! ¿Ah?, ¿Es verdad lo estoy viendo o un espejismo producto del hambre?; el guardia alto trae un balde con agua y ropa limpia, el guardia chascón trae en sus manos una bandeja de esas como cenas del gran salón del barco, ¿Nos querrán alimentar, así como Hänsel y Gretel y después comernos? ¿Nos lanzarán al mar para que nos devoren los tiburones? se acercan..." Prima hazte la loca nomás".

—Señoritas, Minerva la jefa de máquinas, les envía comida y ropa limpia, con estas cubetas y esponjas se puede bañar. En media hora volveremos por los cubiertos y baldes.—

¡Prima manso banquete!

¡Shhh!... todavía no se van!

¡La jefa de máquina está viva!… aún hay esperanzas… ¿En esta navegación se verá a lo lejos agua, como en los espejismos que le dicen, o está vez se ve tierra?

Escucho a lo lejos los guardias, que avisan su entrada rasgueñando sus llaves contra el borde de la baranda, con el azote del barco la colorina se golpea fuertemente en la cabeza. ¿Cami, estas bien?

Prima, ¿Y el banquete? ¿Las esponjas, baldes y la cena?...

¿Cena?

¿Y la ropa limpia? conversamos de Minerva, ¿No te acuerdas?

Camila, ¿Qué ropa limpia?, estás alucinando, nadie ha venido hace días, de Minerva no hemos sabido nada, seguimos sedienta, encerradas con la esperanza de libertad deseando que Minerva no sea otra desaparecida más.

09 de octubre 2020.

Décima Onírica.
¿Ese es un lobo de mar?
Imagina el lobo hablara
ojalá eso pasara
Su sentir a proclamar
Magna voz me ha de calmar
Es color a libertad
Lo que espero en ansiedad
Dignidad a florecer
Lo que vaya a acontecer
Pues que se haga realidad

FIN

RAYÉN PIZARRO ABARCA

Nacida en Santiago de Chile. Sus padres le llamaron Rayén Alelí Alejandra Pizarro Abarca, su primer nombre significa *flor* en Mapudungun, y coincidentemente su segundo nombre es una especie floral. Tiene 17 años, estudiante de Cuarto Medio, pero pronto finalizará su etapa escolar e iniciará otra etapa de la vida.

Bitácora de una Navegación del 03 de agosto 2020 / *El nuevo Hogar*

Querido amigo, quiero contarte porque nos fuimos de casa. Tuvimos que huir, de la voraz pandemia que sin piedad arrasaba con nosotros.

Se hacía tarde, el sol se escondía, en segundos, pensé que diría mi madre. Al entrar a casa, salude tímidamente, creyendo que estaba molesta por la hora de mi llegada.

Me percaté de un extraño y eterno silencio que se producía en el ambiente, pregunté confundida:

—¿Qué pasa? ¿Por qué estás silenciosa?

Con una expresión en su rostro, siendo la declaración máxima del desconsuelo, que nunca había visto en mi madre. Ella respondió:

—Tenemos que irnos.

Aún más confundida, sentí como perdí conexión con ella, como si me hubieran lanzado a un barranco. Al reaccionar, pregunté:

—¿Irnos? ¿Dónde?

Lo que acabo de escribir en ti, mi querido amigo, es el último recuerdo que tengo, de cuando estaba en tierra. Aquí, se olvida la precisión de los días, sé que ha transcurrido el tiempo, quizás,

han pasado 3 semanas. Pero aún me siento perdida, al igual que un barco navegando en un mar sin horizonte.

El día que vi por primera vez, a esta llamativa nave, un transatlántico, de grandes dimensiones y de apariencia superior, tal vez a quinientas toneladas, daba la sensación de que era capaz de sobrevivir a todo tipo de problemas, vientos interminables y olas monstruosas.

Pensé aterrada, como un animal en el matadero, ¿este será mi nuevo hogar? Rememoró que, con temor y nostalgia, cuando embarcamos en esta nave, despidiéndonos y acompañados de la incertidumbre de volver al cálido hogar.

Como ya sabes, me gusta conocer un lugar rápidamente para sentirme cómoda en él. Comportamiento, que no es muy acorde a una actitud de "toda una señorita", como me decía mi abuela o mi tío, indirectamente con su mirada de disgusto. Aunque yo siempre me he preguntado cuál es la actitud de una "señorita."

Me desplace lentamente hacia la cubierta. Los rayos de calor eran escasos, tal como, la comida de mis abuelos para llegar a fin de mes, el día era una pelea entre la luz y la oscuridad, pero la nebulosidad ganaba.

Corría un viento helado, propio de toda brisa costera, su engañoso abrazo cálido, me rodeaba fijamente, pesaba más que el agobio. Mi estimado agobio. Lograbas que mi corazón latiera cada vez más fuerte, queriendo ser libre, un golpeteo tras otro golpeteo. Percibía, como alguien generaba, una presión con su enorme y maciza mano, en mí, pero no había nadie, estaba sola en la cubierta. Al instante, una tormenta de pensamientos se quebrantaba en mi cabeza.

«¿Y ahora, mis planes los podré realizar?»

"Pero ¿qué planes?" "¿Por qué sucede esto un año antes de cumplir 19?"

¡No!, no quiero, no estoy lista para el futuro y menos para ser un "adulto" …»

No lograba controlar mi respiración, sentía como la angustia se apoderaba de mí. Pese a que, trate de familiarizarme con el barco, que es mi hogar, mi mayor duda no abandonaba mi cabeza, ¿por cuánto tiempo será?

Espero saber de ti.
Saludos cariños, tú sabes quién.

24 de agosto a las 20:00 horas/ *No estamos solas*

Han volado dos meses, del gran cambio, encuentro extraño escribir esto, pero, es confuso entender en ciertos momentos, como me siento.

Mi madre, me aconseja que escriba, dice que escribir despeja la mente, pues cuánta razón tiene, es por ello que nuevamente, plasmo en ti, querido amigo, mi pesar.

Durante esta estadía en el barco, me has ayudado a ordenar mi remolino de pensamientos, que se manifiestan, día a día, respecto a mi vida actual. Quiero relatarte un suceso misterioso que me aconteció, todo partió cuando quise recorrer la nave, …ayer a mediodía, antes de salir de la habitación, mi madre me advirtió:

"Se cautelosa al encontrarte con personas, no estamos solas en esta nave, ten cuidado."

No comprendí las palabras de mi madre, pensé, *"se refiere a las personas que viven acá, al igual que nosotras, que, por cierto, últimamente no he visto a nadie"*. Solo asentí con la cabeza para que estuviera tranquila.

Caminaba, sin rumbo, hasta que llegué a la proa, me detuve y observé el movimiento delicado de las olas, el oleaje entregó un cariñoso abrazo al barco.

Era un día soleado, sentí esta vez, como me llenaba de energía y no de angustia, el calor que envolvía mi piel, era el abrigo ideal para días de confusión. Las nubes parecían haber sido dibujadas cuidadosamente en el cielo, con un intenso color blanco en ellas, deslumbrando junto al sol.

A la distancia, veía a dos personas que conversaban, curiosa, me acerqué y escuché:

"Imposible que haya una tempestad, en un día tan hermoso como hoy", menciono el capitán, el oficial a su lado, le contestó *"afirmativo mi señor"*. Al oírlos sentí un pleno alivio, porque no quería otra tormenta abrumadora, era suficiente con la mía.

Me alejé lentamente para que no se percatarán de mi presencia. Fui a la terraza, me apoyé sobre la baranda, miré el mar, al momento, un viento fresco cubrió mi rostro, cerré los ojos, respiré profundo, al fin, respiraba tranquila, hace tiempo no experimentaba tal sentimiento. Puedo asegurarte amigo mío, que los pensamientos aún me amargan, pero mi corazón latía normal. El mar sereno es la silueta de mi ser.

De pronto escuché mi nombre, *Mariana…Mariana ven… ven conmigo...Mariana…*

Divise a mi alrededor, no había nadie, se encontraban las reposeras, sillas y mesas vacías, estaba sola en la amplia terraza. Aunque, los llamados no pararon, siguieron uno tras otro. Intrigada, examiné el lugar, para hallar esa dulce voz. Oí un:

¡Por fin muchacha! Ya me estaba cansando de tanto llamarte.

Voltee rápidamente, se manifestó, un gato acostado sobre una reposera, lamió su tierna patita. Me pregunté desorientada, ¿él me lla…lla…mo?

Sí, yo te llamé. También, puedo leer las mentes de las personas, si así lo deseo. — respondió.

Quedé perpleja, contemplándolo, ronroneó sutilmente, mientras él se me acercó cariñoso entre mis piernas, no reaccioné a su gesto, tampoco me salía la voz, me aparté de él, sentándome

en la reposera. Era un gato esbelto, con un pelaje peludo reluciente bajo el sol, un color ocre dorado, con rayas negras desde su cabeza hasta su cola, de calcetines blancos, tenía una mirada intensa, como dos arpones listos para lanzar a la presa, realmente era un animal encantador. Se sentó a mi lado y le pregunté:

¿Cómo sabes mi nombre?

No respondió, sólo miró una gaviota pasajera se perdía en la inmensidad del cielo. Insistí, ¿cómo te llamas?

No tengo nombre, soy un gato abandonado que se ha adaptado, al igual que tú.

¿Al igual que yo?, entonces ¿por qué me llamaste?

Dio una pequeña sonrisa amigable, mientras se acurrucó encima de mis piernas y continuó:

Tú eres una humana que se ha adaptado a este barco, que es tu nuevo hogar, ¿o no?

Me sorprendí como este felino sabía tanto de mí, siendo nuestro primer encuentro. Toqué su delicada cabeza, su hermoso pelaje de algodón, no podía ignorarlo. Le afirmé, que estuvo en lo cierto, este barco es mi nuevo hogar, aunque no lo sentía así.

Sabes, decidí ponerle nombre a esta nave, me sentiré más cómoda aquí. Pensé en: "Transatlántico de la salvación o Transatlántico de la sobrevivencia" ¿Cuál te gusta más?

Ninguna, pero, ambas son convincentes. Por cierto, gracias por el cariño, por mucho tiempo, nadie me lo dio.

Sus pocas palabras me habían retumbado en el pecho, sentía una extraña conexión con él, quería saber más de su vida.

Por lo que veo, no sabes de la gran noticia. —dijo el gato bajando de mis piernas, mientras se estiró en el piso.

¿Qué dices? —pregunté.

Mariana, eres una de las pocas personas, que se atrevió a salir de la habitación. Huiste de la feroz pandemia, embarcaste y aquí estas. En el barco, ya hay infectados, como en tierra, pero, descuida, por lo que sé, el capitán ya tomo las medidas necesarias. —explico el gato tranquilamente saltando del piso a la baranda de la terraza.

¡Espera! ¡¿cómo lo sabes?! Eres un simple gato, no puedes tener tanto conocimiento de vidas ajenas —enfatice desesperadamente.

Giró su cabeza, nos miramos fijamente unos segundos, sus ojos color verde miel, perfectamente delineados, me dejó encantada.

"Yo lo sé todo Mariana, cuídate espero no verte muerta."

Fueron sus últimas palabas antes de lanzarse al mar, convirtiéndose en un pez.

Te aseguró querido amigo que sentí como el tiempo se detuvo, estaba espantada, no podía creer lo que oí. La tranquilidad que sentí en unos minutos, se ha ido. Necesitaba seguridad, quería paz. Ahora entiendo, a lo que se refería mi madre, cuando me advirtió que no estamos solas.

Saludos Cariñosos.

Tuya Mariana.

04 de septiembre/ *Para conocernos*

Estimado amigo, después de la lapidaria noticia, soy una pasajera confinada, limitada en 4 paredes, navegando abrumada, tal como un colibrí aleteando en una jaula, buscando la salida de la libertad en manos del cazador.

Hoy no podré sentir la brisa marina, por los contagiados, que aumentan y disminuyen, dejándonos a la deriva del porvenir.

En la habitación de al lado, se encuentra mi madre, son las 4 pm, a esta hora, se dedica a leer para no quedar atrapada en el torbellino del miedo.

Mientras que yo, encerrada en esta habitación luminosa y agradable veo los días pasar por el ojo del buey. No tengo mucho que contarte, todo se vuelve una rutina, comer, dormir, vestirse, vivir, incluso ser feliz. Aquí estoy querido mío, sobreviviendo, registrando la espina de mi vida.

Por esta vez, dejaré de mi relato hasta acá. Te escribiré en otra ocasión.

Saludos Cariñosos.

Tuya, Mariana.

Una vez que Mariana dejó de escribir, cerro su libreta, la guardo junto a su lápiz en el levador que se encontraba al lado de la cama. Al instante, una sombra felina se formó en el piso con los rayos de sol que atravesaban la ventana.

¡Vaya, pero que lindo camarote!, muy grato para estar encerrado por varios días. Esa cama alta con varios cojines y de cobertor color crema, se ve muy cómoda. Tienes un velador, encima una lámpara con forma de sirena y una mesa más dos sillas para tomar el té. ¡Ay que adorable querida! ¡Que afortunada eres Mariana! Y por lo que veo no estás muerta, ¡que alivio! no quería visitar un cadáver —maulló el gato, sentado en el borde la ventana, observando la habitación.

¡¿Tú?!¿Cómo entraste? —exclamo Mariana sorprendida.

El gato no menciono ninguna palabra, sólo se acomodó en la cama de Mariana. Mientras que ella, se sentó a su lado, ambos recostados en la cama mirando al techo.

¿Quién eres? —preguntó Mariana. Quiero saber de ti, cuéntame, no me dejes aterrada como la vez.

¿Qué deseas saber, querida? Soy un gato más, nací en la calle, porque a mi madre la abandonaron, de todos mis hermanos sólo yo sobreviví, ellos murieron de frío o de hambre, sobrevivir no es tarea fácil, desde pequeño hasta adulto la calle ha sido mi hogar.

Como te decía la otra vez, no tengo nombre, soy un gato que se ha adaptado a las tempestades.

En la habitación se produjo un silencio, una vez que el gato termino de hablar, Mariana, se enderezo y desvió la mirada hacia la ventana, mientras que el atardecer que se aproximaba, la expresión en su rostro era de melancolía, aunque tratará de disimularlo.

Mariana querida, no sientas tristeza por mí, es la vida que me tocó enfrentar, como a otros compañeros que viven de dolor o de dicha, debemos afrontar nuestra realidad y seguir, sin tranzar. —explico el gato, apoyando su patita de algodón en la mano de Mariana. Pero de ti, ¿cómo ha sido?, cuéntame para conocerte más, para conocernos.

Estoy con mi madre en este trasatlántico, tú sabes la razón, para poder vivir. Mi padre falleció cuando tenía 2 años, en un accidente automovilístico. Desde pequeña he sido yo y mi madre, y acá estamos subsistiendo. Honestamente, no me gusta que no tengas nombre, todos merecemos una identidad. ¡Ya sé! Ya sé que nombre ponerte *Weichafe*, ¿qué te parece?

Mariana pensó en lo siguiente*, "su mirada de encanto me dice todo, vale más que mil palabras, ciertamente es un felino magnífico y misterioso"*

Se oscurece, debo irme.

Espera, Weichafe ¿te veré una vez más?

Aún no te has librado de mí, querida. No lo olvides, la tormenta pasará, la angustia se irá, tú puedes y renacerás.

Mariana, mirándolo pensativa le respondió, tienes razón, Weichafe, tienes razón.

Querido amigo, hace dos semanas, llegó el gato misterioso que conocí la otra vez a mi habitación, ahora él es mi compañero de navegación en esta voraz pandemia, se llama Weichafe, que significa *guerrero* en Mapudungún. Desde ese entonces, él viene a visitarme, porque yo sigo encapsulada, aunque los contagiados

han disminuido, nos quedamos conversando por horas y he podido reencontrar la felicidad gracias a él.

20 de octubre/ *Trasatlántico de la Salvación*

Querido amigo, Weichafe, mi compañero de navegación me ha visitado constantemente, casi todos los días, es un fiel amigo para pasar esta tempestad, para apoyarnos y enfrentar nuestra realidad en el barco. Pero debo contarte un hecho que me marco y a Weichafe también, un episodio inesperado y triste porque las despedidas son difíciles, pero a la vez, hermoso y significativo. Esto es para ti, mi Weichafe.

"Para mantener en mi memoria, para perdurar la compañía, para no olvidar la alegría ni la travesía. Un hecho como poesía, un hecho guardado como recuerdo, en ti y en mí, claro que sí, mi compañero."

Era sábado por la mañana, terminaba de tomar desayuno, mi madre aun dormía, porque paso mala noche. Weichafe, llegó más temprano como de costumbre. Nos quedamos conversando y leyendo unos poemas de autores latinoamericanos, fue una hermosa mañana, cercano a las 12:00 horas, Weichafe, actuó extraño, estuvo mucho rato mirando por la ventana, quizás admiró el mar pasivo que hubo ese día soleado con muy pocas nubes en el cielo.

Ya me debo ir Mariana. —dijo Weichafe.

¿Tan rápido? Llegas no hace mucho y ya te vas, aparte, ¿ir? ¿A dónde? —yo no entendí nada en ese momento querido amigo, pero él continuó:

¡Ay, compañera mía! Nunca te enteras de las situaciones que acontecen aquí en el barco, pronto llegarán a puerto y tendrás una nueva vida, como la habías anhelado.

No puede ser, está sucediendo lo que sentía imposible, pero, no quiero que te vayas, ven conmigo, podemos seguir siendo compañeros en tierra.

Querida e inocente Mariana, aún con 19 años, sigues siendo toda una niña ingenua.

Sigo sin entenderte Weichafe, te he conocido, pero, a veces, eres muy misterioso.

La verdad Mariana, es que, soy un espíritu, fui real, viví por muchos años, tuve la vida que te conté, y llegué a ti para liberarte de este caos, te di un alivio y fui tu oído.

¡¿Que?! ¿Cómo que fuiste real? ¿Cómo que "viví"? Me estás asustando Weichafe.

No te acuerdas, ¿verdad? Yo elegí morir en tu casa. Se debe a que un día me encerraron unos humanos, me forzaron a tragar algo de muy mal sabor, al rato, comencé a sentirme mal, con mucho dolor y cansancio, el cuerpo me pesó, cada vez más, la fuerza disminuyó, con las últimas energías que tuve las usé para buscar un lugar fuera de peligro y peleas de mis camaradas, porque las rivalidades entre nosotros era pan de todos los días.

Fue así como llegué a tu casa. Era un lugar tranquilo, bonito y cómodo para estar, confiado me quede ahí para recuperarme del dolor que no paraba sin cesar. Me viste y no dudaste en atenderme, me brindaste refugio, agua y comida, pero no tuve apetito, aunque el día anterior no comí nada. Sentía que cada vez la luz se apagaba.

Recuerdo que me llevaste a un cuarto envuelto en una manta abrigadora, fue maravilloso porque tuve mucho frío, me dejaste en una cama, tapado, al lado de comida y agua, me hiciste cariño por mucho rato, fue grato experimentar después de tanto tiempo el cariño humano y no las golpizas. Me dormí gracias a tu amor. Desperté porque una persona me estuvo examinando, no paró de tocar, mi lomo, cola, patas, cuello, abrió mi boca y ojos, todo fue tan repentino que me asusté, aturdido miré alrededor, buscando una escapatoria, pero te vi al lado de ese ser. Estabas tú y al instante, sentía tranquilidad, sabía que era por mi bienestar la presencia de ese señor. Él dio lo mejor para que viviera y tú también, pero ya era demasiado tarde, debía irme.

Mariana, nunca pude agradecerte lo que hiciste por mí, me disté una muerte digna y menos dolorosa, por eso estuve contigo todo este tiempo. Ahora sígueme.

Espera, no puedo salir.

No temas, ya dejaste de estar encerrada, hoy a 9:00 am, el capitán dijo que los pasajeros pueden salir de sus habitaciones, el virus ya no está en el barco.

Lo seguí, pasamos por la proa, la popa, la cubierta hasta llegar al lugar donde nos conocimos, la terraza. Weichafe, saltó hacia la baranda, quedándose sentando sobre ella, me pidió que me acerqué, lo hice y juntamos nuestras frentes.

Mariana, ahora es mi turno, quiero que vivas, como tu trataste conmigo, no temas por el futuro, lo inesperable e inexplicable acontece en nuestras vidas y debemos hacer frente, los planes que tienes en mente realízalos, no cuestiones si es lo correcto o no, ni lo que otros te digan, tú puedes ser lo que desees ser y no será lo último que hagas, que siempre sea lo primero. Se feliz Mariana, se feliz y renace.

No quiero que te vayas, fuiste quién me sostuvo en este tiempo, sin ti no sé cómo lo hubiera logrado.

Mariana, mi compañera de navegación, la vivencia que pasamos juntos en esta travesía, será la fuerza para que sigas adelante, te caerás muchas veces, pero muchas veces te levantarás y continuarás. Lo que viviste en este hermoso barco, tu hogar apreciado, que finalmente así lo sentiste, será nuestro mayor secreto. No lo olvidaremos, siempre lo recordaremos.

Antes de irme, debo decirte, que siempre me gusto el nombre de *"Transatlántico de la Salvación",* este barco lo fue para ti y tú lo fuiste para mí.

Fueron sus últimas palabras antes de esfumarse en el aire como una nube viajando por el cielo hasta llegar a lo más alto posible.

Gracias a ti, mi querido compañero de navegación, así bautizaré a esta nave, *Trasatlántico de la Salvación,* le susurré mirando al cielo, mientras una brisa fuerte me envolvió; hasta el alma y mi rostro se cubrió de lágrimas, no sentí angustia ni inseguridad, sino emoción y tranquilidad de haberte conocido…

Mi pequeño peludo compañero de embarcación.

FIN

LIRNA QUINTANA TALVAC

Vive en Arica en la frontera del norte de Chile, por eso lleva el desierto y el mar a donde quiera que vaya, entre otras cosas se ha formado como Trabajadora de las artes, profesora de Lenguaje y Comunicación, Mg. en Ciencias Sociales Aplicadas, convencida de que una de las labores de las artes es el trabajo por los derechos humanos y la dignidad de las personas.

Aullidos, 26 de junio 17:00 Horas.

En el buque corre un rumor, se escuchan aullidos hace una semana, he tratado de estar en cubierta hasta tarde buscándolos, pero a las niñas no nos permiten ver el cielo de noche, dicen que la boca de lobo nos puede comer o que damos mala suerte. Exploro lugares que se vuelven infinitos, entre tantos sonidos porque el buque no duerme, una vez pude escuchar el aullido, no siempre logro quedarme lo suficiente para ver de dónde viene, parece que alguien me llama, suena cerca.

—Elena dónde estás—.

Trepada en el mástil, el viento me susurra al oído —gira para que te noten —el aullido ¿aparecerá esta noche? Tengo un poco más de tiempo, en mi litera dejé un almohadón con las cintas de mi cabello.

Desde arriba veo una anciana que camina con un saco a cuestas, es como una sombra, hoy tararea otra vez la misma canción, el viento trae consigo la melodía —cuna, acuna, la mece la luna, cuna a cuna la mece el mar, cuna a cuna el viento la frota, cuna a cuna … ¿quién va? —la anciana habla su voz es profunda —Niña es tarde para ti, está helado, deberías ser menos traviesa, ven acompáñame lleva este saco contiene algunas piedras de

luna, hay que ordenarlas para que sean libres, refugiémonos antes que nos descubran, que te siguen buscando.

Con la anciana llegamos hasta la cubierta de botes, hay uno que tiene techo y es grande, me recuerda a la casa dónde vivíamos antes de todo, este bote salvavidas debe ser del capitán, porque es el más vistoso.

—ayúdame, Elena, no puedo distinguir bien estas piedra son todas de un blanco similar, y mis ojos están cansados, eso sí para ordenarlas debes cantar cuna, acuna se mece la luna… canta conmigo haciendo bulla no entra el frío—

La melodía que me enseña suena burbujeante es como un vaivén que enceguece y reconforta, esto ya lo sentí antes. Hace unas semanas nos topamos con una familia de ballenas, es el mismo sonido no me puedo equivocar, pero no es posible ellas siguieron su ruta, el sonido es acogedor.

¿niña tratas de buscar el aullido? ¿Estas ansiosa? Si quieres ver de donde proviene seguimos cantando, mientras debemos encontrar cómo se unen estas piezas, prende el fogón que no me puedo agachar, la, la, la acuna la cuna… ¿qué harás cuando veas al lobo? Dicen que al mirarlo a los ojos te dice algo sobre tu alma.

¿cómo un lobo llegó a un buque en medio del mar? Además, todos asumen que es macho y ¿si es hembra? ¡tal vez sus cachorros estén perdidos y necesitan comida! podría escabullirme en la cocina y conseguir leche o ¿tal vez ella está herida? La noche anterior se escucharon disparos, un marino vio una sombra veloz moverse en cubierta ¿tal vez se sienta sola?, yo creo que es hembra, señora escuche un aullido.

—Querida cuentan de donde yo vengo que solo las traperas pueden verla, esas son las mujeres que recogen los huesos de los animales, para que no se olviden de ellos ni de sus espíritus, al reunir las piezas ellas despiertan a la loba, ¡cuidado que el fuego que no se apague! ya casi terminamos con esto alcánzame la última piedra del saco, todo tiene su orden y su tiempo, escucha ese fue el segundo aullido—

Estas piedras son todas blancas y livianas, unidas parece que me hablaran, guardan al viento, mi cuerpo vibra, es la misma sensación que tengo al trepar el mástil o cuando sobre el caserío extiendo mis brazos y me dejo llevar… ellas llaman al viento, ¡otro aullido! ¿qué hace una mujer en el marco de la ventana? Sus ojos qué bellos, el sonido de las ballenas se desvanece, son los ojos de la loba, mientras a lo lejos escucho como desaparece mi nombre.

—¡Elena, dónde estás!—

Cuando entras en los ojos de la loba, el tiempo se paraliza, el sonido del agua te envuelve, vuelvo al día que subí al barco, la mano de mi hermana aprieta fuerte la mía, vuelvo cuando jugábamos en la calle cerca de mi casa y la recojo porque se raspó las rodillas, vuelvo a sentir su mano mientras nos hacíamos las dormidas, pero en realidad contábamos historias hasta tarde, vuelvo cuando una ola casi nos saca de la orilla de la playa, su mano firme a la mía, luego su mano suelta la mía cuando baja del buque y yo..

—pequeña cuando entras a los ojos de la loba ella muestra lo que desea tu alma—.

Quitar la Maleza —día 208, 17:58/

Aquella tarde Amani se acostó cansada, pensó que realizar con precisión y meticulosidad todas sus tareas en la cocina del barco, le permitirían acostarse cansada y dormir profundamente, incluso ayudó en los quehaceres a su compañera de camerino Suri. Esta noche hay eclipse lunar, a pesar del cansancio Amani no logra dormir bien, se revuelca en la cama, sueña y se despierta, camina somnolienta hacia la litera de su amiga.

¡Suri! ¡despierta! otra vez el mismo sueño en el mismo lugar, incesantemente se repite, por lo menos estoy lucida, y no tuviste que traerme desde la bodega por caminar dormida, mis pies se congelarían de nuevo.

En el sueño la imagen de la casa de mi abuela vuelve, nunca quise vivir con ella, el orgullo de mi papá de no explicarnos por qué salíamos de nuestra casa, mi tozudez al pensar que era momentáneo, que nos dejara ir de su lado fue una traición, bajo mi mirada de niña. Él no quería que nos fuéramos, aunque nuestra casa se estuviese rearmando en medio del caos, ya no podía sostenernos, las plantas se deshojaban, perdían el color y aún no era otoño. No es que mi papá no confiara en mi abuela, sólo eran distintos y ambos orgullosos, mi papá tenía su historia de comunista por eso la relación no fue fácil.

Tú extrañas a Galatea querida Suri, emprendiste este viaje porque querías dejar atrás el amor que sientes por ella, yo subí a este barco porque estaba huyendo de la peste, de la herida de lo injusto, el abandono, la culpa, nunca pensé que estas profundidades develaran que en el fondo es mi peste la que me persigue. He llegado a pensar que el mar descubrió que estábamos escapando Suri y quiere divertirse, nos hipnotiza con el movimiento de la marea, atrapa nuestros cuerpos con sus algas mientras dormimos, envía mensaje en la bruma de la madrugada, así consigue despertar la memoria.

Un ojo de buey tapado con un trozo de tela deshilachado y transparente, Suri duerme mientras Amani le acaricia el pelo, mientras le termina de contar su historia. La puerta de la habitación se encuentra entreabierta.

Amani, ¿de qué hablas? Ven acurrúcate conmigo y trae tu colcha, el mar se embravece, aún no amanece, quiero seguir durmiendo cuando despunte el sol finaliza tu historia, tus sueños hacen interesantes las mañanas. De pronto el eclipse removió en ti la casa de tu abuela, has soñado por parte rearmando el comedor, limpiando el ante jardín, pintando las paredes. Querida mira por la ventana el agua hace torbellinos afuera, es tu espíritu el que embravece todo Amani, escuchaste que merodea una loba en el barco y ¿si esta vez cruzamos la escotilla para verla?, qué

cosas digo, amiga durmamos que debemos despertar temprano a pelar papas.

La otra vez casi caigo tratando de cruzar la escotilla de noche, pero el cordonaje no me dejo pasar, es extraño que estuviesen sueltas las amarras, fuera de lugar, como el patio de mi sueño, la tierra estaba seca, incluso la maleza, el granado comido por los conejos, los conejos muertos y desenterrados por los gatos ¡Suri! acompáñame al patio del vecino, la muralla esta quebrada podremos pasar sin problemas, la señora que cuida ese jardín nos puede regalar algunas camomilas y un ciprés para trasplantar, el ciprés lo pondremos cerca de nuestras literas para sentirnos seguras en este viaje, las camomilas sirven para los mareos, irán en el catalejo del capitán o en la cola para que el vigía no se impresione con la ventisca.

Necesitamos tierra buena para sembrar, hay que sacar la maleza enraizada por las paredes y cimientos de la casa, Surí incluso envuelven el cordel para tender la ropa.

Amani rompe con fuerza unas sábanas viejas, descalza sale por la puerta del camarote, toma unos fósforos y comienza a subir por la escalera, Suri se levanta para ver qué es el ruido, cuando sale por la puerta su amiga se encuentra cerca de la escotilla

Amani, afírmate bien de las barandas y vuelve, baja por favor ¿qué haces con fuego? ten cuidado con esos amarres y cordones, nos quemarás a todos ¿qué haces?

Suri hay que quemar la maleza para que vuelva el jardín.

Urgencias, 14 de julio a las 8.00 Horas.

Las nubes llegan, el cielo truena, las olas comienzan a correr, desalojan cubierta, atrincan botes salvavidas, aseguran líneas, cierran escotillas y revisan traga vientos. Carolina se encuentra en la cubierta del buque, entremedio de todo el movimiento busca a alguien.

Las luces tintinean, apagón, vuelve, apagón ¿tan luego se va la luz? tranquila respira, no hay silencio en la tormenta, si lo hubiera eso quiere decir que estamos en el fondo del mar, mis oídos se me abomban, el mareo vuelve, mejor me aferro a las cuerdas ¿dónde estás? todo se descontrola ¿eso no es normal? los tripulantes corren, gritan y golpean puertas ¿motín? ¿y tú dónde estás? Vaya día para reencuentros

La noche anterior un niño corre en el comedor del buque, jugando le entrega un mensaje escrito a mano a Carolina ella conoce esa letra, todos cenaban con una particular tensión y se murmura más de lo normal. Carolina observa la carta dudando si leerla o no, la guarda en su bolsillo, finalmente la ansiedad la devora, abre la carta camino a su camarote.

Querida Caro espero que leas esta carta antes de botarla, no respondiste mis mensajes, todo era complejo para ambos, tú decidiste, bebimos, cenamos, paseamos deliciosamente, aún recuerdo nuestros encuentros. Si no me respondes lo entiendo, aunque si me lees ya es un paso, si decides dar otro juntémonos mañana en cubierta al atardecer, a ver si encontramos un par de estrellas que se acuerden de nosotros, extraño mirar el cielo juntos querida. Con el mismo cariño de siempre Nico.

Carolina vuelve a leer la carta, la guarda en su bolsillo mientras decide dónde guarecerse, ya no puede seguir esperando a Nicolás.

Estas son tus letras después de tanto tiempo ¿extraño mirar el cielo juntos?, desde anoche el recuerdo ronda mi cuerpo, quieres que brindemos por la nostalgia, las tablas crujen, cruje mi útero, crujen mis memorias, cruje el casco, azota el orgullo, sí, el fondo del mar es tu lugar ¿y el mío? ¿por qué luz de navegación se apaga? ¿el capitán quiere perderse? Aún hay gente aquí en cubierta, el mar golpea, este caos nos hundirá todos.

Camino a la cámara se encuentran Nicolás y Carolina.

Caro viniste, por fin te encuentro, el agua se desliza por cubierta, estás empapada, entremos a la cámara, hay un motín

tratan de destituir al capitán, nunca pensé que nos volveríamos a encontrar y menos acá, te vi contándole cuentos a los niñes, se reían y hacían sombras con las manos, te vi tratando de convencer a los demás para distribuir las provisiones, te vi…

Yo no te quise mirar, hace bastante decidí dejar de verte, pero si te recordé susurrándome al oído, hace una semana te sentí abrazarme, se me cruzó el ayer y esa última mañana ¡de qué sirve recordarte! viniste con tu familia, tu pareja, de qué sirve que nos veamos una vez más. Está todo revuelto afuera por lo menos acá en la cámara eludiremos un poco el caos, ¿qué harás con esa soga? ¡no te acerques, no me toques la cintura Nico!

Te amarro por seguridad, para que no te caigas, el barco se mueve con fuerza, el agua entra por las ventanas de la cámara ¡suena la sirena Caro! el barco se prepara para cruzar las olas, no hay chaleco salvavidas, este oleaje no se evade se atraviesa, cuidado con la cabeza, vaya manera de reencontrarnos, hueles a mar.

¿Seguro de lo que dices? Atravesar marejadas es de valientes, a veces pienso que prefieres vivir en el pasado, cuidado con tu soga, las olas están bravas no se vaya a anudar en tu cuello ¿quién notaría tu ausencia? en medio del desorden del motín parecería suicidio, afírmate de lo que puedas, pero de mi no.

Mujer te escribí para que nos viéramos y hablar de todo, sé que ha pasado tiempo, desapareciste de pronto, pero ahora no es el momento de aclarar, el barco tambalea en una boca de lobo, nadie le da dirección al barco, cerraré la puerta otra vez que comienza a entrar el agua.

Mientras Nico se acerca a cerrar la puerta de la cámara, el tiempo se hace lento Caro escucha la risa de un niño que se acerca acompañado por una ráfaga de viento, él se sienta en sus piernas, ella lo acaricia cobijándolo en su pecho, luego mira con decisión la soga que sostiene el equilibrio de su compañero en medio del vaivén.

Sabes Nico prefiero que la soga te quede de grillete, para que te ancles al barco, besa al mar de mi parte, tu no saldrás del

abismo, allá debes quedarte, no alcanzarás a ver como vuelve la calma. Las luces de navegación se encienden.

Lucidez, 07 de agosto 13:13 Horas.

Varios meses en alta mar, entre pérdidas de norte, marejadas, ventiscas, uno que otro día de sol, encallamos y sobrevivimos No pudimos contra el ruido del caos interno, el desdén de la embarcación no tiene límites, varios motines han ocurrido, el que aún me llena de coraje es el de Minerva, pese a que la arrojaron al mar.

El viaje nos confrontó, cuerpos doblegando a otros cuerpos por ideas de salvación, varios han caído por la borda, insurrectas nos llaman. Sigue siendo hermoso el horizonte azulado, aunque hay días que no me percato de sus matices, la deriva, el miedo, la rabia, la constante alerta cambia el cuerpo, dejarme caer por la borda y ser libre de esta lucha incesante por sobrevivir o llevar la vergüenza de la derrota.

Ha pasado el tiempo, Elena en su rutina de servicio en el comedor es acompañada por otras mujeres, el plan estaba urdido, ella servirá la bandeja, él con mirada lasciva seguirá sus manos, atento al movimiento de su pecho y su respiración mientras ella dispone vasos y servilletas, él le enrostrará una vez más el acto cobarde de no saltar por la borda, para verla sumisa, callada, con el cuerpo tenso, el marinero bota la bandeja al piso.

Recoge y limpia nefasta a eso volviste cobarde, para atender a quienes mueven esta embarcación, los motores no tienen fuerza propia ni poseen dirección, mantener en orden a los subordinados ¡querías caos! nosotros somos su única oportunidad de sobrevivir, no volviste para servirte, vives para mí.

El primer oficial patea la bandeja en el suelo, Elena sostiene la mirada del marinero con una extraña paz, le acercan un balde con agua, ella se agacha y concentra su atención en el sonido

circular del cepillo cuando restriega el piso, mismo sonido que escuchó cuando por primera vez subió al buque carguero y un marinero limpiaba el vómito de su superior.

Huir de la peste ese era el plan, pero la llevábamos profunda e impregnada, por eso cuando nos escabullimos en este buque de carga, nos arrojamos como si fuese nuestra salvación, y eso es lo que será, no volveré a restregar mis manos en tu tiranía, ni soportar tus miradas, este cuerpo no está bajo tu mando.

Elena saca una hoja de lata afilada escondida en el balde, se abalanza contra el primer oficial, sus compañeras se habían acercado para apoyarla, a su alrededor el veneno comienza a hacer efecto, caen los tripulantes uno a uno al piso, mientras ruedan con espuma en sus bocas, suben al primer oficial a cubierta.

De qué sirve tu cargo marino si sangras igual que todos, no queda nadie que siga tus órdenes ¿caminarás hacia la borda? o ¿Tal vez necesitas un empujón?

Crees que esto se acaba aquí insurrecta, si caigo al mar, la historia se repetirá, otro llegará y te arrebatará el mando, otra pensará que lo puede hacer mejor tú, otro te adulará y engañará, terminaste siendo una carnicera, lacaya de tus demonios, lanzándome al mar no podrás olvidar mis ojos ¿podrás dormir? ¿para qué te esfuerzas si ya estamos muertos? quedan pocos tripulantes ¿quién navegará este buque?

De pronto una bandada de pájaros cruza el cielo, todos sobre cubierta los miran atónitos, se corta la respiración colectiva, lentamente Elena gira observando el horizonte, se deleita con los matices que producen los rayos de sol en el cabello de sus compañeras, la brisa acaricia su cara, respira profundo elevando los hombros, reencuentra su alma, mira a su derecha y descubre el buque de carga atado a un puerto, escucha como sus compañeros ríen mientras cargan comida, ve como un viejo oficial restriega el piso sin parar de forma circular.

Abrázame, 21 de agosto 11:00 am

La luz del atardecer deja tonos purpúreos y naranjas en el aire, entiendo al mar y sus movimientos, eso me permite entrar a mis sueños y escuchar con claridad las voces que hay en ellos. Todo firme y ensamblado, el barco La Intrépida se rearma constantemente con corales multicolores, una a una las grietas rebosan de vida, la quilla está firme y reforzada.

Casandra desde la proa de la intrépida devisa a lo lejos, una majestuosa Medusa León, la observa atónita en sus tentáculos parece traer fuego, usualmente no se dejan ver, es una de las más grande de su especie y gran cazadora, en su lomo carga a una joven que trae su ropa y su piel quemada por el sol.

Casandra baja en el bote del barco sus compañeros la ayudan jalando las cuerdas, se acerca a la joven, sus miradas se llaman. La joven trae consigo un collar con un prendedor en el cual aparece un nombre Elena, un prendedor similar lleva Casandra en su muñeca.

Viajaste sobre esta medusa León, la corriente las guió hacia nosotros, ambas se encuentran rendidas. Elena por fin juntas se desvanece el día que se separaron nuestros rumbos, belleza, descansa en mis brazos que abordaremos este barco. Aprendiste el lenguaje de las estrellas como nuestra abuela nos enseñó, atención a los mensajes de las ancestras, cuando las necesiten aparecerán como susurros y guiarán el camino, tus ojos son de un grisáceo profundo, llevas la templanza del mar en ti.

Elena acomoda sus cabellos largos, observa como el cielo es atravesado por las últimas nubes del atardecer, sus extrañas formas le recuerdan su travesía.

Casandra arraigadas al devenir del oleaje viviremos juntas, vamos a tu camerino y sembremos mangos en la huerta, para celebrar con sus frutos, esta noche hay luna nueva, ella les entregará fuerza a las semillas para crecer y danzar, ¡mira! las luciérnagas del mar iluminan la escalera del barco.

Mientras suben la escalera, Casandra muestra a Elena uno a uno los portillos de la intrépida, son pequeños remolinos que llevan a otros lugares, ellos abren el tiempo y unen espacios.

Este portillo de babor lleva a un lugar donde no importa el idioma para entenderse, porque el lenguaje está en el cuerpo, territorio respetado y sin pecado original, sus expresiones se viven sin culpa, porque no buscan domar con miedo. En este otro portillo el remolino deja entrever orquídeas y caléndulas, es la vegetación, ella se ensambla armoniosa con las construcciones urbanas, todo lo que crece se respeta, la niñez crece libre, es cuidada con justicia, ella no tiene los ojos vendados, su mirada es certera, no hay cadenas ensangrentadas que sostengan las balanzas y quiten filo a su espada.

Hermana entonces el barco lo habitamos todos al mismo tiempo, somos como los corales, todos en distintos tiempos construimos y vitalizamos a la Intrépida. Esta noche hablaré con las estrellas y les contaré el viaje que ahora veo en tu mirada.

FIN

DOLORES REINA

Actriz, gestora cultural, y soñadora apasionada. Coordinadora de "*Bitácoras de una navegación*". Nacida en Santiago de Chile, En la actualidad vive en la región de Antofagasta, Chile. Trabajadora incansable de las artes escénicas, eterna aprendiz, obrera del teatro, agradecida de la vida y primera a bordo en esta embarcación. Crea, gestiona, prueba, transforma la vida y las cosas que le rodean. Vuelve a empezar siempre que sea necesario y cree que nunca es tarde para nada.

28 de Junio, 18:00 hrs. antes de partir.

"Todo lo que permanece de ti, en mí,
es sólo un recuerdo"
Tus ojos estaban fijos en el piso.
Murmuraste, sin muchas ganas, esas palabras que no puedo olvidar ...
No me abrazaste,
La peste nos había robado ese derecho.
Cerrando la puerta,
Saliste infinito por mi memoria,
En medio del caos, desapareciste
Te esfumaste frente a mis ojos, como mi alma ...

Afuera, todos han dejado sus casas
El reloj musita, ha llegado la hora de partir.
Secando mis lágrimas.
Acomodo mi mascarilla, me levanto y sigo.

La calle amplia está silenciosa, vacía.
todos se han embarcado.
Me detengo un segundo antes de embarcar, cierro los ojos, dejo caer mis cansados pensamientos.
veo por última vez la tierra.
El ocaso dorado enciende el borde desértico de mis cerros,
la luz del sol enardecida se sumerge en el océano, todo se ha iluminado,
el barco está a punto de partir.

Bienvenida, me recibe un hombre de voz ronca, sin mirarme.
Los pasajeros con apellidos de la A a la D avancen a babor en dirección a la proa.
Luego repite indicaciones recordando que mantengamos la distancia social.
Avanzo en silencio, en el fondo está la luz, no tengo miedo ...

Abro la pequeña puerta del camarote
El olor de la madera húmeda inunda el aire
fundiéndose con el aroma del mar.
Me dejo caer en el borde de la litera
en mi cabeza las olas corean, retumban, repiten,
insensibles, salvajes.
"Todo lo que permanece de ti, en mi
Es solo un recuerdo"

Bitácora del 1 de julio, a las 06:00 hr. Navegando

Despierto y estrello mi cabeza contra los tablados del camarote
Este espacio es muy pequeño para mí.

Recostada, mis talones tocan justo el borde de madera de la cama que enmarca mi cuerpo, me muevo un poco para ponerme de pie, me encuentro con el techo y me vuelvo a golpear.

Voces, risas, murmullos.

Con dificultad miro por la claraboya, aún no sale el sol y ya están ahí, riendo sobre la cubierta.

Tengo miedo.

Miedo de salir y que no respeten la distancia.

Miedo de salir y que no usen mascarilla

Miedo de salir y encontrarme con ese joven que en la escotilla de carga mece a una rata sobre sus piernas.

Está llorándose a sí mismo,

Está perdido en su abismo.

Se revuelven mis entrañas.

Aparece clara la mañana y voy quedándome aquí, junto a mi...

El viento rebotando en la ventana me habla, me impulsa, me llama

Ve, Avanza, ves esa rata? A él le da todo el amor que a ti te falta.

Ve, avanza, dentro de ti, nada te pertenece.

Debes salir, están todos esperando que la peste muera al fin.

El silencio regresa, el viento se calma.

Pétrea observo a través de este ojo de buey lo que hoy es el mundo, el día, el ahora.

El vaivén me paraliza, siento frío.

Pienso en ti.

Está el camarote pequeño, la gente riéndose, el chico con la rata, el viento en mi cabeza, la luz de medio día, el mar golpeando mi razón y la absoluta inmensidad.

Se me escora el corazón, Corazón, estamos varados ante nuestros destinos, ante la incertidumbre de sobrevivir, ante el infinito después y sin embargo …

El joven aún está ahí
el día sigue.

Bitácora del 17 de julio. 23:00 hrs. Tormenta.

Cruje con fuerza la madera
El barco no cesa en su vaivén
No alcanzo a percibir mi peso, hace frío, vacío el infinito, llueve.
Se me revuelve el estómago, intento dar un paso, confundida avanzo.
Me quedo en silencio, en silencio como el firmamento
Lo eléctrico se avecina, ilumina el horizonte. Quiero decir algo, pero no sale nada.
Lágrimas caen lentamente sobre mí, me vuelvo mar, me voy diluyendo, transformando, entre sudor y llanto.
Miedo.
Su voz atraviesa mi cabeza como una lanza y comienzo a sangrar
Hay alguien ahí … Sigues ahí … ¿Hay alguien ahí?
Sin decir nada, atrapada en el camarote, mi corazón no deja de gemir.
Contenida. Queriendo explotar
Ser ola que rompe en la roca
Espuma que se convierte en sal
Callo una vez más

El agua comienza a entrar en la habitación cubriendo mis pies, están fríos
arrugados, gélidos, pálidos
Salgan ahora, Salgan ahora, Salgan ya!
Afuera un hombre vociferando**.**

El llanto de los niños clamando, los lamentos de una mujer que perdió a su hijo.

El estruendo de sus voces taladra en mi sien

Y yo sigo aquí, en mi camarote, sin poder salir, el agua comienza a subir sin piedad y cubre mis rodillas.

Esta vez no me voy a salvar

Aunque salte al vacío, desvaneciéndome en el aire, convirtiéndome en mar.

La tormenta sigue golpeando fuerte en mi cabeza

Escucho a la gente clamando, huyendo. "Moriremos esta noche, todos moriremos".

Le hablan a dios, le prometen la vida que tendrán …

El tiempo está frío

Y yo aún estoy aquí, inquebrantable, como estatua de sal, pensando en cuál será el mejor momento para salir de mi …

El agua comienza a filtrar por el techo.
Escucho las indicaciones
A babor, no, a estribor
Todos sigan al capitán, mujeres, niños, rápido!
El caos, suplican.
No nos vamos a salvar!
Escúchame dios
Me arrepiento de todo lo que hice
Dios!!!
Te amo!
Mamá, Mamá!!!

El agua inunda mi cadera
Todo se mueve
Me golpeo una vez más
mi cabeza se abre
cae el líquido caliente sobre mi pecho

comienzan a brotar recuerdos, palabras, nombres, el mar, las olas, la espuma sangrante en mi boca, la noche, las estrellas, el silencio.

Vuelvo en mí.

y yo sigo pensando en ti, en tus ojos, que como dos gotas de plata me miran desde la oscuridad ...

Si creyera en dios también le preguntaría por qué.

¿Por qué me has abandonado?

Bitácora del 10 de agosto. 07:00 hrs. Vida.

Todo se repite como una secuencia exacta en reversa.

Estoy sumergida en el agua, luego la penumbra devora mi memoria.

Las voces se funden unas con otras.

Son una gran ola que no deja de moverse, que da vueltas dentro de mí.

Despierto, intento levantarme, no puedo.

Siento el murmullo a mi alrededor, una figura grande y oscura se acerca.

Ha roto la pequeña puerta de madera que me separaba de todos, que me protegía del exterior.

Tírala del hombro, está viva

Se escucha otra voz desde lejos.

La luz comienza a inundar el espacio.

El barco SE DETIENE

Mi cuerpo no pesa, no alcanzo a decir nada, dejo que me toquen, que me carguen, que me lleven.

La distancia social no existe.

Avanzamos justo afuera de mi camarote, a los pies de la escalera que me llevará por fin a la cubierta.

No he tocado la luz del sol hace 121 días.

Ni he sentido la brisa marina sobre mi rostro.

Confundida, sin poder hablar, otros hablan con certeza de donde me deben llevar.

En absoluto silencio, dentro de mi
Todo se repite una y otra vez como un círculo.
El hombre, mi cuerpo, el agua, el camarote, el miedo.

Intento darme un impulso
No Puedo con mi peso
no me levanto, no me muevo.

Comienzo a temblar
El aire se impregna en todo y en mí.

Mis mandíbulas comienzan a chocar entre ellas
el traquetear de mis dientes llega hasta el centro de mi estómago
Abre la tapa de la escotilla, apúrate, aún respira.
Ayuda, acá hay alguien.
Las manos a mi alrededor se multiplican,
Mi cuerpo se eleva
Quiero abrir mis ojos, lo intento, la luz me enceguece.
Inmovilizada con el alba apoderándose de mi
Logro distinguir otra vez.
sobre la cubierta, hay un montón de rostros sin nombre
que luego serán nombres sin rostro
Nombres que leeremos de forma rápida en la prensa habitual.

"¡Cámbienle la ropa, abríguenla, pónganle en una camilla con los sobrevivientes, veremos si se salva"
Me llevan
Veo nítido el cielo
Volteo mi cabeza para ver un poco más
El horizonte está lleno de formas humanas que nadan hacia el barco.
A lo lejos un hombre abrazando a una rata
a la rata abrazando una tabla
y a la tabla besando el mar que la sostiene …

El eco de mi corazón retumba en la quietud
el olor a putrefacción se funde con mi pensamiento
en la habitación un coro de lamentos se confunde con mis pensamientos.
Diáfana, infinita, me entrego una vez más al sueño.
Alguien coge mi mano y dulcemente susurra:
"Tranquila, te vas a recuperar"
La voz de la mujer vuelve cálido el aire y mis deseos.
Dejo caer mi cabeza**,** por la pequeña ventana observo la calma del mar.
Somos una,ajena y sola, frente a la inmensidad ...
Bitácora del 01 de septiembre, antes de soñar.
Lloramos
Lloramos al ver el barco caer
Hundirse presuroso en medio de la noche
sumirse en el vientre profundo del mar
en la bóveda impenetrable que nos contiene
en su náutico y marino útero, en el silencio.

Estamos sumergidos
En el fondo del océano que nos acurruca
Diluidos, vueltos formas marinas,
sinuosas, que se funden con el mar.

Esperamos los vientos elíseos venir
que nos lleven al paraíso perdido,
a la Atlántida prometida
Aquí, ahora, sólo nos une la espera.

En medio de esos cuerpos fundidos, una voz aparece.
Acércate, susurra
Mientras trenza las algas doradas que cubren su cabeza.
Aquí está tibio
En tu espíritu, lo que ha sembrado el sol, brotará.

Acércate
Toca mi corazón, corazón
Háblame
La noche está a punto de parir su primer rayo de luz antes de desaparecer,
Toma mis manos,
Desnúdate de tu tormenta,
coge estas alas
y conviértete en pájaro…

Los peces salvajes revolotean bajo mis pies.
La profunda oscuridad se transforma en mis cimientos.
Poco a poco el agua se trasforma en mis pensamientos
Todo se comienza a materializar
Te veo en el fondo
Nítido
Perfecto
diez metros me separan de tu próxima caricia
Acércate me gritas
deja que el tiempo cumpla la promesa eterna de tu abrazo
de tu piel
de tu calor
de tu carne,
de tu olor,
de tu cuerpo
ven
que ya no eres sólo un recuerdo
he vuelto para ti
y para siempre.

FIN

RODRIGO ROJAS

Cantor y trabajador de las artes. Originario de la región del Maule y hoy radicado en la Patagonia, en la localidad de Caleta Tortel. Movido por la investigación, vivencia y creación en el ámbito de la cultura tradicional.

Bitácora del día 1 de Julio 16:30.

—¿Y tú qué haces? —preguntó el niño desde su altura, empinándose junto a su voz hasta alcanzar la canosa mirada del hombre.

—Yo espero, vigilo y espero —respondió seguro el anciano Gerónimo, sin quitar la vista del mar, como si de antemano supiese la pregunta que se avenía.

—Mi mamá atiende a la tripulación, es la primera vez que trabaja en un barco, antes trabajaba en un hotel, pero dice que acá pagan más y no tenemos que pagar arriendo, mi tío no quería que viniéramos porque dice que es mala suerte que las mujeres se suban a un barco… igual se llevan mal —le contó el niño sin que le preguntaran.

—¿Y tú en qué trabajas? —la animosidad del niño lo impulsó a mantener una conversación que en cualquier otra caso hubiese cortado sin más.

—Yo soy niño, y los niños no tienen que trabajar dice mi abuela.

—Todos trabajamos en algo, trabajamos por lo que soñamos.

—Yo sueño todas las noches, mi mamá no sueña dice, no le da la cabeza con tanta cosa que pensar, pero yo sí. Anoche soñé con una gran serpiente que navegaba junto a nuestro barco y quería hundirnos, el barco se azotaba con las olas y apenas podíamos estar en pie, ella se enfrentaba con otra serpiente azul que vivía en el bosque, yo con mi espada luchaba contra las dos serpientes y la gente se unía conmigo para combatirlas peros la serpientes se cansaban y no querían pelear mas

Poco a poco el niño sumergía al viejo en el sueño, el pequeño relataba como blandía una espada haciéndola girar por sobre su propia cabeza, para luego abatirle un certero estoque al reptil, en un intento de quitarle la vida que su propio relato le entregaba.

—Quizás no tengas que pelear con las serpientes.

—Es que si no me aburro... oiga ¿sabe cuánto falta para llegar?

—Nos queda un largo invierno por delante

—¿Y a dónde vamos? Mi mamá me dice que en algún momento tenemos que volver a donde estábamos antes de este viaje

De pronto se escuchó un grito dirigido al niño, era su abuela que lo buscaba desesperada por la cubierta. El niño se fue sin despedirse tras el tirón que le dieran, sin decir nada, sonriendo, como si no nunca hubiese visto al hombre o hubiese escuchado la reprimenda de su abuela.

El anciano Gerónimo vio alejarse a su pequeño inquisidor, jugueteando entre las piernas de su abuela. En un murmullo de voz le dio contestación, masticando una respuesta a esa pregunta que había quedado suspendida en el aire.

Hacia la primavera azul de tu sueño.

Bitácora del primer jueves de Julio.

Tras varios días de azote incesante la mar finalmente se calmaba, desde la embarcación era posible divisar la orilla, la espesa niebla se había despejado y se respiraba en el aire una pequeña tregua. El frío se mantenía firme y los cuerpos debilitados ya no eran capaces de resistirlo.

El hombre que dirigía la embarcación se mantenía al frente, no había pronunciado palabra en todo el día, bolsas azulosas bajo sus ojos, una frente surcada de años circunscribía su mirada que estaba perdida en un tiempo que caía irrefrenable. Tras de sí los tripulantes dejaban solo una leve estela y se dirigían al encuentro con un navío a la espera de noticias.

El barco al cual se acercaban iba comandado por un joven avezado y destacado en su formación militar, quien con un largo abrigo hacía frente al gélido clima austral. Descendió del navío junto a dos de sus subordinados en un bote de acercamiento.

Al llegar ambos hombres se saludaron, el semblante del más joven ya develaba que las noticias que portaba no podían ser esperanzadoras

—¿Cómo sigue la situación en tierra?

—Los reportes hablan de más de ocho mil muertos, los enfermos pierden la capacidad de comunicarse y la comida se ha ce cada vez más escasa.

—¿Establecieron ya la causa?

—No lo sabemos con certeza, la población está cada vez más diezmada. Muchos cargan con el mal dentro de sí y ni siquiera lo saben, contagiando al resto.

—¿Cuánto tiempo va a seguir esto?

El joven lanzó una mirada que solo evidenciaba consternación, sin claridad, sin certezas, una réplica que no contestaba nada. Tras el silencio enunció —¿Cómo están ustedes —

—Bien —respondió parco —no nos falta nada.

—Tenemos provisiones para ustedes, les corresponden estos alimentos y además les trajimos abrigo.

—Quédenselos —le dijo al joven, rechazando la ayuda —tenemos lo necesario, con eso bastará.

El no insistió, sabía de la terquedad de su par.

—Bueno, espero que se mantengan bien, será mejor que continúen navegando. Pero precaución, esta paz es solo el ojo de la tormenta.

—Así será —dijo el hombre, y ambos tomaron rumbos contrarios.

El joven con sus dos subordinados volvían al barco, para retornar surcando la mar en dirección recta hacia tierra, aprovechando la frágil tregua que aún se mantenía

Por el otro lado nuestros navegantes se sumían en la profundidad del azul, el mar se alimentaba de la lluvia que comenzaba nuevamente a caer y estruendos hacían eco en los muros de piedra que delimitaban la hondura austral.

Tomó el mando una mujer, dieron una y otra vuelta en círculo y en un hecho que resquebrajó el tiempo, avanzaron doscientos años atrás, internándose entre los fiordos a navegar el frío de los canales, recogiendo solo lo necesario y calentando sus cuerpos con el fuego que permanecía incólume en el medio de la frágil canoa, sabiendo que lo único que podía salvarlos de la peste era seguir alimentando con leña seca el fuego de la memoria.

Bitácora del 29 de Julio, Mar Amaranto

Querida Esperanza

Discúlpeme no escribiese antes, llevo días pensando en ello y hoy finalmente me decidí, es que no era fácil hacerlo con tanto vaivén, con tanto oleaje que nos ha tocado vivir. Le escribo hoy con la luz que se escapa, mi única orientación es este sol que besa de arrebol la tarde.

¿Recuerda que le conté del viaje que emprendería en alta mar? ¿Recuerda lo emocionado que estaba? Bueno, resulta que me embarqué a los pocos días sin imaginar el caos que vendría, un bello caos coma una noche desparramada de estrellas sobre el negro abrigado de la manta castilla de mi abuelo.

Hemos cobijado el desconcierto en nuestro seno y hoy nos mantenemos a la deriva, desorientados de tanto estar detenidos, lo que ha dado el tiempo para decantar los sentimientos y madurar la mirada. Hoy con usted quiero ser transparente, voy a ser transparente como la botella que cobija esta carta en su útero cristalino ¿qué puedo perder? Sí ya hemos perdido tanto. Dentro de esta traslucidez le diré que una vez aliviada la distancia quiero quererla tiernamente… por ahora me conformaré en abrigarme de deseo.

En este tiempo he aprendido a esperar hasta ya no esperar nada, hace días respiro la calma, como el remanso en que en un lejano puerto flotan sus ojos mirando la mar. Caen los días y ya no sé de martes, viernes ni sábados... tan sólo algún domingo marca mi estar con su trino nostalgioso.

Estos días de sosiego tienen un sabor a victoria. Y aunque sabemos que a la mar no podremos ganarle nunca, da gusto aliñar de salobre los pulmones en una aspiración profunda para luego soltar cantando en fiesta.

Debo decirle que arriba de este barco me falta tierra para zapatear una cueca jubilosa, hasta que no pueda hacerlo sabré que no hemos ganado nada y que esta tensa calma que vivimos no es más que una frágil tregua. Me falta tierra para trasplantar la flor que guardo en mi pecho, quiero un pedazo de tierra para marcarle las estaciones al año porque ya no se de otoños ni primaveras, tal como no se de martes ni sábados… solo sé de inviernos como se de domingos. Quiero hacerle un huerto al sentimiento para florecer de nuevo y revolcarme embarrado de sus hombros, de su huerto de vida.

Es que es vasta su lindura ¿sabe? Y tiene pintada en la cara este mar que hoy nos circunscribe de horizonte, con chispitas de espuma adornándole la nariz. Pero más que eso, usted es valiente, yo quisiera ser valiente como usted, porque abona de hidalguías el jardín y alrededor suyo florece de primavera.

Yo no soy valiente, yo solo voy a voy a exhalar en murmullo un canto en este sobre cristalino, voy a escribir mi deseo en esta carta y la tiraré al mar, sabiendo lo imposible que es que llegue hasta el remanso de sus ojos, lo difícil que aquel canto leve salte hasta su pelo y baje susurrando por detrás de su oreja.

Ser valiente es alzar la voz por los muertos que este barco abandona, es subirse al palo mayor a quitar amarras, es enfrentar con entereza una capitanía injusta, es renunciar al vuelo solitario para aunar las voluntades, es amotinarse tomando la historia en las manos y resistir un oleaje traidor disfrazado de orden y obediencia, es desnudarse en un aliento de poesía.

Mi única valentía será seguir navegando durante leguas de incertidumbre, y aun así continuar con el deseo de llegar a recalar alguna noche en su pecho.

Queriendo quererla, me despido.

Suyo si así lo permite y la mar nos consiente.

Afectuosamente Segundo

Bitácora de Navegación, Septiembre 2020, Mar Adentro.

La luz de la luna se colaba en la bodega a medida que la puerta se abría, contuve la respiración. Escuché un susurro, sentía los pasos firmes acercándose hasta la pila de cueros de lobos bajo la cual me escondía.

—Preséntese Señorita —una voz firme de mujer me interpelaba.

Me incorporé sin levantar la mirada, mi cuerpo sostenido frente a ellos se perdía entre los harapos que llevaba por vestido

—Imelda María Fernández Carrera, mi señora —respondí con una voz gruesa que pareció sorprenderles que viniese de mí

—¿Desde cuándo que habita el barco? —y sentí la presión de sus palabras.

—Perdí noción del tiempo señora, pero embarqué en Valparaíso.

—Oficio.

—Muchos y ninguno, durante mis últimos años me dediqué a cuidar lanchas por las noches.

—Acompáñenos por favor

Caminamos lento por la cubierta, no había luz en el barco más que la luna que lo develaba todo, el silencio era profundo como el océano sobre el que flotábamos y solo un viejo de manta habitaba la noche mirando la línea del horizonte que se desplazaba girando como la manecilla de un reloj.

—Vete a dormir, Gerónimo—le dijo la mujer

—Hay que hacer las noches noches y los días días, mi estimada capitana —respondió sin despegar la mirada de un cardumen de peces alzaban su vuelo en lo alto, siguiéndose unos tras otros.

Seguimos caminando por estribor hasta llegar frente a dos puertas veteadas, calcadas una de la otra.

—Esta será su recámara por el momento, mi habitación está al lado caso necesite algo, se le informará mañana del proceso, por lo pronto necesito que me entregue las llaves con que entraba y salía de la bodega.

Moví la cabeza de un lado a otro sin levantar la mirada. Entregarla habría sido una confesión de parte, y terminaría pagando no solo yo.

—¿No las tiene o no las quiere entregar?

—No las tengo señora —mentí

—Comprendo, y no me diga señora, llámeme por mi nombre, estimo que lo sabe. Buenas noches.

Había escuchado su nombre innumerables veces durante mis días de polizona, todos en el barco lo sabían, esa mujer era casi una leyenda, pero una leyenda viva que comandaba nuestros destinos.

Entré a la recámara, recostado en el colchón mi cuerpo llenaba la sobriedad del espacio, tras apagar las luces solo la luna con su luz entrando por la rendija de la puerta me daba algo de claridad.

Desperté de sobresalto con tres golpes sobre la puerta.

—Levántese señorita, en 15 minutos se termina el desayuno.

Me incorporé, puse los pies sobre el suelo y vi sobre la silla una muda de ropa limpia y sobre la mesa un lavatorio de loza blanca como la piel que heredé de mi madre, me lavé rápidamente y busqué la entrada al comedor esquivando uno que otro pez mariposa que se me cruzó en el camino. Cogí una bandeja, y en ella un pan, jugo y una taza de té, me senté silente en un mesón lleno de jóvenes, sus risas me embalsamaban el pecho dolido.

—¿cuál es su gracia señorita? — vi frustradas mis intenciones de pasar desapercibida tras escuchar esa voz desconocida pero que resonaba familiar dentro de mí.

—Yo, no hago muchas cosas — respondí trémula

—Me refiero a su nombre

—Imelda María Fernández Carrera

—Mateo Santos Fernández por mi parte ¿no seremos parientes? —y me extendió la mano

—Ellos son Roberto, Mauricio, Juan, Moisés y Cecilia — cada quien me hacía un gesto con la cabeza a medida que era nombrados —y este de acá que se ha comido 5 panes y dos pailas de huevo es Vicente… se tomó en serio eso de que acá nadie pase hambre… pero se le olvida que para que alcance para todos hay que medirse —y le arrebató un pan y la paila para dejárselos en mi bandeja, me hizo gracia. El joven Vicente ni se inmutó, todo

parecía bien para él mientras no le quitaran su jugo el que protegió con su cuerpo.

—¿Y que la llevo a embarcarse señorita polizonte? —siguió preguntándome.

—Mateo por Dios —le reprendió la joven que llamaban Cecilia

—¿Qué? Si igual tiene que hablar ahora o en el juicio

—Parece que se te olvidó embarcar el tino en el último puerto —le dijo áspera Cecilia.

—Mira Imelda, probablemente te van a realizar un juicio —cuando oí la palabra juicio se me erizó la piel

—se debe constituir un consejo paritario para analizar tu caso, integrado por hombres, mujeres, ancianos y jóvenes. El consejo dirimirá y dictará sentencia, pero probablemente sabiendo lavar platos y hacer nudos no tendrás problemas.

—O lo que sepa hacer —complementó Moisés —a cada quien, según sus capacidades, a cada cual según sus necesidades.

Imelda María Fernández Carrera —me llamaban desde la puerta —me dirigí hacia el Marino que me nombraba, este se me acercó y me entregó una carta.

—Dese por notificada. —dentro del sobre estaban los detalles del juicio que se avenía

Me dirigí a cubierta, respiraba la libertad y un profundo olor cítrico se coló en mis pulmones, sentía miedo, aunque me alegraba dejar atrás el encierro, casi olvidaba como se sentía el sol sobre la piel y el canto de los peces por la mañana.

Me topé nuevamente con el viejo Gerónimo, que habitaba el mismo espacio que la noche anterior, la curiosidad me llevó a acercarme a la barandilla, sin saludar, sin mirarlo, me llamaba la atención su parsimonia, su calma. Transcurridos los minutos el viejo me habló.

—Esos árboles que se dejan ver entre la olas son Gorgonias, florecieron la última primavera y continuarán así un tiempo,

hace décadas no se avenía una cosecha tan grande como la de hoy, por eso estamos aquí.

Me detuve a contemplar la mar, el horizonte seguía girando lentamente y lo que mis ojos confundieron con espuma al principio me di cuenta que en realidad eran un manto de flores blancas como azahares, jugueteando, impregnando de fresco los aromas. Estiré mis manos para ver si podía alcanzar los frutos de una Gorgonia que extendía sus ramas casi saludando al barco, las quité rápidamente cuando un pez voraz pasó a corta distancia

—Cuidando con las Barracudas —acotó el viejo —¿Y ya tenemos fecha para el consejo?

Saqué la carta preguntándome como las noticias corrían tan rápido, no la había leído y la repasé rápidamente —en tres días —respondí.

—¿Y a donde esperaba llegar niña?

—Donde sea, cualquier lugar es mejor que donde habitaba — dije recordando mis tiempos en la bahía —espero conseguir una visa para permanecer en Europa cuando lleguemos.

—El norte ya no es nuestro norte querida, finalmente enmendamos el rumbo.

—¿y a dónde vamos? —mis planes se caían nuevamente.

—Hacia adelante… y hacia atrás si es necesario. Para llegar allá quizás no sea necesario movernos, solo falta ordenar las cosas.

—¿Cómo? —pregunté confundida. En ese momento recordé que haces días no escuchaba el ruido de los motores, miré las velas que estaban recogidas y marinos a lo lejos maniobraban el ancla.

—Usted sabe, solo la naturaleza nos acerca al equilibrio. No hay lo uno sin lo otro…

Es necesario detenerse, más cuando usted ve que se van invirtiendo las cosas. Siempre habrá quien ofenda el bien, pero para eso inventamos la justicia —entre los dos se interpuso un largo silencio —Y el costo que usted pagó por que la mantuvieran oculta estos meses y obtener aquella llave debe ser equilibrado.

Apreté la mano contra la llave que ocultaba en el bolsillo… en realidad el costo que pagué por ella si fue alto, pero de no hacerlo habría perecido.

El barco se mantuvo suspendido, la distancia hacia lo alto del mar era casi la misma que la que nos separaba hacia el fondo del cielo.

FIN

MAURICIO SALAZAR RIQUELME

Actor, director, profesor de teatro, locutor, productor, narrador oral y gestor cultural. Nace el 15 de julio de 1973, en el Puerto de San Antonio — Chile.

Experiencia en las artes de la comunicación escénica, social, de más de veintisiete años, en teatro, radio y televisión. Paralelamente, desde 1993, ha trabajado con niñas, niños, jóvenes, adultos mayores, organizaciones comunitarias, en el ámbito de la educación formal y popular. Preferentemente, en sectores de alta vulnerabilidad social. Creador, gestor y colaborador de festivales de teatro, revistas de opinión y de todo tipo de instancias culturales; exposiciones, encuentros, foros, ferias, seminarios. Actualmente, desarrolla proyectos virtuales de actuación, para la infancia, jóvenes y todo público.

Al mismo tiempo, ha puesto en marcha durante la pandemia y la cuarentena por covid—19, un programa de televisión virtual, junto a la productora audiovisual Imagen Activa (streaming), que lleva por nombre "Invernadero" y que se transmite por la red social Facebook live.

"La Esperanza", Día 20 del mes de junio, del año en curso.

Doce cañones, cincuenta y cinco almas. Rumbo desconocido.

El capitán Grifa ordenó que toda la tripulación se reuniera en cubierta, al toque de la octava campanada.

¿Quién murió? Se oía rebotar el eco de las voces en la nave. Uno a uno, se contaban entre sí, para ver quién faltaba.

El mar no era precisamente una taza de leche.

El viento, el sol de primavera, les tostaba el rostro de rojizo a café. En sólo horas, las arrugas negras de tanto océano, no permitía distinguir quién era más viejo que el otro, a no ser por las canas**.**

La mayoría de la tripulación recién despertaba de largos turnos de reparación y pintura. Antes que sonara la última campanada, ya estaban todos listos y dispuestos para oír al capitán.

—Como se habrán dado cuenta, no son buenas noticias —dijo el capitán, parsimonioso como siempre.

Claro, esta vez le costaba hablar, tragaba saliva permanentemente, inhalaba el dolor salado de la noticia que estaba a punto de comunicar. Ahora bien, eran dos noticias y el resto órdenes. —Debo informarles la sensible pérdida de nuestro gentil y leal cocinero, el tripulante Juan de Dios Vargas Soto. "Juanito Chef", como cariñosamente todos le conocimos —El rostro de los ahí presentes se desfiguró, descolocados por la inesperada noticia, incomprensible hasta ese momento.

— "Juanito Chef"—prosiguió el capitán —decidió terminar con su vida al enterarse, por una de las cartas que ayer tarde noche trajo la barcaza "Ilusión", del fallecimiento de su mujer y sus dos hijas a causa de la pandemia que padece todo el mundo. Resistieron todo lo que pudieron, pero una a una fueron despidiéndose de este plano terrenal, sin tener nada que hacer el cuerpo médico que las atendía —concluyó en primera instancia, el capitán.

La tragedia era completa y absolutamente desmoralizadora para la tripulación que como todos tenían familia en tierra y con la enfermedad haciendo estragos.

Aparte, y como dato, el capitán Grifa era muy cercano al cocinero. Cada día después de almuerzo con una copita de jerez, o después de cada cena con algunos cortos de ron, jugaban una partida de ajedrez y resolvían los vaivenes del mundo, contemplando su suerte en esa embarcación que tenía una tremenda misión: navegar hacia el sur, liberar a las pequeñas caletas de la milicia que protegía la dictadura asesina imperante, poner a salvo

a mujeres, niños y niñas. Además, reclutar a todos aquéllos que quisieran unirse a la rebelión popular que estaba en ciernes y fortaleciéndose. Todas las embarcaciones servían para este propósito: grandes, pequeñas, botes, remolcadores, lanchas, todas.

La segunda noticia, que entregó el capitán, era un poco más alentadora. Durante la noche y madrugada del siguiente día, llegarían provisiones, armas y municiones.

El rumbo hasta ese momento era desconocido, toda vez que la embarcación que esperábamos traería las nuevas coordenadas y el nombre de la próxima caleta a liberar. La ansiedad se instaló en cada uno de los navegantes. La crueldad del dictador, sumada a la terrible enfermedad que arremetía contra el pueblo, provocaba impotencia y rabia. Pero también fuerza, unión y convicción.

Una de las últimas órdenes del capitán, llamó la atención de todos.

—¡Tripulación! —dijo con voz paternal —les voy a dar una última orden por este día. Más que una orden es una petición, un favor. A partir de hoy, toda la tripulación deberá escribir su propia bitácora, para registrar cualquier detalle de la navegación. Y cuando me refiero a detalles, también les digo que escriban sus emociones, sensaciones, sentimientos. Sabemos que no todos llegarán a puerto al final de la revolución, pero vivirán en nuestros corazones y en cada uno de sus escritos, que atesoraremos como bandera a tope, para conseguir nuestro objetivo, la libertad —entonces, con un grito fuerte y firme arengó —¡Por la libertad! —a lo que todos respondieron —¡¡Libertad, libertad, libertad!!

"La Esperanza", Día 23 del mes de julio, del año en curso.

Doce cañones, cuarenta y nueve almas.

La tripulación batalló con la tormenta tres días y tres noches, con el riesgo de vida de aquéllos que se subían a la guindola, en

lo alto de las jarcias, para salvar el mástil mayor que se encontraba con serios problemas estructurales. Un guardiamarina había desaparecido, el primer día, con la arremetida de una ola de más de veinte metros.

Para desgracia de la tripulación algunos oficiales —sin honor y con información privilegiada —habían abandonado el barco antes de la tormenta, en una pequeña caleta que ya se había liberado de la milicia y que servía para el abastecimiento, dejando a los tripulantes desprotegidos y a su suerte.

En la caleta un viejo ex marino les advirtió, con precisión, que no era recomendable zarpar y que al menos tendrían que esperar una semana en el puerto. Se avecinaba una tormenta de grandes proporciones.

El oficial Donoso que debía cumplir con los tiempos y trayectos ordenados por el capitán Grifa, —el que yacía convaleciente de una neumonía preocupante y con escases de remedios a bordo —hizo caso omiso y aseveró— ¡Esta embarcación es más grande y resistente que cualquiera que la armada nacional haya construido nunca¡ —dando cuenta de una confianza delirante y excesiva.

Y efectivamente, la falta de hombres en cubierta para resistir el embate brutal de la naturaleza oceánica, cuatro días después, fue lo que le costó la vida al mismísimo oficial Donoso. El joven guardiamarina Sandoval, era el nuevo capitán subrogante.

El resto éramos sólo navegantes, con la experiencia adquirida a partir de la coyuntura y de los sabios consejos e instrucciones del capitán Grifa, ahora enfermo. La juventud de la tripulación debería ser la fortaleza durante esta nueva y devastadora, pero a la vez esperanzadora travesía. Todos depositamos la fe en los jóvenes del navío. Eran nuestra salvación.

Para darnos ánimo, todos comenzamos a entonar su nombre —Sandoval, Sandoval, dale Sandoval— como cuando lo hacíamos en los partidos de la gloriosa escuadra deportiva, que solíamos alentar.

No sé si servirá de mucho, al menos nos sacó un rato de la letanía feroz que nos sopla este mar salvaje y enojado por la traición de los hombres.

Escribo mientras puedo. Estoy guardando estas bitácoras en botellas forradas con cueros de coipos, que iré tirando al mar, por si no logramos sobrevivir.

A mi mujer Amanda y a mi hijo Salvador, todo el amor del mundo. Siempre en mis pensamientos y oraciones.

Es mi turno de subir a la guindola.

"La Esperanza" Día 18 del mes de julio del año en curso.

Doce cañones. Cuarenta almas.

El aparejo quedó impecable como había ordenado el capitán. La tripulación estuvo de cabeza limpiando, reparando y ajustando detalles en toda la embarcación. La cubierta de batería había sido la más averiada con la última tormenta, pero quedó como nueva. Todo estaba tranquilo a simple vista. El país estaba cambiando, el mundo estaba cambiando. El clima. El clima cambiaba permanentemente. Las vidas se esfumaban entre torturas y pestes en tierra firme.

En medio de la nada, algo de respiro. Algo. Los del turno saliente —como había un poco de sol —nos tendimos en cubierta, como si fuera la de un crucero, pero sin tumbonas y quitasoles, con una gran piscina de agua salada a la que nadie quería lanzarse por temor a ese mar misterioso y oscuro. Contemplamos casi hasta dormirnos el océano, inmenso en vida y en muerte. Cabeceando un poco a la deriva de mis recuerdos, hice memoria, para luego escribir. Me imagino una obra de teatro a tablero vuelto. Tanto personaje suelto por todos los rincones de "La Esperanza", es para contar cientos de historias. Sigo soñando que estamos en un gran escenario, con cientos de miles de fieles

espectadores, que no han dejado de mirar esta aventura con un horizonte incierto.

Relataré sobre un personaje de voz añeja que le encantaba recitar, cantar o simplemente hacer arengas.

A un día de zarpar y con pocas horas libres —premio al trabajo realizado—, algunos se fueron a beber a la taberna de "Pancho tuerto", un ex revolucionario del siglo pasado que daba consejos sobre cómo escabullirse de fascistas y traidores. Siempre vestía de rojo o negro, con una boina verde olivo o un gorro marinero. Y esa típica voz desgastada por el tabaco, el café y el ron, retumbaba en su bar.

—Mucho cuidado muchachos. Cuando lleguen a tierra espero que vuestro capitán tenga las cosas claras. Cuídense de los amores enemigos, esos son terribles y dolorosos.

A la tripulación le encantaba oír las historias del viejo Pancho. Le querían mucho, seguro les recordaba a sus padres o abuelos. Uno de esos era don Segundo, le decíamos "don" porque era un alma vieja en un tipo tan joven, a poco de haber salido de la pubertad. Suele suceder que a los hombres la pubertad les puede durar muchos años. Muy bien, volvamos a don Segundo, era el más entusiasta a la hora de preguntar y beber.

—¿Y por qué dice eso don Pancho? ¡Si el amor es tan bonito! —, dice Segundo un tanto bebido y melancólico,

—Claro que sí pues chiquillo. Por supuesto que es bonito, pero no pueden caer en brazos enemigos —le dice Pancho con ternura, pero sin dudar. —El fascismo se ha instalado peligrosamente en toda la sociedad y ha comprado a medio mundo, lamentablemente. Es cosa de ver cómo estamos. Esta vez, no podemos perder. Miles y miles dependen de todos ustedes. Y de mí, también. Unidos vamos a derrotar esta inmundicia aniquiladora. La crisis moral ya se hizo presente hace mucho, cuando nos traicionaron estos desgraciados. No caigan en sus redes asesinas. Les pondrán trampas por doquier. Y una de esas artimañas, son las mujeres. Sirenas de tierra, con un canto abrazador, que

te convence, que te hace bombear a mil el corazón. Ámenlas, sí. Ámenlas. Pero no se enamoren. Saquen toda la información necesaria y avancen. También recuerden que nunca se deja a un compañero en el camino. Que quede claro. Es la patria o es la muerte—.

Pancho tuerto, siempre se emocionaba discurseando con los más jóvenes, envalentonándolos con anécdotas de su juventud, pero haciendo notar que cada vida es muy importante cuidarla. Se emocionaba cuando recordaba a sus compañeras y compañeros caídos.

—¡¡Salud por el Comandante Pancho, al que nunca le tiritan las jarcias!! —levantó su copa Segundo.

Todos dijeron salud. Siguieron bebiendo, entonando viejas canciones de amor y guerra. Las de amor las cantaba don Segundo, las de guerra, las cantaban hasta los fantasmas de otras revoluciones que vivían ahí en el bar.

Yo, no quise decir nada. Nada se me ocurrió y sólo bebí. Bebí.

Me estoy quedando dormido. Mañana sigo escribiendo. Mañana.

"La Esperanza", Día 7 del mes de julio del año en curso.

Doce cañones, treinta y siete almas.
La tormenta besaba la proa sin tregua. Sin dejarla respirar.

El grumete más joven, sostenía la bandera a tope. Roída de tantos combates, el paño patrio amarrado al palo de una escoba era sostenido por el grumete Soto, mientras pensaba que a nadie le importaban esos navegantes inocentes. La nación seguía capturada por el odio, la crueldad y la milicia asesina de una democracia moderna, pero dictadura, al fin y al cabo.

Frente a él, iban dos polillas marinas en la popa. Saladas de tanto navegar en el mismo barco y siempre a la deriva, sin poder hincar el diente ansioso y filudo, en una madera seca y amarilla, nunca perdieron la esperanza a pesar de la humedad.

El grumete Soto, asustado, pero sin perder el rigor, nunca les quitó la vista a esas dos polillas. Mientras sostuvo ese palo añejo de tantas batallas a cuestas, se cagó en los pantalones, cuatro o cinco veces, en una guardia de cuarenta y ocho horas seguidas y una tormenta terrible de más de cuatro días. Reventado y sin filtro, gritó —¡polillas de mierda, muéranse! ¿por qué no se mueren? Tan pequeñas son, y no se mueven ni con un soplido. ¡Las maldigo! —concluyó, con una voz rompiéndose en su garganta.

¡No maldiga su suerte! —gritó el capitán desde el puente de mando —¿O se quiere ir sin las comidas del día a su cama? Aquí no se maldice nada. Suficiente tenemos con nuestras propias bajas y con los traidores que se han tomado el país, torturando, mutilando, asesinando al pueblo, para que usted en medio de la nada, más encima, venga a escupir más desgracias.

El grumete, sorprendido se defendió con respeto —¡Son sólo dos polillas mi capitán!

Sin mediar, el capitán arremetió —cállese Soto, cállese—. Soto se cuadró y guardo absoluto silencio.

Entonces, para romper el hielo en ese incomodo momento, tomé ese palo añejo que supuestamente sostenía a una nación entera, y pregunté sin prisa —Capitán, ¿dónde hay que trapear?—, a lo que el capitán contestó, algo menos molesto —no se trata de una bandera, marino, se trata de millones de almas que esperan las liberemos del yugo brutal en el que se encuentran—. Déjese de ironías y vuelva a la cocina, que ese es su lugar. Pronto debemos echar algo al estómago y espero le quede tan bueno como el consomé de ayer.

Sin vacilar respondí —Sí mi capitán— cuando iba bajando de reojo miré al grumete Soto.

Firme sin mover un músculo, seguía observando a las polillas. La bandera seguía a tope.

"La Esperanza", Día 13 del mes de agosto del año en curso.

Doce cañones, treinta y cuatro almas.

Nadie ha dormido. Es imposible. No sé qué día es. O sí ¿? No estoy seguro. Ya no hay nada que hacer en cubierta. Estamos a nuestra suerte. La suerte de la naturaleza. El encierro en la carena, en el medio de la nada, me hace escribir balbuceando incoherencias. La borrasca se veía venir. El viento suena en la madera añeja. Me animo a salir a la proa.

Me mareo, pero no importa. Qué más da. Importa acaso.

No hay timón.

Volvió a sonar el graznido en el roble añejo. Crujieron las gaviotas fantasmas sin tierra, azotándose contra el Palo Mayor

Y ahí estaban ellos, de la nada, en la nada. Un señor algo pálido, de mejillas azules, diría yo. Buscaba a alguien. Apenas se le veían las manos. —Disculpe —dije medio dormido y algo mareado todavía, —soy el guardiamarina Escobar. Hubo una leve pausa, con tormenta encima claro está. Él, con una voz quebrada e intermitente, se presentó. Soy Ar-tu-ro. Y como era un caballero, ayudó a bajar los peldaños a su acompañante, una mujer alta con cuello prolongado, aretes extrañamente puestos ahí por alguna divinidad y que con su vestido azul paquete de vela, brillante, encandilaba en esa noche negra. Al acercarse, me di cuenta que era la mismísima hija de Júpiter y Metis. Traía en sus manos cartas, absolutamente secas. Las abrió, me abrazó y susurrándomelas al oído, pude escuchar las historias de naufragios, amores y olvidos, más hermosas del mundo.

Miro al cielo como buscando respuestas y las encuentro justo cuando un rayo parte por la mitad el mástil. Reacciono un poco. Algo me sacude. Nadie me abraza. ¿Dónde se han ido? Me asomo por la borda, pero sé que no los voy a encontrar.

Intento sobrevivir a la deriva. En la muerte misma. No hay palabras en el horizonte, sólo oscuridad, con viento en contra.

La tierra es plana. No hay faros. No hay puertos. El ancla se hundió.

Sale un rayo de sol, justo cuando el capitán Sandoval, me grita ¡Cuidado¡ por un barril de aceite, que voló por cubierta y que casi me mata. Taquicardia, me mareo. Ahora, es más, más y más. Vuelvo a oír el sonido del silencio.

El infierno flota.

FIN

INÉS VENEGAS VERGARA

Nació en Antofagasta, Chile, 01 de agosto de 1995, la mitad de su infancia transcurrió entre cielos estrellados y caminos desiertos, mientras la otra mitad de su manceba vida, hasta hoy, en Santiago de Chile, donde conoce por primera vez lo que es el teatro, invitando a su alma, ser cautiva de este encuentro y así derivándola a este viaje.

Bitácora de una navegación, martes 5 de julio.

La oscuridad eterna e inquieta, esconde mis negras pupilas, traviesas por divisar que hay detrás de esa brisa espesa que entorpece mis movimientos, impidiéndome escribir los vestigios de esta noche, el sonido de las olas adormece mis oídos, bloqueando cada uno de mis sentidos

Sentado en la esquina de la planta baja está él, completamente solo…inmóvil

Lo observo cada noche, cuando camina desde la proa, aparece tarde, en la madrugada cuando nadie lo ve, solo se puede percibir su particular jadeo

Debe agonizar de hambre durante el día… Nunca está bajo la luz del sol… ¿es un fantasma?

No, que estoy diciendo, quizás le teme al día, a las personas…a la vida…

¿Quién puede temerle a eso? Yo solo le temo a los pájaros… mejor continúo escribiendo, es lo único que me mantiene despierto de este mal sueño.

No sé qué rol cumple en el barco, pero claramente no es uno de nosotros, a pesar de su gran edad, sus manos son suaves, azuladas y sofisticadas,

No tocan nada al igual que sus ojos.

Solo toca el mar

El se dirige lentamente hacia la cocina, se sienta en la mesa del capitán,

Tiene sus propios cubiertos,

Relucientes, dorados, como aquel pez de río que se parece al salmón,

Sus manos hacen un gran esfuerzo en tomarlos,

Los observa detenidamente,

De la misma manera que se observa a quien se ama,

Algo esconde bajo esas manos frías, distantes…

Me acerco, lo observo, esta vez me escondo tras la ventana de la cocina, pero sin querer aplasto con mi pie izquierdo, una gran rata muerta

¡No soporto este olor! —grito

Me mira firmemente y en sus ojos se refleja la profundidad del mar, la ira y su abundante inestabilidad.

—Es salmón

Pero… no veo salmón por ningún lado señor, Jamás había sentido su olor, de donde viene…

—Vete de aquí —sonríe, mientras sale de la cocina con destino nuevamente a la proa

Sigo sus pasos sigilosamente, pero me desconcentra el infinito murmullo del mar, este encierro no me permite percibir tiempo, espacio, realidad.

Lo pierdo de vista, camino somnolientamente anhelando el encuentro, el brillo de la luna adormece mis ojos… me pierdo… lo pierdo

Inesperadamente aparece frente a mí, su piel tersa y delicada se torna traslúcida, cartilaginosa, más gruesa y profunda, parece ser sombría por fuera, pero iluminada por dentro, respira un sonido áspero, agudo, intenso a mi oído, canta una melodía sorda, burbujeante y como un pez se lanza al agua, abrazando el mar.

Bitácora de una navegación, martes 13 de Julio.

Cae la noche más oscura de este invierno, hermosa, pero de profundidad siniestra, en una esquina a minutos de comenzar el turno, don Clemente sentado junto al doctor, contemplando el rotundo silencio del cielo, el aleteo del mar, su burbujeante y rabiosa espuma, interrumpiéndolo, su tos amarga, cruel, que inmediatamente le recuerda que algo anda mal, que pronto nos volveremos a ver…

—Hasta cuándo tendré que estar sentado aquí, tengo que volver a trabajar, el comandante se va a enojar si no vuelvo pronto

—Paciencia don Clemente, los tripulantes dicen que lo escucharon quejarse durante toda la noche….

—No es nada, debe ser un poco de pólvora, cayó en mi nariz y me hizo toser, por eso el escándalo…pero ahora me siento como nuevo… ¿me puedo ir? Que usted sabe que sin mi este barco se muere, si no estoy yo, ¿quién va a cargar los toneles?

—Ya, retírese nomás, cuidado con bajar las escaleras, mire que el mar no está muy contento… nos anda trayendo de un lado a otro, como si algo le hubiésemos hecho.

—A veces una zamarreaita no le hace mal a nadie…

—Bajando por las escaleras hacia la planta inferior, percibe un angustioso pero conocido olor, azufre… siente un frio que adormece sus delgados pies, una ola golpea al barco una y otra vez, haciendo que pierda el equilibrio, mientras su corazón se acelera al compás de las olas, lucha por no desplomarse, aferrándose al último peldaño astillado de la escalera, el cual por su antigüedad se rompe, traicionándolo, dejándolo caer por completo al suelo.

Apenas cayó, me quede completamente inmóvil, anhelando que esto solo fuera un mal sueño.

Su cuerpo frágil, añejo
flotando sobre un charco
negro, viscoso, espeso
rodeado de anguilas

Me habría gustado contarle, aunque fuera con mis dos abatidos fanales, que tan desolada me siento

Acerque la punta de mis dedos, a su estriada cara, dejándolo completamente inmóvil, despidiendo aire acaloradamente, luchando por mantenerse… o mantenernos vivos

Nos hemos visto antes… aquella noche… en la proa… ¿Me recuerdas?

El viento sigue castigando al barco con su fuerza, escucho el aullido de las olas, trepándose sobre mí, cautivándome, envolviéndome con su voz, perpleja veo un huracán de agua nacer desde el suelo, protegiendo su cuerpo

El mar una vez más, le entrega una nueva oportunidad.

Bitácora de una navegación, un día cualquiera.

Encerrada en la sala de máquinas, miradas y sombras difusas, se cruzan en mis ojos, nariz, oídos, una vibración punzante atraviesa lentamente cada pequeña partícula de mi cuerpo, desde mis manos hasta la punta de mis fríos y somnolientos pies, me acerco dudando a la pequeña, oxidada y susurrada claraboya que me alerta que mi día está a vísperas del amanecer

Vuelan las aves adormecidas por el alba, niebla cruel no me deja ver del otro lado el camino a casa, exilio, recuerdo, olvido, profundidad, el punzante grito del mar, infinito, vacío, me abandona, apuntando frente a mi esa sucia, maloliente e impune cocina...

Ahí está él otra vez, impidiéndome soñar despierta, observándome detenidamente sin parar, como cuando corta un trozo de carne al cocinar, lo aborrezco, no mira a ninguna tripulante como a mí, sabe de memoria cada parte de mi cuerpo….

Si, mi cuerpo
Tiene ojos y te veo
Cuando miras cada una de mis partes
anhelando arrebatarlas todas
Pero ese es tu objetivo ¿cierto?
Tengo miedo, pero no lo digo
Eliminarme de la manera más vil posible
Tengo miedo, pero no lo digo
Lastimarme, violarme, descuartizarme
Déjame

Grito desde mis entrañas, mi útero completamente desgarrado, abierto, explorable, como si fuera una escultura de un museo, expectante a ser consumida.

Sentada al costado de mi camastro, acaricio mi piel añeja, estriada, examino los petroglifos tatuados en cada parte de mi cuerpo, historia, recuerdos, siempre están ahí no se mueven, pensé que en este barco todo sería distinto, pero con el cocinero asechándome, todo es Igual, el resto de la tripulación debe sospechar que algo trama…. Tengo hambre, hambre de resistir, de soñar, aunque sea bajo estas cuatro paredes, mi estomago ansioso, pertinente e impertinente a ratos, ansia justicia.

Humanidad ¿existes?

Bitácora de una navegación, día 30 de agosto.

Envueltas en la Inmensidad del mar
Madrugada, fiel compañera que arrulla

Frente a la claraboya, mi frágil sombra oscurece el albor del amanecer

Despertar a la tripulación no es menester.

A tientas me levanto, me despego del camastro, colchón amoldado, miles de cuerpos han pasado por él, restos de sudor, orina, lágrimas, testigo de tantas visitas, inmersa en el infinito,

diminuto camarote, aglutinados 8, 12, 20 compañeros de viaje, busco refugio, oxígeno, ansiada soledad, ¿mejor lugar puede haber…

Bajo la escalera hasta llegar al interruptor que enciende la luz del pasillo, presiono el botón, mis ojos cansados, embriagados, no logran ver con nitidez, veo destellos de brillo que iluminan mi camino hasta la puerta del último destino, habitación habitada de cuerpos inhabitados, abro los ojos para escuchar el sonido del silencio, párpados en su máxima expresión, pupilas expectantes, mis sentidos se amplían, crecen como pétalos de rosas recibiendo los tibios rayos del sol en primavera

Abro la puerta, envuelta por la energía de un cuerpo aún cálido, sin rostro, me reflejo en ella, suspendida en el tiempo

voy tensa
voy agotada
voy con cuidado
voy alerta
voy con mi respiración acelerada
voy con mi espalda adolorida

Universo desconocido, cuatro paredes cubiertas de azulejo 30 por 30, Blanco, Pulcro, Inhabitado, ecos de catarros infectados enmudecidos, sombras tibias por el último suspiro, mezcla perfecta entre frío y calor.

El silencio de la muerte rodeaba todo mi cuerpo, traspasando toda su quietud e indiferencia a mi ser, el viento sopla tímido, sonoro, constante zumbido, circular, intenso, tímpanos que perciben más de lo normal. Paz acompañada de la noche y sus misterios, como un imán me aferro a un rectángulo de metal, frio, estrecho, funesto, cuerpo y materia en un solo ser.

estoy pensativa
deje de pensar
estoy despierta

deje de moverme
Realidad
Sueño

Sometidas en esta esfera negra, profunda, siniestra, frágil noche de introspección y soledad, agradable paz en la inquietud de las olas…sueño

Levitación anclada, pluma ligera
Conversaciones dormidas
Emerjo, brotó, por el canto de las caracolas
Florezco de esta madera húmeda

Interrumpen, ruidos que incomodan la quietud de los sueños

Se repiten, ojos, huesos, nariz, venas, sirenas, sirenas, sirenas a lo lejos, sirenas sirenas, sirenas cerca, se repiten ojos, huesos, venas, quiero escapar. Me cobijo en la soledad que me contiene, abro los ojos para escuchar el sonido de la brisa, mi corazón goza la ausencia, respiro, me abrazo, sosiego, la sensación de encuentro, es agradable, permanecería aquí recostada, relajada, consciente en la inconsciencia de mi cuerpo.

Voy
pronto nos volveremos a ver
Voy
a este naufragar llamado vida
Voy.
A la deriva
Voy
En este barco carcomido por termitas

FIN

PABLO M. VIDELA

Actor de club de teatro, diplomado en Pedagogía y Montaje Teatral UC Blas Caña, Miembro de Asuntos del Sur, centro de pensamiento Socio—político latinoamericano. Laboralmente Participó en teleseries y telefilm como *Lola* canal 13, *Hippie* canal 13, *Mea Culpa* TVN, *Enigma* TVN, *Alerta Roja* TVN, *FENIX* canal 13, *Lo que callan las mujeres*, diversos cortometrajes y publicidades para Banco Nova, Quillayes, Copec, Terpel, AFP hábitat. Así mismo ha trabajado en diversas obras teatrales como *Las Sirvientas* (Jean Genet), *Roberto Succo*, (De Koltes) *El Amante* (Harold Pinter), Antes del confinamiento en crisis sanitaria itinerando con los montajes, *Nadie es profeta en su espejo* (de Jorge Díaz y dirigida por Gloria Lazo), y *Virtud en carne* (Yukio Mishima). Se ha desempeñado como profesor de teatro y gestor Cultural. Actualmente Coordinador y monitor "Taller de narrativa Visual", Dirigida por Ramón Griffero (formato virtual 2020).

Bitácoras de navegación 8 Octubre 14: 30 horas.

Voy hacia el acantilado, tengo miedo, corro con fuerza, resisto, salto! Caigo al espacio infinito el viento marino deforma mi cara, de mi espalda brotan alas, me elevo, me alejo del feroz persecutor! el cielo se abre, cae un rayo de luz, el aire entra punzante por mi nariz, a lo lejos diviso el palo mayor del barco, me dirijo hacia él, una niña cruza veloz por babor, me poso sobre estribor, repliego mis alas, camino y ahí estás! con esa cara afable de siempre, maniobrando el timón y tarareando una melodía de la Piaff, esa que te hacía emborracharte de nostalgia cuando recordabas a tu amada.

Estás como la última vez, canoso, delgado con esos lentes tipo Lennon, zapatos brillantes, como una resplandeciente noche de estrellas.

—Hola..., te extrañamos, ¡a ella le haces mucha falta!

—Me angustia...No quería esta vida, el germen transgresor, no discrimina… La fuerza de la naturaleza es implacable,

Soltando el timón con violencia, me pides, "No debe verte a bordo",

Lo tomo de un brazo, le suplico que me esconda

—¡Refúgiate en la bodega, ahí van muchos como tú!

Me miras con dulzura, nos abrazamos por última vez. Y me dirijo hacia la bodega, esta tiene forma prismática, con un cierre en su parte superior… Pequeñas luces de velas titilan en la oscuridad, resuenan susurros entre sus paredes.

En un rincón una silueta de niña acurrucada en posición fetal, me acerco, levanta su cabeza, tiene la cara sucia, maltratada, en una mano tiene una muñeca de trapo.

—¿Dónde están tus padres? con desconfianza, me confiesa,

—No tengo, estoy sola.

La cubro con una manta, su mirada proyecta miedo.

"No te preocupes yo te cuidare".

En este lugar, se apilan, hombres, mujeres, ancianos, jóvenes, algunos tosen. Les es difícil respirar… Una melodía de flauta surge armoniosa. Estoy tranquilo, todo transcurre en una profundidad silenciosa, me embarco en la eternidad de la nada, he perdido la noción del tiempo, será de noche o de día. ¡¡Un súbito golpe estremece el barco!! Creando un gran agujero en el casco, pareciera que vomita agua, nos inundamos;

Extiendo mis alas, cubro a la niña, la luz de sus ojos me da esperanza, ¡no te soltaré confía en mí! caemos dentro de un remolino, trato de emprender el vuelo, pero la corriente lo impide. Nos volvemos parte del todo.

"No me sueltes "ruega con desesperación la niña,

"¡Resiste!"... Herido sobre el acantilado resuena el estallar de olas, el cantar de gaviotas, tengo agua en mi boca. Una de mis alas está rota, deshecha. Entre las rocas yace el cuerpo de la niña...de sus labios emerge una sonrisa.

Bitácoras de Navegación 18 Octubre 17:00 horas.

Heme aquí, prisionero del feroz persecutor, mi cuerpo desnudo, manos encadenadas, mi vista vendada, sumergido en la oscuridad abismal...Los latidos de mi corazón se aceleran como percusiones en su apogeo...

Uñas dolidas por la electricidad que se expande, en mis manos, pies...el hedor a madera húmeda, unido al frío, punzante del viento marino. Una respiración agitada, convulsionada inunda mis oídos…...de mi alma emerge un clamor de esperanza

¡Quién está ahí!

Una voz moribunda, me habla…

—Estás encadenado? Me llamo Ignacio.

Se aproximan pasos, la madera cruje como un canto agudo, desde algún lugar una música de Bach irrumpe. Mi mente recuerda, una tarde gris de otoño miraba por la ventana, la peste rondaba la ciudad.

—Mientras Tu, estabas entubado en la camilla de ese helado hospital.

—Mientras el oxígeno restaba como un pedazo de pan del día anterior.

—Mientras la peste rondaba mi ciudad.

Los pasos aumentan, el persecutor retorna su labor mi cuerpo comienza a comprimirse.

La silueta de una sombra sin entorno, truculenta entre la niebla. ... su respiración difunde un olor de cigarro y vino.

Una voz ronca de cuervo me alerta.

—No te preocupes, ¿dónde están los demás? Sabemos buscan destruir nuestra embarcación

En la oscura bodega de la nave una niña acostada en posición fetal, espera a sus padres ausentes, lleva en su mano un barco de papel.

—El hombre Clava su cigarro en mi rostro. El dolor pasará, me contengo. Los pasos del feroz persecutor se alejan... De súbito un impacto estremece el barco, en segundos otro gran

estruendo remueve la nave. El agua llega a mis pies, se inunda la sala de máquinas…. quiero soltarme, mi venda cae, en medio del torbellino. Me liberan, es Minerva, con su sonrisa.

—Subimos a cubierta. Nos envuelve una melodía furiosa, vemos montañas, bosques de araucarias, manchados de fuego y el océano Pacífico a nuestro alrededor.

Cruza el barco un hombre alado, se eleva con una niña, de su mano cae un bote de papel al vacío, lo recojo. Desde la distancia ella ve el bote navegar sobre mi mano, me sonríe.

Por estribor se aproxima un bote, con su bandera mapuche flameando.

Bitácoras de navegación día 3 Marzo 6:00 horas:

Desde este rincón deforme, sumergida en la corriente del recuerdo, pienso en sus rostros afables, me llevaban, me cobijaban en sus brazos…en ese parque galáctico, por ese campo libre, por esas montañas de ferrocarriles. De improviso, una silueta gigante desde la oscuridad, se acerca, extendiendo su mano de color fosforescente con voz dulce me calma, "Niña no temas te llevaré"… sus palabras eran envolventes, como las olas que arrastran hasta el infinito marítimo. Voy en los brazos de mí ser alado que comienza a elevarse, las cadenas se rompen, no Tengo miedo. Volamos a ras de océano, mientras la espuma juega en mis pies, el sol encandila mis ojos, nos zambullimos en la mar. Peces de distintos colores me rodean, algunos trasparentes, logro ver sus esqueletos. Su cosmos de amor.

FIN

CAROLINA VIGNEAUX LOBATO

Periodista siempre ligada a las letras y a los colores de los pinceles. Aprendiz de editora, escritora en la intimidad. Sus temas son la defensa de los derechos humanos y los movimientos sociales. Activista desde que dejó la infancia, actualmente en la medianía de la edad.

3 de julio 18:00 horas.

Nunca me ha gustado viajar por mar. Me agrada admirarlo desde lejos y adentrarme en sus aguas cuando no está demasiado frío. Pero aventurarse en él es otra cosa, me da vértigo, un pánico de que el viaje no acabe nunca, que se mezcla con náuseas, supongo que es un poco la pérdida de control, de donde poder huir en caso de que mi cuerpo me manifieste que corro peligro, ni nadar sé bien. Lo mío es la tierra firme, la certeza que me da que no se mueve el suelo bajo mis pies y ser al menos dueña de mis movimientos.

—¿Qué hace aquí a medianoche? —es la voz de Pablo que lleva días merodeándome y yo me escondo a través de la cubierta de una embarcación que me parecía firme y robusta el primer día, ahora la veo y me recuerda la fragilidad de un barco de papel. Es que prefiero intentar controlarme porque me gusta de verdad, me pongo torpe y siento un fuego que me fluye, más fuerte que yo y puedo ser muy arrebatada. Me ha pasado un par de veces y no me arrepiento, pero en un viaje como este no hay vuelta atrás.

—No podía dormir, necesitaba sentir la brisa marina fresca en la cara o me iba a doler la cabeza allá adentro —le respondo sin sacar la vista del oscuro horizonte para que no perciba mis nervios.

—Pero ¿se ha sentido bien? —me dice bajando el tono mientras se acerca por mi espalda hasta sentir su respiración demasiado cerca. Sé lo que está haciendo, me está provocando para ver cómo reacciono.

—La verdad es que he sabido muy poco de mi familia en tierra, creo que eso es lo que me tiene complicada. Tengo amigos que están con los síntomas, pero nada muy grave al parecer. El problema es que la gente es bien mala para hablar con la verdad. Por eso desconfío de cada palabra. —le digo siguiéndole el juego dando unos pasos hacia adelante.

—Cuidado! Va a chocar —me responde poniendo su mano entre el mástil y mi rostro, si volteo me besa.

No sé si bajó la temperatura o es el oleaje que está cada vez más bravo, lo cierto es que mi cuerpo está temblando, quiero su abrazo, pero no puedo hacer nada mientras no esté segura y a él lo están esperando.

Bitácora del fin del mundo, 12 de julio, madrugada

Deben haber sido las cuatro de la mañana cuando desperté sobresaltada. Otra vez pesadillas, parece que los gritos angustiantes ya son parte de mí.

—¡A la proa! ¡Vamos, quiero a todos afuera de sus cuartos! ¡Esto se viene pesado! ¡Ayuden a los que no se pueden mover rápido!

Esta vez los gritos no venían de mis sueños. Hay alguien dando instrucciones, escucho gemidos y gente corriendo. El movimiento del barco es cada vez más gutural, qué será esto. Me abrigo rápidamente, saco algo de comer y me encuentro en la puerta con uno de los asistentes del capitán que está despertando a la gente para que se reúnan en las salas del sector de proa. Afuera hay hombres y mujeres confundidos, atemorizados tratando de no llamar mucho la atención, pero sin entender mucho quien

lleva la conducción del barco o si al menos saben lo que están haciendo. Súbitamente una mano pequeña se aferra a la mía.

—Vamos mamá, no te quedes ahí es peligroso. —Es una niña que me está confundiendo. Se me aprieta el pecho apenas puedo respirar. Me acuerdo de la infancia de mi hija que ya estar en los 13 años, no hay día que no me angustie por saber si está bien, este mundo no está hecho para nosotras. Siempre tendremos que cuidarnos más y desconfiar de quien pretenda tendernos una mano. Hay tanta gente que la niña aún no nota que no soy quien cree y su mano me lleva hasta la cubierta.

La embarcación continúa moviéndose, no es fácil evitar caerse. Mientras más gritos se escuchan, más se aferra su mano a la mía. Quisiera retroceder el tiempo y tener a mi hija conmigo.

—Milagros! ¿Qué estás haciendo ahí? tenías que limpiar los mesones antes de venir. —La pequeña se esconde tras mis piernas y observo a un hombre corpulento de mirada oscura que debe medir casi dos metros, que solo lo había visto de lejos, dando instrucciones con un tono implacable.

Bitácora, 25 de julio 5 a.m.

—Ven, escóndete aquí abajo. Milagros me miró con esos ojos inmensos que me sobrecogían mientras le señalaba un cubículo de madera bajo una banca donde pensé que podía pasar inadvertida. Estábamos en un cuartucho de descanso del personal de servicio donde no había nadie más que nosotras.

—¿Por qué? ¿Qué hice de malo? Me preguntó la niña con voz temblorosa. A su escasa edad ya había vivido mucho para lograr entender la tragedia en que nos encontrábamos, me arrodillé para estar a su altura y suavicé mi voz, no podía ser yo la que le causara un nuevo temor.

—Nada pequeña, nada de lo que te ha pasado es culpa tuya, mejor tratemos de descansar un poco. Es un juego. La gente está

muy alterada con la tormenta, a los grandes también les da miedo cuando no saben qué hacer y lo demuestran con rabia.

En ese momento la embarcación empezó a remecerse muy fuerte, llevábamos horas en medio de una angustia creciente, pero esta vez tuve que controlar las fuertes náuseas que sentía por el incesante movimiento de la nave. No era posible mantenerse en pie, había entrado mucha agua al barco, se movía como una taza a la deriva.

La gente que aún resistía estaba dividida en bandos. Los que se habían buscaban sobrevivir protegiéndose, juntando fuerzas, y del otro lado, sus aliados que entre gritos y amenazas hacían intentos desesperados para que la tripulación les obedeciera, ya habían cometido varios crímenes y encerraban a todo el que les pareciera una amenaza, pero la información era confusa, difícil distinguir la realidad de los cuentos.

—Quiero a mi mamá—escuché en un hilo de voz.

—Tienes que ser fuerte, antes de que te des cuenta tu mamá se va a recuperar. Me saqué la bufanda y se la puse al cuello a esa hora hacía demasiado frío, las dos tiritábamos, pero sabía que si ella se enfermaba podía ser fatal.

La madre de la niña trabajaba haciendo el aseo, una mujer demasiado joven, menuda, que a la semana de viaje comenzó a tener síntomas que logró ocultar hasta que no pudo levantarse más. Le habían permitido viajar con su hija mientras se mantuviera recluida en el camarote y su desesperación le hizo aceptar. Era el único empleo que había logrado conseguir y la niña no tenía a nadie más en el país. La pobre mujer esperaba llegar al otro lado del mundo con la esperanza de encontrar una prima e iba a morir en este maldito viaje. A Milagros la habían obligado a trabajar durante algunas semanas desde que su mamá cayó enferma, hasta que logró escabullirse, había sido adoptada momentáneamente por distintos pasajeros.

Me senté a su lado y comencé a susurrarle en el oído una melodía infantil que me trajo nuevamente a mi hija, no sé si para

calmarme yo o a ella. La niña se refugió en mi cuerpo, se acurrucó cerrando los ojos. Aún no amanecía, se escuchaban gritos de auxilio cada vez más cerca. Traté de respirar profundo y olvidarme por unos minutos donde estaba, quizás ya no me quedaba mucho tiempo.

Bitácora día 26 de julio.

Cuando desperté, la niña no estaba a mi lado. Había amanecido, fueron horas tan intensas que tenía la mente nublada, no era capaz de recordar claramente lo sucedido en la última jornada. Tenía hambre y necesitaba llegar a mi camarote.

Salí de mi refugio silenciosamente, avancé hacia la cubierta mientras se impregnaba la brisa marina en mi rostro. No vi a nadie en el camino, nadie despierto. Me pareció que unos bultos eran personas durmiendo entre unas mantas oscuras, pero no estaba segura.

La embarcación ya no se movía, me acordé de la tormenta, los gritos, ese desquiciado capitán. Se me apretó el estómago, ¿estaría aún ese hombre que me dio repulsión cerca de mi habitación? Milagros, ¿dónde andará? ¿estará en problemas? Es muy raro que haya desaparecido, así como así, yo estaba tan agotada que no me di cuenta de nada. Introduje la mano al bolsillo interno de la chaqueta y comprobé que aún seguía ahí el cuchillo, no sabía cómo había logrado zafar de ese viejo cargado de oscuridad.

En un rincón junto a unas fotografías ajadas, una hilera de velas blancas prendidas, me quedé observando pasmada, me subía el frío por la espalda. Reconocí algunas caras que divisé hace algunos días.

Levanté la vista, un hombre frente a mí, no lograba distinguirlo llevaba un abrigo largo, un gorro y una bufanda, todo de color negro, que increpa.

—Acá no están todos los muertos.—. —Aquí están solo los muertos aceptados por este régimen, los muertos víctimas de la tragedia, los muertos de nadie. No hay ninguno de los que fueron arrojados al mar por los vasallos de ese infame, no están los rebeldes, los indeseables.—Empecé a tiritar, quien podía arriesgarse a decirme eso en esos momentos, ¿será un infiltrado? quizás solo busca compañía en esta desolación.

Los mamparos del barco estaban rayados como la escena de un campo de batalla, pude leer ASESINOS, DIGAN LA VERDAD, LIBEREN A LOS PRESOS.

El hombre del abrigo no se movía de mi lado.

—¿Quieres un cigarro? —No me salía la voz para contestarle, negué con un gesto intentando evitar su mirada.

—¿Tiene algo para comer? le susurré tímidamente. Sonrió y sacó un trozo de chocolate de su abrigo.

El mar esa madrugada era tan distinto a la vida anterior al viaje, su inmensidad me pareció amenazante. Cuántos cadáveres traerá consigo, cuánta sangre se habrá mezclado con el agua salada. Qué habrán sentido mis compañeros segundos antes de pagar con su vida la osadía de enfrentarse al poder. Desde el mar el olor a sangre se impregnaba en mi cuerpo azotado por un pánico inabordable. La historia a veces parece un remolino que te traga incesantemente, una y otra vez, en otras ocasiones se vuelve un ser reluciente con la mirada calma, llena de serenidad que te invita a soñar para siempre.

Bitácora del último día del fin del mundo.

El sonido del mar, el graznido de las gaviotas, la brisa marina insistiendo en su piel la despertó en la cubierta. Cuando abrió los ojos estaba a su lado un hombre que no logró distinguir. Era de ojos claros, mediana edad y varias marcas poblaban su rostro. Le resultaba tan familiar, lo había visto solo en fotos. Se acercó

para sentirlo, quizá aún tenía el olor que sienten los niños en los abrazos que tanto los regocijan.

—¿Eres tú? —le preguntó tímidamente, él solo sonrió y le acarició el brazo con una calidez abrumadora. Si aquello era un sueño, no quería despertar.

Cómo iba a ser él, si falleció mucho antes que yo naciera, solo tengo sus historias, algunas fotografías y una carta que escribió cuando nació su primer hijo. Tantas veces sentí que lo tenía cerca al cerrar los ojos, como algunos se refugian en su dios yo llamaba a mi ancestro buscando consuelo, añorando que fuese él quien me contara sus recuerdos, que me develará con sus relatos su forma de ver el mundo. Tantas veces sentí la ausencia de alguien que esta vida no me permitió conocer. Quizá estaba aquí para por fin darme respuestas que nunca obtuve sobre mis orígenes.

El sol estaba pegando fuerte, se escuchaban risas. Logré incorporarme y percibí que el peligro ya había pasado. La tormenta ida, los trabajadores, camareras, tripulantes y pasajeros compartían como una gran comunidad.

—No te preocupes abril —me consuela el hombre —la situación ha cambiado, ahora somos nosotros, el pueblo pobre el que va a decidir cómo llevar las riendas de la embarcación. Quienes causaron dolor serán juzgados.

—¿De verdad? parece mentira que esta vez se haga justicia después de tanta sangre, de tantos que quedaron en el camino por luchar para cambiar ese mundo secuestrado por los tiranos de turno.

—Sí, me cuesta creerlo. Mi cuerpo vivió tantas batallas antes de que nacieras, sobreviví a matanzas, masacres despiadadas, perdí a muchos amigos, otros quedaron muertos en vida al no soportar tanta barbarie.

—Entonces se cumplirían los anhelos rayados en los muros, esos muros que se volvieron banderas y pizarras, que alojaron lo reprimido en las vísceras de generaciones completas, cuantas emociones se volcaron en la revuelta liberadora. Esta vez no seríamos aplastados por la historia.

Observo a mi alrededor y ya no se veía a unos cuantos desarrapados sirviendo a otros por un puñado de monedas y miradas de desprecio, ya no habitaba la ira constante a veces vestida de falsas sonrisas en los oprimidos de siempre, ahora todos trabajaban juntos, ya no había diferencias de cuna

Entonces vio en el viejo, la sonrisa de su abuelo y recordó la inocencia de su madre, que quedó suspendida en esos catorce años que tenía cuando su adorado padre cayó de un infarto en una orilla de playa frente al mismo mar que enfrentaban ahora.

FIN

BITÁCORAS DE UNA NAVEGACIÓN
La política del Arte en acción.
TALLER NARRATIVA VISUAL
J. CARLOS EMBRIZ
EMMANUEL ÁLVAREZ
JAIME AZÚA
LORETO GALDAMES
LIRNA QUINTANA
GLORIA GUTIÉRREZ
AMADÍSIMO LIDER
MAURICIO SALAZAR
ANDREA BRITO
RAYEN PIZARRO
JESENIA OBLITAS
CARMEN DONOSO
JUEVES 27
19H00 CL
18H00 ECU - MEX
20H00 ARG
INTERVENCIÓN MUSICAL
GABRIEL HUENTEMIL
HÉCTOR FREIRE
CARLA BENÍTEZ
LECTURA ABIERTA:
zoom ID.86221387968
DIRIGIDO por: RAMÓN GRIFFERO
COORDINACIÓN: Dolores REINA - Pablo M. VIDELA